

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY



AÑO II

NUM. VI

CERVANTES

Madrid, Enero 1917.

REVISTA MENSUAL

147869
28/12/18
Mateo Alemán

No poco vacilé, señores académicos, en la elección de tema para este discurso reglamentario. Ocurriáseme desde luego que, viniendo yo de la pintoresca margen del Guadalquivir

De la mejor ciudad por quien famoso
Levanta igual al mar la altiva frente

sevillano debía ser el asunto; que es fineza y cortesía traer el viajero adonde han de recibirle

y honrarle algunas flores o algunos frutos de la tierra de donde viene. Y esto había yo de hacer con más imperiosa obligación que otro ninguno, porque he vivido largo tiempo no ya en una, sino en las dos Sevillas. ¿Os causa extrañeza esta aseveración? Pues nada es más cierto. Dos Sevillas hay, y ¡cuán diferentes entre sí! Una, la hermosa ciudad que no puede menos de recordar nostálgicamente toda su vida quien logró la dicha de gustar su gracia y de admirar su magnificencia; la de la Torre del Oro y *la Torre de oro*, que así merece llamarse el gallardísimo alminar de la Giralda: la ciudad que siempre huele a azahares y siempre sabe a gloria al codicioso paladar de los ojos; la del incomparable cielo, en fin, cuya riente luz se entra avasalladora por las retinas e inunda las almas en resplandor y alegría y regocijo, y las *asotila*, como decía la gitana vieja de Cervantes, haciéndolas aptas para todo trabajo del entendimiento y para toda invención de la fantasía. La otra Sevilla, no subterránea, sino *subtemporánea* (permitidme decirlo así), es de muy pocos conocida, y aun de éstos no bien; pero todavía más grande y opulenta que la de hoy, y, a no dudar, más poética e interesante, porque se columbra por la lente de la meditación y al través de la niebla de los siglos, y su visión tiene la grata palidez de las secas mieses, la aus-

AP

60

C4

1917

enve-

marzo

tera pátina de los torreones seculares, la sombría majestad de las grandezas muertas.

Pero ¿en cuál de entrambas Sevilla buscaría yo mi asunto...? Y después de resolverme a acudir a la famosísima del siglo XVI, para traeros en mi discurso un nuevo estudio biográfico, en señal de mi vivo agradecimiento por la honra que otorgasteis a los de Luis Barahona de Soto y Pedro Espinosa, todavía me hallaba casi al comienzo de la dificultad. Pensé en el docto humanista Juan de Mal-lara, Menandro bético, uno de los fundadores de la más gloriosa de las escuelas poéticas peninsulares, y el regocijadísimo Baltasar de Alcázar, Marcial hispalense, insuperable artífice de la airosa redondilla, y en el excelente poeta D. Francisco de Medrano, cuyo talento peregrino hizo a Horacio cantor de las cosas de la España de Felipe III. De estos lucidos ingenios y de otros muchos podría yo, a poco trabajo, disertar largamente, con abundancia de noticias hasta hoy de todo punto ignoradas, que hallé en los archivos sevillanos, en el de los protocolos entre ellos, inagotable mina de oro, no ya para la historia social, literaria y artística de la famosa metrópoli andaluza, sino también para la historia general de la espléndida cultura española en la época de su mayor florecimiento y de su más grande influencia en el mundo. Y, fuera de

Alcázar, Mal-lara y Medrano, ¿no serviría bastante a mi propósito esclarecer o explicar, hasta donde mi escasa habilidad me lo permitiera, tal o cual punto dudoso o no bien conocido de la vida de algún prócer de nuestras letras, pongo por caso, la estancia en Sevilla de D. Juan Ruiz de Alarcón, gentilmente fantaseada por don Luis Fernández-Guerra y Orbe, o la del gran Lope de Vega y su amada *Camila Lucinda*, de todos los cuales he tenido la suerte de hallar noticias por extremo curiosas?

Perplejo andaba yo, revolviendo apuntes y solicitada la atención por estos y otros nombres, cuando, acudiéndome a la memoria, en el afanoso trafagar de la imaginación, el vago recuerdo de unas palabras leídas antaño, marcó rumbo fijo a mi pensamiento. Helas aquí. Son de Mateo Alemán: «Veo presentes—escribía—tantos y tan varios gustos, estirando de mí todos, queriéndome llevar a su tienda cada uno, y sabe Dios por qué y para qué lo hace.» ¡La vida de Mateo Alemán había de ser el tema de mi discurso! ¿Qué escritor sevillano merece mejor que él una biografía? Ni ¿quién la necesita más? Poco había averiguado yo del autor del *Guzmán de Alfarache*, pero no importaba. En unas notas de mi estudio acerca de Barahona de Soto dije aun eso que averigüé. No importaba tampoco. Yo buscaría acá y

allá cosas ignoradas de la vida de Alemán, hasta topar con ellas. Y tomando por base lo sabido, es decir, lo que recopiló esmeradamente, ha tres lustros, mi querido amigo D. Joaquín Hazañas y la Rua en su discurso de entrada en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, y la información testifical hecha por el escritor hispalense para pasar a las Indias, que dió a luz en 1896 mi también muy estimado amigo D. José Gestoso, echéme, en Dios y en hora buena, a brujulear e inquirir, y, a pocos meses andados, el éxito sobrepujo a mis esperanzas, y aun casi que a mis deseos. La facilidad con que hallé lo que buscaba menoscabó su poco mérito a la diligencia. Todos los archivos hispalenses, como a dos por tres, me franquearon lo que del autor del *Pícaro* guardaban: el Archivo Parroquial del Salvador, su partida de bautismo y las de dos de sus hermanos; el Archivo Universitario, un asiento hasta ahora desconocido de su grado de bachiller en artes y la prueba de su primer curso de facultad; el Archivo Municipal, curiosos datos relativos al padre del insigne novelador; el Archivo General de Indias, un asiento inédito del pasaje de Alemán y curiosas noticias del envío de sus obras a la Nueva España y a Tierra Firme; y, en resolución, el Archivo General de Protocolos, más de sesenta escrituras del ilustre autor

sevillano o referentes a él, y obra de ciento veinte que atañen a su familia y a otras personas que le rodearon de cerca. Añádase a esto que también en el Archivo de Protocolos de esta corte logré hallar algún documento del mismo escritor, y que en el Archivo Universitario de Alcalá de Henares, que hoy se custodia en el Histórico Nacional, busqué con feliz resultado casi todo el resto de su historia académica, y se tendrá una idea aproximada de los materiales de que dispongo. Es desgracia, sin duda (y cúrome en salud, como dicen, adelantándome a advertirlo), que no haya caído en manos más hábiles que las mías este copioso arsenal de curiosísimas especies. Mas no hay llanto sin paño: yo, que en el presente discurso, por no abusar demasiado de vuestra bondadosa atención, he de limitarme a florearlas, andando muy por las cumbres, daré gustoso mis copias y mis extractos, para que los aproveche en una buena biografía, a quien haga a las letras patrias la inestimable merced de preparar una edición crítica y bien comentada del *Guzmán de Alfarache*, que es, indiscutiblemente, el príncipe de nuestros libros picarescos. Y entro ya en materia.

Hacia los años de 1540 el doctor Hernando Alemán, médico cirujano, mudó a Sevilla su casa desde Jerez, cerca de Badajoz, hoy Jerez de los

Caballeros, recién muerta o poco tiempo antes de morir su mujer doña Beatriz de León, de la cual quedóle una hija llamada Jerónima. Quería buscar en Sevilla, su patria, la medra que no logró hallar en el lindo pueblo extremeño y aconsejábase del refrán que dice: «A do vayas, de los tuyos hayas», pues de los suyos había muchedumbre en la ancha metrópoli andaluza. Eran naturales y vecinos de ella, amén de otros deudos más remotos, sus cinco hermanos; conviene a saber: Alonso, que mercadeaba, como todo el mundo en Sevilla; Juan, licenciado en Medicina, que ejercía su profesión; García Jerónimo, clérigo presbítero, y doña Leonor y doña Beatriz, solteras, que vivían con Alonso.

Calmado el breve dolor de la viudez, el doctor Hernando Alemán contrajo nuevo matrimonio con doña Juana de Enero, hija de Juan López de Enero, negociante, vecino de Sevilla, y de esta unión nacieron doña Leonor, que llevó el apellido de Moscoso, tomándolo de unos parientes de la rama paterna; doña Violante, bautizada en 29 de julio de 1546; Mateo, el escritor insigne, que recibió el agua del bautismo en la iglesia colegial de San Salvador el miércoles 28 de septiembre de 1547, once días antes que en la de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares fuese bautizado el por siempre famosísimo autor de *El*

Quijote, y Juan Agustín, cristianado el día 6 de septiembre de 1555. El doctor tenía su morada en la calle de la Sierpe, no tan principal entonces como ahora, y, a lo que vislumbro, aun en 1556 no había mejorado considerablemente de fortuna, y cuenta que trataba por amigos a sujetos muy principales, algunos de ellos canónigos de la Santa Iglesia hispalense; mas de allí a poco tiempo vino a lograr alguna mejora: por ausencia que hizo de Sevilla el Licenciado Diego de Torres, médico y cirujano de la Cárcel Real, nuestro doctor fué nombrado interinamente para este cargo; y como Torres, algunos meses más tarde, se partiese a las Indias, Alemán pidió y obtuvo en propiedad aquel empleo, a fines del año de 1557. Por tal servicio la ciudad le pagaba anualmente 12.000 maravedís.

Entretanto, Mateo Alemán, que acababa de cumplir dos lustros, y que por su singular despejo es de creer que ya daría en flor las esperanzas de frutos muy sabrosos, había aprendido en poco tiempo las primeras letras, y después de adiestrarse en leer, «no sólo en el molde, mas en la procesada, por obscura y trabada que fuese», y de escribir muy suelta y limpiamente de redondo y de tirado, pasó a cortesano, a medio punto y a punto entero, y comenzaba a escribir letra redondilla o de caja, quedándole aún—él dice

todo esto—las estaciones del escolástico y bas tardillo, aparte, por supuesto, de las letras chancilleresca, francesa, encadenada y grifo. Esmerada instrucción, pues, hacía dar su padre, como hombre muy culto, al que, tiempo andando, había de ser celebrado dentro y fuera de España por su peregrino ingenio. Porque, a la verdad, no era común aprender todo eso los muchachos; que, en punto a lectura, bastábales con «leer de molde y tirado una carta misiva, y escrituras públicas en letra luenga castellana», y, en cuanto a plumear, dábase por contento un padre con que su hijo dejara la escuela sabiendo escribir «de redondo e cortesano, y letra cursiva que sea buena para cualquier carta misiva, y para escrituras, que se pueda signar de escribano público». Ni aun tanto era menester, pues con mala escritura y peor ortografía pasaban los adolescentes a los estudios de facultad, tal como suele acaecer hoy, de donde el mismo Mateo Alemán, decía por boca de su donoso *Pícaro*, refiriéndose a cierto abogado: «El señor licenciado sabe de leyes, pero no de letras: dicta y no escribe, porque lo sacaron temprano de la escuela para los estudios, ya porque fué tarde a ella, o por codicia de llegar presto a los digestos, dejándose indigestos los principios.»

Y no es el mencionado el único recuerdo que

de su niñez nos dejó Mateo Alemán en sus obras. Hablando en otro lugar del amor que solemos tener a las cosas de nuestros progenitores, que nos parecen sagradas y que no se debe tocar a ellas, dice: «Yo conocí en mi niñez a Montesdoca, soldado viejo, que lo había sido de Carlos V, el cual traía colgando del cinto un puñal de orejas, de los del tiempo de marras, tan vil y despuntado, que apenas con buenas fuerzas lo hicieran entrar por un melón maduro, y decía estimarlo en más que un majuelo que había comprado en mucho precio; y todo el fundamento de su estimación era porque un bisabuelo suyo, de Utrera, lo había dado a su padre para ir en el campo del rey don Fernando el Católico a la conquista del reino de Granada». Pues si esto oído una o dos veces por Mateo Alemán al buen Montesdoca, imprimiósele en la memoria de suerte que a los sesenta y un años de su edad lo sacaba a colación en su postrer libro, ¿qué no sucedería en sus largas y frecuentes visitas a la populosa Cárcel Real, siempre llena de pícaros y rufianes, recorriendo cada día sus grandes patios, oyendo acá y allá contar proezas dignas de mármoles lidios, mimado y agasajado de todos, presos y libres, así por sus donaires de muchacho despierto y decidor como por las consideraciones que debían al médico de la honrada casa?

Ya, pues, no será dudoso para nadie cuándo echó Mateo Alemán los sólidos cimientos de su vasto saber bribiático, en el cual lleva mucha ventaja a los demás autores de novelas picarescas, sin excepción alguna, ni dónde aprendió aquel abundantísimo *folk-lore* de la taimería, ni cómo adquirió aquel hondo conocimiento pseudobotánico de la inmensa variedad de flores del jardín tahuresco y aquel copioso caudal léxico de la germanía, sólo comparable con el que otro hispalense, Cristóbal de Chaves, derrochó en los versos y juntó en el *Vocabulario* que corren malamente atribuidos a Juan Hidalgo, su editor.

No me fué dado averiguar en qué Academia aprendió Mateo Alemán las humanidades, y presumo que las cursaría en las del ínclito Juan de Mal-lara, quien, después de ser discípulo, en Sevilla, del docto preceptor Pedro Hernández, en Salamanca del comendador Hernán Núñez y de León de Castro, y en Barcelona del célebre valenciano Francisco de Escobar, abastadísimo de erudición clásica había regresado a Sevilla, en donde abrió su estudio por los años de 1560. Fuese o no Mal-lara su maestro, consta que Alemán, «*a civitate hispalensis ortus et oriundus*», se graduó de bachiller en Artes y Filosofía en la Universidad llamada de Maese Rodrigo, a 28 de junio de 1564, matriculándose después para el

primer curso de Medicina, que oyó desde septiembre del mismo año, según la prueba testimonial practicada en octubre de 1565.

Pero en aquel tiempo seguir estudios de Facultad y no pasar algún año en la Universidad de Salamanca era como ir a Roma y no ver al Sumo Pontífice. Así, y bien por esto solo, o porque el doctor Hernando Alemán hubiese estudiado en ella y le tuviese cariño, en la ciudad del Tormes oyó el segundo curso de Medicina nuestro insigne escritor, de lo cual, aunque no se hallasen pruebas en el archivo de aquella Universidad gloriosa, haylas tan fehacientes como las mejores en las obras de Mateo Alemán. «Yo me acuerdo—dice en su *Ortografía*, hablando de la naturaleza de la *F*—haber asistido en las escuelas de Salamanca y Alcalá de Henares algunos años, donde cursé...» Y antes, en la parte segunda de su *Guzmán*, encareciendo cómo el amor pule y sutaliza los ingenios, había referido, con la abundancia de pormenores propia de un testigo cercano, el gracioso lance de aquel catedrático de prima, de Salamanca, galán de cierta monja muy linda y discreta, que, como él, en plática de algún enojo, se ufana de haber llegado al puesto que tenía, no por sobornos ni por favores, sino por sus trabajos y continuos estudios en las letras, le respondió con ira: «Pues

¿cómo, traidor? Y ¿teníades vos entendimiento para conseguir las en tal extremo, ni para remendaros un zapato viejo, si yo no hubiera puesto el caudal con daros licencia que me amárades?» Y ¿quién sabe si no fué en Salamanca donde Alemán, recostado alguna mañana de primavera a la verde orilla del manso Tormes, relejendo y paladeando por centésima vez la pintoresca vida de *Lazarillo*, tuvo, cual por asomo, la feliz idea de emular a su desconocido autor escribiendo el *Guzmán de Alfarache*?

Con todo esto, no prosiguió en Salamanca sus estudios, y para el curso académico siguiente asentó su matrícula en Alcalá de Henares, el día 24 de octubre de 1566. De su dilatada permanencia en la patria de Miguel de Cervantes; de las hambres buídas que los escolares solían padecer alegremente bajo la odiosa férula de los maestros de pupilos, así en los días de carne como en los de pescado, todos de disimulado ayuno riguroso; del malísimo gobierno de las aras, si es que los estudiantes caían en estas brasas por huír de aquella sartén; de las peligrosas romerías dominicales a Santa María del Val, en donde el Amor, cuando menos percatado el romero, hacía de las suyas, tomando por saeteras cualesquier lindos ojos rasgados; y, tocando otros registros, de tal cual donoso hurto es-

tudiantil, y de las dañinas ocurrencias del loco Frutilios, de todo esto trató con sumo deleite Mateo Alemán en la más popular de sus obras, enumerando y enaltecendo a la par los atractivos y las dulzuras de aquella vida incomparable, y exclamando con cariñosa vehemencia: «¡Oh madre Alcalá! ¿Qué diré de ti que satisfaga, o cómo para no agraviarte callaré, que no puedo?»

En lo mejor de sus estudios y en lo más alegre de sus entretenimientos estaba nuestro escoflar cuando improvisadamente una alarmadora noticia le amargó todo el gusto. El doctor Hernando Alemán, su padre, de quien el día 31 de enero de 1567 informaban al Cabildo hispalense que «curaba bien en la cárcel y visitaba a todos los presos», había enfermado de allí a poco, de enfermedad tal, que le tenía en peligro de muerte. Sabedor de esta nueva el estudiante, regresó muy luego a Sevilla, no sin dejar probados ante el secretario de la Universidad los cuatro meses que había asistido en sus aulas, desde el día de San Lucas del año anterior, hasta el 24 de febrero, en que lo probaba, ni sin recoger copia certificada de tal prueba, por si no volviese a Alcalá.

Murió el Doctor en marzo de 1567; y, a lo que locumbro, dejó pocos bienes de fortuna, que hubieron de parecer todavía más escasos cuando se

dividieron entre la viuda y los hijos; después de lo cual, y pasado el rigor del estio, Mateo Alemán volvió a la Universidad complutense, en donde, acabado de oír el tercer curso de Medicina antes del día de San Lucas, se matriculó a fin de octubre para el cuarto y postrero. En su prueba, practicada a 19 de abril de 1568, se le llama *licenciado*, así como en una subsiguiente, en que declaró como testigo, firmando al pie: «El licenciado Mateo Alemán.» Es peregrino esto. ¿En qué facultad podía ser licenciado, en el acto mismo de probar que había oído el cuarto curso de Medicina? De que hubiese estudiado otra facultad no sé nada, y en aquélla ni era bachiller, ni menos había hecho los ejercicios indispensables para la licenciatura, que en la Universidad complutense se llamaban primero, segundo y tercer actos públicos, *la alfonsina*, y el grado propiamente dicho. Y como reparo en que, vuelto a Sevilla, se hizo llamar licenciado, y firmó llamándose así dos muy curiosas escrituras de deber, y en que después de este tiempo no tornó a usar tal título en otras escrituras, ni lo puso en ninguna de las portadas de sus obras, y es de notar, por último, que, sobre no haber ejercido jamás esa profesión, dijo mal de ella algunas veces, sospecho que emprendió y siguió tales estudios sólo por filial obediencia, y que, muerto su padre,

y ya libre de sujeción, no llegó nunca a licenciarse.

No sin buen fundamento acabo de calificar de muy curiosas las dos escrituras que otorgó Alemán en Sevilla entrado el otoño de 1568. Por la primera de ellas, fechada a 16 de octubre, él, con licencia de su madre doña Juana de Enero y declarando ser mayor de veintiún años y estar gobernando su persona y bienes como sujeto libre, capaz y emancipado, confesó deber a Esteban Grilo, mercader genovés, 37.500 maravedís que éste le había prestado, y se obligó a pagarlos, en Sevilla o donde le fueran pedidos, al fin del año siguiente, so pena del doblo. En la segunda escritura, otorgada once días después y que fué origen de mil desdichas, Alemán como principal obligado y doña Juana como su fiadora recibieron en depósito del capitán Alonso Hernández de Ayala 210 ducados de oro, para devolverlos un año después; pero estipulando—copiaré esto a la letra— «que si en el tiempo del dicho año del dicho plazo yo el dicho licenciado Matheo Aleman me casare con doña Catalina de Espinosa, hija de Virgilio de Espinosa, difunto, con quien está tratado y concertado el dicho casamiento, luego que hayamos casado ligitimamente, segun orden de la Santa Madre Iglesia, seamos obligados e

nos obligamos que yo el dicho Matheo Aleman y la dicha doña Catalina de Espinosa que ha de ser mi mujer vos impondremos e venderemos tanta cantidad de tributo quanto montaren los dichos docientos e diez ducados..., el cual vos impondremos al redimir e quitar... sobre cualesquier bienes raíces, juro e tributos que a mí el dicho licenciado Matheo Aleman me dieren e adjudicaren en dote con la dicha doña Catalina...»

Interesantísimo es, señores académicos, este documento público, y eslo todavía más por lo que calla que por lo que dice.

Probemos a interpretarlo, con el auxilio de otras noticias. Virgilio de Espinosa, sevillano, que de su matrimonio con doña Mayor de Espinosa había tenido un hijo llamado Diego, ausente en las Indias desde el año de 1561, tuvo fuera de aquella unión a doña Catalina. Dejóle algún caudal y la encomendó, o la encomendaron después, al capitán Alonso Hernández de Ayala, que, por lo que he visto, ocupaba su tiempo y se buscaba la vida en la tutela y curatela de algunos menores. Pues bien: Mateo Alemán, que fué un poco enamorado aun al llegar a los linderos de la vejez, cuanto y más acabados de pasar los de la adolescencia, hubo de agradarse de la hermosura o de la buena gracia de doña Ca-

talina; luego que ésta le correspondió, malicias recién llegadas se dieron la mano con inocencias que estaban a punto de irse, y, como «nunca el diablo hizo empanada de que no quisiese comer la mejor parte», cuando nuestro gentil mancebo iba a dar por terminado aquel trato amoroso, no halló los fines tan llanos como había encontrado los principios, pues saliendo a la palestra el capitán, que sería hombre de decir y hacer, si bueno para asentar una cuchillada, mejor todavía para pagar un escrito de querella y meter a un mozalbelte en la cárcel, anduvieron a mía sobre tuya, y hubo amagos de proceso, y súplicas y llantos de doña Juana, y, en resolución, pactóse que el santo vínculo del matrimonio pudiese fin a tales desabrimientos. Con esto y con todo, para más bien asegurar el efecto de lo capitulado, y pues Mateo Alemán tenía, o imaginaba tener, tales o cuales asomaderos para buscar fortuna, y de probarla por ellos dependía la buena posibilidad de efectuar lo convenido, Hernández de Ayala, de acuerdo con la viuda del doctor Alemán. acudió a tal menester, claro que con dineros de su protegida, y entregó al galán aquellos negros ducados de oro, red traicionera para cazarlo y casarlo; que bien podía adivinar el menos zahorí que el travieso mozo los gastaría bizarramente, y a la hora del pago se encon-

traría en grave apuro, teniendo que escoger, *velis nolis*, entre dos prisiones a cuál más temidas: los hierros de la cárcel y la coyunda matrimonial.

Y aconteció lo que era de presumir: que nuestro joven, engreído en Sevilla y en otras partes, dejó pasar el año y más tiempo sin efectuar ninguna de las cosas a que alternativamente se había obligado; que, tras cien apremios estériles, el capitán Hernández Ayala, en junio de 1571, entabló su reclamación ante el doctor Alonso Carriazo, teniente de asistente de la Ciudad, y que al cabo, Alemán optó por el matrimonio, a lo cual puede que contribuyera algo la tentadora mielecilla de la dote.

Mil veces se arrepintió después de no haber preferido la cárcel, y por esta herida respiraba aún dolorosamente pasados treinta y tres años, cuando exclamó en su *San Antonio de Padua*:

«Oh discreto Licurgo, y qué discreta ley hiciste cuando mandaste que las mujeres no llevasen dote, con que las dotaste de virtudes, porque sabían ser aquél su remedio y mayor tesoro, y que los hombres buscasen su inquietud con honestas y humildes compañeras! Conociste ser aquéllos verdaderos bienes, y los otros pintura o sombra dellos, pues no hay prosperidad

en dote que se iguale con la vergüenza, modestia, castidad y limpieza...»

Casado y en su nueva casa de la collación de San Esteban, calle de la Calería Vieja, estaba Mateo Alemán (que hasta entonces, desde la muerte del doctor, había vivido con su madre en la collación de la Magdalena), cuando, mediado septiembre de 1571, lo vemos usar de un poder que en la Corte le había conferido Melchor de Herrera, marqués de Valderagete, del Consejo de Hacienda de S. M. y su Tesorero General, para que recibiese del receptor del subsidio de Sevilla y su arzobispado las cantidades de dinero que recaudara. Muy poco después de aquel tiempo, y no tres años antes, debió de ser nombrado contador de resultas en la Contaduría Mayor de Cuentas, pues, como demostró poco ha el muy docto hispanista señor Morel-Fatio, el *príncipe de la Iglesia* a quien Alemán se refirió en su *Ortografía castellana* hubo de ser, contra lo que imaginó don Martín Fernández de Navarrete, el cardenal Alessandrino, que estuvo en la corte de España por octubre y noviembre de 1571, y aun algunos días de enero de 1572, y no el legado Acquaviva, que había estado en ella a fines de 1568.

Pero, a la verdad, y constando cual consta, por el dicho del alférez Luis de Valdés, que Mateo

Alemán sirvió «casi veinte años, los mejores de su edad, oficio de contador de resultas de su Majestad el rey Felipe II», no acierto a explicarme satisfactoriamente cómo, a lo menos, hasta el de 1582 se le encuentra domiciliado en Sevilla, llamándose más de una vez vecino de esta ciudad, y ocupado en tareas que, por lo común, no se compadecían bien con el oficio de contador. Así, en 18 de agosto de 1573 hállolo vendiendo por precio de treinta y dos ducados una su esclava morisca del reino de Túnez, llamada Magdalena; y en enero de 1576 encargábasele por seis años de cobrar la renta de las sacas de lana en cuanto al almojarifazgo mayor de Sevilla, por poder de Juan Martínez de Asteiza; y en 1578 ocupábase en redactar la regla de la Cofradía de la Santa Cruz de Jerusalén; y en 2 de enero de 1580 matriculábase para oír Leyes en la famosa Universidad de Maese Rodrigo; y pocos meses después, en 11 de mayo, asistía con el docto maestro Alvaro Pizaño, «uno de los mejores bonetes de España» en frase del pintor y poeta Francisco Pacheco, a ver graduarse de bachiller en Cánones al presbítero Luis Gómez; y a fines de octubre... Pero esto de fines de octubre requiere más prolija relación.

Obligaciones pecuniarias incumplidas, o, para decirlo con las propias palabras de Mateo Ale-

mán, «ciertas contías de maravedís que me piden y demandan diversas personas», dieron con él en la Cárcel Real de Sevilla en los últimos días de octubre de 1580. Registraron su entrada en el libro correspondiente; y, como con todos hacían, pusiéronle grillos u otras prisiones harto molestas, al solo fin de que por él prestaran la fianza que llamaban «de cárcel segura» y redimieran su vejación con cualquier media docena de escudos. El mismo Alemán encontraba esto naturalísimo en su *Guzmán de Alfarache*: «Verdad sea—escribía—que quieren comer de sus oficios, como cada cual del suyo; que aquello no se lo dan de gracioso, y harta gracia te hacen si redimes tu necesidad.» No, probablemente, sin violentarse algo, porque todo lo que averigüé del matrimonio de nuestro escritor induce a pensar que no había amor ninguno entre aquellos cónyuges, doña Catalina de Espinosa, previa la licencia marital necesaria, lo fió con su persona y bienes habidos y por haber «para quitarle—dice la escritura—las prisiones en que le tenéis e dejarle andar por la dicha cárcel libremente sin ellas», obligándose a «que el dicho mi marido no se irá ni ausentará ni saldrá de la dicha cárcel e prisión donde está, en sus pies, ni en ajenos, ni en otra manera alguna, aunque halle las puertas de la dicha cárcel abiertas...»;

que toda cautela y esmerada previsión parecían pocas a los alcaides en el concertar de tales fianzas.

Pero de bien difícil arreglo hubieron de ser los torcidos negocios que a tan mal paraje habían traído al malaventurado Alemán, pues aún permanecía en la cárcel a 29 de diciembre de aquel año, día en que, vuelto a cargar de prisiones, o por parecer poco abonada la fiadora, o por haberse agravado con nuevas demandas de otros acreedores las responsabilidades que se le exigían, o, en fin, por ir revistiendo peor carácter alguna de sus deudas, lo fió su tío Alonso Alemán, expresando «que esta escriptura es demás y aliende de otra escriptura que doña Catalina de Espinosa tiene fecha y otorgada en favor de vos el dicho alcaide». Entonces, y no año, en sus alegres visitas de adolescente, aprendió Alemán ser la cárcel «un paradero de necios, escarmiento forzoso, arrepentimiento tardo, prueba de amigos, venganza de enemigos, república confusa, infierno breve, muerte larga, puerto de suspiros, valle de lágrimas, casa de locos, donde cada uno grita y trata de sola su locura». Y tan adversa debió de seguir siéndole la suerte, que en marzo de 1582, sin duda con el propósito de irse a las Indias, «refugio y amparo de los desesperados de España», como dijo Cer-

vantes, hizo ante la justicia de Sevilla la información testifical necesaria para llevarlo a efecto, lo cual no acaeció por no se sabe qué dificultades. Alemán (él lo dice en su petición) era entonces de edad de treinta y cuatro años, alto de cuerpo, la nariz larga, barbitaheño obscuro, señas que completan las que ya conocíamos por el retrato que sacó a luz en entrambas partes de su *Guzmán*, en el *San Antonio* y en la *Ortografía castellana*.

Ocupándose en la gestión de asuntos ajenos (pues ni con los propios, que no los tenía o los tenía apenas, ni con las rentas del corto caudal de su mujer, si es que de ellas disponía, lograba subvenir a sus necesidades) pasó Mateo Alemán aquellos años, sin abandonar el cultivo de las letras, en las cuales hallaba consejo para las dudas, consuelo para las tristezas y amable y piadosa compañía para el abandono en que el mundo deja a los pobres. Pero como en los libros está el consejo y no el remedio, a Madrid tornóse a buscarlo nuestro insigne prosista, y grato es reconocer que de esta hecha logró algunos favores de la caprichosa fortuna, diosa o lo que fuere, que «si es buena, es madrastra de toda virtud; si mala, madre de todo vicio; y al que más favorece, para mayor trabajo le guarda».

Entonces, y no antes, encuentro a Alemán lla-

mándose contador de resultas, por donde vengo a sospechar si acaso comenzaría a serlo en este tiempo y si el remitir el desempeño de este cargo en su *Ortografía castellana* a otra sazón más remota se debería quizá a confusión que, acordado, hiciera entre tal empleo y otro parecido. Y entonces, por octubre de 1586, compró al licenciado Barrionuevo de Peralta un solar en la calle del Río, lindante con el monasterio que estaba labrando doña María de Aragón (el ámbito que hoy ocupa el edificio del Senado), en el cual sitio edificó una casa para su morada; y, ocupándose en muy diversos negocios, propios y ajenos, como singularmente ágil y expeditivo, ya acudía a las subastas de inmuebles, por comisión de otras personas, buscando prima en la retirada o en la cesión de los remates, o ya, por interés de los derechos de administración, procurábase y aceptaba tutelas y curatelas de menores, oficios algo peligrosos, ciertamente, en cuanto a lo temporal, y aun puede que en cuanto a lo eterno, pero de los cuales no sabía prescindir quien, hallando corto su salario de contador, no tenía pingües rentas ni palaciegos gajes que añadirle.

A las veces Alemán salía de Madrid a desempeñar comisiones propias de su oficio, y de una de ellas nos dejó memoria en el *San Antonio de Padua*, al referir que en Cartagena, por enero de

1591, después de visitar cierto navío flamenco, y como éste hiciera salva con una pieza de artillería, uno de los tacos dió a Alemán en la cabeza, de que pudo bien matarlo, y ningún daño le hizo, caso que se tuvo, y tuvo él, por milagroso. Y en Sevilla permaneció algún tiempo en el año siguiente, pues lo prueba una escritura de 13 de abril de 1592 en que, llamándose contador de S. M., revocó ciertos poderes conferidos desde la Corte a su hermano Juan Agustín, para here-
dar, entre otras cosas. De esto se colige que habría muerto recientemente doña Juana su madre, cuyas noticias menos remotas son de 1583, año en que, por diciembre, apoderó al dicho Juan Agustín para que tomase posesión de unas casas de la calle de la Sierpe que habían estado en pleito: probablemente las mismas en que Mateo Alemán pasó su edad infantil.

Otras noticias nos han quedado de la estancia de Alemán en la corte, debidas, como algunas de las ya citadas, a recientes hallazgos del expertísimo bibliógrafo don Cristóbal Pérez Pastor. Por ellos se sabe que en junio de 1594 don Francisco Vallés, prior del Sar y estante en Madrid, hijo de Vallés, *el divino*, se obligó a pagar a Alemán 1.100 reales castellanos, precio de unos objetos de plata, contrato de venta que acaso encubría en realidad un oneroso préstamo; que en

abril de 1595 otorgó cierto poder para pleitos; que por los años de 1598 y 1599 tomó parte por otros en varias subastas sobre aprovechamiento de unas dehesas... Mas llegados a este tiempo, cosa mucho más interesante solicita nuestra atención.

Exprimiendo el casi siempre amargo jugo de toda su larga experiencia de la vida, mezclándolo, por endulzarlo un poco, con mucha sólida doctrina «de doctos varones y santos», y rebozando esta mezcla, para hacerla agradable a todo paladar, con lo bien dispuesto y entretenido de la fábula y lo agradable del estilo, Mateo Alemán, atento a imitar *El Lazarillo de Tormes*, claro que para aventajársele a ser posible, había ideado su *Guzmán de Alfarache* y compuesto la primera parte de él. Y, ciertamente, como dijo Luis de Valdés en su elogio de la segunda, debajo de nombre profano escribía Alemán tan divino, «que puede servir a los malos de freno, a los buenos de espuelas, a los doctos de estudio, a los que no lo son de entretenimiento, y, en general, es una escuela de fina Política, Ética y Económica, gustosa y clara, para que, como tal apetecida, la busquen y lean». Esta primera parte había quedado terminada en 1597, pues su aprobación es de 13 de enero de 1598, si bien el autor no obtuvo el privilegio hasta el 16 de fe-

brero de 1599, año en que salió a luz, en Madrid, de la imprenta del licenciado Várez de Castro, con este título: *Primera parte de Guzmán de Alfarache*. Muerto Felipe II el día 12 de septiembre de 1598, Alemán retocó la portada, llamándose en ella «criado del rey Don Felipe III», y aun en el texto de la novela parece que introdujo una ligera variación alusiva al reciente casamiento del nuevo Monarca.

No creo que haya memoria en nuestra patria de libro que en el año de su publicación y en el siguiente inmediato se reimprimiera tantas veces. En 1599, además de la edición príncipe, salieron a luz dos en Barcelona y una en Zaragoza; y en 1600 no menos de siete, dos de ellas en Madrid, y las demás, respectivamente, en Barcelona, París, Bruselas, Coimbra y Lisboa. Y es pormenor curioso aquel a que se refirió Alemán en la segunda parte de esta obra, al tratar de cómo los apodos o motes suelen arraigar hasta la quinta generación en las familias, y aun ser blasón de quienes descienden de aquellos que los tuvieron por afrenta. «Esto mismo—dice—le sucedió a este mi pobre libro, que habiéndolo intitulado *Atalaya de la vida humana*, dieron en llamarle *Pícaro*, y no se conoce ya por otro nombre.» Trascordábase Mateo Alemán en cuanto a lo primero, pues no llamó *Atalaya de la vida*

humana sino a la parte segunda de su novela; pero en lo otro decía fielmente lo sucedido: que no bien salieron a correr mundo los ejemplares de la primera edición, el *Pícaro* llamaron al protagonista y al libro cuantos saborearon la deleitable historia, y, tomándolo del vulgo y no de la portada de la edición príncipe, *Primera parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache* se intituló esta obra en las dos ediciones barcelonesas de 1599, y en algunas de 1600, verbigracia, la de Bruselas.

Así, y pues a pesar de las reiteradas prohibiciones de llevar a las Indias «libros de romance que traten de materias profanas y fabulosas e historias fingidas», los remitíamos allá, a lo menos desde 1580, sin dificultad ni tropiezo, y aun a vista y con el beneplácito del Tribunal de la Inquisición, así, iba a deciros, en el Archivo General de Indias hallé a poco trabajo, hojeando con mediana atención los registros de ida de naos de 1600, noticia de algunos ejemplares de *El Pícaro*, sin más larga indicación, y aun tal cual vez sin el artículo, despachados para la Nueva España en la buena compañía de seis resmas de coplas y del *Laberinto*, la *Tebaida* y el *Filocopio* de Bocaccio, en toscano los tres. Y en el registro de otra nao, compartiendo las cajas con muchedumbre de libros y con veintidós

manos de coplas, doscientos cuarenta y ocho *Catones*, doscientos cincuenta *San Alejos*, veinte resmas de *Pierres y Magalona* y treinta de *Oliveros de Castilla*, pliegos de cordel con que inundábamos el Nuevo Mundo después de haber inundado el viejo, al pie de cuarenta ejemplares de la famosa novela de nuestro Alemán, mencionada así comúnmente: *Guzmán de Alfarache, llamado el Pícaro*.

No se imagine, empero, que las ediciones mencionadas y otras muchas (de más de veintiséis tenía noticia Valdés antes del año 1604) sacasen de apuros a Alemán. A hurto suyo se habían hecho casi todas, y «llegó a quedar de tal manera pobre — según el mismo Valdés — que, no pudiendo continuar sus servicios de contador con tanta necesidad, se retrujo a menos ostentación y obligaciones». Entonces acudió a los más onerosos préstamos y a la destructora mohatra, comprando, por ejemplo, a un Miguel López, en 3 de febrero de 1601 y por precio de 3.006 reales, ciertas mercaderías de oro y seda, para pagarlas al cabo de cinco meses, prendas que, sin tocarlas su mano, tornaría a vender incontinenti por la mitad de aquel dinero, al mismo sujeto a quien las había comprado, o a persona muy su allegada. Y tres meses después vémosle debiendo al doctor Cristóbal Pérez de Herrera, famoso

protector de los verdaderos pobres, los corridos de cierto tributo y 2.450 reales de los alquileres de unas casas en la calle de Preciados, junto al Postigo de San Martín. Y mientras en toda Europa se leía y releía con deleite aquel libro admirable en que lo útil y lo dulce, conforme al precepto de Horacio, estaban mezclados habilísimamente, y se aplaudía a su autor, «no menos en España, donde no es pequeña maravilla consentir profeta de su nación, mas en toda Italia, Francia, Flandes y Alemania», y solía llamársele *el español divino*, y un religioso de la Orden de San Agustín, tan discreto como docto, sustentaba en la renombrada Universidad salmantina, en un acto público, «no haber salido a luz libro profano de mayor provecho y gusto hasta entonces»; mientras sucedía todo esto, Mateo Alemán, por negra burla de la suerte, miraba su no alcanzado pan convertido en infructífero laurel, tal como en la fábula mitológica vió Apolo a la hermosa Dafne, cuando más ahincadamente y más de cerca la perseguía. Y era que, a vuelta de sus defectos y de sus virtudes, Alemán tenía una gentileza que rara vez los poderosos perdonaron: no sabía adular. «Y podremos decir dél — escribía su mencionado encomiasta — no haber soldado más pobre, ni ánimo más rico, ni vida más inquieta con trabajos que la su-

ya, por haber estimado en más filosofar pobremente que interesar adulando.»

Desengañado y triste, mas no por eso perdido el ánimo ni desfallecida la voluntad, Mateo Alemán dejó la corte y se volvió a la ciudad del Betis a fines de 1601. No sé si había tenido en Madrid a su mujer alguna parte del largo tiempo que allí permaneció; pero sí, a lo menos, que a su retorno a Sevilla vivieron convencionalmente apartados, y que ella, con poder marital administraba los bienes de su dote, entre los cuales era lo más granado la casa, que ya conocemos, de la Calería de San Esteban. Sospecho que Alemán, al regresar por este tiempo a la metrópoli de Andalucía, vivió primeramente en una casa pequeña que poseía en la calle del Horno Quemado, collación de San Lorenzo, habitación tan humilde, que en 5 de agosto de 1602, y ya morando en otra de la calle de Redes, que con una lindera, más pequeña, había recibido en traspaso por dos vidas, la arrendó en dos ducados cada mes.

Importa no omitir que para el arreglo interior de su morada tomó un ama de gobierno algo entrada en años, ágil y nada lerda. Llamábase doña Gregoria Volante, con su *don* espolvoreado por encima; que ya al comenzar el siglo xvii era, en especial para las mujeres, caso muy

de menos valer el no tenerlo, aunque hubiesen de arrancarlo de su propio *donaire*.

En los últimos meses del mismo año de 1602 tuvo incremento aquella como familia de aluvión que nuestro novelista había empezado a formar frisando ya con los cincuenta y cinco. El diablo, que no duerme y que, por malos de los pecados de Alemán, nunca anduvo muy lejos de él, le había hecho conocer a una doña Francisca Calderón, soltera, cuya edad pasaba de cinco lustros y algunas de cuyas señas sin fantasear nada pueden decirse: era de color trigueño y debía de agraciarse mucho un lunar que tenía debajo de la oreja izquierda.

Ofreciósele a esta doña Francisca necesidad de promover cierto pleitillo ante el licenciado Flores, teniente de asistente, sobre ser de su pertenencia una esclavita de ocho años llamada Petronila, y como, en solicitud de consejo o de gestiones, acudiese a Mateo Alemán, quien, obtenido lo que se demandaba, fué testigo con doña Gregoria de la entrega de la muchacha y del conocimiento de doña Francisca, el trato se hizo más íntimo desde entonces, y, pasado un mes, ésta dió poder a Alemán para que administrase sus escasos bienes. Ciertó que todo ello pudo bien deberse a que por este tiempo estuviera ausente de Sevilla su hermano fray Francisco

Calderón, conventual del monasterio de la Victoria, en Triana, de la Orden de los mínimos de San Francisco, y en quien por octubre de 1603 sustituyó Alemán el poder mencionado; mas ni por aquí se puede dar color de inocentes a estas relaciones, porque es verdad asimismo que, contribuyendo o no a tal determinación la amistad que de antiguo tuviese con doña Gregoria, de allí a poco doña Francisca, y hasta otra su hermana llamada doña María Calderón, vivieron familiarmente en compañía de Alemán, y aun aquélla, como veremos, le acompañó en su viaje a las Indias.

Nuestro inclito escritor había dedicado a don Francisco de Rojas, marqués de Poza, la primera parte de su novela, y a don Diego Fernández de Córdoba, duque de Cardona y Segorbe y marqués de Comares, la traducción en verso de dos *Odas de Horacio*, publicada probablemente algunos años atrás. A otros sujetos encopetados dedicó después sus demás obras; pero, aunque algunos favores llegase a deberles, no ha de buscarse entre todos ellos a su verdadero protector; que, salvo excepciones muy contadas, y por eso mismo loabilísimas, son personas de posición social más humilde las que acorren a los ingenios menesterosos, y les dan la mano para que no caigan, y los levantan si cayeron. Más hizo en fa-

vor de Miguel de Cervantes, dándole posada, prestándole dineros y fiándolo cuando fué menester, el ex comediante y mesonero Tomás Gutiérrez que el prócer a quien dedicó la primera parte de su inmortal novela, aunque el pomposo nombre de este *quidam* haya lucido en todos los ejemplares de todas las ediciones de ella, o séase en centenas de millares de volúmenes, y la memoria del buen Gutiérrez, en cambio, haya estado perdida tres siglos entre las polvorientas hojas de los protocolos sevillanos, hasta que una voluntad amiga la ha sacado a la luz del sol.

Pues así mismo, otro que no el Marqués de Poza, y otro que no el Duque de Segorbe, fué el protector y, vamos al decir, el paño de lágrimas de Mateo Alemán en los años a que me voy refiriendo. Veámoslo. Por los de 1540, o poco después, Lorenzo del Rosso, florentín, había venido de su patria a Sevilla, como tantos otros extranjeros, en busca de fortuna. Hállolo en 1551 interviniendo en los negocios de Jácome Botti, con poder de este opulento comerciante, también florentín, y, algo más tarde, entendiendo en sus propios asuntos. En esta sazón hubo de contraer matrimonio con doña Agustina de Enero, tía de Mateo Alemán, hermana de su madre, y de tal enlace tuvieron dos hijos: Juan Bautista y Leonor del Rosso. Muerto Lorenzo, aquél,

que se había adiestrado en los negocios, no sólo en su casa, sino también en la del rico mercader Nerozo del Nero, florentino igualmente, quedó en posesión de un más que mediano caudal y con buena aptitud para acrecentarlo. De su padre había heredado, entre otros bienes raíces, dos hermosas huertas, extramuros de Sevilla, junto al monasterio de la Trinidad, que aún perduran con sus antiguos nombres: la de las Moreras y la de Valsola. Este Juan Bautista del Rosso, primo hermano de Mateo Alemán, y a quien, al entrar el siglo xvii supongo frisando con los ocho lustros, fué el generoso protector del tan infortunado como célebre novelista. Ya, por consiguiente, apenas daremos un paso sin encontrar junto a Alemán, siempre liberal y benéfica, la mano de su deudo.

Tal nos la hace ver una curiosa escritura por aquél otorgada a 5 de agosto de 1602, y en al cual, por cuanto Alemán tenía privilegio del Rey para imprimir en sus reinos por tiempo de seis años «un libro intitulado *Guzmán de Alfarache*, que por otro nombre se llama *El Pícaro cortésano*, dió poder a Rosso—dice—«para que a su costa e por su cuenta pueda imprimir e imprima en esta ciudad, e no fuera della, hasta cantidad de mil y sietecientos e cincuenta cuerpos del dicho libro, en letra parangona o texto y de cuar-

to de pliego cada uno, e no de otra manera..., e pueda assi mismo vender e venda los dichos libros en la parte e lugar que le pareciere..., y todo el aprovechamiento lo tome e reciba en sí en cualquier cantidad que sea; que yo se lo renuncio e traspaso, por el trabajo que el susodicho ha de tener e porque le hago gracia e donación dello..., por ser, como es, mi primo, e por el mucho amor e voluntad que le tengo...» Y apenas pasado un mes, prestábale Rosso 400 ducados.

La primera de estas dos escrituras es interesante en extremo, porque se refiere a la única edición sevillana antigua del *Guzmán*, impresión cuyos ejemplares son de tal rareza, que de ellos se habla, como del fénix, de referencia tan sólo. Salvá se limitó a decir que «Quaritch, en su Catálogo de 1864, trae una edición de Sevilla, 1602, 4.º»; el doctor De Haan, ilustre profesor de la Universidad de Baltimore, se ha limitado a remitirse a esta cita, y Rosenthal tuvo un ejemplar, no sé si aquél mismo, y lo anunció como de «edición de extremada rareza, no citada», en el Catálogo VII de su *Boletín*. Y ¿qué mucho, cuando don Nicolás Antonio, padre de los estudios bibliográficos en España, no tuvo noticia de esta impresión, con ser sevillano y haber vivido en el siglo xvii ?Yo he logrado la suerte

de ver un ejemplar: tiénelo en su rica biblioteca hispalense el Sr. Duque de T'Serclaes de Tilly. Pero ¿qué se hizo de esta edición, que así escasean sus copias, ya no conocidas en Sevilla al mediar el siglo en que salió a luz? Pronto habrá ocasión de responder, siquiera conjeturalmente, a esta pregunta.

Poco dura la alegría en la casa del pobre, y dos nuevas desdichas vinieron sobre Mateo Alemán en el mismo año de 1602. Consistió la una en que cierto abogado valenciano, Juan Martí, con noticia, quizá no inmediata, de la segunda parte del *Guzmán*, que ya su autor había compuesto y leídola a tal cual amigo, la plagió y recompuso le menos mal que el diablo le dió a entender, y la sacó a luz en su patria, bajo el pseudónimo de *Mateo Luján de Sayavedra*. Así dijo Alemán después, ya reescrita su segunda parte: «Me aconteció lo que a los perezosos: hacer la cosa dos veces; pues por haber sido pródigo, comunicando mis papeles y pensamientos, me los cogieron al vuelo, de que viéndome, si decirse puede, robado y defraudado, fué necesario volver de nuevo al trabajo, buscando caudal con que pagar la deuda, desempeñando mi palabra. Con esto, me ha sido forzoso apartarme lo más posible de lo que antes tenía escrito.»

Peor cariz, aunque mejor resultado, ofreció

estotra desdicha: Alemán tenía pendiente de pago la obligación contraída en Madrid, por febrero de 1601, a favor de Miguel López, y, como a su vencimiento la hubiese solventado el fiador Pedro de Baeza, éste, con su carta de lasto, pidió ejecución contra el deudor principal ante el licenciado Uribe, teniente del corregidor de Madrid, y, despachada requisitoria en 15 de junio de 1602, fué con ella a Sevilla Francisco Demar hacia mediados de diciembre e hizo prender en la Cárcel Real al ejecutado, que también, a lo que parece, había sufrido alguna prisión por cualquier trabacuenta de su contaduría. Probablemente por aquellos mismos días estaba preso allí Miguel de Cervantes, y a fe, señores académicos, que deploro no ser ésta oportuna ocasión para empezar a esclarecer punto tan brumoso, y tan interesante a la vez, como el de la nada amorosa voluntad que se tuvieron aquellos dos ingenios peregrinos, y que se trasluce, no menos que en algunos lugares del *Quijote*, ya indicados por Clemencín, en varios otros del *Guzmán de Alfarache*, por nadie notados hasta ahora. ¡Para que fuese auténtica aquella amistosísima carta de Alemán a Cervantes, mal urdida por el verdadero autor de *El Buscapié*!

En aquellos días debió de hallarse ausente de la metrópoli andaluza Juan Bautista del Rosso,

cuando no se dió prisa a sacar de la prisión a su deudo, negóse a efectuarlo doña Catalina de Espinosa, por lo cual, airado Alemán, en 10 de enero de 1603 le revocó los poderes con que cobraba las rentas de su casa de la Calería, y quedó el infeliz abandonado de cuantos pudieran favorecerle. Entonces, y acaso a la par que Cervantes escribía su incomparable novela allí «donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación», Alemán, que, en cumplimiento de un voto, componía el libro que había de intitular *San Antonio de Padua*, acumulaba en su corazón aquella angustiosa amargura que, al tratar de una prisión sufrida por el padre del Santo, le hizo proferir estas palabras: «Quien careció de miserias, de afligida prisión o injusta, desesperada hambre o afrentosa desnudez, parecerále trabajoso de sufrir el dolor de un mal paso; mas mucho mayor se le hace al que pasó por ello y se vió algún tiempo solo y preso, desnudo y pobre, necesitado y hambriento. Bendito sea el Hijo de Dios, que, aunque como Dios nuestro Señor tuvo entera noticia de nuestros trabajos y desventuras, no las había padecido hasta que se vió entre los hombres hombre: y entonces practicó por experiencia nuestra dolencia; lo que aflige una necesidad, lo que ator-

menta una ingratitud, lo que irrita una soberbia, lo que martiriza un agravio, lo que padece un justo perseguido y un solo desfavorecido...» Al cabo, en 25 del propio mes, Juan Bautista del Rosso, ya de regreso en Sevilla, pagó a Demar el capital debido y las costas judiciales, cediéndole en casi total pago del adeudo «quinientos libros intitulados *Guzmán de Alfarache*, por otro nombre *el Pícaro*», claro que de la edición sevillana, en precio de doscientos diez maravedís cada uno, y quedando a deber Alemán al agente del acreedor quinientos reales, importe de su costa y de sus salarios.

Es de presumir que Demar negociaría la venta de estos libros con algún librero sevillano de los muchos que mercadeaban con las Indias, y que allá enviaría también Rosso, fuera de muy contados ejemplares, el resto de la edición, debiéndose a estas circunstancias el ser extremadamente raros. Bien que lo son asimismo los de la príncipe. Paladinamente declaro que, aunque lo intenté con ahinco, no he logrado hallar noticia de tales remesas en los registros de ida de naos en 1603. En cambio, acá y allá tropecé con envíos de ejemplares de «*El Pícaro, segunda parte*», que no puede ser más que la de Martí, y aun tal cual vez, juntas en ilícito maridaje, la primera parte, que no la hay sino auténtica, con

la segunda que falsificara aquel torcido hombre que, por una de tantas paradojas como la realidad ofrece a cada paso en el mundo, solía examinar de *Derecho* en la Universidad valentina.

Terminado el libro acerca de San Antonio antes de la primavera de 1603, el generoso deudo y editor de Mateo Alemán, a 3 de marzo, concertó con Clemente Hidalgo, tipógrafo hispalense, la impresión de 1.750 ejemplares de esta obra, en letra parangona, habiendo de comenzarse el trabajo el día 20 de aquel mes y de dar hecho cada día un pliego de tres resmas y media. Pero ¡cosa rara y difícil de explicar!, tal impresión no sólo no se hizo en aquella primavera, sino que, además, no habría podido efectuarse, por carecer todavía el libro de las aprobaciones necesarias, pues las que lleva son de noviembre y diciembre de aquel año. El caso parece aún más peregrino al reparar en que hasta el 31 de enero de 1604 no autorizó Alemán a Rosso—dígolo por sus propias palabras—«para que en mi nombre y como yo mismo pueda hacer imprimir e imprima un libro de la vida e milagros del señor san Antonio que yo he hecho, de que tengo privilegio de su magestad...» Y, en efecto, sólo entonces se imprimió el libro, en la oficina de Hidalgo y en letra parangona, tal como (prematuramente, a lo que se deja en-

tender) lo habían concertado el editor y el impresor.

Mas a fe que si tal documento origina alguna duda, en cambio, desata otra, o, dicho mejor, induce a rectificar una afirmación acaso acaso equivocada. La particularidad de hallarse en el *Libro de la Hermandad de los Impresores de Madrid* un asiento justificativo de que en 4 de junio de 1600 ingresaron «de en casa de Mateo Alemán un real y catorce maravedís» hizo entender al tan sagaz como docto bibliógrafo don Cristóbal Pérez Pastor que aquél, impresa en 1599 la primera parte del *Guzmán* en casa de Várez de Castro, «quiso imitarle poniendo también imprenta». Y así lo entendí yo con el diligentísimo exhumador de los *Documentos cervantinos inéditos*, hasta que, a la nueva luz de la dicha escritura sevillana hallé otra explicación al apunte del *Libro de la Hermandad*. Estipuló Clemente Hidalgo con Rosso que la impresión del *San Antonio* había de hacerse «en una imprenta que tengo de tener armada y puesta en las casas de la morada de Mateo Alemán, que son en esta ciudad, en la collación de sant Vicente». Pues cosa igual debió de suceder con la impresión de la primera parte del *Guzmán*: que se haría en la casa del autor, entonces habitante en la corte, y al ingresar tardíamente aquellos

maravedís en el arca de la Hermandad, se indicaría, no el nombre del impresor, sino la casa en que había estado establecida la imprenta.

Entre los pocos amigos que en su pobreza tenía Mateo Alemán, deben contarse los que le agasajaron escribiendo composiciones encomiásticas para sus obras. De algunos de ellos, verbi-gracia, de Vicente Espinel y Juan López del Valle, he tratado en uno de mis libros recientes; de los demás nada podré decir en este discurso. Una sola excepción haré: la del famosísimo Lope de Vega, autor de diez y seis gallardas liras que lucen en los principios del *San Antonio de Padua*. Sabido es que Lope, ya casado desde el año de 1598 con doña Juana de Guardo, dejó en el de 1600 el servicio del Marqués de Sarria y se trasladó a la gran ciudad del Guadalquivir con su amada *Camila Lucinda* y con algunos frutos, más bien flores, de esta ilegítima unión: con aquella gentil Mariana y aquella graciosa Angelilla a quienes Hamete, el esclavillo de Gaspar de Barrionuevo, llevaba a la tienda por chucheries infantiles... ¡Es lástima, pero es verdad que los más tiernos idilios suelen convivir risueña y fraternalmente con los más diabólicos pecados! Pues bien (y de bonísima voluntad ofrezco a la Academia Española estas primicias de un reciente hallazgo mío), para que la permanencia de

Lope en Sevilla se alargara hasta los primeros meses de 1604 hubo un curioso motivo: la hermosa comedianta Micaela de Luján, *Camila Lucinda* por otro nombre, estaba casada con cierto mediocre representante, llamado Diego Díaz. Este, que discretamente se había ido a las Indias en 1596 o algo más tarde, falleció en el Perú al mediar el año de 1603; y, como un sevillano que de allá vino trajese los maravedís que quedaron por bienes suyos, la ya viuda promovió diligencias judiciales para que se la nombrase tutora y curadora de sus hijos y se la autorizase para recibir y administrar la herencia. Ofreció por fiador en la dicha tutela a Lope de Vega Carpio, y entre los testigos que presentó para la información, fué el primero Mateo Alemán. Quizá en la propia casa de éste vivieron Lope y *Camila Lucinda*; a lo menos, consta que moraban en su collación: en la de San Vicente. Entre los hijos de Micaela de Luján figuran (y no podía ser menos) Mariana y Angeles, y como el menor de todos, de edad de tres meses recién cumplidos (y no podía ser más), Félix, nacido y bautizado en Sevilla.

Impresa la *Vida de San Antonio*, y pues era Lisboa un excelente mercado para los ejemplares de este libro, por el grande amor que a *su santo* profesan los portugueses, Mateo Alemán,

de acuerdo con Rosso, partióse allá entrada la primavera de 1604. Puede fijarse casi con cabal precisión la fecha de la partida: en 5 de abril otorgó Alemán cuatro escrituras que lo pintan con el pie en el estribo.

Por una de ellas, como cesionario de Juan Alonso, piloto mayor de la flota de Nueva España, apoderó a su deudo para que prosiguiera las gestiones relativas al cobro de lo que por su salario como tal piloto se le debía; por otra correspondiéndole designar la segunda vida en cuanto al disfrute de sus casas de la calle de Redes dió poder a Atanasio de Averiñi para que la designase; y por las dos restantes apoderó a doña Francisca Calderón para cobrar, arrendar y aun vender sus casas y cualesquier otros bienes suyos, y simuló cederle en arrendamiento, por un año, las de la dicha calle de Redes, dando por recibida la renta. Y ya Alemán en Lisboa, como allí se le ofreciese buena ocasión para dar a la estampa la segunda parte de su novela, en la cual (dígolo siquiera de pasada) se sacó a maravilla cuantas espinas le había clavado Juan Martí, llevó su manuscrito a la renombrada imprenta de Pedro Crasbeeck, con aprobaciones de 7 y 9 de septiembre y privilegio para Portugal de 4 de diciembre, y en los últimos días del año salió a luz el nuevo libro, bajo el título de *Segunda*

parte de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana, por Mateo Alemán, su verdadero autor.

La estancia de Alemán en Lisboa, quizá porque entendiera allí en otro linaje de negocios, se prolongó hasta después de abril del siguiente año: pruébase por un poder que Rosso dió más tarde para cobrar de cierto mercader de libros de aquella ciudad unos ejemplares del *San Antonio* «que de mí recibió —dice Rosso— por mano de Mateo Alemán..., según consta y parece por un conocimiento que dello me hizo firmado de su nombre, su fecha en Lisboa a 26 de abril del año pasado de seiscientos y cinco». Y entretanto, el mismo Rosso hacía al Nuevo Mundo grandes remesas de los libros de su pariente: en 15 de abril de 1605, para entregarlas en Puerto Belo, tres cajas con 292 ejemplares del *San Antonio*; poco después, para Cartagena de Indias, 102 ejemplares de la misma obra, y en julio del propio año, para alijarlas en San Juan de Ulúa, otras tres cajas con 490 ejemplares de la segunda parte del *Guzmán*.

A partir de octubre de 1605, mes en que Alemán, ya de regreso en Sevilla, compró en el término de Umbrete, por encargo del dicho Averonni, un pedazuelo de pinar como de una aranzada, no vuelvo a hallar contrato alguno suyo con

Juan Bautista del Rosso, y de éste no encontré hasta ahora noticias posteriores a marzo de 1607. ¿Cómo no salió a luz la tercera y última parte del *Guzmán*, que su autor había de ofrecer muy en breve, pues la tenía hecha, según dijo reiteradamente en la segunda? ¿Sucedió alguna cosa desagradable que enemistara a Alemán y Rosso...? Porque no sé responder a estas preguntas las hago, y en cuanto a la última, hechos posteriores, que narraré, hacen presumir que pueda aventurarse una respuesta afirmativa.

Frisaba Alemán con los sesenta años y se le había cerrado el horizonte en términos tales, que se encontraba reducido a la miseria, y, lo que aún era peor, perdida la esperanza de salir del negro estado en que se veía. Había pasado el bizarro tiempo del Emperador, que premió las armas, y el buen tiempo de Felipe II, que solía premiar las letras; de ordinario, galardonábase ahora la adulación servil; ser deudo de un privado valía más que estudiar toda la vida; dábase el pan a los ahitos, con tal que no lo hubieran ganado; el favor se reía desvergonzadamente de los méritos, y las virtudes escondíanse abochornadas, como si fueran vicios... Y pensando estas y otras cosas análogas, Mateo Alemán, que había gastado en la lucha por la vida lo mejor de los aceros de su alma, quiso no morir en donde no

podía vivir. Se resolvió a irse a las Indias. Allí tenía deudos que podrían favorecerle; especialmente prometíase mucho del doctor Alonso Alemán, su primo hermano, quien, después de abogar con grande crédito en la Audiencia mejicana y de leer muchos años la cátedra de prima de Leyes de aquella Universidad, había sido recomendado para algún alto puesto por el Conde de Monterrey, ex virrey de Mejico y virrey del Perú.

Adoptada tal resolución, Mateo Alemán pidió la real licencia para pasar a la Nueva España con tres hijos suyos, una sobrina y dos criados. Obtúvola; mas aquí empezaron a suceder ciertas cosas raras, para algunas de las cuales, hoy por hoy, no hallo satisfactoria explicación. Fué la primera que Mateo Alemán, por dos escrituras otorgadas en Sevilla, a 10 de abril y 14 de mayo de 1607, respectivamente, donase su casa de la calle del Río a Pedro de Ledesma, secretario del Real Consejo de Indias, y le apoderase para vender los privilegios relativos a la segunda parte del *Guzmán* y al *San Antonio de Padua*. Como era Ledesma quien refrendaba las reales cédulas de pasajeros, cabe dudar si fué un acto de mera liberalidad la tal donación, que siempre parecía sospechosa, por la pobreza del donante, o si en ello hubo quizá remuneración

de algún favor recibido, mayormente si por cualquiera circunstancia había impedimento para conceder a Alemán la licencia de pasaje que solicitaba.

Cosa para causar extrañeza es también que Alemán en todo lo tocante a su ida a las Indias cuidó ahora de llamarse *Mateo Alemán de Ayala*, añadiendo insólitamente a su nombre este último apellido; pero tal hecho tendría buena explicación si se demostrara que un Juan Alemán de Ayala que había sido escribano de Sevilla por los años de 1568, y que en 1589 renunció su oficio de escribano público en la ciudad de Santo Domingo de la Isla Española, se había trasladado a Méjico, vivía aún a los comienzos del siglo xvii y era deudo de Mateo Alemán; que en los pasados tiempos no fué caso raro, antes bien frecuente, arrimar al propio apellido el de aquel cuya protección se esperaba o se pretendía, y aun dejar el uno por el otro. Y para que todo sea harto curioso en los preparativos del viaje de Alemán, eslo muy mucho el que éste, al presentar la real cédula en la Casa de la Contratación de Indias con la información de testigos practicada en 1582, diese por hija suya, con doña Margarita y Antonio Alemán, de trece y ocho años, a doña Francisca Alemán, de veinticuatro, que no era sino su amiga doña Francis.

ca Calderón, mudado el apellido, y debía de pasar de los treinta. Igualmente llama la atención el haber manifestado alguno de los testigos que no conoció a la madre de los hijos de Alemán, porque éste y aquélla «no fueron casados, y son hijos naturales nacidos en esta ciudad, y así es cosa pública y notoria». Y la doña Catalina Alemán, de cuarenta años, que aparece como hija de Juan Agustín, no podía serlo, a lo menos legítima, porque éste no tuvo sucesión de su primera mujer doña Isabel San Román de Medina, muerta en 1596.

Dejándonos una acabada prueba de que la doña Francisca que había de acompañarle no era una hija suya de este nombre, sino doña Francisca Calderón, Mateo Alemán, a 8 de junio de 1607, la víspera de su despacho para el embarque, otorgó poder a doña Gregoria, su ama, a doña María Calderón, hermana de aquélla, para que administrasen sus casas de la calle de Redes, y facultó a doña María para que morase en la pequeña, o la cediese en arrendamiento haciendo suyo el producto. Claro es que pues tal poder y tal licencia no se dan a doña Francisca, la persona más allegada a Alemán, ésta había de partir con él. Y claro es asimismo que estarían rotas las relaciones de Alemán con su deudo Juan Bautista del Rosso, aca-

so por muerte de éste, cuando no quedó a su cargo la administración de aquella humilde hacienda.

Despachado y pronto para el embarque, ya Alemán soñaba con el momento en que se diese la orden de zarpar la flota; pero aun en ésto se vió defraudada su esperanza. Vagaban pirateando no lejos de nuestras costas de Levante navíos holandeses, y por real carta fecha en Valladolid a 27 de junio se manifestó a don Francisco Duarte, presidente de la Casa de la Contratación, que, pues para el breve despacho de la armada que había de ir en busca del enemigo «era fuerza valerse de algunos navíos de la flota de Nueva España que está aprestada», se había mandado «suspender por agora la salida de dicha flota y que se descarguen las mercaderías a satisfacción de sus dueños».

Preciso fué, por tanto, a nuestro escritor aplazar su viaje hasta cerca del estío del año siguiente; y como en todo este tiempo, aunque mucho lo procuré, no he hallado rastro suyo en Sevilla, colijo que viviría fuera de esta ciudad. No es difícil conjeturar en dónde, ni tampoco determinar en qué emplease los ratos que le dejaba libres la negra tarea de buscar su mantenimiento. Dedicólos a componer una *Ortografía castellana*, en la cual pudiese plantear y proponer importantes

reformas que sus buenos estudios y sus largas meditaciones sobre esta materia le representaban como necesarias, o, cuando menos, como grandemente razonables y útiles. Tengo por probable que Alemán pasó aquel año, o buena parte de él, en la villa de Trigueros, en donde residían parientes suyos, o en algún otro pueblo del Condado de Niebla, e indúzcolo del siguiente párrafo de su *Ortografía*: «Doy mi palabra que habrá pocos días que siendo huesped en un lugar del Condado de Niebla de más de quinientos vecinos, vi que muchos llamaban *escribén* a el *escribano*, y el mismo escribano, hallándose presente a cierta conversación escolástica que tratábamos el cura y yo, nos dijo: «Por esta *sofricanza* de »cruz, ques hecha de güeso y carne, que les die- »ra no sé qué por saber *latigar* y *destruir* los la- »tines como ellos.» Quiso decir *litigar* y *construir*; y para esto hizo una cruz con el index y el pulgar, poniendo una hechura de toda la mano, que pudiera bien servir para el candelero de tinieblas.»

Con estas y las otras, pasó el tiempo, y a mediados de junio de 1608 llegó el ansiadísimo de hacerse a la vela la flota de la Nueva España, compuesta aquella vez de más de setenta navíos. El egregio dramaturgo mejicano Juan Ruiz de Alarcón tenía su pasaje en la nao de que era

maestre Diego Garcés; Mateo Alemán y sus acompañantes iban en la de Tomé García, con el ecijano Bartolomé de Góngora, como éste dijo muchos años después en su curioso libro, hoy todavía inédito, intitulado *El Corregidor sagaz...* Zarparon las naves del puerto de Bonanza, quedáronse atrás, a la mano derecha, los copudos pinos del famoso Bosque de Doña Ana, y a la izquierda, la alegre ciudad de Sanlúcar, y poco después, pasada la barra y esfumados y desvanecidos por la brumosa lejanía los blancos caseríos de Chipiona, Rota y Cádiz, no se vió otra cosa que mar y cielo. Doña María de Treseño, la mujer de Góngora, charlaría sobre cubierta con doña Francisca Calderón; Alemán, mirando con los ojos fijos el lejano horizonte, ensimismábase a menudo, lleno de melancolía. Llevaba al Nuevo Mundo, además de sus viejos desengaños y sinsabores, un solo librito, y ése, no acabado: su *Ortografía castellana*. Dejábase atrás, con amargo desdén, todo lo que tenía escrito de la tercera parte de su *Guzmán* y una *Historia de Sevilla*, fruto de muchas vigiliass y afanes... ¡Perdido, perdido todo!

De la breve estancia y de la quizá pronta muerte de Mateo Alemán en Méjico no sabemos sino lo que se colige de su *Ortografía castellana*, que allí terminó y publicó en 1609, y lo que en

su mencionado libro inédito dijo Bartolomé de Góngora. Alemán dedicó el suyo a don Juan de Villela, presidente de la Audiencia de Guadalajara; pero, en realidad de verdad, a la ciudad de Méjico, en unas elegantísimas expresiones: «...No se lo pude imprimir — dice — por no tenerlo acabado cuando me dispuse a pasar a estas partes, y porque, como el que viene de otras extrañas, tuve por justa cosa traer conmigo alguna con que, cuando acá llegase, manifestar las prendas de mi voluntad...» Discúlpase antes, al fin de la fe de erratas, de las que había sacado su libro: «...que no es posible corregir bien sus obras el autor dellas; demás que la corta vista y la larga enfermedad me disculpan.» Al cabo de esta dolencia debió de estar acechándolo la muerte. He aquí las palabras de Góngora: «Mateo de Alemán, criado del Segundo y Prudente, ingenio subtil sevillano, y subtil en su *Guzmán y San Antonio*, merece recordación de amigo, con quien comunicaba sus elocuentes escritos antes que viniese conmigo el año de 1608, mereciendo Méjico su precioso cadáver...»

Voy a terminar muy pronto, señores Académicos: luego que resuma en algunas breves consideraciones este esbozo de biografía. En las obras de Mateo Alemán están contenidos, como por vislumbres y entre ligera bruma, los princi-

pales acontecimientos de su turbulenta vida y las memorias de las tierras y ciudades que recorrió y en donde vivió: de Madrid (y seré muy parco en estas citas) aquel sermón, oído en San Gil, contra los escribanos, y el recuerdo de los famosos bodegones de Santo Domingo, Puerta del Sol, Plaza Mayor y calle de Toledo; de Granada, amén de hacer memoria de aquellas «uvas pequeñuelas y gustosas llamadas *jabies*», el sucedido del rústico labrador que, viendo tan alta, en la portada de la Chancillería, la figura de la Justicia, se desistió prudentemente de su pleito, y la hábil traza de que se valió aquel travieso regidor para vender bien la leche de su ganado; de Italia, con especialidad de Florencia, en donde debió de residir algún tiempo, muchedumbre de interesantes pormenores, y no menos de Portugal y del hidalgo y afectuoso trato de los portugueses.

Pero solamente los sucesos de la vida de Mateo Alemán bien investigados y conocidos pueden dar la clave para entender y juzgar sus obras con cabal acierto. Sin la curiosa historia de su casamiento y de sus desavenencias conyugales no entenderíamos sino a medias el alcance de aquellas prolijas consideraciones acerca de las mujeres y del matrimonio, a que solía digresar, así en el *Guzmán* como en el *San Anto-*

nio de Padua; sin la noticia de sus encarcelamientos no podríamos darnos exacta cuenta de cuán hijas de su propio infortunio fueron sus frecuentes observaciones sobre la cárcel. Mas ¿se ha de entender por esto que, como algunos insinúan, Mateo Alemán se retratase en su *Pícaro*, hasta el extremo de que la vida de éste sea, *plus minusve*, su propia historia? No, a buen seguro, y ahora, cuando por primera vez al cabo de tres siglos pueden compararse entrambas vidas, la del escritor y la de Guzmán, échase de ver muy claramente. Esto no obsta para que, pasando a menudo del relato de las diabólicas traversuras de su héroe picaresco a las graves moralidades que pone en sus labios, para tornar muy luego de éstas a aquél, tal como, en frase de Ariosto, hace el músico diestro,

*Che spesso muta corda e varia suono,
Ricercando ora il grave, ora'l acuto,*

Alemán atribuyese a Guzmanillo, su hechura, alguna particularidad de su misma persona y no pocos pormenores de su propia vida, como por cariño y fineza paternal.

Así, sobre cuantas concordancias y analogías he ido señalando acá y allá en este mi des-

mañado discurso, puede bien advertirse cómo la señal de herida que tenía Alemán «sobre el dedo pulgar de la mano izquierda, junto a la muñeca», cicatriz que implícitamente se deja suponer que era asimismo señal de Guzmán, da pie para el error de los desalmados cuadrilleros que confunden a éste con un ladroncillo a quien buscaban y que «tenía menos el dedo pulgar de la mano izquierda»; cómo la compra de un solar para edificar, en la calle del Río, sobre el cual pesaba un censo perpetuo de diez y ocho reales de rédito en cada un año, está recordada la referencia de aquel otro solar, también con censo perpetuo, que compró Guzmán, «por tener una posesión y un rincón propio en que meterse»; cómo las alhajas que vendió Alemán a don Francisco Vallés en 1594, y las mercaderías de seda y oro que compró en 1601 a Miguel López, corresponden de todo en todo a aquellas famosas mohatras con que Guzmán y su suegro se granjeaban judaicas medras; y cómo, en fin, para no proceder en infinito, cuando Guzmán, por segunda vez casado, vuelve a Sevilla, toma casa «en los barrios de San Bartolomé», es decir, junto a la collación de San Esteban o en ella misma, donde Alemán había vivido algunos años.

De los cuarenta y ocho libros que el buen

Vasco Díaz Tanco de Fregenal declaró en su *Jardín del alma cristiana* tener recopilados y hechos después que salió de tierra de infieles, llamábase el quizá más curioso: *Los seis aventureros de España, y como el uno va a las Indias, y el otro a Italia, y el otro a Flandes, y el otro está preso, y el otro anda en pleitos, y el otro entra en religión. E como en España no hay más gente destas seis personas sobredichas*. Ciertamente: no había más. Pero algunos españoles de aquel gran siglo tenían vitalidad tan lozana y pujante, que juntaban en sí las más de las seis personas. Y esto sucedió a Mateo Alemán, que, fuera de andar por Flandes y entrar en religión, todo lo demás hizo y todo lo demás fué, que era espíritu complejo y brioso, de amplísimas aptitudes, y en quien toda cualidad tuvo algo, y aun mucho, de atlético. Así, a poco que se lea en la mejor y más popular de sus obras, sorprenden y cautivan al lector, aquí, un valiente rasgo de aquella alma templada como el acero damasquino; allí, una bizarra muestra de su agudo y perspicaz ingenio; en todas partes, un léxico abundantísimo, lleno de vivas lumbres, salpicado de innumerables joyuelas del bien decir y sembrado de *folk-lore* de lo más neto y castizo que criaron tierras de España.

Fué Mateo Alemán, como Cervantes, un desheredado de la dicha, y aun quizá habría podido

reconvenirse como se reconvino éste por boca de Apolo:

Tú mismo te has forjado tu ventura,
Y yo te he visto alguna vez con ella;
Pero en el imprudente poco dura;

mas así y todo, ¡qué diferencia entre ambos peregrinos escritores! Para los dos tuvo harta hiel la fortuna; pero Cervantes, siempre generoso, levantaba sobre todas las miserías su efusivo corazón, y escupía noblemente aquella hiel, apenas pasada de los labios, para que no se le aposentara en las entrañas, mientras que Alemán, profundo filósofo, de espíritu recio y áspero, la paladeaba y deglutía aposta, por no perder su derecho a la queja y a la indignación. Así, explicando, en ocasión memorable y no remota, mi venerado maestro y maestro universal don Marcelino Menéndez y Pelayo cómo Cervantes no imita jamás la novela picaresca, ni siquiera en *Rinconete y Cortadillo*, «que es un cuadro de género tomado directamente del natural, y no una idealización de la astucia famélica como *Lazarillo de Tormes*, ni una profunda psicología de la vida extrasocial como *Guzmán de Alfarache*», añadía estas palabras de oro: «Corre por las páginas de Rin-

conete una intensa alegría, un regocijo luminoso, una especie de indulgencia estética que depura todo lo que hay de feo y de criminal en el modelo, y sin mengua de la moral lo convierte en espectáculo divertido y chistoso. Y así como es diverso el modo de contemplar la vida de la hampa, que Cervantes mira con ojos de altísimo poeta y los demás autores con ojos penetrantes de satírico o moralista, así es divergentísimo el estilo, tan bizarro y desenfadado en *Rinconete*; tan secamente preciso, tan acerbamente sobrio, en el *Lazarillo*; tan crudo y desgarrado, tan hondamente amargo, en el tétrico y pesimista Mateo Alemán, uno de los escritores más originales y vigorosos de nuestra lengua, pero tan diverso de Cervantes en fondo y forma, que no parece contemporáneo suyo, ni prójimo siquiera.»

Tiempo es éste de reparaciones. En el promoverlas y llevarlas a cabo hay, al par que un nobilísimo anhelo de justicia, algo de bochornoso remordimiento nacional. Parece, además, triste hado del genio no gozar de su gloria, póstuma siempre. Por eso a la amargosa baya del laurel sólo por burla irónica puede llamársele fruto. Ya honramos a Cervantes. Ya, también, podemos honrar a Mateo Alemán: él mismo, anciano y enfermo, dijo cuando había de ser llegada la sazón, en estas palabras que dirigió *Al lector* en su *Or-*

tografía: «Así habré de pasar el tiempo que vi-
viere, siendo muy propio a los presentes andar
perseguidos hasta la muerte. No se dirá de mí,
pues me falta de qué, ser envidiado; mas deste
agravio me nace confianza que habiendo falleci-
do me dirán responsos y volverán a envainar las
armas con que agora trataren de ofenderme, por-
que la luz natural habrá dádoles vista, y me ten-
drán ausente de la suya. Que nunca la sal sala ni
hace su efeto hasta ya estar deshecha.»

HE DICHO.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

El libro de los paisajes.

I

Tormenta.

Erase una caverna de agua sombría el cielo;
el trueno, a la distancia, rodaba su peñón,
y una remota brisa de conturbado vuelo,
se acidulaba en tenue frescura de limón.

Como caliente pólen exhaló el campo seco.
Un relente de trébol lo que empezó a llover.
Bajo la lenta sombra colgada en denso fleco,
se vió al cardal con vívidos azules florecer.

Una fulmínea verga rompió el aire al soslayo;
sobre la tierra atónita cruzó un pavor mortal;
y el firmamento entero se derrumbó en un rayo,
como un inmenso techo de hierro y de cristal.

II

Lluvia.

Y un mimbreral vibrante fué el chubasco resuelto
que plantaba sus líquidas varillas al trasluz,
o en pajonales de agua se espesaba revuelto,
descerrajando al paso su pródigo arcabuz.

Soltó la alegre lluvia por taludes y cauces.
Descolgó del tejado sonoro caracol;
y luego, allá a lo lejos, se desnudó en los sauces
transparente y dorada bajo un rayo de sol.

III

Calma.

Delicia de los árboles que abrevó el aguacero.
Delicia de los gárrulos raudales en desliz.
Cristalina delicia del trino del jilguero.
Delicia serenísima de la tarde feliz.

IV

Plenitud.

El cerro azul estaba fragante de romero,
y en los profundos campos silbaba la perdiz.

LEOPOLDO LUGONES

JUVENILIA

Felices los jóvenes. Ignoran la esclavitud de las opiniones consagradas y no sufren la coyun_ da de errores que otros cometieron. Pueden mirar hacia adelante sin angustias de remordimiento y esparcir semillas vírgenes en surcos nuevos, como si la historia comenzara en el preciso momento en que ellos forjan sus ensueños.

El porvenir pertenece a los que no tienen complicidad con el pasado; es necesario estar libres de prejuicios crepusculares para estremecerse al contacto de ideales que incensantemente se renuevan. Toda futura grandeza, en nuestra América, está en manos de la juventud que estudia, preparándose a vivir intensamente una era nueva de la civilización humana. Una sola generación de estudiosos bastaría para dar a estos pueblos personalidad en el mundo, creando una nue

va moral, plasmando formas originales de arte, agregando verdades firmes al acervo de las ciencias, inspirando la vida común en generosos preceptos de solidaridad social.

Pensar en el porvenir, con insaciable afán de perfección, es la manera más firme de preparar altos destinos a las razas nacientes. Está en formación otro mundo moral, libre de las tradiciones rencorosas que envenenan el arcaico espíritu de Europa; procuremos infundirle ideales nuestros y virtudes nuestras, cuyo conjunto constituya una etapa distinta de las pasadas en la historia de la Humanidad.

Una nueva nación debe significar algo más que un nuevo estado político. Importa una nueva cultura, un nuevo criterio para medir los valores sociales, una nueva orientación del ideal colectivo hacia conquistas propicias a la ventura de los hombres. Todo ritmo de civilización puede reducirse a términos de una fórmula sencilla: conquistar la felicidad de todos, evitando los comunes sufrimientos.

Refúgiense en el ayer los hombres y las naciones exhaustas, que ya no tienen mañana. Los ideales contemplativos son propios de la senectud, para la que «todo tiempo pasado fué mejor»; los ideales constructivos son propios de la juventud, pues ella sabe que «todo tiempo por venir se-

rá mejor». Los jóvenes deben explorar rutas desconocidas, en busca de inspiraciones y de estímulos para la vida humana: hay sistemas de sentimientos, de pasiones, de ideas, de actos, que implican vehementes anticipaciones. Quien tenga avidez de pensar por sí mismo no se detenga a rumiar lo que otros pensaron, ya que el hombre y la sociedad son susceptibles de ilimitados perfeccionamientos.

Los que sólo piensan en el presente y viven hartándose con satisfacciones inmediatas, son factores negativos para el porvenir. Son fuerzas eficaces los que miran alto y lejos, aunque no puedan cosechar en vida los frutos de su siembra. Hay, para los soñadores, una justicia segura, la de sus hijos, que son la posteridad.

Bienvenidos los jóvenes quiméricos que construyen el mañana, anhelándolo, pensándolo, haciéndolo. En ellos pueden adunarse la capacidad para el trabajo y el entusiasmo para la cultura, fuentes naturales de toda grandeza colectiva. Los pueblos que marcan su paso por la historia son los que ejercitan más intensamente las virtudes del pensamiento y de la acción.

El hombre que trabaja es optimista y es justo; cosecha los frutos de su huerto y respeta los frutos del esfuerzo ajeno, estimando el mérito de los otros hombres y sintiendo la comunión de

todos los esfuerzos. El hombre que piensa elabora los destinos comunes, sirve a su pueblo entero, preparando los ideales que lo encaminan hacia un norte expansivo y fecundo.

Estudiar es el trabajo de la juventud, pues da inteligencia para la acción, que es la vida misma. Descifrar la naturaleza, en las cosas que la constituyen y en los libros que la interpretan, es multiplicarse. El ritmo con que diariamente aprendemos más, la estoica labor del que sabe escrutar la verdad y construir la ciencia, la beatitud serena del que se juzga fuerte porque sabe, frente a los que son débiles por ignorancia, elevan el entendimiento y ennoblecen el corazón, templan el carácter en la dignidad y preparan hombres cada vez menos imperfectos.

Una generación estudiosa puede marcar destinos nuevos a América; su civilización palpita en manos de los jóvenes. Nuestro siglo está ya cansado de viejos y de enfermos, harto de sombras que se agitan en la maldad y en la sangre. Todo lo espera de una juventud viril. Desea hombres, capaces de amor y de solidaridad.

JOSÉ INGENIEROS

Los dos creyentes de Hieraim.

Y cuando ores, no serás como los hipócritas; porque gustan de ponerse a orar de pie en las congregaciones, y en las esquinas de las plazas, para mostrarse a los hombres... Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y, bien cerrada tu puerta, ora a tu Padre que está en lo oculto...

(MATEO VI, 5-6.)

Si no deseáis su reino, no le pidáis en vuestros rezos. Mas si le deseáis, es preciso que roguéis por su adquisición, es preciso que trabajéis por él.

(RUSKIN. La corona del olivo Silvestre. *El trabajo.*)

I

Había una vez un hombre muy bueno, cerca de las tierras de Hieraim, que decía parábolas y sabía curar a los enfermos.

Y vivía en una choza en lo alto, en donde están hoy las cuevas del entierro, y no bajaba a adonde las gentes, ni por alimentos porque sabía buscarlas en el campo.

Y sucedió que un día los hombres religiosos de la ciudad descubrieron que el pobre de la choza enseñaba oraciones distintas de las suyas. Y aun algunos le oyeron censura contra los ricos que rogaban por «el pan nuestro de cada día» mientras se fallecía de hambre en las calles...

Y también le oyeron que no decía «tu reino venga a nos» como ellos, sino, «yo haré, Señor, por acercarme a sus puertas».

Pero como todas estas oraciones eran extrañas para los hombres religiosos de Hieraim, difamaron contra él... Y subieron gentes a poner aflicción en las puertas de la choza.

Mas el viejo tenía paz de espíritu y rodeábale el aura de sus hechos, porque su vida, que había recordado, no la encontró manchada... Y entre sus recuerdos flotaban las obras justas como los nenúphares en el estanque...

Mas de su boca no volvió a salir, sin embargo, predicación alguna para los que se le acercaban, porque temía que sus dichos fuesen dichos de división y de discordia.

Pero cuando en el silencio de la noche los des-

velos aleteaban sobre él y se oían los aullidos lejanos de las fieras, desde el fondo de su espíritu se elevaban estremecimientos y en su mente latía compasión infinita...

II

Y he aquí que cierto día llegósele uno de los servidores del templo que le era enviado por los escribas. Y el servidor del templo habló de las cosas del reino de Dios y su boca vertió sátira para los descreídos y derramó ponzoña para «los que abandonaban el camino» y para los orgullosos y para los osados...

Mas el viejo de la choza le habló de la caridad sin esperanza de premio, de la bondad verdadera e intensa, de la bondad ignorada por todos. Y le habló de la desgracia cuando persigue al hombre. Y le dijo que si la vida era grande era por el dolor... Y le dijo que había ideas intensísimas y eternas como el mundo, y le habló de la Justicia. Después le dejó que leyera sus *Meditaciones*, un pequeño texto escrito en arameo sobre hojas de palma.

III

Y en aquella misma luna, una tarde en que el pobre de Hieraim miraba la tierra a lo lejos, aposcósele el ánimo y retiróse. Y llegada que fué la noche, murió, Sin lágrimas por su soledad y con amargura por otros mundos, murió.

Y como un caminante llevara la noticia de la muerte a Hieraim y la supiera el enviado de los hombres del templo, llegóse de noche adonde el viejo y le cerró los ojos... Y lloró sobre sus restos hasta que cantó el gallo. Luego salió y cabó una fosa. Y mientras el alba comenzaba a clarear por entre las palmeras, condujo allí al pobre envuelto en su manto y le sepultó.

Y ya marchaba cuando vieron sus ojos los escritos de la *Meditación* esparcidos sobre la tierra desde la choza hasta la sepultura y pisados por él durante la noche...

Y recogióles, poniendo en ellos orden, hasta que se leían bien los títulos grandes que decían: *Meditación*. Después cabó fosa muy profunda y en lo más hondo les enterró; porque no era conveniente que las gentes de Hieraim supieran que podía orarse «a solas y bien cerrada la puerta».

Y como faltara ya muy poco para la oración

de la mañana que se celebraba en Hieraim al salir el sol, limpió sus manos, arregló bien su túnica y marchó, apresurándose para no perder las primeras ceremonias de los phariseos.

VIRIATO DÍAZ PÉREZ

CLEOPATRA

A la cour de Cléopâtre,
il était un tigre royal...

Rachilde.

I

Bajo el toldo cobalto de un cielo implacable
el campo de batalla tiende su inmenso osario
con la grandeza épica de un canto milenario
bañado en llamaradas de horror inenarrable.

La tropa se detiene. La reina inexorable
contempla el espectáculo macabramente vario;
topacios y diamantes tejen regio sudario
para su cuerpo impuber de encanto incomparable.

Con la mano enjoyada cubre los negros ojos,
cruelles y lascivos sonríen los labios rojos,
y en su torre de plata, sobre el fuerte elefante,

con placeres de espasmo y agonías de muerte,
los cuerpos que se pudren contempla palpitante,
vencida, temblorosa, agonizante, inerte.

II

Del mar de podredumbre que llega hasta el
desierto,

como un arco que vibra para lanzar la flecha,
un tigre que entre los muertos agazapado acecha,
salta a lomos del bruto que vacilante, incierto,

se dobla al leve peso. Hay un silencio yerto.

A su zarpazo fiero la torre cae deshecha.

Las esclavas perecen; la reina permanece derecha;
con un gesto detiene a los arqueros. El concierto

prosigue. Danza en la magia de los lampadarios:
y en la gloria morena de los senos erectos
entre la policromía de los collares varios

florece dos carbunclos cual líricos insectos.
Mientras el sexo altivo, misterioso y fuerte,
es como un heraldo que anuncia la Muerte.

III

La noche tiene un mágico encanto de cristal,
le cielo es un manto con dorados guiones,
y en la serena pompa de las constelaciones,
le Nilo es como un mágico camino sideral.

Cleopatra va ritmando el eco de metal
de sus bailes extraños en sacras extorsiones.
Por incestuosos celos en fieras contorsiones
revuélvese su amante sobre la cruz fatal.

La esfinge sonríe su perenne misterio,
las pirámides tienden su línea de salterio,
y en la magia azulada de la noche de plata

se escuchan los rugidos del tigre prisionero,
mientras la Reina danza en la gloria escarata
y por el cielo cobalto resbala un lucero.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Poetas latinoamericanos

Luis G. Urbina.

Una gran parte del público, y otra gran parte de la juventud intelectual española, verán en Urbina (pues desconocen sus obras, y su nombre nunca llegó a ellos sino como un eco lejano) uno de tantos mozos que, en los primeros ensayos líricos, llegan a España cargados de ilusiones, con el justo anhelo de conquistar unas tempranas hojas de laurel...

Nada más dolorosamente erróneo. Se sigue queriendo ignorar en España cuanto de nuevo y bueno en la América existe, como antes se quisieron ignorar la Geografía y el desarrollo de aquellos pueblos, que se fueron haciendo naciones libres, con el natural asentimiento de todos,

menos de nosotros, descendientes del Cid, con mucho hierro en la mano y muy poco sentido común en la medula.

Ya que han dado en llamar a aquel Continente una gallarda prolongación de la estirpe, España debería tender la vista más allá del Atlántico, como a una ventana azul abierta al futuro. Dando nosotros hoy la espalda a la América, hacemos el papel de la noche dando la espalda a la aurora.

Urbina es uno de los poetas más altos y delicados de la América latina. Pocos como él, durante estos últimos veinte años, han gozado de un prestigio sin mácula, arrastrando tras de sí a una juventud intelectual. Toda una escuela que tiende a diamantizar el idioma y a quintaesenciar el espíritu.

El poeta está en el otoño de la vida, y sus versos de hoy tienen la misma frescura de los que escribió en su mocedad. Es un poeta observador, descriptivo y emotivo. Su romanticismo rejuvenece. Ha llegado a España hace unos meses como redactor del importante periódico *Heraldo de Cuba*, que se edita en la capital de aquella isla, donde se refugió al estallar la revolución de Méjico, cuna del poeta; perpetuo soñador, solitario y sereno, que al conocer el corazón de los hombres opta por apartarse de ellos, sentarse

sobre el banco de piedra de un parque y platicar a solas con una flor.

Tiene publicados, entre otros libros, *Puestas de Sol*, *Ingenuas* y *Lámparas en agonía*, obras magníficas donde imperan la melancolía de las fuentes solitarias y la serenidad de los jardines floridos bajo las maravillas del crepúsculo.

Además ha escrito otros libros, en prosa, que rezuman ideas y desbordan bellezas de estilo; entre ellos el que publicó con motivo del Centenario de la República de Juárez. También ha sido durante mucho tiempo director de la Biblioteca Nacional de su país.

Urbina une a su alma de niño todo el jugo de la filosofía, limpia y amarga, que le han dado sus cuarenta y tantos años de sabia experiencia y la serena observación de la vida y de las cosas. Es como quien lo ha sentido todo, lo ha comprendido todo, y solamente la sencillez y la inocencia han logrado verter en su alma una benéfica lluvia de rocío y de frescura.

Pronto publicará otro tomo de poesías inéditas; un puñado de rosas sencillas, empapadas en una filosofía clara y amarga, que intitulará *De la vida vulgar*, y donde ha logrado poner en las cosas más fútiles una llovizna de oro y un jirón de azul.

De entre este jardín de versos nuevos arrancó

estas rosas con que adorna la vida de una chiquilla vulgar y la común vulgaridad que la rodea:

Mariposa de harapos, ¿en qué flores
de vicio un día libarás las mieles
del deseo? Los años son crueles,
y nos roban muy pronto los candores.

¡Pobre niña que vas, cándida y sola!
Don Juan acecha, y Celestina ríe...
Te pone el sol de Ocaso una aureola,
y la tarde en sus oros te deslie.

Tu belleza es gentil, pero no fuerte;
lirio de amor, que cubren los andrajos.
El Ogro está escondido y va a comerte,
Caperucita de los Barrios Bajos.

* * *

Nombro a los míos, y me asalta el miedo;
en mi fatal divagación me enredo...
Ya es una sombra en el confín la niña...
Y yo, con ansias de llorar, me quedo
mirando la aridez de la campiña,
que asoma por la Puerta de Toledo.

Tanto mérito tiene dignificar asuntos como éste, donde casi siempre el oro de la imaginación cae en el vacío, como tejer un poema épico-lírico a la manera de las *Montañas de Oro*, de Leopoldo Lugones.

Bien llegado a tierras de Castilla el poeta, que, a través de las múltiples transformaciones de la literatura, arrebatando prosélitos, y de los diversos aires que durante años sacudieron los rosales líricos, llevándose consigo muchas personalidades, ha sido siempre él, sin la influencia de ninguno de los maestros de las liras modernas y teniendo la virtud de encontrarse siempre en las avanzadas del modernismo.

ALFONSO CAMÍN

Madrid, octubre de 1916.

TEATRO LÍRICO

Carlos Bosch.

El señor Pérez de Ayala publicó el día 3 del pasado diciembre un interesantísimo artículo, en el que, a propósito de la pantomima «El sapo enamorado», estrenada en el teatro de Eslava, hacía, con su erudición excepcional, una síntesis histórica de lo que ha sido y constituye este arte de la pantomima, y, refiriéndose al intento del señor Martínez Sierra, advertía un distingo entre lo usadero *provechoso* y lo usadero *chabacano*, elogiando después la iniciativa del director artístico del teatro de Eslava.

Yo veo este arte como una necesidad, una petición de movimiento del de la Escultura, que no conforme con el reposo del tiempo, que encuentra en la serenidad la perfección de su idea,

algo apartada de la vida accidente, busca, amparándose en el ritmo musical, la expresión de una intensidad vívida por la acción y el gesto que para lograr su efecto ha de ser sucedido, si desborda el equilibrio para dar la sensación del sentimiento presente, porque en la Escultura queda tan sólo la esencia, la idea causa de lo que fué un trozo de vida, y que se eterniza en la existencia de forma soberana.

En el arte se ampara y descansa la vida, pero ella a su vez es la que sugiere, la que forma el proyecto de belleza que inspira al artista creador, y su expansión es necesaria; la danza lo es de la música misma, y el movimiento y el gesto de la Escultura, completándose con el ritmo musical, que equilibra su acción y comenta el asunto. Por eso esta música de pantomima ha de internarse completamente en el poema que se nos presente, dándonos claramente la idea de sus principales episodios. Y es así, según dice perfectamente el señor Pérez de Ayala, como lo realizado en este género por Strawinski puede servir de modelo.

El señor Martínez Sierra ha comprendido indudablemente que la extensión del arte teatral se abre en mayor campo, y fértil, con el atractivo del más variado paisaje para el musical sobre todo. Gran aficionado en sus empresas a toda

clase de novedades, tuvo la buena idea de organizar estos espectáculos, que pueden decirse nuevos para nosotros; pero preciso es reconocer que en la elección de la primera pantomima estuvo desacertadísimo. Y no tanto por el poema del señor Borrás como por la música del señor Luna, que además de sonar sin sonoridad (permítaseme tal atrevimiento de dicción), quiero decir mal instrumentada, no nos señala absolutamente nada de cuanto va pasando por la escena, y cuando alguna vez lo procura, es de tal manera, que recuerda el «calla Sancho, peor es meneallo».

No comprendo cómo al Sr. Martínez Sierra, que tan rodeado está de nuestros mejores músicos, se le ha ocurrido elegir esta pantomima para inaugurar el género, ni siquiera aceptarla entre ellas. Claro es que yo pienso todo esto sin salirme del terreno artístico y ni vislumbro siquiera temores de Prensa, ni de taquilla. Cuando se pretende hacer una campaña de arte, lo primero a que se obliga quien la emprende es a seleccionar, amontonando los bienes sin mezcla de mal alguno. Unicamente se podrá dispensar en tal caso el mal inconsciente, y el Sr. Martínez Sierra tiene buenos músicos de quienes tomar consejos, y si ellos, por exagerada delicadeza, no los quisieran dar, siempre se hubiera podido en-

terar por alguien, caso de que él por sí mismo no acierte a distinguir de bondades musicales.

Este error es de por sí bastante grave, porque el fracaso al comienzo de un género puede traer el del género mismo, y bien lamentable sería que músicos insignes como Manuel de Talla, Conrado del Campo y Joaquín Turina, entre otros, fracasaran por ajenas culpas, confundiéndoseles además con los que no son ni de su categoría ni de su clase. Siempre, como dice el insigne Gani-vet: «Tendremos obras magistrales creadas por los maestros y una rápida degradación provocada por la audacia y desenfado de los aprendices.» Menos mal si lo fuera el Sr. Luna; pero el Sr. Martínez Sierra debió comprender que el autor del «Asombro de Damasco» no lo sería del público de Eslava.

En cuanto al Sr. Borrás, aunque formó algo pesadamente el interesante asunto en que se inspiró, creo que era digno de mejor suerte, o de mejor compañero para la parte musical. El prólogo, que quizá sea demasiado largo, por el momento de impaciencia en el público, es, aun influido del estilo de Benavente, o por ello mismo, de gran poesía. Nunca sobra la belleza, y, por consiguiente, en mi opinión, que no es humilde aunque pueda ser equivocada, resultando oportuno y nos conduce al exotismo imaginado don-

de la vida se liberta para convertirse en un cuento inverosímil que jamás sucedió, porque sólo lleva verdad. El desarrollo de la acción que sigue es como digo demasiado larga; pero con otro músico, el Sr. Borrás hubiera triunfado completamente.

Los intérpretes estuvieron a mayor altura de la que se pudiera esperar, teniendo en cuenta que eran principiantes en ese género, nada fácil y que no tiene Escuela entre nosotros.

Mucho confío en que a pesar de todo pueda el público deleitarse con este arte de antigüedad revivida en nosotros que tiene la poesía de lo que fué y la alegría de esperanza de lo que será, existiendo ya asegurado desde sus comienzos con la música de Joaquín Turina, que comenta el gran poema de la divinidad humanizada, siempre niño y siempre eterno, que ve nuestras vidas aun presagiando sus tristezas, porque trae en sus amores dones de redención.

CARLOS BOSCH

La canción del eunuco.

A Francisco Villaespesa.

Tu harén está vacío. La favorita muerta.
Tu harén está vacío como mi corazón...
Sólo queda el eunuco nostálgico en la puerta,
que aduerme su fastidio con lánguida canción.

Oye la amarga trova del árabe importuno
que canta dolorido su horóscopo fatal,
y dice los secretos del mirador moruno,
turbando del serrallo la calma sepulcral:

—Padezco como Tántalo: con lúbricas delicias
sus ojos me brindaban... Mis párpados cerré.
Sus labios me humillaron con cálidas caricias;
los míos se esquivaban... Besar, ¿y para qué?

Recorro los jardines, las sendas más umbrosas,
en busca de un retiro donde poder llorar,
y en todos los rincones parejas hay dichosas
que me rechazan... ¡Piensan que yo no puedo
amar!

Rayo de luna, dame tu místico consuelo;
consuelo que no hay lengua que pueda definir;
caricia que desciende desde el callado cielo
y sin palabras, dice: «Prepárate a partir...»

¿Por qué nos has dejado, sultana dolorida?
¿Por qué ya no resuena tu voz en el harén?
Amores imposibles causaron tu honda herida;
amores imposibles me matarán también.

Existen los fantasmas. Ayer junto a la fuente
una furtiva sombra surgió cerca de mí,
y se alejó llorando, tras de besar mi frente.
Yo no sé si he soñado... Yo no sé si la ví...

Sacras cegueras.

Persiguiendo fantástico espejismo
por el llano atajé de la existencia,
apagando el fulgor de mi conciencia
para no ver la sombra de mí mismo.

Busco cimas de luz en negro abismo;
alza frágiles torres mi demencia,
y por cada ilusión, en la experiencia
tiene el mundo moral un cataclismo.

¿Adónde dirigir nuestra mirada...?
Es preferible para el alma herida,
a contemplar miserias no ver nada.

¡Acaso lo ideal es verdadero,
si se mira la sombra de la vida,
con los ojos de Milton o de Homero...!

Vértices luminosos.

Jehová, Zeo, Jesús: ígneo tridente,
magna constelación, triángulo inscrito
en el cero que abarca lo infinito:
¡Pon un crisma de luz en cada frente!

La Humanidad bosteza indiferente
hollando el lirio de la fe, marchito;
ni áurea leyenda ni sagrado mito
surgen ya, como antaño, del Oriente...

¡Jehová, Zeo, Jesús! Voz angustiosa,
ve a perderte en la noche silenciosa...
¡No hay un eco en la Tierra para ti!

Bajo el cielo, sediento de plegarias,
yerguen sus cumbres mudas, solitarias,
el Gólgota, el Olimpo, el Sinaí...

Eros.

Besa un rayo de sol de primavera
en el rostro pueril a Eros dormido;
los rizos de su blonda cabellera
brillan con el fulgor de oro bruñado.

En su boca purpúrea y hechicera
un diminuto corazón partido;
cada pestaña, flecha traicionera,
dardo de luz de su carcaj temido.

Hay en sus alas cortas y sutiles
el bello tornasol inolvidable
que tienen nuestros sueños juveniles;

y tibio soplo de sus labios mana,
que esparce un polen místico, impalpable
como el secreto de la vida humana...

El rayo verde.

Una mirada fué, que no se olvida;
una postrer mirada persistente...
Su inefable expresión flota en mi mente
cual remembranza tierna y dolorida.

Aún me atormenta la visión querida
de aquel pálido rostro adolescente
donde miré apagarse, dulcemente,
la tenue llama de su corta vida.

En alta mar, en días de bonanza,
envía el sol sus últimos destellos
del color ideal de la esperanza.

Así sus verdes ojos me miraron,
sus ojos melancólicos, ¡tan bellos!,
y luego para siempre se cerraron...

Alejandro, príncipe.

Ese joven de olímpica belleza,
a veces soñador, a ratos fiero,
cuando duerme, reclina su cabeza
sobre un libro inmortal, timbre de Homero.

Es casto por temer que la impureza
debilita sus músculos de acero:
estudia porque aspira con firmeza
a ser entre los reyes el primero.

Montado en el Bucéfalo indomable,
piensa, tal vez, que dominar la gloria
es siempre para un héroe practicable;

y sus ojos de bícroma mirada
ven futuras grandezas de la Historia
repasando los versos de la «Iliada»...

En el reino de la poesía.

Llantos de eunuco, tonos de elegía,
trinos de flauta, música incolora...
¿Qué acento exaltará la poesía?
¡No hay una voz profética y sonora!

Como en noche polar, alba tardía,
presentimos tu luz consoladora:
¡venga el fecundo resplandor del día!
¡Surja el himno de fuego de la aurora!

Inspiración viril, robusta, sana,
no la débil que lánguida suspira,
requiere nuestra musa castellana.

Yo percibo en la sombra—sueño acaso—
ecos remotos de ignorada lira,
y el galope triunfante de *Pegaso*...

MANUEL VERDUGO

La Evolución de Gabriel D'Annunzio por Gonzalo Zaldumbide.

Esta obra estudia la audaz trayectoria recorrida por el genio de Gabriel D'Annunzio, que, en su evolución creadora, señala la curva más alta y luminosa en el ciclo de la literatura mundial comprendido entre las postrimerías del gran siglo pasado y el orto sangriento de los actuales días.

Libro que es como un pomo cincelado en cristal de roca, en el que un sutil alquimista de belleza hubiera encerrado la más pungente y alquitarada esencia exquisita que él mismo extrajera de las encendidas y odorantes flores del brujo y deslumbradar jardín dannunziano; libro que es

como un cofre de sándalo, con herrajes de oro y plata, en el que se guardara preciadas joyas de arte; libro que es como una mágica caja de música, en la que se encerraran reminiscencias de las maravillosas armonías que brotaran de la lira más sonora y multicolorde que humanos dedos hayan pulsado jamás; libro que es como un vasto lienzo, o más bien, gran fresco mural en el que, en visión panorámica, se muestran los aspectos más hermosos e interesantes del mundo ingente visto por una milagrosa fantasía y fijado, de manera definitiva, por un mago de la línea y del color.

Para ornato de nuestras letras, este libro bello y hondo, en el que se analiza magistralmente toda la producción dannunziana, está escrito por un literato hispanoamericano; y, a fe, que sólo un espíritu sutil, comprensivo, fino y penetrante, flor de latinidad, como el de Gonzalo Zaldumbide, en quien se unimisman el fervor, la espontaneidad jugosa de los hijos del Nuevo Mundo—ha nacido en la capital del Ecuador y es gala y orgullo de la juventud intelectual de ese bello país—y la serenidad, la perspicacia, la penetración y la cultura de un europeo—vive y produce en París—podía haber llevado a feliz término la magna empresa de escribir el primero, y, en concepto de muchos críticos, el mejor

libro que sobre el enorme poeta de Italia existe hasta ahora en lengua de Castilla.

Como un guía experto e inteligentísimo, el autor nos conduce por el maravilloso y deslumbrador semicírculo parabólico que va de *Primo Vere* a *La Nave*, después de culminar en la *Laus Vita*. Sigámosle, si bien rápidamente, por la vía encumbrada y luminosa del supremo arte de nuestros tiempos.

Las grandes etapas que en su camino, con singular acierto, va marcando el guía son: *Los comienzos*.—*El realismo*.—*La vena lírica*.—*El círculo de la sensualidad*.—*El conato humanitario*.—*La voluntad de dominio*.—*El canto de triunfo de la vida*.—*El teatro*.—*Características de la obra*.—*El espíritu dannunziano*.

En el primer capítulo, vemos brotar, en plena adolescencia del gran poeta, las primeras vertientes de la inexhausta vena lírica. Asistimos a la aparición de los cuatro primeros libros que nos dan la clave de la labor futura: *Primo Vere*, brote de juventud, abierto a los rayos del sol carducciano; el *Canto Novo*, «himno inmenso en loor de la tierra, del mar, de los héroes y de la vida», y que fué en la literatura italiana «como una sangre nueva, hirviente, pero pasada por un filtro de arte»; *Terra Vergine*, que nos da intacta la emoción de aquel agro hosco y triste, mis-

tico y bravío de los Abruzzos. En estos libros está en germen toda la obra consumada.

Aquella visión cruel y lacerante de humanidad, en la que se descubren todas las llagas y purulencias de una adolorida carne de esclavitud, se condensa en los *Cuentos de la Pescara* y corresponde a la fase más que realista, naturalista, del gran idealizador y exaltador de la vida.

Tras este paréntesis materialista, la fibra lírica y el ímpetu dionisiaco vuelven a vibrar: ¡Oh divina floración del *Intermezo*, joya preciocista, cincelada por un orfebre florentino; del *Isotteo*, pleno de gracia y elegancia; de *La Chimera*, cargada de morbosas y dulces languideces; de las *Elegías romanas*, en las que la melancolía infinita de la ciudad única rima maravillosamente con la oceánica tristeza de las almas; del *Poema Paradisiaco*, en el que un «anhelo de renacimiento, difunde por el libro una frescura nueva».

Se abre luego el círculo de la sensualidad vórtice alucinante, en el fondo del cual las *Novelas de la rosa*, abriéndose como opulentas y tentadoras flores de carne, exhalan un capitoso aroma de deseo.

En seguida, como para olvidar sus conflictos, sus inquietudes, sus pasiones, como para huir de sí mismo y de su espíritu, Gabriel D'Annunzio

canto apoteósico de la vida, el más vibrante y férvido que haya resonado jamás, es como un germinal glorioso, dominado por un divino e inmortal aliento pánico, y en él se contiene toda el alma de Gabriel D'Annunzio.

Después de haber dominado la lírica y la novela, el prodigioso e infatigable creador de belleza va a la conquista de la escena, la cual le viene estrecha para encerrar sus desmesuradas e ingentes concepciones. «Por el comentario lírico a su drama la *Cittá Morta*—nos había dicho nuestro guía—sabemos que su propósito era el de renovar el espíritu trágico de las multitudes reunidas en espera de una nueva palabra, no oída de labios de poeta desde que enmudecieron Esquilo y Sófocles; resucitar la tragedia griega, aparejándola en forma que fuese contemporánea de los espectadores y capaz de infundirles, sin evocaciones retrospectivas, un ideal de vida heroica.» Al tratar del teatro dannunziano, la comprensión profunda, el sutil análisis, la perspicacia suma, el poder evocatriz; todas las preciadas cualidades que caracterizan el escogido espíritu del autor de la *Evolución* se manifiestan plenas. ¡Qué manera de comprenderlo y de sentirlo todo! ¡Qué modo de desentrañar los más ocultos sentidos, los más oscuros simbolismos! ¡Cómo analiza, cómo avisora, cómo ausculta, cómo bu-

cea en la roja entraña de la magna obra! ¡Qué forma tan sintética, tan bella, leve y cristalina tiene de relatarnos los asuntos de dramas y tragedias! ¡Y qué noble serenidad en medio del torbellino de belleza, de pasión, de lirismo, de horror y de dolor que nos va mostrando, con estilo tan moderno, personal, plástico, dúctil y vivaz que, al recorrer las cien páginas que en el estudio total ocupa el del teatro, llegamos a sentir algo que se acerca a la emoción misma de la dramaturgia dannunziana. Sentimos, sí, sentimos el temblor calofriante que sacude *Il sogno d'un matino di primavera* y *Il sogno d'un tramonto d'autunno*; el inquietante maleficio de la *Città Morta*; la angustia de unas divinas manos mutiladas en *La Gioconda*; el vértigo heroico de *La Gloria*; la dantesca belleza de *Francesca di Rimini*; la milenaria superstición y el atroz fatalismo de la *Figlia di Iorio*; la magia verbal de *Pin che l'amore*; la sugestión misteriosa del «fragante, verde, triste Adriático» en *La Nave*.

Al señalar las características de la obra dannunziana, el sutil crítico nos dice: «Defectos y cualidades van extrañamente mezclados en su obra. Van compenetrados; tanto, que es difícil hacer entre ellos un discremen neto y señalar en qué punto preciso de su manifestarse, cualidades y defectos dejan de serlo convirtiéndose unos en

otros. Los que pueden reprochárselo a D'Annunzio son los defectos de sus cualidades; éstas, sin ellos, no serían lo que son. Son cualidades que pecan por exceso o por exclusivismo.» Luego nos presenta al autor de *Il Piacere* como el arquetipo del artista, tal como lo concibió el Renacimiento, como un excelso creador de puras formas estéticas, como un potentísimo escultor de belleza, cuyo sentimiento ha dignificado y ha exaltado a la categoría de un culto universal; condiciones éstas por sí solas bastantes para enaltecer toda la obra y justificar los más lamentables extravíos. Lirismo, irrealidad, exaltación, armonía, sensualidad, sentimiento de la naturaleza, riqueza de matices, exageración del sentimiento pánico, ofuscamiento, esplendor, preciosismo suntuario, fantasía ardorosa; todos los elementos constitutivos de ese potente filtro de belleza que nos enajena y nos embriaga, y que se llama arte dannunziano, están analizados, de manera admirable, en este estudio.

El último capítulo se consagra a examinar el espíritu dannunziano. Si todas las partes de la obra total del poeta de Italia están unidas por un invisible engarce de pensamiento, sería, sin embargo, impertinente pretender extraer de ella una concepción intelectual sistemática y propia. Lo creado por Gabriel D'Annunzio es, más bien,

un fascinador panorama de belleza, iluminado por un sol de varias filosofías, sobre todo, de filosofía nietzschana. Ya nos lo advierte nuestro autor: «Despojado Nietzsche de preocupaciones intelectuales, conviértese en Gabriel D'Annunzio.

Sí; D'Annunzio es un Nietzsche, sensual. Es Nietzsche, menos la inteligencia; Nietzsche, menos Nietzsche. No queda de él sino la voluntad de dominio, la voluntad afirmativa y lírica. La voluntad no necesita de certidumbres: va. ¿Adónde? A girar en el retorno eterno.» En una obra en la que, «como en lechos suntuosos e infames, en sus páginas se retuercen los espasmos de la carne», no hay, no puede haber más filosofía que ésta: la de sentir y vivir en belleza, ávidamente, plenamente, intensamente, la Vida, toda la Vida...!

Cierra el volumen un apéndice, en el que el autor examina los que, acerca de la gran cuestión dannunziana, se han publicado con posterioridad al suyo; porque esta importante obra, de la que el notable literato que dirige la *Biblioteca Andrés Bello* ha tenido el acierto y la oportunidad de darnos, en estos días, una segunda edición, salió a luz en París, en 1909, siendo elogiosamente comentada por intelectuales de Italia, Francia e Hispano-América, que saludaron en Gonzalo

Zaldumbide la aparición de un alto y singular espíritu crítico.

Tal es, en síntesis, el libro que sobre el proceso evolutivo del inmenso espíritu «del hombre de la Italia Nueva, de su poeta, su héroe epónimo acaso, del que marcará la nueva época igual que el padre Dante la suya», aparece en Madrid, prestigiado por circunstancia tan única como la de ser el bardo de la *Laus Vita*, actor en la apocalíptica tragedia universal de hoy, a la que arrastró a su pueblo con el poder taumatúrgico de su verbo, con la fascinación irresistible de su numen, el solo capaz de cantar la epopeya de la edad presente.

CÉSAR E. ARROYO

La fábula del Deseo.

A Rosa Riera, en Barcelona.

Eva en el Paraíso sonríe satisfecha
bajo el árbol sagrado de la Sabiduría,
mientras en torno de ella una audaz teoría
de visiones extrañas se retuerce y la estrecha.

Tiembla sobre su seno, diabólica y derecha,
una tosca cabeza de serpiente, que guía
la cola puntiaguda por la noble armonía
de sus piernas, curvadas como un arco de flecha.

En la fosforescente mirada de sus ojos,
más grandes y más verdes que los de la serpiente,
hay una cranescencia de férvidos antojos...

Y sus mórbidos brazos, en absurdo himeneo,
atraen la cabeza del reptil reluciente
y la besan sus labios, donde sangra el Deseo.

L. RODRÍGUEZ-FIGUEROA

DON JUAN
EN SANTA MARTA

Al salir del Perú, ya consumada
la obra de su genio y de su espada
 en la América austral,
Bolívar, desde Francia, recibía
una carta de amor y poesía
 de Fanny de Villars.

Aquella ardiente carta en su memoria
removía cenizas de una historia
de veinte años atrás,
y mundano, voluble y libertino,
París se interponía en su camino
de Lima a Bogotá,

Fanny le confesaba... Todavía
el recuerdo penoso de aquel día
me persigue tenaz.

Vos socabáis al llanto en mi semblante,
mientras yo enloquecida y suplicante,
no os dejaba marchar.

«No quiero resignarme al desengaño,
y en prueba de mi afecto os acompaño
mi efigie y un puñal.
Tales prendas serán en vuestra vida,
el arma, la defensa requerida,
mi efigie, un talismán...»

¿Habló a su corazón tanta vehemencia?
No era fácil sondear en la conciencia
del caudillo inmortal.
Tras la heroica virtud de su pujanza,
se confundían en estrecha alianza
Aquiles y Don Juan.

Placía a sus pasiones voluptuosas,
olvidar los laureles por las rosas,
la gloria por el vals.

Y pronto a la embriaguez de las caricias,
entre mujeres al amor propicias
plantaba su vivac.

De Lima a Quito, Bogotá y Pamplona,
hasta el valle que el Avila corona,
fué una marcha triunfal.

Palpitantes de amor los corazones,
se pusieron en pie cuatro naciones
para verle pasar.

Pocos años después, en Santa Marta,
ya próximo a morir, aquella carta
recordó frente al mar,
clavó la vista en el confín arcano;
vió por última vez el oceano,
y rompió a sollozar...

ANDRÉS MATA

De «Cristo en los Infiernos», obra inédita, de Goy de Silva, publicamos el capítulo de

«El Reino de los Parias»

«Escúchame, yo te mostraré, y te contaré lo que he visto...»

«Él me ha puesto por parábola de pueblos, y delante de ellos he sido como tamboril.»

(Job. Capít. XV y XVII. Versículos XVII y VI.)

*«.....
Todos vienen aquí... todos pasan aquí la noche de reposo, para luego emprender la marcha... Otra vez la marcha, pero sin ser ya lo que han sido y sin saber lo que serán... Porque yo, durante su sueño, les cambio el corazón y borro de su mente los recuerdos...»*

*.....
(LA REINA SILENCIO. Escena primera del acto tercero.)*

He aquí, que este pequeño libro extraño de «El Reino de los Parias» es como el sueño del hombre que pasó una noche en el castillo feudal de la Reina innominada, en la misma cámara de las postreras nupcias.

Todos dormiremos alguna vez en el tálamo frío donde la amante silenciosa velará nuestro sueño, durante el cual ha de arrancarnos dulcemente el corazón, poniendo en su lugar un corazón nuevo para una nueva vida...

Hoy, por primera vez, sale a la luz este pequeño libro extraño de «El Reino de los Parias» (arrancado de las páginas inéditas de «Cristo en los Infiernos») en esta nueva edición de «La Reina Silencio», porque es como un epílogo de la tragedia; el sueño mismo del hombre que pasó una noche en el castillo del misterio...

I

A ti, oh Amante innominada, en cuyos brazos he de refugiarme fatalmente cuando todos me abandonen, hasta la misma Vida consagro este poema de muerte y esperanza; porque tú has dicho: «A mi lado, cuando hay muerte hay también resurrección.»

Estaba ante la puerta del Misterio. Negra boca de un túnel que parecía conducir a las profundidades de la tierra.

Diríase la puerta de un panteón que tuviese por túmulo una montaña.

Avancé, sin temor, entre la obscuridad, durante largo tiempo.

Oía rumor de músicas. Voces de instrumentos de una extraña armonía, suavemente acordados, como en aire lento de zarabanda.

En una nueva dirección del túnel vislumbé una claridad que parecía la boca de salida.

Y después de una caminata larga, entre las

sombras, llegué no a la salida del túnel, sino a una gran estancia subterránea, iluminada por una luz fantástica, una luz matizada con toda la gama de colores, como si un arco iris luciese sobre las tinieblas.

Y bajo esta luz, que se debilita en los ángulos distantes de la vasta sala y se perdía a lo largo de las galerías profundas que partían en todas direcciones, se veía un compacto y abigarrado conjunto de seres humanos.

Seres que yo había visto en el mundo separados por las categorías sociales y que allí, con gran asombro mío, veía en una confraternidad tal, que hacían suponer se estaba en una fiesta de carnaval donde las galas de unos y los harapos de otros eran disfraces.

O bien en un gran escenario donde se celebrase una farsa.

A un lado de la sala, sobre un estrado en el cual se alzaba un trono, había una mujer envuelta en un manto negro de cola interminable y con la faz velada por una gasa.

Estaba en pie, con la cabeza alta y las manos caídas, manos de muerta, descarnadas y pálidas.

Ante Ella, en un espacio abierto entre los circunstantes, bailaban a compás de la orquesta, como en un minué de honor, diversos personajes de figurón:

Un rey, tocado de corona de oro, túnica de púrpura y manto de armiño, daba la mano a una doncella vestida de juglaresa, y hacían *bis* con un enano en traje de bufón, que a su vez tenía por pareja a una reina.

Un mendigo harapiento y una princesa de romance cambiaban sus ceremonias con un prelado y una meretriz.

Una monja y un poeta tendían sus manos a un astrólogo y una sibila...

Había gentes de todas las razas, castas, sexos, edades y categorías.

Gentes de todos los países: del Occidente, del Oriente, del Norte y del Sur...

Un esclavo blanco bailaba con una reina negra del país de Ofir.

Y un paria, cubierto de lepra, llevaba a sus labios ulcerosos la mano blanca y suave de una doncella hermosa, coronada de azahar..

Había risas y llantos; gemidos de dolor y gritos de júbilo, y suspiros de enamorados.

Todos buscaban su pareja.

La música, en una enarmonía constante, pasaba del aire lento, de los dulces acordes, a las notas altas, agudas y vibrantes, hasta los compases rápidos, como ráfagas sonoras, y ya no era un minué, una zarabanda o una danza pausada, sino un vals en crescendo, un galop de notas deliran-

tes y cálidas, un torbellino de sonidos, en la más febril exaltación de armonías, que levantaban ecos de tal estruendo, como si a las músicas de la fiesta se mezclasen los cantos de las tempestades.

Y a compás de las notas sonoras, las notas luminosas crecían en intensidad, como en un despertar mágico de colores que llenaban los ámbitos, ahuyentando las sombras en tropel, cayendo sobre todas las negruras y sobre todas las cosas como un aluvión de rayos irisados, de claridades irresistibles, como si el arco de la luz, fantástica y velada en un principio, se abriese cual el ala de un abanico gigantesco o la cola enorme de un gran pavo real, en la que cada pluma fuese un sol distinto y todas ellas formasen una aurora radiante.

Era la visión apocalíptica de un alucinado.

Ante esta inundación de luz, ante esta fiebre de armonías, las voces y las figuras humanas desaparecían, quedando como sumergidas en un abismo de fuego. Yo, en una ofuscación total de mis sentidos, por el deslumbramiento, perdí la noción de todo. Y cuando luego, ignoro al cabo de qué tiempo, me hallé en las tinieblas, creí despertar de un sueño.

Pero oía voces en torno mío.

Las músicas habían cesado, la luz se había ex-

tinguido; pero las gentes estaban allí, en mi derredor y no parecían darse cuenta de la obscuridad, porque hablaban como si estuviesen en plena luz y pudieran verse. ¿Verían en efecto? ¿Sería yo el único deslumbrado y ciego entre todos?

Hablaban, a la vez, infinitas voces de múltiples acentos, unas con expresión de júbilo, otras resignadamente, otras con indiferencia o desdén; otras, en fin, nostálgicas, doloridas, desesperadas, plañideras... Muchas con palabras de rebeldía; muchas con un ligero acento de esperanza, de ironía, de duda... Todas se preguntaban: ¿Por qué estamos aquí?

Una voz:—Toda mi vida es una página blanca. Me llamaban paralítico, ciego, mudo y tonto. ¿Por qué estoy aquí...?

Otra voz: —He sido más rico que Creso y más poderoso que César. He conquistado pueblos y mis esclavos se extendieron por toda la tierra. ¿Por qué estoy aquí...?

Otra voz: —He sido tan bello que a mi vista se humillaba la ira y se alzaba el amor... Con una mirada rendía todas las voluntades. ¿Por qué estoy aquí?

Otras voces decían:

—He sido fuerte como Hércules.

—Sabio como Salomón.

—Casto, prudente y pródigo como Josef.

—Desventurado como Job.

—¿Por qué estamos aquí?

¿Por qué estamos aquí todos,
los inocentes y los culpables,
los soberbios y los humildes,
los avaros y los pródigos,
los castos y los concupiscentes,
los sumisos y los rebeldes,
los abstinentes y los voraces,
los compasivos y los envidiosos,
los perezosos y los diligentes,
los limpios de corazón y los rojos de abominaciones,
los justos y los pecadores,
¿Por qué? ¿Por qué?

Todos hacían fe, con voces altas, de sus pecados o de sus virtudes.

Y todos se preguntaban dónde estaba el premio y el castigo. Y por qué no había separación.

Sonó un clarín y se encendió de nuevo el pálido arco iris.

Y entonces callaron todas las voces.

Y reinó el silencio.

II

*¿Dónde podréis estar más seguros
que aquí....?*

Vi otra vez el estrado, y sobre el estrado a la mujer envuelta en su manto negro, pero con la faz descubierta. Era de una belleza sobrehumana.

Miraba serenamente sobre la multitud sin que pareciese ver a nadie, ni fijarse en nada. Miraba como quien pone su mirada en sus recuerdos, o en sus esperanzas... Miraba al pasado y al porvenir.

Por un instante movió los labios, como si fuera a hablar; pero no pronunció la menor palabra.

Alzó sus manos lentamente, a la altura de sus hombros, desprendió su manto sujeto por un cordón, y se mostró desnuda a todos los ojos fijos en ella con ávida curiosidad.

Tenía la belleza grácil y armoniosa de las doncellas vírgenes que iban a encender sus

lámparas en el sagrado altar de Vesta y a ofrendar sus coronas de flores blancas a Afrodita.

Tenía una belleza androgina de adolescente. Sus dos pechos nacientes fingían dos rubies.

En su vientre suave parecía esconderse una perla.

Y en su sexo lucía una amatista.

Una voz dijo:

—He ahí la Vida en todo su esplendor...

—He ahí la belleza. He ahí el triunfo de la carne.

Y otra voz:

—¡Es la más bella de todas las mujeres!

—Es la castidad.

Y otras voces:—¡Es la lujuria...!

Y otras:—¡Es la muerte, es la muerte...!

Pasó una sombra de terror sobre todos los rostros.

Ella, entonces, habló:

—Soy—dijo con una voz divinamente extraña,

la que os esperaba...

Para mostraros el camino de la Muerte...

Soy el secreto de la Vida... La imagen de la Vida... El espejo de la Verdad... Miráos en mí... Miradme...

A medida que hablaba iba transfigurándose y, como si los diversos matices del iris pasasen so-

bre ella, su cuerpo blanco adquiría lentamente tonalidades moradas, azuladas y verdosas.

Su rostro era verde. Y bajo este color parecía demacrado, horrible.

Sus ojos desaparecían bajo una mancha violácea.

Toda su carne parecía pudrirse, descomponerse al fuego de una fiebre intensísima. De su belleza no quedaba el más leve indicio y toda ella estaba ahora vestida de fealdad, vestida de lepra.

Devorada, roída por la lepra que levantaba úlceras en su cuerpo y desgarraba su carne.

La sombra trágica se oscurecía más y más sobre los rostros espantados.

Pero ella, con una mueca siniestra que quería fingir una sonrisa, con una mueca en su boca descarnada, en su boca negra, sin dientes y sin lengua, dijo con voz desconocida:

¿Por qué me miráis así, con ese espanto?

¡Soy feliz, soy feliz...!

¡Oh, nada hay comparable al placer que gozo en este instante...!

Es la Muerte quien me besa en este instante.

Es la Muerte quien pone sobre mí sus labios voraces y sedientos.

Es la Muerte quien me desnuda, y pronto quedaré despojada de miseria.

Siento deshacerse mis carnes... desgarrarse a jirones, desprenderse en piltrafas.

¡Estoy inundada de placer...!

Era, ya, un esqueleto descarnado y calvo, a cuya vista las gentes aullaron horrorizadas.

Todos querían huir; pero la mirada negra y profunda del fantasma pesaba sobre todas las miradas con una irresistible fascinación.

¡No huyáis, no huyáis!—les decía.

¿Dónde podréis estar más seguros que aquí? Fuera de aquí ya todo son tinieblas.

Esos corredores negros no os llevarán a ninguna salida.

Son los caminos de las sombras.

Y sólo cuando seáis sombras podréis seguirlos. Pero entonces sólo iréis a los lugares del recuerdo y de la expiación. Y a los lugares del olvido.

Venid a mí los que aún tengáis esperanza... Porque yo os infundiré nueva vida.»

Tendía sus brazos descarnados y frágiles.

Pero todos retrocedían con las miradas trágicas.

¿Por qué mi vista apaga vuestras sonrisas?—decía ella tristemente.

Hace un instante todos me mirábais con amor.

Todos me mirábais con deseo.

Y ahora soy la misma, aunque no parezca la misma...

¿Era, pues, mi carne lo que amábais?

¿Y qué es mi carne...?

¡Hela ahí, en ese montón de despojos...!

Si era ella la que despertaba vuestro deseo, lanzad sobre ella los lebreles de vuestra lujuria.

Ya no era triste su voz, sino iracunda.

¡Lanzáos, lanzáos sobre ella, lobos...!

A estas palabras, que eran como latigazos, todos retrocedían poseídos de asco, de pánico y de dolor.

Pero ella desde su estrado seguía terrible en sus imprecaciones.

Y recogiendo del suelo sus propios despojos, las piltrafas sangrientas, los arrojaba a la multitud gimiente. Todos querían librarse del azote, pero ninguno podía huir.

Y cuando ella hubo arrojado, ya, hasta el último de sus despojos, convencida de que a todos habían alcanzado sus salpicaduras, entonces se rió largamente, con carcajadas que se perdían en lejanos ecos.

Y recogiendo su negro manto se cubrió con él, por entero.

Se replegó en sí misma y se sentó en el trono, como una sombra...

Pero era una sombra que miraba, con una

mirada fija, dominadora, atrayente, a la cual ninguna voluntad se sustraía.

Yo la sentía sobre mí, como un imán, como una luz perdida en la obscuridad de mi espíritu...

Y en vano cerraba mis ojos para no verla y apagarla, porque me sentía arrastrado hacia ella, a mi pesar, y contra toda mi energía.

Sentía su mirada y su silencio que me llamaban como a un elegido.

Y parecía como si todos los que estaban detrás me empujasen y me condujesen al estrado.

Y ya en el estrado, ante ella y sobre la multitud, me sentí como libertado de todo temor y poseído de una fuerza nueva.

Veía fijas sobre mí todas las miradas y no sabía decirme si en aquel instante era yo verdaderamente una víctima o si era verdaderamente un héroe.

Había miradas de curiosidad, de asombro, de admiración, de piedad y de envidia en todo aquel concurso de múltiples seres semejantes y, a la vez, diversos.

Oía las voces de sus comentarios.

Y unos decían: —Es un rey.

Y otros: —Es un guerrero.

Y otros: —Es un mago.

Y otros: —Es un sacerdote.

Y otros: —Es un poeta.

Y todos: —Es un elegido.

Es el elegido...

Yo, entonces, sentí vehementes deseos de hablar.

Venían a mí, en tropel, ideas y palabras que no podía callarme porque sabía no eran sólo para mí.

Y sentía la voz de *Ella*, que estaba a mi espalda, decirme imperiosamente:

¡Habla!

Entonces hablé y dije:

—Vengo del valle, como todos vosotros, los que habéis llegado hasta aquí.

He subido a la cima de la montaña más alta de la tierra, donde el pensamiento de los hombres ha querido levantar una torre que llegase hasta el sol.

En mi ascensión penosa cuantas más alturas alcanzaba más abismos veía a mis pies. He visto volar a mis pies hasta a las mismas águilas.

Y cuando llegué a los umbrales de la torre erigida en la cúspide, miré a mis pies.

Y más allá de los abismos vi extenderse el valle lejano, donde las calles del laberinto de la vida se perdían en los horizontes, sin que yo pudiese distinguir su término.

Para poder ver adónde conducían esas calles

era necesario subir a lo más alto de la torre.

Donde brillaba sobre la Vida el faro de la Verdad.

¿Habéis alcanzado alguno de vosotros ese faro?

¿Habéis oído el relato del hombre que lo poseyó todo...

que lo perdió todo...?

¿Habéis visto a Dios?

A esta pregunta todas las voces dijeron:

—Dios no está aquí.

Yo, entonces, continué: Aquí han venido todos los seres que pasaron por la vida; los hombres y los dioses que han tomado forma humana.

Entonces Ella, que permanecía silenciosa en su trono, se levantó y solemnemente dijo:

Aquí vienen los hombres y los dioses.

Porque los dioses son creaciones de los hombres y no los hombres creaciones de los dioses.

Yo soy la única creadora.

La única destructora.

Y a mi lado, cuando hay muerte hay también resurrección...

Mis tumbas, ¿qué son sino las arcas de la existencia?

Yo soy la que crea los dioses, esos fantasmas del sueño de la Humanidad. De cada uno de vosotros puedo hacer un dios.

Cada uno de vosotros tiene en el Mundo un altar y una lámpara encendida. Aun los más humildes, los más miserables.

Los que os habéis arrastrado por el Mundo como reptiles sin veneno, que sólo inspirásteis asco.

Los que fuísteis en la vida los últimos, sois en la muerte los primeros.

Y dirigiéndose a un paria que estaba al pie del estrado, dijo:

—Tú, leproso, que has nacido de noche en una ergástula y te libraste de la voracidad de las fieras, porque las fieras no quisieron devorarte... Tú tienes también tu lámpara. Cuéntanos tu vida.

Y el leproso así distinguido, con la mirada y la sonrisa radiantes, se arrastró hasta nosotros.

Y habló así:

III

*Me amamantó una loba; pero no
he fundado ninguna ciudad.*

Me amamantó una loba; pero no he fundado ninguna ciudad.

La primera vez que entré en una ciudad, las gentes huyeron aterradas de mí y me llamaban el Monstruo.

Yo tenía el corazón angustiado porque estaba sediento de caridad y amor, y a mis súplicas respondían el asco, el odio y el castigo.

Las gentes de la ciudad me arrojaron a un suburbio donde tenían su cementerio.

Desde allí mendigaba yo a los que pasaban para enterrar a sus muertos queridos.

Yo sentía por todos ellos un gran rencor.

Los muertos eran conducidos en ataúdes de cristal, y yo podía verlos y los reconocía a todos, porque todos habían pasado vivos alguna vez ante mí.

Y hoy era una doncella envuelta en velos blancos y cubierta de flores.

Y otro día era una matrona engalanada de joyas, que había sido dueña de mil esclavos. Y otro una prostituta encumbrada y todavía hermosa, que esclavizara a mil amantes.

Y aquella doncella, aquella matrona y aquella prostituta que iban en sus urnas, habían pasado alguna vez bellas y altivas.

Y si por casualidad fijaban en mí su mirada, la volvían con horror diciendo:

—¿Quién es ese miserable?

Y yo las veía alejarse rápidamente. ¡Como

una felicidad imposible...! Todas aquellas gentes estaban tan distantes de mí como los astros.

Solo, en mi vallado, veía pasar constantemente, ante mí, la juventud, la belleza y la vida, acompañando a la muerte. Todo lo que para mí era extraño y estaba vedado. ¡Oh, mis largos días de tristeza y de sed...! ¡Porque yo tenía pasiones como todos los humanos...!

Yo tenía sed de todos los deseos.

Y todos los manantiales de placer, todas las fuentes de piedad, estaban cerradas para mí...

Era un paria, un leproso...

Mi cuerpo estaba cubierto de llagas, de miseria...

Pero, ¿y mi alma, y mi alma...?

¿No era nada mi alma para todos aquellos seres que se llamaban cristianos...? Todos habían sido bautizados, como yo, en el agua del Jordán, en nombre de Cristo; pero en vano yo les decía con un acento capaz de conmover a las hienas, a las piedras, a los mismos astros: «Hermanos en Jesús, tened misericordia de mi alma sedienta...» Era yo para ellos como un despojo de la Humanidad abandonado a mi propia miseria.

Pasaban ante mi dolor, ajenas e indiferentes, las multitudes varias, en comitivas alegres o en cortejos de duelo... Pasaban las caravanas nómadas, ávidas siempre de nuevos horizontes...

Las cabalgatas del vicio, del dolor y del placer...

Un día vi pasar numerosos ejércitos, en son de guerra. Las músicas marciales poblaban las lontananzas de ecos belicosos, y aquellos batallones innumerables de hombres jóvenes, animosos y fuertes desfilaban ante mí, con un gesto de asco y de horror para mi desnudez doliente.

Yo, entonces, les decía: «Me miráis sin piedad y no veis que la muerte cabalga ante vosotros con su rojo estandarte... Camináis hacia las negras fauces de un Moloch que ha de devoraros... Mañana, muchos de vosotros, hombres jóvenes y vigorosos, seréis pasto y festín hasta de los grajos... Mañana, muchos de vosotros, envidiaréis hasta mi propia lepra... Esto les decía yo y me reía largamente con carcajadas vengativas, de una cruel y deliciosa revancha...

Pensar que toda aquella juventud iba a perecer; toda aquella fuerza iba a destruirse; toda aquella vida iba a morir...! ¡Y yo viviría aún mientras ellos formarían una montaña de cadáveres...! Que palpitaria, aún, mi corazón mientras ellos, tal vez los más fuertes, los más bellos, los más llenos de energías y de ilusiones, formarían un inmenso montón de podredumbre, un inmenso festín de gusanos...! ¡Ah, yo me reía largamente, con carcajadas vengativas; porque

entonces la risa era el desquite de todos mis dolores...!

Todas aquellas gentes altivas que me miraban con asco, ¿no habían de ser un día como yo, cuando los condujesen en sus ataúdes? No habían de ser peores que yo, puesto que en sus cuerpos muertos y corrompidos no alentaría ya el espíritu...?

¿Por qué, pues, huían de mí? Yo algunas veces, en mis horas de desesperacion, les gritaba cuando pasaban llevando a los cadáveres:

«Esos que conducís, son parias como yo, puesto que vais a dejarlos abandonados...

Son más miserables que yo, porque pronto serán roídos de vermes y tienen paralizado el corazón.

¿Por qué a ellos, que nada sienten ya, ni nada son, los honráis, y a mí, en cambio, me abandonáis tan cruelmente...?

Entonces ellos me arrojaban piedras y me llenaban de injurias.

Y me gritaban:

¡Monstruo, monstruo...!

Esto encendía el odio en mis entrañas.

Un día sentí fiebre de odio.

Sentí sed de venganza.

Y esperé a la noche.

Y cuando la noche hubo llegado, amparado

por las sombras, me arrastré hasta el campo de las tumbas.

Aquella tarde había visto pasar en sus ataúdes a una doncella bellísima, a quien yo había amado; a un joven hermoso y cruel, de quien había recibido ultrajes, y a un prelado, cuyo anillo no me fué posible besar nunca.

El prelado y el mancebo estaban en la capilla, entre cirios.

Y allí, cerca, en una sala próxima, estaba el tercer cadáver sobre una mesa, envuelto en una sábana.

No había nadie velándolos.

Ningún ser vivo, más que yo, había entre los muertos.

Porque yo estaba vivo, a pesar de mi podredumbre.

Acostumbrado a mi podredumbre, ninguna repugnancia sentí a la vista de aquellos cuerpos que empezaban a descomponerse.

Me aproximé al prelado, que estaba al pie de un crucifijo de ébano y marfil. Sobre el fondo negro de la cruz, la figura blanca y descarnada de Cristo se destacaba en toda su desnudez... la divina desnudez sobre la vana pompa de las galas episcopales... El obispo, amortajado como Pontífice judío, desaparecía bajo los brocados, entre los que sobresalía aquella de sus manos,

en la que lucía el anillo pastoral con la amatis-
ta que yo no había podido besar nunca.

Y la besé entonces una y mil veces, con odio,
con rencor, babeándola, mordiéndola, destro-
zándola entre mis dientes.

Clavé mis dientes en aquella mano despiada-
da y fría en la que ya no había sangre,

y entonces fui yo quien sintió el asco por pri-
mera vez,

y quien escupió de asco.

Me dirigí al adolescente, que tenía los ojos
abiertos, y parecía mirarme.

Desuní sus manos enlazadas y le injurié con
los mismos insultos que él me había lanzado en
otro tiempo.

Su silencio me exasperó más todavía y, con-
siderando que mis golpes serían vanos a su in-
sensibilidad, me golpeé yo mismo con sus ma-
nos.

Con sus manos rígidas me abofeteé el rostro
y me golpeé todo el cuerpo, sintiendo con este
castigo voluntario la extraña sensación de un
dolor que era un goce.

Rendido ya, me dirigí a la sala donde estaba
el tercer cadáver.

Tiré al suelo la sábana que lo cubría y apare-
ció el cuerpo desnudo y yerto de la doncella
hermosa que yo había amado tanto, que yo ha-

hía deseado tanto y de la cual no había recibido sino desprecio y jamás compasión.

Estaba todavía bella,

muy bella, porque parecía dormida.

Era la primera vez que veía ante mí, así, un cuerpo semejante.

Un cuerpo que había sido, para mí, fantasma de mis delirios.

Sueño de mis insomnios.

Que había sido un imposible, y ahora estaba allí desnudo y abandonado a mi voluntad.

Su carne fría y pálida parecía coloreada y menos fría, sobre aquel lecho de mármol.

Parecía que la vida dormía aún en su corazón y su pecho palpitaba levemente.

Yo paseé mis manos sobre todo aquel cuerpo de suaves ondulaciones y el contraste de mis manos llagadas con aquella carne tersa y blanca era tal que me sentí humillado.

Entonces renació mi instinto de venganza.

Renacieron mi odio, mi amor, mi fiebre y mis deseos.

Todos mis largos años de abstinencia obligada, de concupiscencia contenida, y la alegría feroz de una revancha.

Me despojé de mis harapos, y ya todo desnudo, ulcerado y sangriento, me lancé furiosamente sobre aquel cuerpo virgen, cuyo frío y cuya

insensibilidad eran deleite a mis ardores. Caía toda mi lepra sobre toda aquella carne blanca; toda mi baba sobre aquella boca sin gestos; toda mi mirada sobre aquella belleza dormida e indiferente a mi profanación.

Me abracé fuertemente a aquel cadáver por toda la noche... por todo un largo sueño de amor... del cual no recuerdo haber despertado.

Calló el leproso y sonreía sarcásticamente al recuerdo de sus escenas sacrílegas.

Todas las miradas subían hacia él como hacia un héroe.

Y hasta los reyes le miraban con envidia.

¡Un hombre que había pasado por la vida así!

Un hombre que era allí el primero, porque estaba en el reino de la podredumbre...

Ella, que permanecía en pie a su lado y le había oído atenta, le tendió ahora sus manos descarnadas, y le dijo:

Tú eres el primero.

Eres el elegido.

Eres aquí el rey.

Y luego que esto hubo dicho le condujo hasta el trono.

Y ya en el trono el leproso sonaron los clarines y comenzó la recepción.

Ella decía a los que iban llegando:

He aquí mi esposo, vuestro señor; los que lle-

guen más despojados estarán más cerca de nosotros y serán los preferidos.

Al oír esto, todos los que allí estaban se apresuraron a despojarse de sus galas, de sus riquezas o de sus harapos, y se dirigieron desnudos al trono, donde besaban la mano al paria, y después de aquel beso de muerte comenzaba la transfiguración.

Todos los que iban desfilando veían pasar, en un instante, sobre sí, los años con sus huellas implacables.

Sentían sobre sus cuerpos el calor y el frío de cien estíos y de cien inviernos.

El peso de todas las felicidades y de todas las desgracias.

Y el frío de las tumbas.

Todos, como contaminados de lepra, de una lepra devoradora y rápida, sentían el desgarramiento de sus cuerpos, el desprendimiento total de sus carnes. Y no se lamentaban ni parecían sufrir. Parecían más bien felices, considerando su fea desnudez como una nueva belleza.

Todos los que venían detrás anhelaban ser transfigurados y gritaban de impaciencia.

Los potentados, los sabios, los guerreros.

Las mujeres que habían triunfado por su belleza en el Mundo.

Todos en confusión, con los que habían sido

feos y desgraciados en la vida. Parecían rendir su tributo a la muerte. No como una ley irremisible, sino como un espectáculo impuesto por el ejemplo.

Un gesto de buen tono.

Se citaban nombres:

Todos los héroes de la Historia; las grandes figuras de la Humanidad que habían desfilado por allí en compañía con los ignorados...

Todavía hablaba la voz de la vanidad con sus palabras huertas...

Pero sobre esta voz mezquina y ridícula descollaba la risa sarcástica del Paria, que desde el trono de la Muerte los iba convirtiendo a todos en un montón de despojos.

Pronto la sala no era más que un montón de cadáveres.

Un inmenso osario.

Un inmenso pudridero adonde los esqueletos mismos se descomponían hasta reducirse a cenizas. Y de estas cenizas, de estos despojos, nacían los gusanos.

Todos iguales.

Todos arrastrándose penosamente por la tierra.

«¡Oh, lepra de la tierra!—dijo la muerte con su voz dolida—. ¡Oh, lepra de la tierra! ¡Vanidad de vanidades! Amasijo de pasiones. He ahí lo que sois.

Riqueza, Soberbia, Avaricia, Lujuria, Orgullo, Ambición...

Vuestras luchas, vuestros odios, vuestras dudas, vuestras pasiones...

¡Estiércol...!

Estiércol de donde brotarán las nuevas simientes...

Ella tenía su rostro ensombrecido.

Me tendió sus manos y, tristemente, dijo:

«¿Para qué...? ¿Para qué?

Tú quieres saber, penetrar el arcano de la existencia... Ver en las tinieblas...

¿Para qué...? ¿Para qué...?»

IV

¿Por qué ese horror, mujer, si no eres más que un esqueleto disfrazado...?

Habían desfilado ya todos, menos una doncella que llegaba vestida de pudor.

Parecía avanzar, a duras penas, con el espan-

to en los ojos. Y el paria le tendió las dos manos como dos garras.

Y cuando ella, obligada por una fuerza invencible y con el asco en los labios iba a besarlas, él la hizo su presa, con toda la voracidad de su lujuria despierta, y la abrazó brutalmente... oprimiéndola con todo deseo enfurecido, oprimiéndola, triturándola...

Ella luchaba desesperadamente, se retorció entre aquellos brazos viscosos e inarticulados, que parecían tentáculos, luchaba escupiéndole todo su asco. Y él decía con palabras cálidas, entrecortadas, jadeantes, y con el aliento corrompido:

«¿Por qué ese horror, por qué esa resistencia, por qué ese asco, mujer, si no eres más que un esqueleto disfrazado...?»

Enlazados, confundidos por un abrazo de muerte, los vi caer en el inmenso montón de cadáveres como sobre un lecho de podredumbre...

Los vi agitarse entre la podredumbre, no sé si con estertores de agonía o con espasmos de amor.

Ellos quedaron allí, sepultos, para siempre...

Ya todo era negrura y silencio en torno nuestro.

En el silencio de la muerte habían enmudecido todas las voces,

Y la voz hipócrita de la vanidad.
Sobre las tinieblas flotaron unas lucecitas
blancas.

Eran los fuegos fatuos...

Goy DE SILVA

El pecado de la raza.

Seguido de su amigo Berbegal, entró Aurelio en el cuarto algo reducido donde Carola, sentada detrás de una máquina, respunteaba con afán una blanca y transparente camisita de niño. Después de recibir los saludos de uno y otro, se encaró con Aurelio, y le interrogó con cierta impertinencia que ocultaba un fondo de amarguísimo reproche:

—¿Y qué ventolera te trae por aquí, si se puede saber?

—Pues ya lo ves, los deseos de verte...

—Dichosos deseos, después de cinco días que no te dignas subir.

—Es que hay novedades, querida Carola.

—Si no hay novedades, no vienes. Me lo figuraba.

—No, mujer. No lo tomes tan a pecho. Com-

prende que los pobres funcionarios tenemos que estar a las órdenes de nuestro jefe.

—Si no fueras tan holgazán, ya estarías colocado.

—¿Oyes, tú, Berbegal?—interrogó el aludido volviéndose a su amigo—. ¡Holgazán un servidor que lleva una vida de perro, lamiendo manos a tutiplén, meneando la cola y yendo de acá para allá todo el santo día en busca de una modesta colocación, que es como decir en busca de la cadena con que me tengan amarrado!

—No crea usted, Carola, que el amigo Aurelio cumple como el primero, sabe su obligación como el primero, y escribe al dictado de un modo maravilloso.

—Tan bueno es Pedro como su compañero—afirmó la costurerita al propio tiempo que lanzaba una sonrisa de incredulidad al amigo Berbegal—. ¡Vaya un par de trabajadores!

—Bueno, chica. En ausencia de un día o de mil quinientos, ya sabes que se te quiere. No hablemos más de eso. Venía a pedirte un favor, que yo escribiría con letra mayúscula. Hazte cuenta si será grande.

—Comprendido. ¿Y esas son las novedades que traías?

—No, mujer. Estas son las consecuencias de lo otro. Tú verás. Don Marcial Calatraveño, mi

paisano y augusto jefe en tiempos del anterior Ministerio, va destinado a Canarias. En favor y querencia a mi personilla me lleva de secretario. Allí le será más fácil la colocación, porque somos tantos los innumerables mártires... En fin; yo sé que tu padre tiene sus correspondientes ahorrillos. Para ponerme en condiciones de traslado y navegación con el aditamento de ropas y demás, necesitaba unas mil quinientas pesetillas.

—No llegarán a eso los ahorros de mi padre.

—Yo creo que pasa, querida Carola. Estoy bien enterado.

—Cuidado que eres fresco. Tendrás algún amigo en el Monte y habrás ido a enterarte.

—No lo creas. Pura coincidencia todo ello... Sucede que a veces está uno en el café y salta el de al lado y dice una tontería, y tú te enteras casi sin querer.

—El casi le falta.

—Ahí está Berbegal, que lo diga.

Berbegal, que parecía en ocasiones un hombre dormido, aunque apuraba la colilla del tercer cigarrillo, levantó la cabeza y los miró con su habitual calma, afirmando lo dicho:

—Ya lo creo que sí, ya lo creo.

—De todos modos, cuento contigo, querida Carola. Tú serás en el presente naufragio mi salvadora tabla. En cuanto llegue allí y dispon-

ga de esa cantidad, que sí dispondré porque corre mucha guita inglesa, te lo remito sin pérdida de tiempo. En ti confiaba, y por eso acepté esta miseria de «señorito de compañía», que viene a ser eso de secretario de un personaje de tercera fila. En ti confiaba, porque eres más buena y más rica que el pan de Viena.

—Y más tonta que las habas verdes. Sólo así se comprende que una se fíe de vuestras palabras.

—Palabra de caballero, y no se hable más del asunto.

—Como que yo dispongo del dinero de mi padre. Pues estás enterado.

—Pero si tú te empeñas... Ya sé que tienes un padre que no lo merecemos, que hay que besar por donde él pisa, que hay que quererlo con el alma y la vida, y si no lo conociéramos no vendría yo a darte esta jaqueca.

—Vaya que sí. Cualquiera diría que mi padre iba a ser desde mañana tu augusto jefe.

—Pues poco menos, chica.

—Si tus intenciones fueran tan buenas como tus palabras...—suspiró la muchacha, todavía indecisa ante la solemne promesa de su buen amigo y la seriedad de su semblante, que parecía confirmarla.

Miróle fijamente como si quisiera penetrar en

el fondo de aquel espíritu un tanto burloncillo y un mucho holgazán, pero no ingrato y olvidadizo hasta el punto de jugarle una mala pasada—. Bueno, bueno; pero no confíes mucho, Aurelio. Tengo mis razones para hablar así—añadió ella en tono de confidencia.

Quince días después, confirmado el ofrecimiento indicado por su antiguo jefe y paisano, Aurelio fué a recoger de manos del padre de Carola las mil quinientas que le prestaba mediante un pagaré que firmó aquella misma tarde. Le renovó, como a Carola, la formal promesa de cumplir como bueno, escribirles con frecuencia, y trabajar los imposibles hasta hacer una medianeja fortuna.

Tranquila y resignada con su suerte, continuó Carola trabajando en el corte y arreglo de ropa blanca, al lado de su padre, que como empleado en una antigua casa de banca cobraba un modesto sueldo, reforzado de vez en cuando por las propinas de los buenos clientes. Corriendo el tiempo, ya desesperaban de tener carta de Aurelio, que después de tres largos meses aun no les había enviado la más ligera muestra de su letra. Por vía de consuelo, se les presentó una tarde Lucio Berbegal, que iba a saludarles y a saber de aquella honrada familia por encargo especial de su amigo. Supieron algo de sus bue-

nos propósitos, prometiéndoles Berbegal volver otra tarde en cuanto recibiera una segunda carta; pero como era más perezoso y abandonado que su amigo no volvieron a verlo por su casa. En este intermedio, el padre de Carola, sin saber cómo ni dónde, tomó un enfriamiento, que él consideró como un simple catarro que no altera en lo más mínimo el plan de vida. Cuando en la misma casa donde aprovechaban sus servicios observaron su semblante, y la tos pertinaz, y el decaimiento y malestar que a ratos le acometía, le dieron permiso para que inmediatamente guardase cama tres o cuatro días. Según el médico, este descuido le trajo las consecuencias de unas fiebres que degeneraron en tifoideas, y le postraron por completo.

Alarmadísima Carola, no se separaba de la cabecera del enfermo ni de día ni de noche, mientras la sostuvieron sus propias fuerzas, que no eran muchas. A pesar de estos cuidados, no logró vencer en esta desesperada lucha la naturaleza del enfermo, bastante decaída. Con tiempo, reservadamente, le hubo de anunciar el médico este inevitable y triste desenlace. Con doble motivo, por no tener madre y ver desaparecer el más solícito amparo de su vida, pudo llorar Carola su muerte por muchísimo tiempo. En los primeros días de esta orfandad, viendo a su lado los ros-

tros compasivos de algunas amigas y de los compañeros de su padre, aun pudo hallar algún consuelo, un ligero lenitivo para lo más amargo de su aflicción. Al terminar el segundo mes ya comprendió la realidad de esta horrible desdicha de verse sola, sin la sombra protectora de un padre, de un hermano, de algo íntimo y familiar a quien confiar sus nuevas penas.

En aquellos tremendos días de soledad se acordó de un cierto pariente, llamado Jenaro, que vino del pueblo de su madre, como recluta, a uno de los cuarteles de Madrid. Era por entonces un muchachote bien plantado, y hasta guapo, a pesar de lo morenucho de sus carnes, lleno de fuerza y de salud, que la seguía y acompañaba a todas partes, como un can sumiso y obediente. Y ello consistía que al recuerdo de las de Riofrío, tostadas y mal pergeñadas hijas de la Sierra, le resultaba la Carola un encanto de mujer. Con su blusita clara y su falda azul moteada, y sus andares, y su bonito cuerpo, y las muchas cositas que sabía hacer, bien aprendidas, tenía para su pariente el atractivo de la mujer tipo, limpia, hacendosa, inteligente y bonita, que lo reúne todo. Por tanto, mientras Jenaro estuvo en el cuartel, se veían con encantadora frecuencia, y andaban juntos y charlaban tan contentos y satisfechos, como si aquella inesperada armo-

nía de inclinaciones y caracteres hubiese de durar toda su vida. Ocho o diez meses después, su regimiento fué destinado a Sevilla, y en breves horas quedó disipada esta naciente dicha que empezaba a alborear en sus corazones espontáneamente, sin darse ellos cuenta. Y ella pensaba en estos días interminables de tristeza y de soledad: «¡Ah, si Jenaro estuviera ahora en Madrid...!»

Disipada una tan lejana esperanza, Carola se acordó de la única de sus amigas que le inspiraba verdadera confianza. Y como urgía resolver cuanto antes el problema de vivir con algunos ahorrillos para lo venidero, fué una tarde a ver a su amiga Jacinta, a quien nadie le negaba unas manos habilidosas para el corte y arreglo de los vestidos, como de cualquier clase de ropa. Nunca le faltaba labor. Lo que necesitaba únicamente era buena salud, pues a causa de la pobreza de su sangre o por su especial contextura, sentíase algunos días invadida de una debilidad general, de una indolencia enfermiza que la retenía en la cama hasta bien entrada la mañana. Se acatarraba con pasmosa facilidad, y para evitarlo, veíase obligada a no salir con frío y a tomar innumerables y tediosas precauciones. Jacinta la recibió con su acostumbrada dulzura:

—¿Qué te trae por aquí, mujer? No vienes con buena cara.

—Qué quieres... ciertas cosas no se pueden olvidar.

—Pues mira, trabajando...

—Ya lo creo, todo lo que me sale. Pero vengo a proponerte una cosa que he pensado.

—Tú dirás.

—Que viviendo reunidas, como ya nos conocemos, nos ahorrábamos la mitad del cuarto. Lo de la casa es lo que más apura, que el tiempo corre que es un gusto, y el mes se te echa encima...

—Pues mira, lo pensaré.

Esta Jacinta, paliducha y delgada, era una muchacha reflexiva que lo consultaba todo con la almohada, y después con su hermana mayor, la casada, y hasta con su novio.

A los dos días Jacinta apareció en casa de su buena amiga Carola y le dijo que lo de vivir reunidas era cosa hecha. En su consecuencia, al mes siguiente buscarían un cuarto adecuado, con las condiciones indispensables para dos personas que habían de vivir de su trabajo. Debido a esta circunstancia del cambio de domicilio, Carola no llegó a recibir puntualmente la carta que le remitía desde Canarias su antiguo amigo y deudor Aurelio Gutiérrez. No teniendo éste contestación inmediata, como era de esperar, tornó

a escribir a Berbegal, incluyéndole en la carta un cheque de mil quinientas pesetas para que pudiera pagar a Carola y recoger el pagaré firmado. Cobró Berbegal en el Banco de Castilla las mil quinientas y los billetes recibidos hubo de colocarlos en un cajoncillo disimulado de su mesa.

Transcurrido un mes le ocurrió una tarde subir al cuarto donde debía vivir Carola. Aunque a regañadientes, la portera le dió las señas de su nuevo domicilio. Con su indecible y habitual pereza, Berbegal dejó transcurrir otras cinco o seis semanas antes de decidirse a ir a la calle del Espíritu Santo, donde vivían las dos amigas. En el largo intermedio de estos días ocurrió que una mañana despertóse Jacinta con mal gusto de boca y algo febril. Se sentía cansada, removida, presa de un malestar inexplicable. Inesperadamente, por la noche, al tiempo de acostarse tuvo un vómito de sangre. Vino luego el médico, la examinó, la auscultó, y habló reservadamente con Carola. Era una tuberculosis heredada para la cual la ciencia no había encontrado todavía más que míseros paliativos. Su mayor enemigo venía a ser la naturaleza exhausta y pobre de la enferma. A los quince días justos se repitió el vómito de un modo extraordinario y vino a fallecer en los brazos de la pobre Carola, que ni en

sueños pudo imaginarse un desenlace tan rápido y definitivo.

Dolorosamente sorprendida y trastornada por la muerte de su buena amiga, vióse Carola en la necesidad de buscar un cuarto de menos precio. Por esto, cuando Berbegal se dirigió a la calle del Espíritu Santo, le contó una de las vecinas lo ocurrido, proporcionándole al mismo tiempo las señas de la nueva vivienda de Carola, en la calle de Jordán. Sorprendido igualmente Berbegal, se prometió tomar el tranvía al día siguiente, y presentarse de improviso en casa de su amiguita. Pero su grandísima pereza pudo más, y lo dejó para mejor ocasión. Cierta compromiso adquirido por una muchacha que fué en años anteriores íntima amiga suya, y que ahora insistía en reanudar sus antiguas relaciones, le obligó un día al pago de doscientas pesetas. Se hallaba a fin de mes, con el bolsillo limpio de plata y cobre, y echó mano al reservado cajoncillo donde guardaba las mil y quinientas de Carola.

Cierta mañana entró en su oficina del Ministerio el propio director, acompañado de un personaje político y de un extranjero de excelente y simpática presencia, que por su acento parecía americano. Se dirigían al despacho del jefe discutiendo como personas corteses. Uno de ellos

afirmaba que a pesar de su buena apariencia aquí se hallaba todo desorganizado, en confusión monstruosa, por lo cual los acontecimientos más graves nos cogían siempre desprevenidos.

—A mi juicio—objetó el otro—se encuentra el origen de todo ello en el pecado de la raza, venial si se quiere, pero pecado grave contra la vida. Esa indolencia tan característica trae el desamor, el despeggo hacia lo propio y nacional, y acaba luego por la abulia. No ignoran ustedes que la voluntad y la inteligencia son los motores. Si falta una voluntad robusta y briosa, toda la linda máquina alzada por una clara inteligencia se viene a tierra.

—Sí, señor; alguno de mis amigos opina de ese modo. Yo estimo que principalmente la falta de cultura es lo que más nos afea a los ojos de Europa.

—No, perdone, señor. Si un pueblo indolente, perezoso, despegado, no acude a las escuelas, ni lee, ni estudia, ni se interesa por nada, ¿dónde se hallará la base de la cultura? Ese pueblo sin ideal, sin espíritu de asociación, sin verdadero amor a su país, se verá intervenido en cuanto plantee sus grandes problemas por las naciones vecinas, más o menos aliadas, y no será nunca dueño de sus destinos.

—¡Ah, doctor, eso es ya excesivo pesimismo.

Yo confío mucho en la nueva orientación de nuestro partido.

—Sin embargo, no conviene, como indicó antes el doctor, cerrar los ojos a la realidad. Bien sabe usted lo que aquí pasa: es sencillamente monstruoso, humillante, inconcebible...

Y no se pudo oír más, porque el jefe del negociado salió a recibirlos afectuosamente a la puerta del despacho. Berbegal, que escribía en la mesa más cercana, escuchó las razones de unos y otros sin comprender una palabra, y no obstante se trataba de su principal y castizo defecto. Quedóse un tanto pensativo, temiéndose si esta visita del director, cuyo carácter agrio y descontentadizo se encabritaba ante cualquier contrariedad, les traería inopinadamente alguna formidable racha de ceses.

Entretanto, Carola, impresionada todavía por la muerte de su mejor amiga, se consideraba cada día más sola, con menor aliento, se dejaba de comer, salía de casa a lo preciso, y se sentía acometida en las últimas horas de la tarde de una vaga tristeza que era en el fondo un abrumador desaliento. La labor no la consolaba; por el contrario, parecía cansarse más pronto, y hasta tomar cierta repugnancia por el esfuerzo y el trabajo de muchas horas. Acaso por no gastar y no tener en el cuarto la lumbre necesaria

debió tomar un enfriamiento, que degeneró en un catarro gástrico. Sintiéndose desganada y débil se quedó en cama dos días. Sus pobres ahorrillos se iban reduciendo de tal modo, que haciendo un supremo esfuerzo se levantó al tercero, aún sin contar con las fuerzas indispensables para continuar la labor encomendada. Una noche, en la misma tienda que le proporcionaban costura, le advirtieron que le convenía cuidarse, puesto que se iba «entrando como la tela»; es decir, quedándose en los puros huesos.

Por su parte, el amigo Berbegal, comido de la pereza, sin darse cuenta del daño horrible que pudiera causar, confiando en el azar, arrastrado por el compromiso y los gastos de su íntima amiga, sustraía de vez en cuando algún billete del cajoncillo reservado, siempre con la bendita esperanza de reponerlo en el mes siguiente apenas saludara la nómina.

Transcurrieron unos cuantos meses. Algún día hubo de pensar en su amiguita y se dijo muy serio: —«Esto es lo justo. Iré a ver a Carola y le llevaré su dinero.» Pero aquel santo propósito nunca se cumplía. Una mañana que acababa de copiar una minuta, vió entrar en la oficina al ordenanza, seguido de un sargento de imponente aspecto, un alto y recio mozo, que se encaró con él:

—¿Es usted don Lucio Berbegal? —Y ante la afirmación del empleado, añadió al punto: —Necesito hablarle hoy mismo de un asunto que le interesa.

Imaginóse Berbegal al pronto, no ignorando que el susodicho militar acababa de venir de Canarias, que se trataba quizá de algún pariente lejano, o de alguna herencia inopinada que iba a endulzar de un modo nunca pensado su perezosa existencia.

Lo había citado en su casa entre cinco y seis de la tarde, y en cuanto lo vió entrar comprendió por su semblante y su aspecto que el negocio era muy otro. A la indicación de Berbegal se sentó en una de las sillas; pero apenas sacó del bolsillo cierta carta para leérsela se puso de nuevo de pie y continuó su interrogatorio:

—Usted es amigo de don Aurelio Gutiérrez, y conoce, por tanto, a mi prima Carola Estébanez. Esta es la carta que hemos recibido de su amigo. Hace diez y ocho meses que le envié a usted un cheque de mil quinientas pesetas, para pagar una deuda que usted conocía igualmente.

—Sí, señor; aquí guardé los billetes— y Berbegal mostró al sargento el cajoncito reservado de donde sacó tres o cuatro billetes de cincuenta pesetas.

—¿Y esas son las mil quinientas que usted reservaba?

Berbegal confuso, rojo, encendido como la grana miró al sargento, miró a la mesa, bajó luego los ojos, mudo, hecho una pieza, sin saber cómo salir airoso de este espantable atranco.

Con voz muy entera, lleno de brío y de coraje, continuó el militar su terrible interrogatorio:

«Usted no ignoraba, señor mío, que la amiga de su íntimo don Aurelio se había quedado sin padre, que carece de rentas, que vive de su trabajo, que ese dinero era suyo y debía servirle como de ayuda y consuelo, y a pesar de eso, usted, que cobra del Estado y cuenta con una paga segura, tarda usted diez y ocho meses en entregarle un dinero que debía quemar sus manos. ¿Pensaba usted al fin de cuentas quedarse con él?

—¡Oh!, no, señor; de ninguna manera. No soy capaz...

—Entonces... No me explico...

—Si fui a llevárselo a su casa, y se había cambiado.

—Y una vecina le dió sus señas. Y usted, por pereza o por no sé qué razones particulares, se le pasan los meses... Y entretanto mi pobre prima se ve sola, triste, anémica, debilitada, sin aliento ni color, como una tísica... ¡La tiene usted en el Hospital...!

—¿En el Hospital?—musitó apenas el empleado.

—¡Y aun lo pregunta! Si me dejara llevar de mi coragina, en este instante le ahogaba a usted como a una mala bicha—y el sargento le mostraba los recios puños temblorosos, que parecían terriblemente dispuestos a caer sobre su cuello como dos mazas de fragua—. Pero sépalo usted: de aquí no me muevo sin las mil quinientas pesetas.

Berbegal, que vivía al día como todo gran perezoso, le contempló con el espanto con que miraría a una fiera escapada de las jaulas del Retiro, y tuvo tentaciones de arrojarle a sus pies y llorar arrepentido de su abominable pereza y de su enorme pecado como una Magdalena.

—¿Qué me pide usted, caballero...? Por Dios y por todos los santos, que no tengo ni dispongo más que de mi triste sueldo.

—Le pido el dinero de mi prima, y si no lo tiene lo busca o lo roba.

Berbegal se levantó; miró en los demás cajones de la mesa, y buscó por todas partes algo que no pudo encontrar. Luego se volvió al sargento como desesperado, y expresó su angustia:

—Si no puedo, señor; si no dispongo...

—Usted no puede... Bueno. Mañana recibirá

usted la papeleta de citación. Iremos al Juzgado, se le retendrá la paga...

—No, por Dios, caballero; eso no, eso no. Yo buscaré mañana ese dinero, aunque me cueste... lo que me cueste.

—Mañana vuelvo. Y le advierto una cosa. Como mi pobre prima no salga del Hospital, como ella... No quiero ni pensarlo. Bueno, en ese caso le insulto a usted en medio de la calle y le obligo a batirse conmigo. Se lo juro a usted: la muerte de mi prima le cuesta a usted la pelleja. Ni más ni menos.—Y el imponente sargento salió del cuarto como una furia después de fulminarle una de esas rápidas miradas, que son como rayos, que quedan estereotipadas en nuestra retina. Berbegal se levantó, dió unos cuantos pasos y se sintió desfallecer en medio de una espantosa debilidad, a la que precedieron fríos y copiosos sudores.

Devueltas al otro día las mil quinientas, quedóse una semana entera en su rincón, sin atreverse a salir de casa ante el temor de ser fusilado o atravesado el corazón de un machetazo.

Como se habrá comprendido, este gran perezoso era un tipo representativo de nuestra raza, de esta noble y desventurada raza que deja todo por hacer para el día siguiente.

José M. MATHEU

SONATA PRIMAVERAL

Oh amiga que tan dulcemente amparas
en tu suave amistad mi hosca fatiga,
purificando con tus manos claras
mi obscuro corazón, oh dulce amiga.

Si no puedo decir lo que te amo,
oh mi triste, perdona a mis amores,
y para ser piadosa con las flores
no tardes mucho en desatar el ramo.

Merece la bondad con que lo asistes
cuando a ti se confía, lastimero,
corazón que, tan sabio en cosas tristes,
sólo sabe decir «cómo te quiero»...

Al amor de la tarde ya más rubia,
que algún suspiro a la pradera arranca,
te ha presentado en tu batista blanca
con un murmullo de ligera lluvia.

(Encanto pastoril, jovial secreto
que diluye, en contornos más lejanos,
la blusa clara, el escaquin coqueto
y la gentil capota con acianos.)

Así alcanza primicia venturosa
de florecer en tu temprana cinta,
al mismo tiempo que la vieja quinta
como un sueño de amor se aclara en rosa.

Y una emoción más grave lo estremece
al llenarlo de ti la primavera,
con ternura tan honda, que parece
que va a llorar—como si no supiera.

Cada día que pasa está más cierto
de ser más tuyo y de saber que lo amas,
como se ve más cielo entre las ramas
cuando se empieza a deshojar el huerto.

(Serenidad azul que predestina
a una gracia mejor por más discreta,
como entre la hojarasca de la encina
se complace feliz la violeta.)

Corrió el año, y la nieve fué su engendro
y nevó en mí, mas con candor tan leve

y angelical, que de esa misma nieve
mi alma se embelleció como el almendro.

Y la sombra llegó, y la tierra en calma
flotó en su seno, como nunca bella,
y yo me iba tranquilo con tu alma
como se va la noche con su estrella.

Lejos de la extensión obscurecida,
marchamos ya sin pesadumbre alguna,
y nuestras sombras alargó la Luna
sobre un prado ulterior de la otra vida.

(Soledad del amor; claro desvelo
de rocío y de luz; susurro vago
de almas que tiemblan próximas al cielo
como ramas oscuras sobre un lago.)

Mulló su arena pálida el olvido...
Y allá en la orilla azul de la mañana,
nuevamente cantó la alondra ufana,
y el duraznero amaneció florido.

Oh amiga que tan suavemente curas
el encono del cardo y de la ortiga,
apaciguando con tus manos puras
mi torvo corazón, oh suave amiga.

En la campestre exhalación del heno,
un sabor de buen pan la vida cobra;
y con los ojos que alza de la obra,
bebe la fuerza del azul sereno.

Hínchase el alma audaz como una vela,
el mundo, como un yunque, está sonoro,
y en el campo que al cielo se nivela
la luz deshoja su retama de oro.

Tras las huellas azules de tu planta,
el deseo se humilla más huraño;
y como el mirlo oculto en el castaño,
mi corazón su soledad te canta.

Cruza los aires un arrullo agreste,
el orbe está magnífico y desierto,
y contigo es la claridad celeste
que te alborozas como a un lirio abierto.

Así con esa plácida alegría
que en abismado azul mi ser dilata,
compuse esta sonata, una sonata
simple y cordial, «quasi una melodía»...

LEOPOLDO LUGONES

NOTAS DE VIAJE

:: Una página de novela ::
El suicidio de Felipe Trigo.

I

Cerca de las nueve de la noche caminaba yo, con Paco Villaespesa, por la calle del Marqués de Cubas, cuando pasó junto a nosotros un hombre muy delgado y muy alto, vestido con un traje claro:

—Adiós, Felipe—dijo el poeta.

—Adiós, Paco—contestó el otro.

Y Villaespesa, con su natural bondad, me preguntó: —¿Quieres que te lo presente? Es Felipe Trigo. Le he hablado de ti.

—Mira, le indiqué. Vamos, primero, a ver a Gómez Carrillo. Y luego, mañana, si ahora no queda tiempo, buscaremos a Trigo.

Yo tenía vivos deseos de presentarme cuanto antes a Gómez Carrillo, para saludarle y acompañarlo en aquel momento que yo creía penoso; acababan de denunciar una de sus crónicas de *El Liberal*; lo acusaban de ofensas a Alemania. Más tarde supe que aquello tenía resonancia, pero no importancia.

A pocos pasos nos encontramos, en efecto, al famoso cronista, que venía acompañado de otro poeta, con el cual he fraternizado cordialmente: Manuel Machado. Entramos los cuatro en un café vecino, y nos pusimos a charlar. A las dos de la mañana nos despedimos, con la promesa de reanudar la conversación al anochechar siguiente.

Hacia la una de la tarde vino Villaespesa a mi casa; me saludó; le noté vivamente agitado.

—Chico—me dijo con voz rápida y turbada—, vengo deshecho.

—¿Pues qué te sucede?

—¡Figúrate! Que se ha suicidado Felipe Trigo. Dos balazos en la cabeza; una hora de agonía terrible. En estos momentos ya debe de haber muerto.

Y se sentó frente a mí, y se llevó una mano a los ojos. La verdad es que aun sin haber tratado a Trigo, sin sentir admiración ni siquiera inclinación por su literatura, sentí pena. El no-

velista se hallaba en la edad madura, próximo a la vejez, en el período de la energía mental, de la experiencia atesorada, de la producción sólida. Villaespesa me pidió que lo acompañase a ver a la familia; accedí de buen grado; comimos juntos; le escuché al poeta la relación conmovedora de su íntima amistad con el autor de *La Bruta*, y a las cinco de la tarde tomamos en la Puerta del Sol el tranvía que había de conducirnos a la Ciudad Lineal. Por el camino fueron subiendo al carro otros amigos que iban con igual propósito que el nuestro.

Las afueras de Madrid son de una aridez implacable. Mucho polvo; mucho sol; mucha tierra sedienta y cubierta por el roto tapiz de la yerba amarilla y reseca. Aquí y allá, por entre las quebraduras y ondulaciones del suelo, las motas verdes de algunos pequeños plantíos, indicios de que por allí hace el agua milagros. Casas diseminadas. Ventas. Y un cielo magnífico, de azul deslumbrante, encorvándose por el horizonte. El camino es largo, y es, además, el del cementerio, porque veo cómo, de trecho en trecho, nos vamos encontrando con carrozas fúnebres y filas de coches que las siguen. Yo pienso que ésta es, decididamente, una tarde predestinada para la tristeza. Después de una hora de viaje en tranvía, nos encontramos en la Ciudad Li-

neal. Es ella un pueblecito melancólico, de una calle sola y extensa, en la que, por ambos lados, se levantan hoteles más o menos graciosos y elegantes. Los hay también feos y pobres. En medio de la ancha vía se alza una doble fila de árboles. El paraje es simpático, no alegre. Nosotros lo sentimos a propósito para nuestra desazón. Reflexamos en él nuestro estado de alma. Hemos pasado ya por frente a dos o tres hoteles silenciosos. Yo, sin preguntar, respetando el silencio de mis compañeros, me digo, al caminar: —Aquí. —No; aquí. Y no atino con la casa del suicida. Está lejos; está más allá de diez o doce hotelitos que dejan presumir una comodidad burguesa. De repente, nos detenemos en una reja entreabierta. Allí sí es. Dos policías o dos soldados—no sabría decirlo—están en pie recogiendo las tarjetas de los que llegan e indicándoles que la familia pide excusas por no poder recibirlos. Entramos. Un jardín y, en el fondo, un *chalet* muy blanco, de enjalbegadura que reluce al sol, y por cuyos muros trepan los caprichosos ramajes, de verde clarísimo, de las enredaderas. ¿Qué dijo Villaespesa a los hombres uniformados? No sé. El resultado fué que a cuatro o cinco nos dejaron libre la entrada. Subimos al *chalet*. Nadie salió a recibirnos. Amortiguando los pasos, de puntillas casi, penetramos, primero, en

un pasillo estrecho, y, en seguida, en un saloncito que estaba obscuro porque habían cerrado sus puertas y ventanas. La violencia del contraste entre la claridad de afuera y las sombras del interior me hirió vivamente los ojos. Llegué deslumbrado, y muy poco a poco fui distinguiendo, fantasmales, a unas cuantas personas que hablaban en voz baja. Comencé a respirar y a sentir el ambiente de lo siniestro. Dejé que mis compañeros se dirigieran a sus amigos y conocidos, y, como siempre, busqué mi rincón de observador. Sonó en la pieza contigua la campanilla del teléfono, y un acento, en el que había temblor de sollozos, empezó a hablar para transmitir, por el aparato, los detalles de la noticia. Se comunicaba, probablemente, con la redacción de un periódico. Y dictaba, con largas y desgarradoras pausas, la carta de despedida de Felipe Trigo, breve, dolorosa, amorosa, en la que daba el último adiós a sus hijos, a su mujer, y en la que repetía, con ternura insistente, la palabra perdón. En el pesado silencio de aquella casa, este mensaje de la muerte, transmitido por una voz lacrimosa, lastimaba como si fuese un golpe en el corazón. La voz se calló, por fin, y después de un minuto salió, de la pieza donde había sonado, un jovencillo pálido, nervioso, con la mirada distraída y la expresión del ensimis-

mamiento que nos deja un grande e imprevisto suceso. Saludó, forzadamente, a los visitantes, y salió. Otro joven militar, a quien yo no había visto, lo siguió llamándolo: —¡Hermano! ¡Hermano!

Todos los circunstantes mirábamos, en muda contemplación, estas simples escenas, que impresionaban, no obstante, con el horror de la tragedia.

Y mientras nosotros permanecíamos mudos abajo, arriba, en las habitaciones altas, se quejaban, gritaban, lloraban. Llantos y plañidos de mujer que intermitentemente se apagaban, alzábanse por largos intervalos. Eran súplicas, imprecaciones, oraciones, desesperaciones. Un vocativo, repetido sin cesar, me hurgaba el alma y la memoria, como gancho que me revolviese penas y recuerdos: «¡Papá!»

La familia de Felipe Trigo se había refugiado allí de la indiscreta e inoportuna compañía de los extraños. Me sentí mortificado. Y acercándome a Villaespesa, le dije al oído:

—Me voy

—No, aguarda un poco. Van a sacar el cadáver. Quiero acompañar a mi amigo hasta ese instante.

—¿Pues dónde está?

—Allí.

Y Villaespesa me señaló una puerta cerrada, en el mismo primer piso donde estábamos. El gabinete de trabajo de Trigo. Allí estaba solo, el desventurado, sin blandones y sin plegarias, en el mismo lugar, en el mismo sillón donde se había quitado la existencia.

A esa puerta llegaban—yo las vi bajar hechas un océano de lágrimas—las hijas del escritor, una hermosa y rubia criatura y una robusta y linda niña. Los hermanos las acompañaban.—¡Yo quiero verlo!—rogaban ellas. Y, convenciéndolas, obligándolas, las alejaban de aquel lugar pavoroso. La puerta cerrada era una barrera infranqueable.

Estos suplicios me hacían daño, y, para no asistir a ellos, me aconsejó mi egoísmo que saliese al jardín. Salí con otro literato que sentía y pensaba lo que yo. Una vez en el jardín los dos, él empezó a contarme la vida del célebre novelista:

—Este final no es imprevisto. Ya nos lo esperábamos. Felipe estaba enfermo, muy enfermo. Una profunda neurastenia lo agotaba. No podía escribir ya como antes. Veinte noches hacía que no probaba el sueño. El era médico y sus síntomas le inquietaban. Presentía un próximo desastre mental. En su familia hubo alienados. Él tenía miedo de la fatalidad hereditaria. Induda-

blemente que Felipe tenía un extraordinario talento, una imaginación resplandeciente, una agudísima percepción. Sus facultades de novelista fueron muy grandes. Su lenguaje carecía de pureza y de estilo. Con frecuencia se alejaba del buen gusto. Pero, en cambio, sabía ver muy bien, y reproducía con exactitud los ambientes y los personajes de segundo término. Los de primer término, no, porque, en general, sus mujeres, sus heroínas, son irreales, están hechas con materiales imaginativos y concebidas por la exaltación erótica, por el sueño sensual que atosigó de continuo la vida de Trigo. Y sus hombres, sus protagonistas, son él mismo, el autor con sus anhelos de aventura dannunziana. Porque Felipe no sólo escribía, sino que quería vivir sus novelas. Las vivía. Vistiendo la realidad, que solía ser inferior y grosera, con los atavíos de un fantástico refinamiento, el poeta—porque era un poeta, un soñador incansable—se forjaba la ilusión de las conquistas suntuosas, de los amores raros, de las citas misteriosas, de las altas comedias del placer y de la elegancia. Trigo era un fantaseador admirable e ingenuo. Era también un teorizante lleno de novedad. Temperamento exaltado, corazón generoso, gran cerebro, este literato fué, a pesar del mundo calenturiento que llevaba en el espíritu, un

bondadoso jefe de familia, un excelente amigo y un cumplido caballero. Y no sufrió únicamente imaginarias tormentas, sino que, asimismo, las sufrió verdaderas.

En Filipinas, lo acuchillaron los tagalos hasta abandonarlo por muerto en el campo de combate. ¿No le notó usted la cara atravesada por cuatro o cinco grandes cicatrices? Anduvo con su inquietud por todas partes. No se conformó con ser médico de provincia. Fué ambicioso de gloria, voluntad activa. Tarde reveló su vocación artística; al filo de los cuarenta años. El realismo de sus novelas no es siempre agradable. Disgusta la insistencia de su manía erótica. Eso, quizá, depende de la edad en que comenzó a escribir. En sus libros destapó la caja de sus deseos irrealizados. Pero hay obras suyas muy fuertes: *Jarrapellejos*, *El médico rural*...



Calló el literato. Habíamos visto que comenzaba a bajar la corta escalinata del chalet una camilla cubierta con un paño negro y cargada por dos mozos funerarios. Detrás, con la cabeza descubierta, venían los amigos y camaradas.

Se oía sollozar, gritar, implorar dentro de la casa. El cadáver salió, no por la puerta princi-

pal, sino por una que había detrás del jardín. Figuróseme aquello una escapatoria, una fuga avergonzada, el remordimiento de dejar tanto dolor y tantas lágrimas. El crepúsculo era espléndido y simbólico; rojo, como la sangre; azul, como la esperanza.

El Madrid del género chico.

: : Verbenas y tradiciones : :

II

Noche de agosto; brava noche, de calor seco, asfixiante. Son las once. Y decir las once en verano, es decir aquí la hora del principio del bullicio, de la preparación de la fiesta. El Madrid verbenero se divierte de once a cinco.

Por la calle Mayor pasan henchidos los tranvías, y se nota un frecuente ir y venir de coches alquilones, que entran y salen por los arcos de la gran plaza. La gente que marcha a pie, va como en romería. Pasan mujeres garbosas; y, por distintas partes, pasan mantones historiados y floridos: uno blanco, y otro azul, y otro rojo; pasan, llevadas cuidadosamente, guitarras enlistonadas, y algunas van ensayando, *sotto voce*, rasgueos y pespunteados. La calle y la plaza, mal alumbrada.

das por la luz verdosa de los faroles públicos, presentan, con su procesión popular, un aspecto un poco rembranesco, un cuadro nocturno, en el que juegan, en violentas antítesis, la sombra y la claridad.

Curioso y vagabundo, me dejo arrastrar por la multitud. De repente, me encuentro en la calle de Toledo. Ya estoy en el límite de la zona del regocijo. Desde la plaza de la Cebada se extiende la batahola; luces, tinglados callejeros, papeles de colores, guirnaldas de claveles, ritmos de castañuelas, afinadas vibraciones de cuerdas, ecos de voces que cantan, hervor humano. Voy acercándome: puestos de almendras, tendidos de peladillas, pirámides de melones, mesas con platos de aceitunas y vasos de manzanilla; juguetes; alfarería; gritos de vendedores ambulantes; calles estrechas, por cuyas calzadas va la gente abriéndose paso con los codos; algazara, cuchicheos, rumores de colmena; sombreros de torero, gorras de *golfo*; peinados de chula; muchos ojos negros; muchos labios frescos; una rosa aquí y otra allá; una agudeza canallesca, un modismo de barrio; música por todos lados; ruido que ensordece; calor que sofoca.

En una calle semiobscura, la amarilla y radiante mancha de una iglesita romántica y nueva, dentro de la cual se aprieta la gente, por ver a

la Virgen, en el altar mayor hecho una brasa rutilante. Distintos cobertizos se alzan en medio de la calle. Este cobertizo es salón de baile; dentro, danzan las parejas en típicas posturas; sueña, incansable, el organillo de manubrio; se pasea el bastonero enarbolando su largo palo, que es un tirso de listones; fuera, detenida por el frágil barandalillo, la muchedumbre, atenta, mira el cuadro. Aquel cobertizo es improvisado restaurante, y en él familias enteras de la clase submedia—obreros, menestrales, cigarrerillas y gente de juerga, mozuelas y galancetes—sentados en torno de las mesas, comen con incitador apetito. Grupos regionales, repartidos por los distintos lugares, cantan y bailan, unos a la andaluza, otros a la aragonesa, acá las sevillanas y acullá las jotás, en incesante y sugestiva monotonía. Los muros, viejos; los pavimentos, mal empedrados; los portales, oscuros; tabernas y cafés brillantes y concurridísimos; un contento natural, ingenuo, que se respira en el aire (¡y eso que apenas se respira!); simple alegría de vivir de un pueblo que no ha perdido la salud espiritual. Esta es, pintada a brochazos, la célebre verbena de la Paloma...

Me acordé de la que yo conservaba en la memoria, entre los trastos de la guardarropía y los viejos retratos de las tiples; me acordé del saine-

te de Ricardo de la Vega, musicado por Bretón. Y comparando la realidad con el artificio, hallé que éste tenía una vida tan intensa como aquella, y que, sin literatura, sin subterfugio, sin álito casi, el poeta había trasladado un pedazo de verdad al escenario, arrancándolo de este ambiente alborotador del barrio madrileño. No parece una copia, sino el original mismo, que, sin perder detalles, queda reducido al espacio pequeño del tablado. Tan exacta es la identidad, que, por momentos, me sentía formando parte de un coro zarzuelesco, y buscaba a mi lado la muchacha a quien cantarle aquello de:

Como es la Virgen
de la Paloma...

Estaba yo en pleno *género chico* de la vida. Y en cada viejo emperifollado distinguía al boticario calaverón; en cada bien plantada jamona reproducía la *Señá Rita*; en cada anciana obesa que bailaba sacudiendo las trémulas carnes recordaba a la *tía fingida* de la morena y de la rubia. Muchas rubias y muchas morenas se paseaban, allí, del brazo de sendos Julianes enamorados.

Y es que las costumbres de este pueblo no necesitan aderezo para ir al teatro y renovarse en

él por medio de pintorescas escenas, castizas agudezas, animados personajes, intencionados diálogos, música típica y chuscos episodios. Son estas las horas en que el pueblo de la villa vive para reír, para querer, para desbordar el entusiasmo y el alborozo, en la calle, en la plaza, al son del organillo y entre las agitaciones del tumulto.

Los majos de don Ramón de la Cruz, los horteras de las *Escenas matritenses*, el *Castellano viejo*, de *Fígaro*; la *Fortunata*, el *Celipón*, las *Miaus*, de Pérez Galdós, y el cesante famélico, el valiente de barrio, el galán de vecindad, *La revoltosa*, la *Regina*, las *Mujeres*, en fin, y los hombres todos de Burgos, de Sinesio Delgado, de Arniches, de los dioses mayores y menores, del chiste escénico español, y de los antiguos costumbristas, y de los novelistas de genio, andan por aquí barajados y revueltos, y se nos presentan para desaparecer, como por obra de fantasmagoría, entre el gentío de la verbena de la Paloma.

Es vigoroso el carácter plástico y psíquico que conserva este pueblo. Una chula madrileña no cambiaría su mantón por el velo de Tannit. Un guapo mozo no se desanudaría del cuello el pañuelo de seda, para que, en su lugar, le colgaran un toisón de oro. Las modas han alterado el tra-

je; pero no lo han acercado a cualquiera otra vestimenta extranjera; el pueblo, con un raro instinto de individualización, ha adoptado sus modelos y figurines, y ha peculiarizado sus imágenes.

Al modernizar su apariencia, obligado con imperio por la necesidad, siempre se retrasa, y, principalmente en el atavío femenino, deja algo de arcaico, algún toque arqueológico: la peineta, la mantilla, la estirada media blanca, el zapato bajo.

Las provincias, menos expuestas al contagio social, conservan mejor sus vestidos característicos: Andalucía, Aragón, Galicia...

Pero este pueblo de Madrid, el de la chulapería andante, si ha retocado el indumento, ha persistido en la conservación de su alegría desenfadada, de su *quemeimportismo*, de su gracia a flor de labio, de sus fiestas seculares y de sus ruidosas verbenas.

Pueblos firmes por dentro y por fuera, pueblos que persisten en peculiarizarse y no olvidan ni desdeñan sus antiguallas, por seguir formas de placer inadaptables al espíritu de la raza, tienen una larga vida nacional. El *misoneismo* colectivo, que, en ocasiones perjudica y retrasa, en ocasiones también sirve y robustece, porque cultiva en la existencia popular el amor a la tra-

dición y unifica en un sentimiento común el espíritu de las generaciones.

Bueno es acabar con la inveterada rutina; pero malo destruir las viejas y tradicionales costumbres. Es un error derribar, a golpe de piqueta, un edificio, un monumento, representativos para el arte y para la historia, y construir, en su lugar, o un monumento o un edificio nuevos.

Y, sin ser monumentales, son tradicionales y representativas estas verbenas de Madrid, tan pintorescas, tan interesantes y típicas, desde la de *San Antón*, hasta la de la *Virgen de la Paloma*,

: : Mendigos y guitarras : :

III

A las seis de la tarde el sol madrileño ha empezado a perder su brío. Después de quemar, durante siete horas, la ciudad y de fundirla en sus cálidos oros, se complace en acariciarla con suaves y matizados fulgores, y le pide al viento su ayuda, el cual de buen grado la da, soplando tenuemente, y repartiendo así consoladora frescura.

Madrid, entonces, entra en una repentina animación que no abandona ya sino hasta la vuelta del nuevo día. Repentinamente se pueblan: de niños el Prado, de coches la Castellana, de transeúntes la Puerta del Sol y la Carrera de San Jerónimo, de parroquianos los cafés, las calles centrales de mujeres hermosas y los árboles de los viejos jardines de pájaros y gorjeos. Los tri-

tones y delfines de las fuentes monumentales sueltan sus delgados y corvos chorros de plata irizada, el carro de cantera blanca de la Cibeles se sonroja con las luces del Poniente, y, en la misma línea, al otro extremo, los dientes del Arma de Neptuno clavan y retienen una última llamaraada vespertina.

Las ventanas y balcones de los edificios, las lanzas de las rejas, las columnatas y bordaduras de piedra de los palacios, los broncees de las estatuas, las farolas del alumbrado, todo relampaguea y resplandece. El Goya de la fachada del Museo de Pinturas parece sentado en un sillón de oro fúlgido. A la vuelta, Velázquez, sobre su bajo pedestal, mira cómo relumbra en su mano la paleta obscura; San Isidro y Alfonso el Sabio, en la escalinata de la Biblioteca, perfilan, en la diafanidad del aire, el blanco mate de su granito; los negros leones del Congreso muestran la melena untada de amarillo solar. Aquí y allá, en las esquinas de los parques, los quioscos de refrescos son ascuas. En las frondas compactas del *Retiro* hay escardillos de esmeralda.

En esta hora Madrid está hecho con cristales de color; cristal de roca, las fachadas; azogado cristal, las fuentes y los estanques; cristal verde, los árboles; cristal de Baccarat, los mármoles...

Hasta las piedras ennegrecidas de las casas

seculares, que, como ancianas coquetas, no logran ocultar la edad; las calles de antaño, angostas, tristonas, con sus altos muros, sus vanos exigüos, sus balconcillos por donde asoma, de cuando en cuando, el penacho florido de un ties-to, hasta el Madrid secular y semi-destartalado, sonríe, y su sonrisa ingenua y amable nos parece la de una boca desdentada. Los inclinados techos de teja mezclan ocre a sus rojos polvorientos.

Y éstos, precisamente, son los momentos en que comienzan a salir y a recorrer la ciudad los mendigos, las gitanas, adivinadoras de la suerte, los ciegos de bordón y lazarillo, los músicos ambulantes, las cantadoras de coplas, los violines de prima gemebunda, las guitarras de rasgueo monótono, los acordeones de vocecilla aguda, el hampa española, pintoresca y pedigüeña, que va por esos mundos despertando la curiosidad, moviendo la compasión y recogiendo la calderilla en el consabido plato de estaño.

Para el viajero, para el que por primera vez pisa estas históricas tierras, el desfile de la Corte de los Milagros tiene un vivísimo interés y constituye un singular entretenimiento. Nada más pintoresco, ni más típico, ni más evocador.

En la banca de un paseo, en la silla de un café, en cualquier recodo, en cualquier ángulo,

donde se quiera, no importa dónde, puede improvisarse un sitio de recreo y observación, que, si la mano no es avara y el alma es piadosa, cuesta poco: algunas *perras chicas* repartidas entre la miseria ambulante.

La manera más común de pedir, de estos porcionistas, es cantando algún airecillo en boga, tañendo algún instrumento de cuerda, o soplando en alguna flauta de barro. Los hay que van solos, y los hay también que forman sociedad, y juntan y armonizan voces, instrumentos y ganancias.

Va usted caminando y distraído por esas calles de Dios; oye usted el silbido licuado de un pito que caricaturiza un tema vulgar, de zarzuelilla o de opereta; se acerca usted, y en el entrepaño que separa dos puertas, ve, recargado, a un viejo. Es una hermosa figura: largo el cabello; muy larga la canosa barba; noble y afilada la nariz; ancha la frente; alto y enflaquecido el cuerpo, que viste pobre, mal cepillado traje de americana; las manos están afanosamente ocupadas, bajo la boca, en tapar y destapar los agujeros del flautín de arcilla de donde sale, torpemente modulado, un tema popular. Los ojos están cerrados. Y usted oye, ve, imagina, recuerda, hace una novela eléctrica, siente un impulso tierno, y saca del propio bolsillo la moneda, es-

perada ya por la vieja mano, que repentinamente cambió de ocupación. Usted se aleja pensando en Homero, en Edipo, en el rey Lear. Bien dijo el célebre *ironista* que la hermosura es una carta de recomendación que da la Naturaleza.

Pero cátese que mientras usted toma tranquilamente su asiento en la acera del café, llegan y se enfilan frente a usted cuatro singulares personajes: dos mujeres de edad indefinible y dos hombres de catadura sospechosa: sucios, andrajosos, descascarados. Ellas, llevan cubierta la cabeza con sendos pañuelos de hierbas; ellos la llevan, cubierta asimismo, con sombreros o gorras de formas inverosímiles; ellas, cantan; ellos, acompañan el canto, uno con un violín y otro con un guitarrón. Las caras hacen gesticulaciones que parecen arrugamientos de trapo viejo. Este es ciego, tuerto aquél, y al de más allá le manan, y no ámbar, los ojos pitarrosos. Vienen coplas de amor, desengaño y tristeza; coplas españolas, de melancolía árabe, en las cuales llora, sintetizada, una pasión: ausencia, ingratitud, traición, olvido. Viene la canción alusiva, picaresca, oportuna, en la que cada palabra adquiere un sentido penetrante, y es como un grano de sal, como una caja de gracia maliciosa. Y vienen el vals vienés y la jota aragonesa, desafinados, con la letra cambiada, con la frase torcida, con el

acompañamiento de moscón de la guitarra y los crispantes chirridos del violín; mas coplas, canciones, vals y jota traen desenfado y se llevan céntimos.

Porque el platillejo recorre las mesas, el salón, los rincones, las aceras, y de mano en mano, de mozo en mozo, de transeunte en transeunte, pronto se le ve, si no henchido, visitado a lo menos, por los oscuros discos de las monedas de cobre.

No se ha marchado aún esta compañía lírica, cuando llegando está otra, de mayor o menor personal, de mejor o peor afinación, de diverso instrumental, de distinto repertorio, de orfeón solo o de exclusivo género sinfónico: tres muchachas: una, que canta en pie; otra, que sentada abre y cierra el acordeón, y la más chiquilla, que recoge las limosnas; un baturro de negro y corto pantalón, encintada pantorrilla, hilacha de manta al hombro y varejón en mano; dos hembras greñudas y tomadas de orín como las armas de Don Quijote; una pálida niña, de ojos abiertos por el hambre y por la desvergüenza; una anciana, hecha un *etcétera* dentro de su manto raído, un mundo, en fin, el mundo de los desheredados, de los inútiles, de los mutilados; el mundo de la pereza y el vicio, de la incuria y del dolor, el fondo de la miseria, el sedimento de todo con-

glomerado social, que sube a la superficie, en estas horas de alegría, y que burbujea y hace espuma, como si señalara venenosas fermentaciones. Hasta bien entrada la noche sigue pasando la *procesión histórica*, que planea, grita, canta, implora, amolda una oración en un aire de *tango*, y habla de sus enfermedades y desdichas en tiempo de *mazurka*. Todo pintoresco, animado, todo sinceramente optimista, a tal punto, que en estos rápidos cuadros de género, que han copiatos pintores españoles, la misericordia nos parece frívola; la queja, nos suena a *cante-jondo*, el dolor se nos figura falseado; y se nos antoja fingida la ceguera. Es que aquí la tristeza lleva cascabeles, y los mendigos cargan guitarra. Es que aquí la mendicidad tiene sus puntos y ribetes de juerga. Es que la despreocupación y la alegría de vivir están en la atmósfera.



¿Procesión histórica acabo de decir? Sí, estas costumbres, esta mendicidad retozona, esta musiquería ambulante, esta hampa colorida, son antiguas, son seculares, están historiadas en los códices polvosos de los cantares de gesta, descritas en los libros de don Juan Manuel, rimadas por don Juan Ruiz, el fraile nocherniego

del siglo xiv, contadas en la Vida del Lazarillo de Tormes, y desgranadas en mil y tres fábulas, en las novelas de truhanes y pícaros. Estos mendigos de guitarra y violín, estas cantadoras de copla coreada y jaleada, estos flautistas de barba hermitañesca, son los mismos de hace ocho y siete y seis siglos; son una prolongación, un desprendimiento, un escurrimiento de las edades pretéritas, y constituyen una variante, una transformación de aquella andante juglería medioeval, que llevaba por todas partes, a los pueblos batalladores, una visión del ideal épico y una gota trovadoresca de ensueño y galantería.

No piden a secas, cantan, tocan, llaman a las puertas del alma popular, con los mástiles de sus mugrientas guitarras; piden una moneda de cobre a cambio de canciones y rasgueos. Esparcen a los cuatro vientos polvo de regocijo y de ilusión a trueque de un poco de calderilla desgastada. Y como en los tiempos del *Mío Cid* se conforman con un vaso de vino, y ahora con un terrón de azúcar, cuando no reciben dinero.

Billeteros y pilluelos voceadores acompañan la sinfonía...

Luis G. URBINA

Mujeres y libros.

Bellas mujeres de blancura
deslumbradora y fino cuello,
que perseguimos con locura,
por vuestra carne tersa y dura
y vuestro undivago cabello;
lindas mujeres de vestidos
de seda y lana coruscantes,
que acariciáis nuestros sentidos
con vuestros senos exhibidos
entre batistas y diamantes;
libros que sois amigos fieles
y que en tallados anaqueles
nos conserváis nuestro tesoro
de raros broches, blandas pieles,
suave papiro y cantos de oro;
libros ornados de iniciales
rojas y artísticas viñetas,
que en vuestras páginas liliales

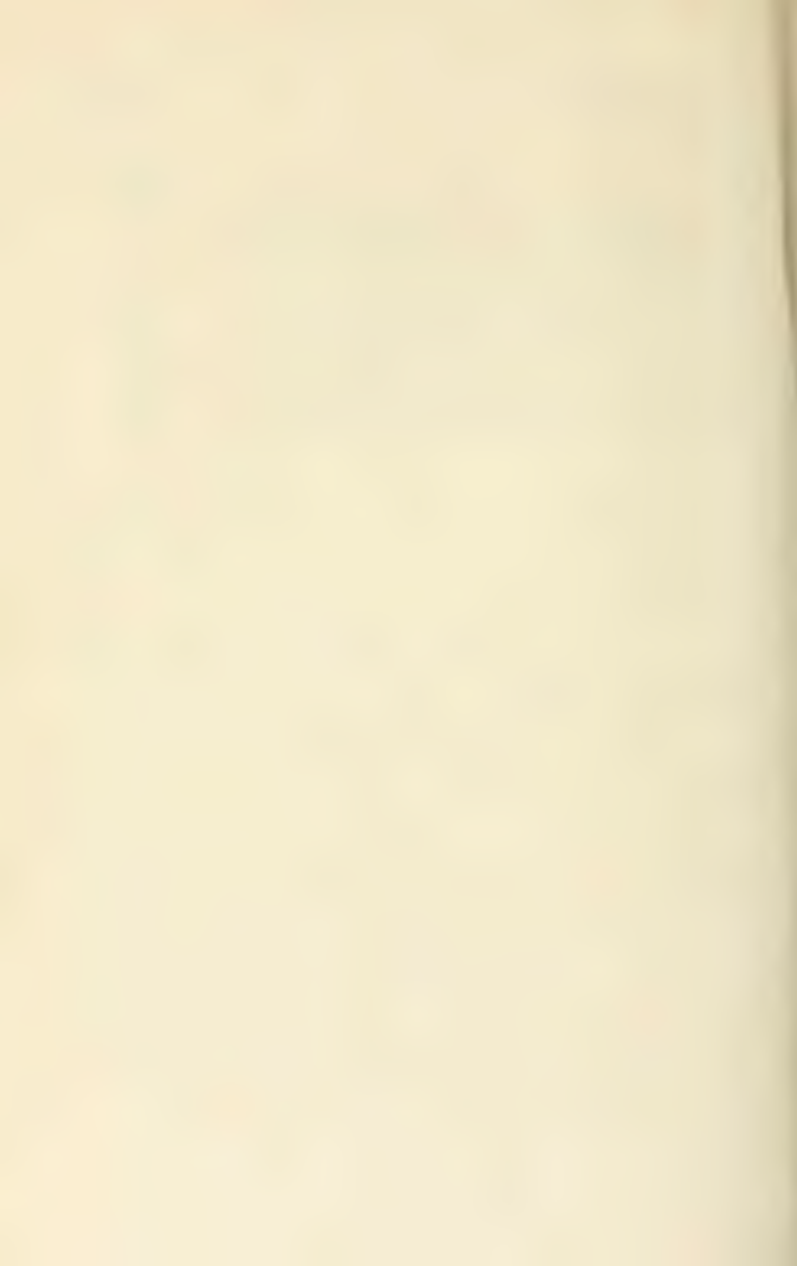
los pensamientos inmortales
guardáis de sabios y poetas;
porque sois lumbre de entusiasmo
y manantial de eterno gozo;
porque sois néctar de alborozo
y sacudís hasta el espasmo
y conmovéis hasta el sollozo;
porque sois fuente de alegrías
y estimulante de energías,
y en nuestras rutas desoladas
sois, cual Beatriz, nuestras amadas,
y, cual Virgilio, nuestras guías;
porque sois foco de ambiciones
y dulce fruto de placeres
y fuerte vino de emociones,
porque sois prisma de ilusiones
os amo, libros y mujeres.

EFRÉN REBOLLEDO

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Mateo Alemán, por Francisco Rodríguez Marín.	1
El libro de los paisajes, por Leopoldo Lugones..	63
Juvenilia, por José Ingenieros.....	65
Los dos creyentes de Hieraim, por Viriato Díaz Pérez.....	69
Cleopatra, por Antonio de Hoyos y Vinent.....	74
Poetas latinoamericanos, por Alfonso Camín....	77
Teatro lírico, por Carlos Bosch.....	82
La canción del eunuco, por Manuel Verdugo....	87
La evolución de Gabriel D'Annunzio por Gonza- lo Zaldumbide, por César E. Arroyo.....	94
La fábula del Deseo, por L. Rodríguez Figueroa.	103

	<u>Páginas</u>
Don Juan en Santa Marta, por Andrés Mata....	104
•El Reino de los Parias, por Goy de Silva.....	107
El pecado de la raza, por José M. Matheu.....	137
Sonata primaveral, por Leopoldo Lugones.. . .	155
Notas de viaje, por Luis G. Urbina.....	161
Mujeres y libros, por Efrén Rebolledo.....	186



CERVANTES

REVISTA MENSUAL IBERO-AMERICANA

DIRECTORES:

Francisco Villaespesa, Luis G. Urbina,
José Ingenieros.

ADMINISTRADOR:

José Lloret.

SUSCRIPCIÓN:

España y Portugal:

Trimestre, 6 pts.; semestre, 12; año, 20.

Extranjero:

Trimestre, 10 pts.; semestre, 20; año, 30.

ADMINISTRACIÓN:

Alberto Aguilera, 35.—Teléfono 3967.

Número suelto, 2,50 pesetas.



AÑO II

NUM. VII

CERVANTES

Madrid, Febrero 1917.

REVISTA MENSUAL

ROCINANTE

Vino a mi propósito el escribir estas páginas hace bastante tiempo, como resultado de conversación con un amigo de superior inteligencia, uno de estos con los cuales conversar siempre es aprender y de cuyo trato sacamos, no tan sólo ideas transmitidas, sino aun estímulos y sugerencias que nos hacen pensar y que acrecientan así el caudal de las ideas propias, por las que en nuestra mente despiertan sus palabras. En esa conversación se examinó la idea que es fundamental entre todas las que aquí han de exponerse, que quiero consignar netamente, al comienzo de este trabajo, porque a todo él informa y

porque a todo él hizo surgir, como semilla fecunda. Observábamos cómo ha sido cualidad propia de los grandes escritores, háyanse servido del verso o de la prosa, el haber sabido crear caracteres bien definidos, verdaderas *impersonations*, que dicen los ingleses, con palabra realmente intraducible, que parecen tener una existencia tan real y efectiva que creemos conocerlos, que, al cabo, los hemos verdaderamente conocido; a tal punto que, ante sus representaciones plásticas, intentadas por pintores y escultores, nos atrevemos a decir si aquellas figuras son o no verdaderas representaciones, atinadas y ciertas, del ser ideal representado, como si éste hubiera existido efectivamente; y ello nos convence de que tal sér ha tenido, en verdad, la más cierta y aun la más alta existencia que puede tener sér alguno; tal, que ha llevado a don Ramón de Campoamor a decir, en uno de sus *Pequeños Poemas*:

«¡Si a veces duda el mundo
si César o Colón han existido!
¡Los verdaderos hombres que han nacido
son Fausto, Don Quijote y Segismundo!»

Y, concretando nuestra tesis, hablábamos de dos figuras de bronce, bastante comunes en aque-

llos días en las tiendas en que se comercia en objetos de arte o de ornamentación, que pretendían representar a Don Quijote y a Mefistófeles, exageradas y ridículas caricaturas de estas dos creaciones imperecederas, que nada tienen de análogo; pero que, de modos muy distintos, vienen influyendo desde que aparecieron en el mundo sobre la mente humana. Ello nos llevó a pasar revista a otras personificaciones, hijas de la literatura universal, desde el trágico Orestes y la dulce Ifigenia de la antigüedad griega hasta ese mismo Fausto, por Campoamor citado, que tal vez sea hermano mayor de Manfredo, de los últimos de tal linaje, y al que quizá pudiera darse a Quasimodo como final representante. Y discurriendo sobre otros miembros intermedios de tan ilustre familia, a través de la rica prole de Dante y de Shakespeare, vinimos a parar a ese otro gran padre de tales criaturas, que se llamó Miguel de Cervantes y, de repente, pensamos en algo que no habíamos pensado hasta entonces, al hallarnos, con sorpresa, frente a un sér quizá único en su clase, pues que tiene esa firmeza de rasgos físicos y morales propia de toda su estirpe, esa unidad del carácter que les es común a todos y esa neta precisión de todos los contornos, que les da el sello de personas vivas y que los hace típicos e inconfundibles;

pero (caso singular) no pertenecía a la especie humana, a la que los demás invariablemente pertenecen. ¡Era un animal! ¡Era Rocinante!

Pareciéndonos entonces como si por primera vez lo hubiésemos contemplado, y caímos en un mérito peculiar de su creador, que, como todos sus congéneres, produjo esos dos tipos efectivos e inmortales que se llaman Don Quijote y Sancho, ejemplares de esa gran galería de hijos muy humanos de la mente humana; pero produjo, además, un caballo, para colmo de prodigio, ridículo y feo, al que dió por compañero un asno, no tan típico como él ciertamente, dado que el rucio es más borroso y vago, al paso que el caballo tiene tanta realidad y tanta vida, que no podemos verlo en pintura o en grabado sin decirnos en el acto si es él o si no es él, como nos lo decimos ciertamente de su jinete y señor.

Y dando vueltas a tal idea, llegué a preguntarme si esa viviente entidad equina que se llama Rocinante debe sus caracteres, su realidad, su vitalidad, a cosa que le es propia, o simplemente a haber sido cabalgado por tal jinete, ora a través de los tranquilos campos de la Mancha, ora en las ariscas soledades de Sierra Morena, ora por las bulliciosas calles de la vieja Barcelona; siendo así su personalidad un mero reflejo de la de su dueño; y con este problema en la

mente, dime a releer la historia del *Ingenioso Hidalgo*.

He buscado a través de ella a Rocinante con especial cuidado, como si él fuese el protagonista de la gran novela en cuyas páginas vive. En los dos volúmenes de la edición que poseo lo hallé citado 108 veces, sesenta en el primero, cuarenta y ocho en el segundo, incluyendo en la pesquisa el *Buscapié* y los versos que preceden y que siguen a la Primera Parte, así como el Prólogo y las dedicatorias. Dada la constancia con que él está en escena, son realmente pocas citas; y el caso es más sorprendete si se repara en que muchas de ellas se limitan a decir que Don Quijote hubo de montar en él o que Sancho procedió a ensillarlo o a desensillarlo. Poco, en efecto, se dice de él en todo el libro; y de ello derivé primero la impresión de que era su vida una vida refleja y no una propia y personal existencia. Pero, antes de formar este juicio como definitivo, pensé en que esos grandes creadores de personificaciones, no necesitan de muchas palabras para dar vida a sus criaturas; ponsé en cuán pocas habían bastado a dar a Dante para hacernos ver eternamente a Farinata, eriguido en su fosa, altivo, despreciador del infierno y de sus tormentos, o a Sordello, sereno y tranquilo, como león que descansa; en los poquí-

simos versos que habrá usado Shakespeare para dar vida, por ejemplo, a Henry Percy, *Hotspur*, personaje si se quiere secundario de una de sus tragedias históricas, al que nos parece que hemos conocido y aún que asistimos a sus explicaciones con el rey Enrique IV sobre los motivos en cuya virtud no le entregó los primeros prisioneros que hizo en la batalla de Holmedon; y entonces, siempre en busca del secreto de la vida peculiar de Rocinante, apliqué mayor atención a los lugares en que se menciona; y he hallado sus rasgos de figura y de carácter tan constantes y precisos, que he llegado a pensar, sin duda alguna, que la pobre y maltrecha bestia es una de las creaciones más salientes, no ya de la literatura española, sino de la literatura universal, y la única en su clase, dado que no es de nuestra especie, sino que la pluma que le dió el ser la fué a tomar en la región poco precisa y nada abundante en rasgos típicos e individuales de la animalidad.



Por lo que hace a su aspecto exterior, no es preciso describirlo ahora, porque cierto me hallo de que todos aquellos que tengan la bondad de escuchar esta lectura lo estarán viendo, como

quien dice, en estos momentos. ¿Cómo es que ha quedado así, en la imaginación de todos, aun tal vez la de aquellos pocos que no han leído el libro en cuyas páginas se le encuentra? Porque es lo cierto que Cervantes nunca se ha empeñado en describirlo de una manera detenida. A través de toda la obra ha dejado caer tan sólo unas cuantas pinceladas, y con ellas hemos tenido bastante para que la estampa del rocín no se separe nunca de los ojos de nuestro espíritu. La vez primera que nos hallamos con un como conato de abortada descripción, el más franco elemento descriptivo se encuentra en un frase latina. En el capítulo primero de la primera parte, después de referirnos Cervantes algunos de los preparativos de don Alonso Quijano (todavía no Don Quijote definitivamente) para equiparse al efecto de emprender sus correrías en busca de aventuras, tras de decirnos cómo se fabricó por vez segunda aquella media celada de cartón, *y sin querer hacer nueva experiencia de ella, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje*, nos refiere que *fué luego a ver a su rocín*, Aquí la pintura completa del animal se hubiera ocurrido oportuna a cualquier escritor que no supiese que vale más, para que sea precisa la imagen que ha de impresionar al lector, que ésta se forme, por decirlo así, espontáneamente

en la imaginación del que lee, y que bastan, para ello, unos cuantos toques bien dispuestos, grandemente sugestivos. Así el gran libro regocijado empieza aludiendo al caballo con un *donaire* característicamente genuino del tono general de la obra. Haciendo un juego de palabras con el nombre que entonces se daba a una enfermedad que suele atacar a los caballos en los cascos, nos dice el autor que aunque el pobre animal *tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela*, pareció a Don Quijote que ni el Bucéfalo de Alejandro ni el Babieca del Cid con él se igualaban. En ello el buen hidalgo no hacía sino aplicar a su rocín el criterio con el que todo lo juzgaba y mirarlo a través del constante cristal de su locura; como veía castillo roquero en una venta de camino y dama de no igualada hermosura en Aldonza Lorenzo, zafia aldeana de aires rudos y hombrunos, tan deliciosamente pintada por Sancho cuando, con no escasa sorpresa suya, llegó a identificarla con *la sin par Dulcinea del Toboso*. Pero como no sería bien que el lector quedase en ayunas acerca del *caballo de Gonela*, no tan conocido ni tan célebre como Babieca o Bucéfalo, el autor agrega, a la alusión que hace del mismo, *que tantum pillis et ossa fuit*; y aun así, quedádome hubiera yo en la mayor ignorancia

acerca de quién fué el dueño de tan flaca cabalgadura, de más general conocimiento, sin duda, en el siglo XVII que a la fecha, si una nota del libro no me dijese que fué el tal Gomela un bufón de uno de los duques de Ferrara. Y no hay más elementos descriptivos en esta primera alusión al animal que es como su fe de bautizo, pues que el párrafo no contiene luego otra cosa que el decirnos cómo llegó su amo a darle el nombre ridículamente altisonante con el que la Humanidad lo reconoce; nombre que tiene también un carácter definido, pues que, en muchas partes, es del mismo género que el que a sí propio se diera su amo, en su condición de caballero andante; y que está caracterizado por el mismo énfasis que lo inspira, en contraste con la ridiculez que lo domina, de cuyas circunstancias es tal vez el mejor ejemplar aquel otro con el que Don Quijote designa a uno de los más fuertes y nobles caballeros que hubo de ver en aquellos rebaños de carneros, a los que le plugo atacar, por su mala ventura, ¡el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de *las tres Arabias* nada menos!

Pero, en verdad, que limitarse a decirnos que la pobre bestia era todo huesos y pellejo (y esto en latín), y que estaba llena de *cuartos* en los cascos, no es señalar caracteres suficientemente

específicos que la diesen aquella fuerte individualidad de que disfruta, sino dejar caer tan sólo algunos rasgos genéricos, sin duda comunes a tantas y tantas caballerías desgraciadas como han sido, son y serán en el mundo, y de las cuales Rocinante resulta, siglos hace, sublimado prototipo, bestia esencialmente representativa, encarnadora eminente de los mayores defectos físicos que pueden afligir, y de las más altas y nobles prendas morales que redimen a todos los desgraciados seres del hampa equina que trotan canijamente sobre la tierra.

Ya en la venta, en la época de la primera salida, comienza a ofrecerse, con motivo de Rocinante, aquel perenne contraste entre la realidad, tal como la percibía Don Quijote, y tal como el común de los hombres llegaba a percibirla. Porque cuando el caballero andante llega a dicha venta, al desmontar y poner en manos del ventero su cabalgadura, díjole *que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo*. Cervantes no se cuida de subrayar la gracia de este régimen alimenticio aplicado a un animal de tal clase, sino que se limita a decir: *Mirólo el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quijote decía, ni aun la mitad*. De estas pequeñas y como descuidadas observaciones acá y allá reproducidas, está

fabricado el artificio sencillísimo mediante el cual hemos llegado todos a tener bien fija en la imaginación la figura precisa y bien delineada de este singular y verdadero *personaje* de la famosa y sin par novela. Así, cuando Don Quijote, internado en Sierra Morena, después de apedreado por los galeotes que él mismo libertara, decide seguir el consejo de Sancho, temeroso de la Santa Hermandad, con la cual *no hay usar de caballerías*, y llega inclinado al fin a ser prudente, *a la mitad de las entrañas de la sierra*, ocurre que topa con ambos Ginés de Pasamonte, llevado al mismo lugar en virtud del propio sentimiento que guiara a Sancho, y decide (porque *no era agradecido ni bien intencionado*) hurtar el asno, *no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida*. Igualmente, ya al final de la parte primera, cuando por industrias del cura de su pueblo, va Don Quijote de regreso al mismo, encantado y metido en una jaula, Sancho le aconseja que intente salir de ella, ofreciéndole ayudarlo, y le recomienda que *pruebe de nuevo a subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, según va de melancólico y triste*. Y en un pasaje en que se ocurrió a Cervantes contarnos cuál era y cuánta la amistad que entre el Rucio y Rocinante existía, aprovechó la ocasión para

decirnos que ambas bestias se acercaban y se rascaban una a otra, lo que parece ha sido siempre, entre animales, muestra evidente de grandísimo afecto, *y después que estaban cansados y satisfechos de rascarse, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del Rucio, que le sobraba de la otra parte más de media vara*, dándonos a entender, con esta sola medida del cuello, cuán largo, cuán flaco y cuán desgarrado era. Finalmente, este achaque de flaqueza aparece en el pobre rocín tan característico y esencial, que cuando ambos, caballero y escudero, vuelven a su aldea, definitivamente, vencido el primero por *el de la Blanca Luna*, maltrecho y melancólico, cerca ya del recobrar el juicio y del morir, cosas ambas que, como es sabido, le ocurrieron en un punto, acuden a verlos cuantos chiquillos en el pueblo había, que al advertir una coraza pintarrajeada puesta sobre la cabeza del rucio (recuerdo que Sancho se trajera del castillo de los duques y memoria del desencanto y resurrección de Altisidora), que allí la había Sancho acomodado, decíanse unos a otros: *venid, muchachos, y veréis al asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de Don Quijote más flaca hoy que el primer día*. Última mención que del pobre animal se hace en la obra; final, que coincide con aquel principio en que el autor lo

hubo de presentar a los lectores, semejante al caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*.

Sin embargo, algo más hay en el Quijote, que resulta descripción de la estampa y figura de tal bestia; que cuando Cervantes deja en suspenso el contarnos cómo se decidió la batalla entre el vizcaíno y Don Quijote y, allá en el capítulo IX de la Primera Parte, expone el artificio de haber encontrado la historia del hidalgo, escrita en arábigo por Cide Hamete Benengeli, en unos empolvados cartapacios que un muchacho vino a vender a un sedero de Toledo y que él adquirió por medio real, cuenta cómo en el primer cartapacio halló pintada esa batalla con el susodicho vizcaíno; y, refiriéndose a lo propio y exacto de la pintura, escribe estas palabras: *estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre de Rocinante*.

¡Cosa singular! En esta, su más completa descripción y más cabal diseño, aparece cotejada ya su supuesta estampa real con una figuración plástica que se dice, en el más amplio sentido de la palabra *una pintura*. Ya se condenaba a estas al parecido fiel que debían y deberán guardar, por los siglos de los siglos, con un ente pu-

ramente imaginario, si acometían la empresa de representarlo; ya el padre de tan singular personificación lo sabía dotada de una vida superior e imperecedora, con caracteres tan precisos que toda representación suya debía ser retrato, y retrato fidelísimo, pues que el modelo habría de ser como si existiese, vivo, realmente vivo, con rasgos típicos inalterables, tanto más inalterables cuanto que en ellos no influiría el curso del tiempo, por tratarse de una criatura destinada a la inmortalidad.

Cuerpo semejante es natural que adoleciese de defectos físicos lamentables.

Por lo pronto, un animal tan flaco, *tan hético confirmado*, no podía tener mucha resistencia. Así era, en efecto; y tan capital y palpable esta deficiencia resultaba que su amo y señor a pesar de tener de él aquella opinión que comunicó al al ventero, y que ya vimos, vióse forzado a reconocer que a su cabalgadura fueron imputables algunos de sus contratiempos como caballero andante, hasta el ocurrido finalmente, el decisivo y fatal de su palmario vencimiento en las afueras de Barcelona, ante los ojos del Virrey, que puso término a sus caballerías, a su locura y a su existencia misma.

Ya cuando su primera salida, al dejar la venta, hubo de topar Don Quijote no con la Iglesia,

sino con unos mercaderes que iban a Murcia a comprar seda, a los cuales por no haberse prestado a reconocer la belleza superior de Dulcinea sin verla, calificó el enamorado caballero de *gente descomunal y soberbia*. Y como atacase a uno de aquellos mercaderes, agudo y burlón, que había dicho algunas impertinencias siquiera de un modo condicional, de Dulcinea, ocurrió lo que ahora transcribo. *Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho con tanta furia y enojo que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, la pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo..., etc.* Y entre tanto que pugnaba por levantarse y no podía, estaba diciendo: *non fuyais, gente cobarde, gente cautiva: atended, que no por culpa mía sino de mi caballo, estoy aquí tendido.*

Y es que, si bien Don Quijote, en su jactancia, creía cuanto con él y sus caballerías se relacionaba, de primer orden y no excediendo jamás, por encima de todo colocaba su valor, la pujanza de su brazo, el brillo de sus armas y su gloria; y no como contradicción de su locura, sino como confirmación de la misma, veía las cosas como eran, cuando al verlo importaba a

la conservación de su prestigio y de su fama, tales como él las entendía.

Naturalmente, vino después de lo contado, la inevitable paliza, por mano de un mozo de mulas, que obligó a Don Quijote a la primera retirada a su casa, acomodado sobre el Rucio. Sancho al pie, y cargado con las armas, Rocinante, culpable único de tal desventura.

Y quedó esta culpa de Rocinante bien firme en el ánimo de Don Quijote, porque cuando lo condujo, al fin, a su casa aquel labrador vecino suyo, a quien Don Quijote tomara por don Rodrigo de Narváez y por el Marqués Mantua, al salir a su encuentro el ama y la sobrina, así como el cura y el barbero, antes que nada, dijo: *ténganse todos que vengo mal ferido, por culpa de mi caballo...* ¡Pobre caballo! la víctima principal de la locura de su dueño, que tantos malos ratos estaba llamado a pasar en lo futuro...!

La resistencia del caballo no brilla tampoco mucho en la aventura de los molinos de viento, aunque sí su resignación y sufrido carácter. Y no es que podamos reprocharle el que las aspas del molino lo derribaran, porque esto acaecido hubiera aún a más lucido corcel, sino por lo fácil que fué, y lo desastrosa su caída.

El ataque y la derrota del caballero andante se pintan con estos colores: *bien cubierto de su*

adarga, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió al viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo... Sancho interviene entonces, como siempre, en auxilio de su amo, y, como siempre mezcla a la ayuda los reproches; pero estos no se dirigen contra el caballo: ¿no le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y que no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Y habiéndolo ayudado a levantarse, tornó Don Quijote a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba; sin perjuicio de lo cual, parece haber seguido, con la carga a cuestas, su camino.

Cuando los galeotes, recién libertados, muestran una tan negra ingratitud cual la que mostraron, apedreando a su libertador, la debilidad de la bestia en discurso aparece tan grande que queda aturdido primero, pues que *no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce; y después viene al suelo de una pedrada y queda tendido junto a su amo, mientras el jumento estaba cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que*

aún no había cesado la borrasca de las piedras.

Lleguemos con esto a la desdicha fundamental del Buen Caballero al combate con el de la Blanca Luna, que en lo esencial ocurrió de este modo: *volvieron entrambos (los dos contendientes) a un mismo punto las riendas a sus caballos y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó a Don Quijote a dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con su poderosa fuerza, sin sin tocarle con la lanza, que levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con Don Quijote en el suelo una peligrosa caída.* Cuando los asistentes al combate acudieron a auxiliar al caído, *levantaron a Don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado, no se pudo mover por entonces.* Sancho quedó sumido en el mayor asombro y la mayor tristeza, y *temía si quedaría o no contrahecho Rocinante.* El buen caballero, por mucho que fuese sincero y leal, aún por serlo, y llevado de aquel su espíritu que a todo antepone su fama, volvió a ver claro respeto de aquel caballo que, al principio de la su historia le vimos anteponer a Bucéfalo y Babieca; debió advertir que antes bien se asemejaba al caballo de Gonela; pues que días después dijo a Sancho: *Yo lo he sido de la mía (acabo de decir que cada uno es artífice de su ventura) pero no*

con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarín mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna *no podía resistir la flaqueza de Rocinante*. Así vuelve el buen caballero, en tan decisivo trance, a hechar de ver con verdad qué clase de bestia montaba; pero para que no se desmienta su noble condición cuando inmediatamente Sancho, llevado de su bellaca naturaleza, dice que, si no fuera por la falta que habría de hacer para el camino, también con las armas, debía dejarse colgado a Rocinante, Don Quijote replica lo siguiente: *Pues ni él ni las armas, porque no se diga que a buen servicio mal galardón*.

Y con esto, con arrollarlos a todos una piara de puercos y con hallarlo más flaco que el primer día los chiquillos de la aldea, a su regreso, se cierra la historia del buen jamelgo, tan digno de lástima y de estimación como su amo.

Con lo dicho, no es de esperarse que resultara bestia de buen andar. Ya le vimos galopar, sin embargo, contra los molinos de viento, y es lo curioso que siempre, en las veces primeras en que se trata de su andadura, esta no es tan poca como por los antecedentes pudiera presumirse.

Es verdad que en la primera ocasión el paso vivo de Rocinante se explica por sí mismo: Don Quijote llega a la venta, cuando su primera sa-

lida; y es ésta aquella vez en que se hizo armar caballero por el propio ventero, al que se presenta al lector con esta donosa advertencia: *hombre que por ser muy gordo era muy pacífico*. Después de una marcha de todo un día, cuando Don Quijote llega a la expuesta venta (que creyó castillo), *a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban y que Rocinante se daba prisa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta...*, etc. Al salir de la venta a la mañana siguiente, a hora tan temprano que la narración nos dice que *la del alba sería*, decidió el caballero volver a su casa, equiparse, según los consejos que le diera el ventero, y conseguirse el escudero indispensable. *Con este pensamiento guió a Rocinante hacia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó a caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo*. Que avivase el paso en estas dos ocasiones el rocín, es fácilmente explicable, por el motivo que a tal esfuerzo le llevara; pero ya no lo es tanto en otras oportunidades.

Por ejemplo, cuando, fenecida la pendencia con el vizcaíno, Don Quijote se retira francamente vencedor, *hácelo a paso tirado* de su ca-

balgadura, tanto, que Sancho tiene que seguirle *a todo trote de su jumento*, a pesar de lo que, *camminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atrás, le fué forzoso dar voces a su amo que se aguardase*; y así mismo, cuando la aventura del cuerpo muerto, en que, al referirse la acometida del andante caballero a los enlutados, la historia dice así: *...y revolviéndose por lo demás, era de ver con la presteza que los acometía y desbarataba, que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas a Rocinante, según andaba de lijero y orgulloso*.

En tres pasajes de la Primera Parte, sin embargo, aparece muy claramente, con referencia al andar, la condición poco recomendable de tal cabalgadura. Cuando, en la aventura de los batanes, Sancho le ata calladamente las patas delanteras, a fin de que su amo no acometa de noche la temerosa empresa, Don Quijote piensa, naturalmente, que Rocinante está encantado. Mas, cuando la mañana se acerca, lo desata el ladino escudero, y ocurre que, al verse libre, *aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó a dar manotadas, porque corretas, con perdón suyo, nos las sabía hacer*.

Cuando Don Quijote, en Sierra Morena, vió por primera vez pasar a Cardenio cerca de él, roto y desecho, semi-desnudo, saltando de risco

en risco, se propuso alcanzarle, *y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado a la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperrezas, y más siendo él de suyo pasicorto y flemático.* Y al final de la Primera Parte, cuando *la rara aventura de los disciplinantes*, la acometida a éstos se cuenta con las siguientes palabras: *...y en diciendo esto apretó los muslos a Rocinante, porque espuelas no las tenía y a todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante), se fué a encontrar con los disciplinantes.* Aún así, el buen rocín ya llevaba deseo de quietarse un poco cuando su amo lo detuvo al llegar frente a la procesión.

De tal regla se presenta, sin embargo, una excepción. En el momento del combate con el caballero de los Espejos, el caballo de éste, que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante, *y a todo su correr, que era un mediano trote, iba a encontrar a su enemigo.* Este, que ya lo veía venir volando, *arrió reciamente las espuelas a las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, que todas las demás siempre fueron trotes declarados.* Y así queda definitivamente establecido el canijo andar de la sufrida bestia, que corre

pareja con su escasa resistencia y su fea catadura. Y no hay en todo esto, con lo antes dicho, contradicción esencial, porque de ese trote tan repetido no pasa el arranque del pobre animal contra los molinos de viento. Lo cual, considerado en conjunto, demuestra una gran debilidad física que, de tiempo en tiempo, saca fuerza de flaqueza y procura excederse a sí mismo en el servicio de su amo. El carácter excepcional de estos esfuerzos y el trabajo que cuestan a quien los hacen, dan la medida de su propio natural, que permanece muy presente a nuestro espíritu, precisamente en virtud de estos contrastes tan naturales y adecuados.



Con lo expuesto hasta aquí tenemos completo el aspecto físico del rocín. Bestia encanijada, toda huesos y pellejo de escasa resistencia y muy poco andar normal, ridícula de aspecto; pero sufrida como pocas, capaz de hacer esfuerzos requerida por su dueño, que acepta palos, pedradas y caídas sin resistirse luego, que jamás rehusa sus servicios, ora como bestia de silla (que es lo corriente), ora como bestia de carga, lo cual en varias ocasiones acontece.

Y si dejamos a un lado esas sus prendas fisi-

cas y pasamos a las morales, el carácter, porque tiene un carácter esa bestia, aparece confirmando cuanto hasta aquí observado queda.

Era, por lo pronto, tímido, de facto, lo que no se opone a la bondad, a la mansedumbre y a la buena inclinación, sino que, antes bien, muchas veces les hace compañía. Ya había demostrado tanto miedo como Sancho en la noche de los batanes. Cuando Don Quijote se encuentra con el carro de las Cortes de la muerte, después que el hombre vestido de diablo le explica quiénes ellos son, adónde van y por qué conservan sus disfraces, a tiempo en que el buen caballero reconoce que no hay aventura propia de andante caballería en todo ello (caso raro, en que queda tranquila y vencida su locura), aparece un sujeto con un disfraz de mojiganga empuñando un palo en cuya punta atada estaban *tres vejigas de vaca hinchadas*, lleno él de cascabeles, el cual, *llegándose a Don Quijote, comenzó a esgrimir el palo y a sacudir el suelo con las vejigas, y a dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala visión así alborotó a Rocinante, que sin ser poderoso a detenerlo Don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió a correr por el campo con más ligereza que jamás prometieron los huesos de su anatomía*. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del

rucio, y a toda prisa fué a valerle; pero cuando a él llegó, ya estaba en tierra, y junto a él Rocinante, *que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos.*

A veces no parece darse cuenta de que su amo entra en batalla. Indiferente a sus hazañas, aprieta el paso y toma aquel famoso trote, sin llegar a carrera tendida, cuando le dan con las espuelas o de cualquier otro modo le aguijan. No obstante, el amo agradece sus servicios, como lo vimos al rechazar la idea de dejarlo colgado, con las armas, casi sugerida por Sancho, a pesar de haber declarado que a su flaca condición hay que atribuir esencialmente la sufrida derrota. Se le llama alguna vez, en el curso de la historia de las aventuras del andante caballero, el *buen Rocinante*; ¡y a fe que era bueno ciertamente el pobre rocín!

Ya vimos cómo al rucio amaba y cómo se acercaba a él en afectuosa actitud y compañía. Al encontrar en el bosque al caballero de los espejos y a su narigudo escudero, Don Quijote no está en condiciones de combate, sino de descanso; las dos cabalgaduras, la de él y la de Sancho, están sueltas y paciendo, y con motivo de su afectuosa actitud es que Cide Hamete Benengeli se entretiene en ponderar la amistad que en-

tre ambos había, en estos términos: *cuya amistad del (el rucio) y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradición de padres a hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; más que por guardar la decencia y decoro que a tan heroica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su presupuesto y escribe que así como las dos bestias se juntaban acudían a rascarse el uno al otro, y después que estaban cansados y satisfechos de rascarse, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte más de media vara y mirando los dos atentamente al suelo, se solían estar de aquella manera tres días, o a lo menos todo el tiempo que les dejaba o no les compelia la hambre a buscar sustento. Y a tal efecto correspondía el asno, como se indica, de paso, al referirse la ingrata solución de la aventura del rebuzno, en que Sancho, aturdido por un garrotazo, es encaramado sobre su jumento apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle, pero el rucio siguió las huellas de Rocinante sin el cual no se hallaba un punto. Y así constantemente se les ve reunidos y se les menciona como compañeros y amigos, paciendo juntos o bien juntos sufriendo contratiempos y penalidades.*

Este mismo cariño tenía la buena bestia por el amo, a quien jamás abandonara. Al terminar el ataque a los rebaños de carneros, sin embargo de haber pensado Don Quijote, ante la idea de la rica presa que iba a obtener de aquella batalla *que aún corre peligro Rocinante que no le trueque por otro*, el caballero se halla con toda la dentadura en tan mal estado, que tiene que llevarse una mano a la boca *porque no se le acaban de salir los dientes*, mas como la otra asió las riendas de su cabalgadura, la cual *nunca se había movido de junto a su amo (tal era de leal y bien acondicionado)*.

Ya lo vimos, triste y melancólico, al punto de parecer encantado, cuando su amo, cautivo en una jaula y custodiado por vestiglos, iba camino de su oscuro destino, en pleno encantamiento. Y entonces, cuando, constreñido por apremiante necesidad, ruega Don Quijote que le dejen salir un momento de la jaula, al serle esto concedido, lo primero que hace es irse a su caballo, darle dos palmadas en las ancas y decirle: *aún espero en Dios y su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor a cuestras, y yo encima de ti ejercitando el oficio para el que Dios me echó al mundo*.

Y tal debía ser el deseo y propio sentimiento

de aquella buena bestia, como se hace palpable en otros pasajes de su historia, como el de la aventura del barco encantado, en el cual entraron señor y escudero, dejando atadas en la orilla sus respectivas cabalgaduras, *y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del río, comenzó a temblar, temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dió más pena que oír roznar al rucio y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole a su señor: el rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarle tras nosotros.*

Y es que estaba hecho para la no desmentida lealtad y para sufrir mansamente los contratiempos que la fortuna le deparase, siempre al servicio de su dueño, siendo la paciencia su más saliente cualidad moral. Bien hubo de probar que le asistía cuando Maritornes dió a Don Quijote la más pesada broma que imaginar pudiera, cuando desde un alto ventanillo de la venta ató una mano al loco, pero buen caballero, el cual quedó en la situación que ahora se describe: *Estaba, pues, como se ha dicho, de pie sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado, que si Rocinante se desviaba a un cabo o a otro, había de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno,*

puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero. Y así fué, que el buen rocín pasase en quietud absoluta toda la noche, y amaneció melancólico y triste, con las orejas caídas, tal que parecía de leño, sin que llegara a moverse hasta que hubo de acercarse a olerlo otro caballo, que montaba un caminante que, con otros tales, llegara al amanecer a la venta; ¡caso singular de paciencia, de quietud y de inmovilidad, característico del buen animal, seguramente no igualado, en trance alguno, por ninguno de su raza!

El día en que ocurrió la aventura de los disciplinantes, después que Don Quijote cayó derribado por aquel garrotazo que primero se creyó que lo había muerto y que lo incapacitó para volver a montar, hasta el punto de requerir él mismo a Sancho para que lo volviese a la jaula en la que iba encantado, Rocinante adopta una actitud pasiva, tal que de él se dice que *a todo lo que había visto estaba con tanta paciencia como su amo.*

Ya, cuando apaleado, y molido por los yan-güeses, con el amo y el escudero, esta vez por su culpa, se halla derribado, es él quien parece más descalabrado y más sin fuerza, pues que Don Quijote y Sancho se levantan primero y aquél dice a éste: *Déjate deso, y saca fuerzas de flaque-*

za. Sancho, respondió Don Quijote, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante, que a lo que me parece, no le ha cubido al pobre la menor parte desta desgracia. Y Sancho tuvo que levantarlo, hallándolo en tal estado, que hubo que llevarlo de reata, cabalgando Don Quijote sobre el rucio, echando él tan sólo de menos el no tener lengua con qué quejarse, porque si la tuviera *a buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga.*

Tan quieto y sufrido animal debía, naturalmente, ser comedido y pacato, y aun cuando tal comedimiento y mesura de ánimo y conducta nunca se mencionan expresamente de un modo directo, ello resulta evidente de cuanto se habla de Rocinante en la donosa novela; en la cual el sutil ingenio de su autor se valió del procedimiento contrario al que pareciera natural y directo para hacerlo ver, empleando, con insuperable gracia, el camino de hacer resaltar ese rasgo de carácter, pintando su más inesperada y cabal excepción.

En el capítulo XV de la Primera Parte, una vez despedido Don Quijote de los que enterraron al pastor Crisóstomo, *él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela, y al fin vinieron a un prado de fresca yerba por el cual un manso arroyo corría. Allí comieron y dejaron en*

libertad a sus cabalgaduras, para que lo mismo hiciesen; y he ahí que tal día, que comenzaba arcádica y deliciosamente, acabó por ser el de la más desdichada de sus aventuras, en virtud de la más inesperada de las causas. Cedamos la palabra al autor: «No se había curado Sancho de echar sueltas a Rocinante (lo que una nota de mi edición declara que *es poner una especie de trabas en las manos de las caballerías cuando se las deja sueltas*) seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijo que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieron tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte y el diablo, que no todas las veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó hallarse Don Quijote era muy al propósito de los yangüeses. Sucedió, pues, que a Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras hacas, y saliendo así como las odió de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, tomó un trotillo algo picadillo y se fué a comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que a lo que pareció debían de tener más ganas de pacer que de él, recibieronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera, que

a poco espacio se le rompieron las cinchas y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió más de sentir fué que viendo los arrieros la fuerza que a sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo.»

La escena tiene más de humano que de cosa a animales relativa. Se figura uno ver al varón ridículo de quien nadie espera que emprenda galanteos, porque se lo vedan los años, su estampa, su oficio, carácter y antecedentes de vida y costumbres que inesperadamente comienza a hacer el amor a una muchacha fresca y hermosa, en la flor de su juventud y su belleza. Esta le recibe, poco más o menos, como las yeguas recibieron a Rocinante, descartado el empleo de dientes y herraduras, que son los toques necesarios para referir escena tan supinamente humana al terreno de la animalidad en que se desenvuelve; y cuantos saben del suceso se maravillan y espantan de que tal persona, de tal carácter y de tales antecedentes, haya acometido empresa tan fuera de propósito y de estación; y por ser ella tan excepcional e inesperada, despierta generales comentarios y queda en la memoria de todos, y siempre se recuerda, y acompaña al héroe de la historia por largos años y por su vida entera; y es más, que su condición

impropia para aquella empresa abortada, resulta palpable y evidente en virtud de ella, más aún de cuantas veces hubo de manifestarse directamente, por acciones en consonancia con el temperamento que, de un modo natural, hubo de producirlos. Si alguna vez pudo con razón decirse que la excepción, por ser tal, confirma la regla, tal vez fué ésta.

Y nada falta al episodio de sus caracteres humanos antes indicados, porque nada de cuanto se refiere a Rocinante queda tan persistente en el recuerdo de los que lo presenciaron o de ello supieron, siquiera fuese de referencia; porque en pasajes distintos del regocijado libro que le recuerda del modo más preciso. Verdad es que los acontecimientos sobrevenidos no fueron para olvidarse por los que de ellos participaron. A Don Quijote, naturalmente, se le ocurre vengar el agravio hecho a su caballo en sus mismas barbas, decide acometer a los arrieros, y, por ser estos gente soez y de baja ralea, dice a Sancho que puede y debe prestarle ayuda conforme a las reglas de la caballería andante. El buen sentido de Sancho le lleva a observar que ellos no son sino dos y muchos los contrarios; pero Don Quijote le contesta: *Yo valgo por ciento*; y acomete. Sancho le sigue; y llevan los dos la paliza más cumplida que nunca recibieron, de

las no escasas que cuenta su historia. Don Quijote está caído a los pies de Rocinante, Sancho un poco más allá; los yangüeses se marchan con su recua precipitadamente. Sancho entonces llama con voz doliente a su amo para pedirle un poco del bálsamo de Fierabrás. No le tiene el caballero, y se sigue el más donoso diálogo quizá de todo el libro, durante el cual Sancho declara su propósito de no poner nunca más mano a la espada, ni contra villano ni contra caballero, *y que desde aquí para adelante (agrega) de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, o haga, o haya de hacer persona alta o baja, rico o pobre, hidalgo o pechero, sin aceptar estado ni condición alguna.* La réplica de Don Quijote es lo que de él pudiera esperarse; pero, al fin, Sancho dice que *mejor está para bizmas que para pláticas*, y agrega: «Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos a Rocinante *aunque no lo merece* porque él fué la causa principal de todo este molimiento.» Y para subrayar el carácter propio del rocín y cuán excepcional e inesperada fué su conducta, Sancho agrega: «jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir a conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida.»

El hecho, como antes se dice, jamás fué olvidado. Allá en la Segunda Parte, Cervantes habla de la primera, llega a noticias de Don Quijote que se ha publicado su historia, que es leída por muchísimas gentes con encanto y regocijo, de lo que mucho se huelga, aunque se desconsuela pensando que era moro el autor de tal libro; y como procurase conocerle y conocer así mismo la impresión que producía en el público, hace llamar al Bachiller Sansón Carrasco, hombre a propósito para el caso, y de él inquiere lo que saber quería. El artificio conduce a Cervantes a defender su obra con mordaces, aunque no airadas, alusiones a la apócrifa Segunda Parte del enigmático *Licenciado Avellaneda*, uno de los más bien guardados incógnitos de la historia, cuya identidad es problema aún pendiente y debate abierto todavía. Favorece tal artificio el hecho conocido de que entre la publicación de la primera y la de la segunda parte mediaron años, lapso de tiempo que aprovechó el supuesto Avellaneda para publicar su libro. En el curso de la conversación, recordando los acaecidos sucesos de sus anteriores caballerías, pregunta Don Quijote si los cuenta el libro de que el bachiller le habla, y cómo; he aquí que Sancho salta con esta donosa pregunta: «Dígame, señor bachiller, ¿entra ahí la aventura de

los yangüeses, cuando a nuestro buen Rocinante *se le antojó pedir cotufas en el golfo?*» Y aún al final del *Buscapié*, cuando el caballo del bachiller que en él figura, cuyo caballo es una réplica de Rocinante mismo, se acerca a una mula con las propias intenciones que el otro tuvo acerca de las yeguas de los yangüeses, y la mula lo recibe como una verdadera Lucrecia, de nuevo el suceso se recuerda. Y es que no podía olvidarse, porque él por su extrañeza y carácter desusado, choca e impresiona fuertemente, ya que no sorprende y casi ni se advierte que ocurra lo esperado, siendo lo inesperado lo que afecta nuestro espíritu con mayores bríos y mayor fuerza y origina en él una más fuerte y duradera impresión.

Tal es, con todos sus rasgos distintivos y característicos, este singular *personaje* de la novela inmortal. Tiene, como su amo, mucho de ridículo; pero también, como el amo, tiene mucho de noble y de estimable. Ambos son flacos, escualidos, sin fuerzas para la empresa que acometen. Ambos están vistos por el propio protagonista y héroe epónimo (que pudiera decirse) del libro, a través del mismo cristal; porque Don Quijote cree en su pujanza irresistible y en la fuerza de su brazo como cree en la excelencia de su caballo. Las más peligrosas aventuras se le

antojan hechas para él y exactamente a su medida. Análoga opinión tiene de su cabalgadura; y tanto la estima, que considera como un colmo, propio para dar idea de la rica presa de corceles que espera alcanzar, cuando acomete al ejército enemigo de Pentapolín, el decir que *aún Rocinante corre peligro de que le trueque por otro*. Como el amo es mesurado y casto (cualidad esta que, por contraste, resulta más que nunca en el día excepcional en que quiso dejar de serlo). Ambos son pacientes y sufridos. Como Don Quijote, en el fondo de su alma, siente por Sancho un afecto un si es no es paternal, Rocinante tiene cariño al rucio como seguramente lo tiene al amo, sin que se advierta que, en grado semejante, lo tenga por Sancho. Al amo sigue, sin resistencia alguna, a todas las locas empresas a que quiere llevarlo, aunque saber debe que de ellas no ha de sacar sino palizas. En esta virtud de la fidelidad sincera y constante, tal vez no le iguale criatura alguna, ni real, ni imaginada por la fantasía literaria. Desde luego que, en este sentido, es superior a Sancho. No cabe negar que éste tiene afecto al Caballero de la Triste Figura, pero su servicialidad sufre excepciones, a veces se burla de él; a veces resiste; una ocasión hasta lucha brazo a brazo y a amenazar llega cuando Don Quijote trata, por sorpresa, de apli-

carle alguno de aquellos azotes que han de desencantar a Dulcinea.

Y de todos es Rocinante el más desinteresado, que, al cabo, su amo vive en un mundo irreal, imaginario y fantástico, de empresas heroicas, de gloria que ha de alcanzar, de victorias que harán imperecedera su fama; lleno de tales imaginaciones que en las ventas ve castillos, en los venteros alcaides de nobles fortalezas, princesas en estas o aquellas labradoras y tiene por real y efectivo lo que soñó en la cueva de Montesinos; mundo surcado por encantadoras y por vestiglos, llenos de gigantes cuyas cabezas ha de cortar, de hermosas cautivas a quienes ha de proteger y redimir; y ¿qué es, ni qué supone, la dura realidad, frente a un panorama tan rico, hijo de una más rica y dislocada fantasía?

Sancho, por su parte, participa de aquellas ilusiones; cree a pie juntillas que su amo llegará a ser rey o emperador y que entonces, o aún sin serlo, lo hará conde por lo menos o le dará a gobernar una ínsula. Y aún cuando llegó a tal gobierno, si bien de un modo grotesco, y de él quedó escarmentado, hasta tal punto que dijo a don Antonio Moreno, que preguntaba, sorprendido, si había sido Sancho gobernador, esta frase profunda, que me produjo, por motivos personales, honda impresión al releerla: *Sí, y de una*

ínsula llamada la Barataria. Diez días la goberné a pedir de boca: en ellos perdí el sosiego y aprendí a despreciar todos los gobiernos del mundo. Y a pesar de ello quedó en su espíritu un resto de ilusión, y preguntó inconti nenti a la cabeza mágica del propio don Antonio, si llegaría a tener otro gobierno; y aún duélese del vencimiento de su señor por el caballero de la Blanca Luna, entre otras cosas, porque con el tal vencimiento y las condiciones del combate que lo acarreará, disípanse sus esperanzas y conviértense en humo las nuevas promesas de Don Quijote, sin advertir que humo habían sido siempre, y que de tal humo llena estaba impenitentemente su cabeza.

Con tales esperanzas en el corazón y tales fantasmagorías en el caletre, puédense soportar ayunos y vigiliás, noches al raso, palizas y toda clase de contratiempos; pero sin eso, sin esperanzas y sin ilusiones, la pobre bestia, dócil y sufrida, ofrece su lomo al héroe de tanta aventura absurda, y, con él cargado va de acá para acullá, soportando su peso y participando sin otro horizonte que el de que el buen caballero le cargue con la culpa de sus vencimientos, y Sancho casi proponga colgarlo, proposición que no llega a hacer en serio, sólo por la necesidad que del mismo tiene en el camino de su derrota y reti-

ro. Mansa y bondadosa criatura de la cual nos queda un recuerdo más bien melancólico que regocijado, como nos queda al fin, de todo el libro en que su figura aparece, con aquellas otras inmortales del caballero que en él cabalga y del escudero que lo cincha y lo suelta alternativamente, según el caso.

Fiel trasunto de su padre espiritual, la nota que en él domina es seguramente ésta de la resignación melancólica. La última vez que se le menciona es para que lo veamos, como lo hallaron los chicos de la aldea: más flaco entonces que el primer día. Y suponemos que muriera de consunción y de tristeza, olvidado, sin que de él cuidase nadie, poco más o menos como hubo de morir el hombre que manejó aquella pluma extraordinaria que Cide Hamete dejó colgada de una espetera, para que en ésta quedase luengos siglos y aún en la espetera está.

¡Singular carácter y tristísima vida, los de Miguel de Cervantes Saavedra! Dado le fué soportar todas las durezas de la existencia humana, así las que quebrantan el cuerpo, como las que afligen y amargan el espíritu; y sin embargo, su espíritu debió de quedar afligido, pero seguramente, no quedó amargado. En la larga historia de las aventuras del hidalgo manchego se pasa una revista muy completa de la Comedia Humana, y

aunque muchas de sus escenas son zaheridas, con toda justicia, nunca la hiel de la amargura emponzoña aquella pluma que se mueve siempre a impulsos de una mansa ironía sin veneno. Debió ser la suya un alma nobilísima, en verdad, tanto como fué desdichada; y quizá sea el timbre mayor de su gloria el que vacilemos en decidir cuál de sus dos grandezas a la otra supera, si la intelectual o la moral.

Esta grandeza moral aparece bajo una luz singular en Argel, cuando Cervantes, sorprendido siempre en sus planes de fuga con otros cautivos, se confiesa repetidamente culpable, y el único culpable, ante sus señores, corriendo con ello todos los riesgos, pero alejando de éstos a sus tristes compañeros de cautiverio. Y así mismo resplandece en el Prólogo de la Segunda Parte del Quijote, en la serena y mesurada respuesta que allí da a las innobles bellaquerías del *Licenciado Avellaneda*.

Pero es tiempo ya de poner fin a estos discursos. En un trabajo como este, ocasionado como lo fué por el recuerdo del día en que desapareció del mundo el que escribiera un libro como aquel cuyas páginas inspiran estos renglones, no es menester entrar en apreciaciones generales que otros han hecho ya, con mejor pluma y más completo estudio. Más sencillo fué mi propósito

al componerlo, propósito ya declarado anteriormente. Sea él modesto testimonio de una admiración ilimitada, tanto como es limitada la ofrenda. Y ante la imagen, que todos tenemos en el espíritu, de aquel que, como otros genios semejantes, confió en la posteridad para ser apreciado y se resignó a no recoger de sus contemporáneos el galardón que le era debido, sea lícito a todo el que quiera hacerlo, depositar su ofrenda, la cual ha de tener dos medidas: una, la que sirva para apreciar su mérito intrínseco; otra, la que estime y aprecie la intención con que se le trae y se la ofrece, la buena voluntad con que se la aporta y el acto de reverencia que el acarrearla supone. Si la primera medida resulta en mi perjuicio, como lo temo, ruego a quien esto haya oído que atienda a la segunda, que habrá de redimir la molestia que pueda haber causado con una disertación ciertamente más extensa que lo que pensaba cuando tomé la pluma para comenzar. Y aquí acabemos, no digamos más encomios en honor de la memoria del que creó la figura inolvidable del buen rocín que nos ha entretenido, que él nos ha menester, ni a oírlos era dado siquiera; no sea que se no aparezca en espíritu o fantasma, y nos diga, como dijo, en los últimos días de su vida, a aquel *estudiante pardal* a quien halló en el camino de Esquivias a Madrid,

al oírse por el mismo ensalzar de un modo que juzgó exagerado: «Ese es un error, donde han caído muchos aficionados ignorantes. Yo, señor, soy Cervantes; pero no el regocijo de las Musas, ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho vuesa merced.» Frase inspirada por la más alta y noble modestia, tan propia de quien la pronunciara, que parécenos oírle, al leerla, y ver al par los rasgos tristes, severos y nobles de su fisonomía, iluminados por una sonrisa, al mismo tiempo melancólica y bondadosamente irónica; lleno él de piedad por quien dijera una majadería, de agradecimiento por quien le demostrara afecto y del firme propósito de no disimular, sin la debida advertencia, lo inadecuado, de la adulación, siquiera la inspirasen la devoción y la simpatía.

No debía hallarse, en efecto, en aquellos momentos para cortesías y halagos el viejo soldado de Lepanto. En la conversación que subsigue entre él y el estudiante, su admirador, el bondadoso hidalgo se declara ya muy enfermo, y, queriendo, sin duda, quitar todo dejo amargo a su réplica a los elogios de su entusiasta, le dijo: «En fuerte punto ha llegado vuesa merced a conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido a la voluntad que vuesa merced me ha mostrado.» Sentíase, en efecto, morir.

Pocos días después escribía aquella triste y famosa dedicatoria, al Conde de Lemos, de la obra en cuyo prólogo se encuentra la anterior anécdota, y que comenzaba con el inicio de unas *antiguas coplas*, muy conocidas:

*«Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran Señor, ésta te escribo.»*

En 23 de abril de 1616, en efecto, murió. En el día mismo en que acabé de escribir estos renglones, en 23 de abril de 1916, hizo trescientos años justos de su muerte. No tuvo que amenazar con maldición alguna (como su gran contemporáneo Shakespeare) al que removiera sus huesos. Estos descansan en paz absoluta, en la completa paz de lo ignorado hace tres siglos. Es posible que pluma mejor no haya sido manejada por mano de hombre; pero es más posible, quizá, que alma mejor no hubo de hospedarse nunca en un pobre cuerpo humano.

J. A. GONZÁLEZ LANUZA

Primaveras ficticias.

I

El Zar iba a llegar a París, y por motivos de alianzas estratégicas, querían obsequiarle con fiestas realmente extraordinarias.

A aquel hombre de nieve, más que banquetes y revistas, más que arcos triunfales y carreras de caballos, lo que había de conmoverle y halagarle sería, sin duda, una buena Primavera.

Allá en Rusia el fresco verdor debía de durar pocos días; las flores, apenas nacidas, debían de marchitarse; la nieve lo mataba todo. Así es que un buen paisaje florido, un revuelo de flores desenvolviéndose en las ramas, tenía que entusiasmarle. Pero era el caso que justamente aquellos árboles que estaban enringlerados por los paseos y avenidas, con una lamentable falta de patriotismo, no tenían más que nervios, troncos enju-

tos sin hojas ni señal de que brotasen, y ni con bandos ni con decretos del Presidente de la República se les podía mandar que apresurasen la floración, para bien del pueblo francés.

En otros tiempos se hubieran visto apurados: pero hoy, con todo eso del progreso, con los adelantos que proporciona la industria, no había por qué apesadumbrarse. ¿Que no tenemos Primavera y nos conviene que la haya? Pues la haremos artificial. ¿Que no florecen los árboles? Hacemos flores de papel. ¿Que tampoco tienen hojas? Máquinas tenemos para recortarlas, gente para irlas pegando, y dineros y paciencia y papanatas a quienes parecerá muy natural, y que prorrumpirán en alabanzas de la nueva Primavera fabricada de encargo.

¡No faltaría sino que al final del siglo xix hubiese que estar esperando la calma desoladora que gasta la Naturaleza! Pusieron manos a la obra, arrojaron a las tinas todo el papel de París, hicieron millones de flores, y a lo largo de los campos Elíseos, pegándola en los árboles, se produjo una florescencia tal, que si mayo se hubiese presentado de repente, no habría encontrado una ramita para hacer nacer en ella una hoja, ni un botón para plantar en él una florecilla.

Flores de almendro injertas en los plátanos, rosas de té pegadas en los tilos, gardenias en los

castaños silvestres... y así por todo lo largo del paseo disfrazaron los árboles con tal derroche de colores, los vistieron de tal modo, que aquello fué el triunfo del progreso material, una lección bien dada a la calma impertinente de las cuatro estaciones, que todos los años hacen lo mismo; un castigo oportunamente dado a los árboles del paseo, enseñándoles a florecer cuando conviene a la patria y cuando el pueblo lo manda con su gran soberanía.

Aquello fué la Primavera moderna; aquello era la conquista del siglo que se acababa esperando uno mejor; aquello henchía de orgullo a los que cantaban estrofas a los adelantos materiales. Mas ¡ay, pobre gente! no contaban con las leyes de la Naturaleza, con el hermosísimo desprecio de la obra *maravillosa*, que destruye inconsciente cuanto hacen las hormigas.

Y ¡quién había de decirlo! ¡Llovió!

Llovió, y las flores se destiñeron, y churreteando colores tronco abajo de aquellos árboles tan engalanados, tiñeron de adhilinas todo el hermoso follaje. Las flores precian grumos de engrudo; las rosas pegadas a las ramas, sudaban barniz turbio; la blanca flor de almendro se había embarrado de fango; las gardenias de trapo parecían cintajos que vendaban las heridas de los troncos, y por todas partes chorreaban aque-

llos cachos de papel de las vanidades de un día.

A la noche, los arroyos arrastraban pasta de flores, los coches los aplastaban, y los traperos, con la horquilla en las manos, iban llenando el saco y llevándose los despojos de aquella gran Primavera fingida por los hombres.

II

Primavera tan florida nunca la ví cual la de un pueblecillo de Mallorca, blanco como un cisne, con un dosel azul por cielo y un ancho mar por alfombra.

Al abrir los balcones por la mañana, un aroma exquisito subía de la llanura; todo el pueblo olía bien, y un perfume de frescor virginal, de flor abierta, de prado florido y de alborada embriagaba los sentidos. Tras las tapias, un desbordamiento de blanco resaltaba sobre el azul: blanco rosáceo, blanco verdoso, blanco crema, blanco irisado de violeta; todos los matices del blanco formando ramilletes hermosísimos y no dejando sitio a las hojas; todas las formas de flores, amontonadas, medio abiertas, reventonas, en ramilletes, en ringlas extendidas, hasta derreararse en el mar; todos los caminos alfombrados por una nevada olorosa; todos los arroyue-

los centelleantes; todo el valle adornado; todo un bosque de Primavera que estallaba a la vez como una erupción de vida.

Nunca la tierra se había vestido de novia como en aquel blanco pueblecillo; nunca el mar había visto a su vera un jardín de tal hermosura; nunca las abejas ni las mariposas tuvieron tantos olores que gozar, ni casa mejor vestida para cobijarse los pajarillos, ni perspectiva más bella para la mirada del hombre.

¡Y qué feliz debía ser la vida allí!—pensaba, sin duda, el caminante contemplando aquella gran fiesta—. ¡Y qué felices y ligeras debían de resbalar las horas bajo aquel techo hermoso! ¡Y qué paraíso de ensueño, qué tibio escondijo para no moverse de él nunca!—pensaba yo contemplando aquel paisaje.

Mas ¡ay! allí en el mar, sobre aquellas ondas de tan soberano azul, casi como quien dice mismamente debajo de las ramas que se columpiaban al peso de la vida de tanta blancura espléndida, había una nave gris, una nave fatídica; una nave cárdena, toda llena de emigrantes, pero que aún no tenía demasiados y venía a buscar más, a sacar otros y otros de aquel nido de pluma blanca y llevárselos más allá de las olas, donde la nieve no era de flores, donde no había Primavera.

¿Adónde iban aquellos hombres dejando el olor de la patria para subir en unos maderos que sudaban pobreza y alquitrán? ¿Qué iban a buscar detrás del oleaje? ¿Qué encontrarían allá lejos en aquellos pueblos modernos, levantados como casas de baños para limpiarse la miseria; ciudades plantadas de nuevo con calles enumeradas, con árboles sin savia, con hombres extranjeros? ¿Qué encontrarían allá lejos entre el vaho de humareda que ennegrecía la Primavera, o en el corazón de la tierra negra de carbón de piedra, o entre aquel tumulto de máquinas y escalofríos de angustias y empujones de los hombres para hacerse un lugar en la mesa de la vida miserable? ¿Qué canciones cantarían en aquel país donde la fuente de poesía estaba enjuta? ¿Cómo podrían rezar en templos de alquiler? ¿Dónde serían enterrados si morían en aquellos países prácticos donde los muertos tanto estorban? ¿Dónde volverían a ver el blancor de Primavera que dejaban al partir?

¡Oh misera humanidad!—pensé—. Allí donde no tienes Primavera, la crías en una estufa, la haces artificial, la imitas y la disfrazas. Allí donde los hombres la ensueñan, y la envidian, y la esperan afanosos, allí pasa perseguida por el Invierno que la hace suya, y donde la tienen... emigran.

¿De qué sirve la Naturaleza? ¿Por qué hay flores para cada hombre y no frutos para todos? ¿Por qué gozar la esperanza, por qué respirar el aroma, si en llegando la hora de la vida y de coger la promesa, para vivir es menester huir a desoladoras tierras? ¿Por qué la nieve del Invierno mata a los miserables pobres, y por qué no les da vida la nieve de la Primavera?

¡Qué triste es que el cuerpo del hombre no se nutra de belleza como se nutre el espíritu, y tener que dejar la patria porque no da para vivir!

SANTIAGO RUSIÑOL

A DARÍO

Padre Rubén, maestro cuya lira armoniosa
supo toda la gama sutil y misteriosa
del verso alado y musical;
que llevaba en sus cuerdas no escuchadas
canciones,
prosas profanas y místicas oraciones
en connubio sentimental.

Poeta entre poetas, maestro de maestros,
privilegiado numen entre fúlgidos estros,
esclarecido rimador,
por ti el viejo romance luce con nuevo brillo,
la gesta del trovero y el culto caramillo
cobran mirífico esplendor.

Por ti el imperio vasto del grande Moctezuma
revive tradiciones de fiereza, tu pluma
las lleva a lejano confín,

y en las notas guerreras de tu pífano heroico,
resalta más el gesto despectivo y estoico
del muy noble Cuauhtemotzín.

Oh sagrado aborigen, tu caracol bronceo
sugiere no el acanto, ni el laurel apolíneo
para tu frente de inmortal:
que huyan las canéforas; se esconda el coro
trágico,
y llegue el hierofante con el penacho mágico
hecho de plumas de quetzal.

Ancianos nobilísimos, en la calma nocturna,
circunden reverentes tu cineraria urna
cantando estrofas de loor,
y núbiles doncellas, agitando ayacaxtles,
tejan vistosas danzas mientras los teponaxtles
acallan su sordo fragor.

Lentamente desfile la sombría cohorte
de poetas, y en duelo cada uno te aporte
su lira rota, paladín,
y si curioso Pan en el contorno acecha,
Tezcatlipoca lance tal mortífera flecha
que a sus desmanes ponga fin...

Y huya el hijo de Dríope buscando a las
Castálidas...

por sus carnes seniles, temblorosas y pálidas
corre calosfrio letal,
y lleva en las pupilas, como visión caótica,
los símbolos de nueva mitología exótica
en pugna con Hades fatal;

mas en vano recorre, tal espectro noctívago,
los ámbitos del bosque rumoroso y undívago
lanzando gritos de dolor,
por doquiera descubren sus ojos cadavéricos,
una sombra gigante, de perfiles homéricos,
que fulge como resplandor.

CARLOS BARRERA

Cristiania, 6 de octubre de 1916

NOTAS DE VIAJE

Una noche toledana.

Por el ventanillo del tren en marcha, miro el obscurecimiento del paisaje. Poco a poco, van saliendo, blancas y tímidas, las estrellas. De pronto, la locomotora se ha detenido. Una voz plañidera grita: *¡Algodor! ¡Un minuto!* Luego, seguimos caminando con rapidez. Yo sigo en mis silenciosas contemplaciones.

Una larga y lívida franja, deshilvanándose en el azul sombrío del horizonte, sirve de fondo a un caprichoso dibujo en tinta china: diríase una mancha negra que, caída en una orla de seda violeta, se expandiese en múltiples y raros perfiles. En la sombra amarillenta de la llanura castellana, por la cual ha comenzado a palpar una que otra centellita de candil rústico, esta fantasmagoría que se desvanece en el término re-

moto, me recuerda lecturas hace tiempo olvidadas: versos de poemas románticos; descripciones de novelas por entregas.

Lo que de niño me hicieron soñar los libros he aquí que, en la madurez cansada de mi vida, me lo da la realidad para entretenerme como en aquellos días felices. La silueta negra sobre el friso semiapagado del crepúsculo, revuelve en mi cerebro lejanas memorias. Yo estuve allí muchas veces, muchas, mientras, a hurtadillas, en la banca de la escuela, o en algún rincón de mi casa, devoraban mis ojos los cuentos de milagrería que llenaron mi adolescencia de maravilla y pasmo.

Ya nada veo más que sombra abajo y astros arriba. Y cuando menos lo pienso, el tren se detiene por última vez. *¡Toledo!* Los pasajeros se ponen de pie y se apresuran a bajar. Me enfundo en el gabán, tomo la maletilla, y ¡andando! Entro en la estación; busco el carro de un hotel; subo, con otros tres o cuatro viajeros, en la incómoda diligencia, y me preparo a continuar en mi divertida y muda contemplación. No quiero darlo a conocer, pero la verdad es que me siento no sólo curioso, sino emocionado. Se me remueven, hervorosamente, las añoranzas. Suena el látigo del cochero: los animales de tiro emprenden su ruidoso trote. El coche se bambolea y

cruje. Ya vamos atravesando el puente de Alcántara; una torre maciza, de gris aperlado por el fulgor de la noche, nos abre, al fin del puente, su puerta oscura y blasonada. Pasamos. El camino, angosto, va, cuesta arriba, haciendo curvas amplias. Hacia un lado, el de afuera, el prestil de piedra del precipicio; por el otro lado, el interior, pedazos de muralla, altos paredones, gruesas mamposterías, por los que, de trecho en trecho, sale el disco blanco de una pantalla, en cuyo centro brilla la ampolla de oro de un anacrónico foco eléctrico. A pesar del ruido de la diligencia, se oye la voz del río que corre invisible, en el fondo de la escarpadura. Abajo, en el campo, veo cómo se extiende el caserío, todo sembrado de luces inmóviles. A lo lejos, se distingue que, ascendiendo nuevamente el suelo, forma el suave declive de una colina moteada de follajes oscuros. Del cielo, pálido y limpio, cae, profusamente, la lluvia de plata de la luna. Pasamos junto a otra puerta morisca, fileteada de luz en la gigantesca herradura de su clavo, y más arriba, en los dientes de sus almenas. El coche sube por la calzada de recio empedrado. Mis ojos, incansables y asombrados, beben misterio. La sombra y las ruinas, la noche y los muros, diseñan, en claro-oscuro, una fantástica decoración. Vuelvo la cabeza, para darme cuenta

del trecho recorrido, y alcanzo a ver todavía los arcos del puente de Alcántara, y bajo ellos la cinta rutilante del río, y en un extremo, la masa de contornos precisos, de un castillo. Lo reconozco; me acuerdo de las viejas láminas que me lo enseñaron; es la secular atalaya de San Servando, asilo de los monjes de Cluny; morada de los Templarios. Flanqueamos un jardín solitario que es un alto miradero que domina el panorama argentado. Penetramos por callejuelas torcidas y negras, muy escasamente alumbradas. En ellas entra la diligencia con la exactitud de una alhaja en su estuche, de una espada en su vaina. Si sacáramos una mano tocaríamos las casas. En una plazuela poligonal, que parece el hueco que dejó un prisma enorme, está el hotel. Allí, casi a tientas, bajamos a pedir hospedaje. El interior, bien iluminado, contrasta con la plaza tenebrosa. Escojo mi habitación con vista a un callejoncito que es como un estrecho listón de terciopelo negro, en el que fulgura una sola lentejuela: la claridad ocre de un farol pavoroso.



He salido a pasear sin rumbo. Fuí, primero, en busca de luz. Ruando por cinco o seis callejas, la hallé. Hallé la luz en los lugares que son

comunes a todo pueblo moderno; en los escaparates de las tiendas, en los salones de los cafés, en los paseos, en la irregular y vasta plaza del Zocodover, en la calle principal por donde todavía iban y venían las señoritas toledanas.

Quien ha vivido la existencia lugareña, monótona, uniforme, maliciosilla y cansona, con su amor platónico, su chisme del día, su rencor escondido, sus sanas y devotas costumbres, y su maledicencia, susurrante, recordará todo eso si sale, como yo, a ver, en Toledo, a las nueve de la noche, las tiendas de la calle del Comercio y los cafés de la plaza del Zocodover; la burguesa mediocridad provinciana en su simpático aspecto de sencilla tranquilidad.

Me voy deteniendo para matar el tiempo, frente a los cristales de los aparadores: ropa, zapatos, quincalla... Las mismas mercancías de cualquier parte, dispuestas de igual manera, para idénticas necesidades. Mas, de aparador en aparador, voy sorprendiendo peculiaridades que me obligan a pensar en el carácter de la ciudad que visito. Los escaparates de las tiendas son también reveladores para quien sabe estudiarlos y comprenderlos. Suelen mostrar lo que esconden las casas y callan las bocas. Enseñan las tendencias de las gentes que pasan, sus gustos, sus modos de vivir, sus cualidades y defectos. Ver mu-

cho los aparadores, verlos con atención y con intención, en una ciudad que no se conoce, es prepararse a comprender la sociedad y sus costumbres.

Y en estas viejas urbes que viven de su pasado legendario, de su grandeza monumental y remota, de su celebridad fabulosa, de sus ruinas, el escaparate, es, a veces, como un voceador de mercadería para el viajero; la leyenda, la grandeza, la fábula se abajan y entran en charlatanerías y falsificaciones de buhonero.

Sí tiene Toledo aparadores característicos en su mejor y más concurrida vía; dos, cinco, diez. Dominan sobre el conjunto de la vulgaridad. Allí están: dentro de su paralelógramo de cristal, cada uno de ellos es una exposición deslumbrante: éste, es un anaquel de santos; el otro, un puesto de cacharros azules; el de más allá, una armería. Esculturillas y estampas sagradas, aquí; adelante, cantarillos y vasos de loza de Talavera de la Reina; y, por todas partes, hojas de acero refulgente, espadas, puñales, navajas, con inscripciones y diseños repujados, damasquinados puños, cofrecitos y joyeros de ataujía primorosa, pequeñas ánforas sobre cuyas formas pavonadas, se entretejen los hilos de oro, en dibujos intrincados y sutiles...

Al contemplar estas chucherías encantadoras,

y estas blancas espadas, y estos puñales de cubierta afiligranada, sentí el hechizo de la fantástica Toledo, goda, moruna, judaica, la Toledo de los romances viejos, de las crónicas misteriosas, de los orientales placeres, de las devotas austeridades, de los heroísmos asombrosos, de las tumultuosas tragedias, de las aventuras de retablo y encrucijada, de los amores de reja y desafío, de la Toledo de espada y de puñal, de ánfora y joyero, de vajilla de Talavera, y de santas y policromadas esculturas.

Aquí, en los escaparates, aunque rebajada y modernizada, la encuentro. Pero quiero verla en el ambiente; revivirla en el recuerdo; vivirla en la imaginación y la evocación.



Estoy sentado en el zócalo de piedra que rodea el centro de la plaza del Zocodover. El reloj, que brilla, como un ojo bilioso, en lo alto del arco de la Sangre, acaba de sonar, con sus campanas de voces juveniles, las once de la noche. En la plaza, ya casi sola, se levanta uno que otro árbol escueto. Bajo las portaladas vetustas, siguen abiertos y vivamente alumbrados, los cafés. En lo alto, dominándolo todo, se recorta la

masa rectangular del Alcázar. Sus torres puntiagudas, pican la plata sideral.

Mi soledad comienza a estar llena de visiones: cuadros hechos con humo de colores se desenvuelven en la obscuridad de la memoria; tumulto de turbantes; vuelos de sedas; matices de alcatifas; el mercado arábigo; las zambras; los juegos de cañas y las lizas; y, llena de sombra y de relámpagos, la procesión de los autos de fe.

Aquí pasaron todas esas cosas. Y como soy un libresco empedernido, comienzo a sacar papeles de la estantería de los recuerdos, y a hojearlos y a buscar los pasajes que podrían intensifica en aquel instante mi emoción y hacerme más sensible y exaltada la realidad.

Después de media hora me levanto, y, a impulsos de mi fantaseadora curiosidad, me decido a perderme en el laberíntico y tentador silencio de la ciudad. Por las callejas, de áspero empedrado, que se entretajan confusamente, por los recodos y retorceduras, por las cuestas y descensos del suelo, voy, entre la sombra, agujereada de cuando en cuando por los amarillentos farolillos, como si fuese por una ciudad vista en un sueño. Mis pasos tienen ecos que se reproducen en la distancia. Todas las casas están cerradas. Las paredes de las fachadas, altas, negras, medrosas. A la claridad parpadeante del alum-

brado, distingo, en un lienzo carcomido, en un muro de ladrillos rotos, a lo largo de las aceras, ya un arco románico, ya una puerta ojival, ya un ajimez calado, y una columna gótica, de capitel pesado, y en la clave de un portalón descascarado, un borroso escudo, un bajo-relieve heráldico, una escena mística tallada en el granito. Es más lo que adivino que lo que percibo; lo que infiero y sospecho que lo que miro. Sobre esta paz profunda cae el argento de las estrellas. Llego a una plazoleta. Me siento en el pórtico de una iglesia, desde el cual, puedo alcanzar una parte del panorama. Allá abajo se extiende la negrura plateada de la campiña limitada por los collados que tapiza el espeso y obscuro follaje. Ya no hay danza de luciérnagas en ella. Oigo el rumor del Tajo invisible y adormilado. Vivo, por fin, una hora antigua, una hora pretérita, de poesía medioeval. Divago a mis anchas por entre recuerdos históricos y poemas y leyendas.

¿Qué se han hecho la vida presente, la agitación actual, la inquietud activa de este minuto angustioso del mundo? ¿Dónde están las noticias de la guerra europea, el estremecimiento de la lucha universal, la preocupación de los problemas modernos, el miedo visionario, la esperanza nerviosa que nos sacuden incesantemen-

te el espíritu? Todo se ha desvanecido en esta ciudad fantasma, en esta noche feudal, en este laberinto de calles morunas y palacios castellanos, en esta plazoleta, en cuya tierra gris se alarga ridículamente mi sombra, frente a este paisaje misterioso que la luna envuelve y deslíe.

Y, como en la oda de Fray Luis, me fingí que el río sacaba el pecho fuera, y empezaba a narrarme cuentos de hazañas, de encantamiento y de amor. Y el espectro de la intrépida Isabel, mujer de Fernando de Aragón, el astuto, cruza, paso a paso, rodeada de su séquito de damas y pajes, rumbo al claustro de San Juan de los Reyes. A distancia, recatado y severo, revestido con la armadura resplandeciente y sonante, sigue la comitiva, como presa de un penoso ensimismamiento, el prodigioso capitán don Gonzalo Fernández de Córdova, Condestable del reino de Nápoles, orgullo de la época, domador de la gloria. ¿Estará acaso enamorado el *Gran Capitán*? El Tajo, bajando la voz, interpreta, para mí, la Crónica de don Hernando del Pulgar, y me aclara las alusiones obscenas de las Coplas de Mingo Revulgo.



¡Media noche! El sereno la grita; el reloj la canta. Después de rodeos y tanteos, como Dios

me da a entender, vuelvo a mi hotel; entro en mi cuarto; abro el balcón, insaciado todavía de curiosidad e interés. El callejoncito, la cinta de tiniebla, conserva aún el resplandor de su lentejuela, de su farola agonizante. Pero ahora tiene una luz más, en la altura de un muro, frente a mi balcón, en una ventana abierta. De ella, sale un sonido constante, rítmico y fino. Yo, atisbo el interior. Inclínada sobre una máquina de coser, una mujer, trabaja. Desde donde estoy puedo ver un pedazo de la casa pobre: algunas sillas, el lecho, una cómoda, un cuadro. Sobre la mesa de la máquina, una lámpara. La cabeza inclinada de la mujer, no me permite ver el rostro. Mas un canturreo, a *bocca chiusa*, me hace pensar en la juventud, tal vez en la belleza, acaso en el amor y en la melancolía. Y, urgido por la existencia real, abandono los recuerdos de las gestas gloriosas, los desfiles suntuosos del romancero, las arrogancias del Cid, la entrada del Rey Alfonso, y compongo con los últimos hilos de la fantasía—la Penélope eterna—un cuentecito becqueriano.

La vida provinciana, me revela sus tristezas de ahora.

La muchacha y yo, frente a frente, sin conocernos, velamos. Toledo duerme profundamente en un silencio conmovedor.

II

Sol de Castilla.

De codos, en el carcomido antepecho, a la orilla del desfiladero, en cuyo fondo corre la pulida lámina del Tajo, gozo de la belleza y la frescura de la mañana. Bajo las brillazones del sol, los campos toledanos tienen una grave y serena alegría. Ancha la vega, silenciosa, cruzada y acotada por compactas arboledas, muestra una placidez majestuosa como de inmensa huerta conventual. Los olivares trepan por el collado frontero, en inmensas manchas verdinegras, por entre las cuales asoman su blancura reluciente las viejas casas de campo que de lejos, por su pesada fábrica, por su apariencia claustral, causan la impresión de monasterios diseminados en el monte.

Al pie del peñón abrupto en que se asienta la ciudad, sobre el ocre rojizo de la tierra, se agrupa pintorescamente el caserío del Arrabal y las Covachuelas. Y un puente arcaico levanta, atravesando el río, sus tres fuertes y sobrios arcos. En el confín se profundiza el azul ceniciento del horizonte.

Pero el día avanza, y es preciso entrar en el

corazón de Toledo para visitar sus tesoros. Desde Madrid preparé mis datos y me tracé un plan. Las mudas guías bibliográficas me ayudaron a necesitar lo menos posible de los *ciceroni* locuaces y vulgares. Ocupé a uno de ellos, tan sólo para que me orientase, con prohibición absoluta de explicación y comentario. Penetro en la ciudad que a estas horas, las diez de la mañana, parece no haber despertado todavía. En el aire de vetustez de estas calles estrechas zigzagueantes, penumbrosas, apenas hay indicios de movimiento. Por un empinado callejón va, delante de mí, una mujer del pueblo de pañuelo en el busto, falda corta y alta, medias azules y alpargatas plumizas. Después la soledad; después una beata anciana; y otro trecho solitario; y un sacerdote que haldea; y al cabo de mucho tiempo, en una plazolilla toda gris de polvo, un hombre arriando sus cargados borricos que andan soñolientos, cuellicaídos, moviendo sobre la frente el bordado adorno de la cabezada. Un rechinante carrito de verduras. Un militar de uniforme azul. Y nada más. Calles, plazas, tapias, todo hermosamente ruinoso; todo plácidamente mudo. La irregularidad y la variedad de líneas y masas en las fachadas, son de una irresistible fuerza evocadora. Una puerta de herradura, que tiene los ladrillos carcomidos, y que parece una boca

abierta que enseñara los dientes cariados. La columnilla de un lindo ajimez, cubierta de negruzcas mordeduras. Una saliente y tupida reja, con su tejado triangular y sus ménsulas de hierro mohoso. De cuando en cuando, una placa incompleta de azulejos desteñidos. De distancia en distancia las fachadas destartaladas de una casa señorial, de un palacio, con sus puertas ferradas de las que cuelgan los historiados aldabornes. Una fuente de brocal gastado en torno de la cual unas cuantas mujeres calladas, han dejado, en el suelo, sus cántaros blancos. Una niña, sentada en la escalerilla de un postigo tararea. Remotísimamente, un organillo de Berbería, toca una canción madrileña. Y nada más. Las casas, que tienen abierto el portón, me dejan fisgar una celosa entrada moruna, con sus tableros policromados; un ángulo de patio con sus tiestos florecidos. Muy pocas figuras humanas; muy pocas voces. Toledo está vacío; Toledo está abandonado; Toledo es el cementerio de sus antiguos moradores.

Es necesario llegar al centro para percatarse de que Toledo, aunque débilmente, vive. Por allí viene un grupo de canónigos; por allá cruza un gran automóvil atiborrado de oficiales; los vendedores ambulantes vocean; las tiendas se suceden y se aprietan en las vías de lento trán-

sito. En los salones del café hay varias mesas ocupadas. La gente marcha sin apresuramiento ni apreturas, en un escaso y pobre desfile. Mas todo este lienzo provinciano está aquí como prestado, como forzado. Es de un chocante anacronismo. Las piedras y las personas no se ponen de acuerdo. Las piedras ostentan fiereza y grandeza; las gentes sencillez y apocamiento. La alegría de las piedras es fastuosa y suntuosa; la de las gentes es humilde y amanerada. Las piedras se han vestido de encajes, y adornado con relabrados de orfebrería, o bien se atavían de hierro, embrazan escudos, soportan cascos y cargan bordaduras heráldicas; o bien se ahuecan para recibir santos de mármol, o llevan sobre los pulidos cerramientos retablos esculpidos. Las gentes carecen de elegancias presuntuosas, y visten provincianamente, sin excesos de lujo, sin ostentaciones vanidosas.

Las piedras poseen una elocuencia oriental; saben historias; narran fábulas, conocen la poesía árabe; hablan latín, y recitan versículos hebraicos. Las gentes parecen despreocupadas y hasta olvidadas de tanta sabiduría. Las piedras son viejas, están desmoronándose por todas partes, pero pregonan eviternidad. Las gentes dejan entrever su sello perecedero y caduco. Y es que las piedras viven; recuerdan tristezas, pla-

ceres, heroísmos, sacudimientos de libertad, esfuerzos de piedad. Y las gentes, entre las piedras, viven también, aunque una existencia rebajada, callada y obscura, que se asemeja y acerca a la muerte. El alma, vigorosa y maravillosa, irradia de las piedras; y tímida y amodorrada se esconde en las carnes...



En el corredor de la casa del Greco, sentado en la banca mural, de ladrillos gastados, me recreo, mirando el jardín. No es grande y las paredes que lo limitan son bajas. Desde él, en el sitio en que estoy, se ve ascender la ciudad; se ven las líneas de las casas subir, suavemente escalonadas, hasta recortar el horizonte diáfano. Es un espectáculo de época; es el siglo xvi que se pone delante de mí, en muros severos, de ventanas simétricamente dispuestas, con su fría austeridad de monasterio. El jardín está caprichosamente sembrado de plantas que florecen, y, que, sin embargo, por su verde polvoroso, por su aspecto mustio, producen la impresión de que son tan viejas como el edificio. Una fuentecilla secular, deja caer, desde la altura de su gastado pilón de piedra, el chorro cansado y turbio. El

sol, en plenitud, sobredora este rincón, apacible y huraño.

Los pilares leprosos del corredor, proyectan hacia dentro y en oblicuo, una cinta de sombra. ¡Qué paz siente el espíritu; qué alejamiento; qué anonadamiento! ¡Ah, casa decrepita, senil palacio del avariento Samuel Levi, y del refinado y diabólico Enrique de Villena, cómo se conoce que te habitaron hombres exquisitos, almas contemplativas y sutiles! El Greco te aderezó y te adaptó a su raro y admirable sentido estético. Albergaste un día la riqueza; escondiste en tus subterráneos el tesoro de Aladino; otro día encubriste la mágica sabiduría; y bajo tu techo abrió las alas, llamado por el cabalístico conjuro, el ángel Asrael; pero lo que vale en ti más que todo, es haber tenido la gloria de abrigar los ensueños luminosos del Arte. Domenico Theotocopuli, descansando en este mismo lugar, concibió las visiones celestiales, el séquito de ángeles alargados y de figuras que parecen copiadas en cóncavos espejos. Tal vez aquí, en una hora como ésta, mientras, frente al caballete, untaba sobriamente en la paleta sus cuatro colores favoritos, hablaba de cosas ascéticas, con su amigo el venerable maestro Fray Juan de Avila.

Toledo entero está lleno de este espíritu enfermo de la divina locura del genio. Toledo es

del Greco; nadie le puede disputar esta soberanía. Es su dominio; su feudo; su monumento.

He visitado las iglesias, los palacios, las fortalezas, las ruinas, las mezquitas, las sinagogas; el portento de la Catedral que sobrecoge como el misterio del *más allá*; el alcázar poblado de espectros esplendentes. El arte mudéjar, la arquitectura muzárabe, las maderas incrustadas de nácar, las techumbres sobrecargadas de marfil; las alharacas, que son graníticas bordaduras, y han removido en mí, el mundo fantástico de los recuerdos. Las joyas, de trémula pedrería; las vestiduras de brocado magnífico; las capas magnas de gemados diseños; los tapices de colorido inmarcesible me han herido los ojos con deslumbramientos de milagro. El sepulcro de don Alvaro de Luna, el sarcófago del Cardenal Mendoza; la espada de Alfonso VI; las insignias del Cardenal Cisneros; el San Francisco de Asís de Alonso Cano, limpiaron en mi fantasía el panorama de la historia. He soñado leyendas, he recitado romances, viendo templar una hoja de acero, junto a una vieja fragua, y contemplando en su capilla silenciosa, al Cristo de la Vega.

Mas cosa ninguna me ha tocado el corazón ni me ha producido emoción más honda que el rincón de la iglesia de Santo Tomé, donde viví quién sabe cuántos siglos en el breve tiempo en

que logró mi alma alcanzar la elevación del éxtaxis, ante el muro que sostiene el prodigio del Entierro del Conde de Orgaz.



Al concluir mi larga meditación en el jardín de la casa del Greco, del formidable inmortalizador de la España devota y caballeresca, enderecé mis pasos hacia el rumbo opuesto; atravesé la plaza del Zocodover, pasé por debajo del Arco de la Sangre, y me detuve frente a un caserón pringoso y obscuro, en cuyo patio se desgranaba materialmente, un veterano coche de camino. Era la posada del Sevillano. Un forastero pobre, de aspecto hidalgo, de aguileño rostro, manco y gallardo, se hospedó en esta posada. Llamábase el tal, Miguel de Cervantes Saavedra.

Y cuéntase que en alguno de estos aposentos escribió una de las fábulas más hermosas y típicas de la lengua castellana. ¿Quién ha oído hablar por ahí de *La Ilustre Fregona...*?

LUIS G. URBINA

SONETOS

El infolio.

¡Cuán soberbio festín a la polilla,
oh, raro libro, en tu vejez procuras,
albergado entre bárbaras lecturas,
oprobio del idioma de Castilla!

Si hogaño indocto mercader te humilla,
yo sabré celebrar tus donosuras,
que es tu fondo venero de aguas puras,
y tu lenguaje sabia maravilla.

En nuestra edad, como ninguna triste,
nadie, mejor que tú, las desoladas
voces de los caídos interpreta.

Y en tus albores por misión hubiste
ilustrar con tus juicios las veladas
de un santiaguista clérigo y poeta.

Fray Luis de Granada.

El bello anochecer de primavera
Granada ve, desde abacial ventana,
cuando el recio clamor de una campana
recuérdale que el púlpito le espera.

Ya pregonó la cristiandad entera
triunfos de su oratoria soberana;
y es pasmo de la corte lusitana
el hijo de la humilde lavandera.

Sus homilias, cual fecundo riego,
al pecho llegan, que el dolor abate,
y son del justo peregrina loa.

Y al percibir las cláusulas de fuego,
inflamada en piedad, por Cristo late
como un inmenso corazón, Lisboa.

Flor de Germania.

¡Sonata melancólica de piano,
tejida con furores y ternezas!
Tú hermanaste muy bien con mis tristezas
un solemne crepúsculo aldeano.

¿Dónde estará la prodigiosa mano
que descifrarte suele? ¿Dónde rezas
las plegarias, y copias las fierezas
del corazón del músico germano?

Pues tu poder sonata, reverencio,
vuelva la melodía fascinante
a interrumpir el vespéral silencio.

Hazme ver cómo el alma se redime,
al escuchar las notas de un andante
que habla en tono menor de algo sublime.

El gran don Francisco.

Por la famosa puente de Toledo,
anciano, sin doblones y tullido,
a padecer venganzas del valido,
preso camina el inmortal Quevedo.

Cuán limpio lleva el ánimo de miedo,
pronto lo hará saber el perseguido,
cuando en León pesares dé al olvido
con fe cristiana y ejemplar denuedo.

Si el cáncer le permite algún reposo,
los monjes han de ver cómo recita
con versos gongorinos, rimas claras.

Y esculpirá un soneto religioso,
para escribir después a Margarita:
—Fueses menos ramera y más ganaras.—

Tiempos duros.

De lejos vuelve derrotado y pobre,
y en las horas de aspérrima campaña,
lustrar le vieron el honor de España
las firmes tierras y la mar salobre.

Nunca será que su altivez recobre;
ya Marte y Venus, en fatal compañía
le invalidaron para toda hazaña,
y si el oro sembró, mendiga el cobre.

Harto de pompas vanas y placeres,
no siente los rasgones de su traje
ni el desvío glacial de las mujeres.

Tan sólo juzga superior ultraje
contemplar en dintel de mercaderes
el heroico blasón de su linaje.

Mirabile visu.

No preguntes, mujer, cuál atavío
mejor tus perfecciones realzara.
Siempre triunfan las rosas de tu cara,
y tu ingénito y magno señorío.

De tu hermosura el hondo poderío,
a quien te mira esclavitud depara;
en todo corazón logras un ara,
y el culto ves con singular desvío.

Soy tu esclavo sin ansias de rescate
si veste luces de negror severo;
cuando gobiernas victorioso yate.

Ya la ceñida falda te recojas
por esquivar los charcos del sendero
que el otoño pobló de mustias hojas.

LUIS BARREDA

JUANA BORRERO

Una María Bartkiestchief, cubana.

† en la Habana el 12 de marzo de 1896.

«Il semble que la femme soit plus que nous sujette aux destinées. Elle les subit avec une simplicité bien plus grande. Elle ne lutte jamais sincèrement contre elles. Elle est encore plus pres de Dieu et se livre avec moins de réserve à l'action pure du mystère.»

Maeterlinck, «Sur les femmes.»

Mientras los hombres hacen sus daños, armados y llenos de odios, en la crueldad de la guerra, allá en la isla de Cuba una rara niña, una dulce y rara niña penetra en la sombra mortal, delante de los tristes ojos de sus hermanos, y paréceme que vuelve el rostro como para decir adiós, y que su mano traza un rasgo enigmático

que anuncia la esperanza de un futuro momento consolador; tal una blanca visión, en un misterioso castillo antiguo, al perderse en una puerta llena de obscuridad en el imperio del silencio, en una hora inmemorial.

Cuba ha sido para el naciente pensamiento de América, isla cara y gloriosa, pues pudo allí aparecer después del gran Martí aquella alma excepcional, alma soñadora que se llamó Julián del Casal, y al lado suyo su hermana de espíritu, esa extraña virgen hoy difunta, Juana Borrero, que por cerebral y vibradora y artística puede, en medio distinto, ser colocada a la par de María Bartkiestchief.

Como la slava, fué escritora y pintora; como la slava, tuvo curiosos ensueños de grandezas legendarias; como la slava, poseyó la dicha de la belleza, si bien en esa cubana imperaba la rica y quemante belleza de la criolla. No la ví nunca en Cuba, pero por su retrato sé de sus copiosos cabellos oscuros, de sus ojerosos y grandes ojos negros, de su boca de fuertes y sensuales labios, y de la tristeza profunda y distintiva que envolvía toda su persona, poniendo en ella algo de desterrada o de nostálgica. Así partió de este mundo, llevando sus flores espirituales, su virginidad, sus ensueños y su magia.

Era la amada y creo que la prometida de uno

de los dos hermanos Uhrbach, encantadores y generosos poetas.

Por Carlos Uhrbach sabemos que aquella niña tropical no amaba el sol. Dice el desolado joven: «Se ha juzgado a Juana Borrero un *temperamento de fuego*. Están en un error los que así afirman. Ella no tenía nada de tropical; sólo su aspecto pudiera hacer creer que había nacido en esa zona. Siempre soñaba con brumas. Alemania la seducía, y su imaginación se desencañaba para volar a la Selva Negra, o rasgar con el filo jamás embotado de sus alas los caudales neblinosos que envuelven el Rhin.»

«Yo sueño con un clima extraño—me decía—, donde nunca haya sol. ¡Ah!, el sol es mi primer enemigo.» Y se complacía con lujo de imágenes en desplegar a los ojos de mi mente panoramas septentrionales, paisajes de hielo, castillos circundados de pinos, lejanías crepusculares, lagos helados y comarcas pobladas de abetos.

Y yo, confidente de esos desvarios ansiosos, la escuchaba, la escuchaba sugestionado por la magia fascinadora de su verbo. ¡Oh, cuán lejanas me parecen esas palabras! Sus ecos revibrarán mientras viva en mi corazón...»

Julían del Casal ha dejado entre sus versos una canción que celebra a la sororal *Virgen Triste*:

Tú sueñas con las flores de otras praderas,
nacidas bajo cielos desconocidos,
al soplo fecundante de primaveras
que, avivando las llamas de tus sentidos
engendren en tu alma nuevas quimeras.

Hastiada de los goces que el mundo brinda,
perenne desencanto tus frases hiela;
ante ti no hay coraje que no se rinda.
Y, siendo una inocente como Graciela,
pareces tan nefasta como Florinda.

Nada de la existencia tu ánimo encanta;
quien te hable de placeres, tus nervios crispa;
y temores secretos en ti levanta
como si te acosara tenaz avispa
o brotaran serpientes bajo tu planta.

No hay nadie que contemple tu gracia excelsa,
que eternizar debiera la voz de un bardo,
sin que sienta en su alma de amor el dardo;
cual lo sintió Lohengrin delante de Elsa,
y, al mirar a Eloisa, Pedro Abelardo.

Al roce imperceptible de tus sandalias,
polvo místico dejas en leves huellas,
y entre las adoradas, sola descuellas;
pues sin tener fragancia como las dalias,
tienes más resplandores que las estrellas.

Viéndote en la baranda de tus balcones,
de la luna de nácar a los reflejos,
imitas una de esas castas visiones,
que teniendo nostalgia de otras regiones,
ansían de la tierra volar muy lejos.

Y es que al probar un día del vino amargo
de la vid de los sueños, tu alma de artista,
huyendo de su siglo materialista,
persigue entre las sombras de hondo letargo
ideales que surgen ante tu vista.

¡Ah! Yo siempre te adoro como un hermano,
no sólo porque todo lo juzgas vano
y la expresión celeste de la belleza,
sino porque en ti veo ya la tristeza
de los seres que deben morir temprano.



Ese profeta de la muerte no se equivocó. El
partió antes; había asimismo en su faz la triste-
za especial que señala a los seres que deben
temprano morir, y que en lo antiguo indicaría
una predilección de los dioses. Parece que estos
seres fuesen de vuelo hacia una región señalada,
y que en su peregrinación se equivocasen de
senda y se hallasen de pronto perdidos en la ás-
pera selva de esta existencia.

A esas almas, aun en medio de la primavera,

en pleno florecimiento vital, queridas de la gloria o amadas del amor, diríase que alguna potencia, insensible y fatal, está de continuo haciendo señas desde la entrada de la tumba. La muerte les produce cierta atractiva impresión desconocida para el resto de los humanos. En una carta íntima dice Juana Borrero: «A pesar de que algunos me juzgan tan venturosa, hay en mi alma abismos tan profundos de tristeza y sinsabores tan ocultos, que muchas veces anhelo la muerte consoladora de todas las amarguras. En estos momentos en que me atormenta despiadado el insomnio, cruzan por mi cerebro ideas tan lúgubres que me producen un desaliento inmenso...!»

Y Uhrbach nos cuenta: «Juana Borrero tuvo el presentimiento de su prematuro fin. Amaba la muerte, y al mismo tiempo le producía horror. Este dualismo no será comprensible, pero fué un hecho real.

En las noches melancólicas de la luna, cuando la Naturaleza parecía narcotizada por la lumbre fría de los astros, recitábame las inmortales rimas que le consagró el pobre Casal, y cuando llegaba al último verso, «porque en ti veo la honda tristeza de los seres que deben morir temprano», su cabeza hacía signos afirmativos y su voz desfallecía, desvaneciendo sus timbres flébi-

les, como se apagan las notas musicales en las penumbras de los templos.»

Yo me imagino el dolor de ese artista enamorado que no llegó al triunfo de la posesión, y que no volverá a encontrar sobre la tierra a su Leonora «nunca más». Y es de llorar con gran desolación por esas desaparecidas flores que se creerían imposibles en la común vegetación femenina, y que tan sólo se encuentran a modo de sorpresas que lo desconocido pone, de cuando en cuando, a la mirada del poeta.

Esas almas femeninas tienen en sí una a manera de naturaleza angélica que en ocasiones se demuestra con manifestaciones visibles; son iguales en lo íntimo a los hombres elegidos del ensueño, y sus compañeras terrenales, inconscientes o instrumentos de las potencias ocultas del mal, son los principales enemigos de todo soñador. «Parece—dice Maeterlink—que la mujer estuviese más que nosotros sujeta a los destinos.» Y si ello es una verdad de la vida profunda, lo es más con respecto de esas mujeres de excepción. Así el destino tuvo a esta pobre y armoniosa niña encadenada a una fibra incógnita y divinamente magnética, por la cual venían a ella los temblores supremos del misterio, pero la cual era cortada con fatal avaricia por las manos de la muerte.

Deja cuadros y poesías la adoradora de Boticelli y de Dante Gabriel Rosetti.

El libro de los versos de esta privilegiada doncella, ya célebre en su isla maternal y en gran parte de América, debía ser acompañado de otro libro epistolario, en el que se documentase la psicología de la Bartkiestchief hispano-americana. Más que los hombres, las mujeres se transparentan en las cartas, desde los rasgos que investiga el grafólogo hasta la expresión que encierra el secreto de sus sentidos, de sus nervios, de sus visiones. Siento no tener el libro raro de las poesías de Juana Borrero, para dar alguna muestra de su manera y vuelo. Apenas verán mis lectores estos versos tristes, dedicados a un amado poeta:

Escuchando las notas aladas
que surgen vibrantes de tu arpa de oro,
se han llenado mis ojos de lágrimas,
y ha subido a mi boca un sollozo,
escuchando las notas aladas
que surgen vibrantes de tu arpa de oro.

Yo no sé lo que tienen tus rimas,
que al llenar mi alma de triste dulzura,
me recuerdan la imagen querida
de un ser adorado que duerme en la tumba!

Misterioso poder de las rimas,
que llenan mi alma de triste dulzura...

Canta, ¡oh bardo!; tus cantos evocan
en mi pecho enfermo profunda tristeza,
y se puebla mi mente ardorosa
de febriles, fugaces quimeras,
cuando escucho tus cantos que evocan
en mi pecho enfermo profunda tristeza.

Y estos otros a una amiga:

Aunque sólo la vieron mis ojos en noche remota,
no he podido borrar de mi mente la imagen hermosa.

Sobre el fondo sombrío del palco, las luces radiosas
le ceñían de bucles de fuego luciente corona;
negro traje de raso y encaje cubría sus formas,
modelando del talle correcto la curva graciosa;
se veían sus brazos de nieve cubiertos de blonda;
en el pecho llevaba prendido un ramo de rosas.

Pero yo comprendía, al mirarla, que no era dichosa,
que al través del raudal de su risa vibrante y sonora,
expiraba el gemido profundo de intensa congoja.



Hay de ella sonetos admirables, a lo Casal,

llenos de sensualismo místico, extrañísimo, en el cual quizá encontraríamos la influencia del poeta de *Nieve*, tan celebrado por su maestro Verlaine y por el poderoso Huyssmans.

¡Pobre y adorable soñadora que ya no es más de este mundo! ¡Flores para la flor! ¡Bien resonarían para ella las palabras que lamentaron la muerte de la dulce Ofelia!

Yo saludo a la Virgen que asciende a un balcón del Paraíso, en donde estará como la amada de Rosetti o la Rowena de Poe; mas es más hondo mi lamento si considero que ese ser especial ha desaparecido sin conocer el divino y terrible secreto del amor...

RUBÉN DARÍO

Epístola a Manolo González

Festejando su reválida.

Amigo ingeniero: Fraternas razones
y afectos de siempre, te van en mi esquila;
hoy que finalizan tus arduas lecciones
y das, diplomado, tu adiós a la Escuela.

¡Hagamos memoria! Los gratos extremos
del pasado, encarnen su antigua apariencia.
Volvamos los ojos a ayer; evoquemos
las rosadas horas de la adolescencia...

Cuando el alma joven y el ingenio vivo
planeaban juntos su vuelo primero,
e iban tus miradas de hombre reflexivo
sondando el enigma de lo venidero.

Absorto mirabas cómo a un participio
de portentos, daban luminosidad

los Números; gérmenes de todo principio;
claros e inmutables como la verdad.

Ellos te auguraban futuros poderes
de insólitas fuerzas, de huestes gregarias;
decían la sólida voz de los talleres
y el vital estruendo de las maquinarias.

Las causas creaban seguros efectos,
el triunfo ofrendaba cercanas preseas;
en tanto ajustaba la mente proyectos
en un engranaje continuo de ideas.

Y tú que tenías el temple tan fino,
viste, con serena ciencia de analista,
que era el desempeño de tu alto destino
menester de sabio y opinión de artista.

La norma aritmética, tan fija, tan varia,
y estos artificios de maga destreza,
bajo su apariencia tan utilitaria,
esconden un puro canon de belleza.

¡Son bellas las máquinas, son inteligentes!
Unas, trepidantes, de enorme osadía;
otras, delicadas, finas, sonrientes;
todas, admirable fuente de energía...

La fórmula exacta que el cálculo trajo,
en los materiales imprimió sus huellas;
el juego dinámico combinó el trabajo
y encarnó el ensueño teórico en ellas.

Y enseñan que toda quimera probable,
al tiempo que fluye, se torna lograda
si extiende el estudio su pauta admirable
y afianza sobre ella, la labor, su azada...

Así tú; nutrido de procedimientos,
dueño de una sabia percepción moderna;
fuiste introduciendo perfeccionamientos
en tu originaria mecánica interna.

Al salto opusiste la cuerda medida,
al impulso loco, seria contramarcha;
y obediente, entonces, adquirió tu vida
el ritmo perfecto de un motor en marcha...

Envío.

¡Honremos tu título como a cosa eterna!
El es, en tu vida, mural medianero;
acaba la noble tutela paterna
e inicia el dominio del Yo verdadero.

Con él, más valiente se afronta el acaso,
él es la segura ración cotidiana;
descarta el inquieto temor del fracaso
y afirma el sosiego feliz del mañana...

Señor licenciado: no ignora el discreto
los justos valores que animan en él.
La verdad es una, y tú en el secreto...
¡Salud y dineros, amigo Manuel!

Tiendecitas de Turcos.

A NÉSTOR DE LA TORRE

Bazares de la calle de Triana
que aportáis en un vuelo transparente,
a la febril exaltación urbana
las muelles laxitudes del Oriente.

Tiendecitas de Turcos. El vedado
enigma, a ojos extraños encubierto
por los hijos del Líbano sagrado
a nuestro asombro occidental abierto...

Mediodía. Las puertas entornadas
en una perezosa oscuridad.
Fuera, el sol; avalancha desatada
sobre la actividad de la ciudad.

Y en medio de las calles febricientes,
estas tiendas de raras mercancías.
¡Tiendecitas de Turcos! Complacientes
para las más plurales fantasías...

Que ocultan en doradas soñaciones
toda una vida multiforme y quieta;
y un desfile de exóticas visiones
para mis entusiasmos de poeta.

Cofrecillos de sándalo labrados,
para guardar espléndidos tesoros,
y junto a los jarrones repujados
damasquinados de puñales moros;

porcelanas de brillos irreales,
sedas en fastuosa algarabía,
recamados tapices orientales
y luminarias de bisutería...

Al braserillo brujo de los sueños
echa el alma sus gomas regaladas,
y ve brotar al pronto los ensueños
que narran las leyendas perfumadas;

y evoca el soñador que en una hora,
cernida de celeste claridad,
trajo un bello navío de Bassora
todas las maravillas de Bagdad...

Bazares de la calle de Triana:
¡Valor alucinante de otra tierra!
¡Toda una ardiente historia musulmana,
de opio y amor, vuestro mutismo encierra!

Y como centro de este raro encaje,
un hombre que nos mira indiferente;
en la muñeca el bárbaro tatuaje
y el gorro griego en la serena frente.

¡Vendedores de rostros apostólicos,
que llevan en la boca una oración
y en los rasgados ojos melancólicos
una mirada de resignación!

¡Ojos que han visto en épocas lejanas,
cargadas con los frutos del harén,
pasar las dromedarias caravanas
por los caminos de Jerusalén;

o atravesando el arenal sonoro,
vieron un día aparecer al fin,
el Cairo con sus cúpulas de oro
y los fragantes pinos de Efraín!

Hoy, alejados de la costa cara,
sus almas van, en misterioso acuerdo,

tendiendo sobre el mar que los separa
la puente milagrosa del recuerdo...

Todo, mientras se aduermen poco a poco,
y la memoria pinta en el sentido,
la esclava de ojos negros, que en el zoco
vieran a un mercader desconocido...

¡Bazares de la calle de Triana!
Alma oriental que en Occidente habita.
¡Todo un fantasmagórico nirvana
en medio del vivir cosmopolita...!

TOMÁS MORALES

SOLEDAD

Mi camino está solo: no veo una mano blanca que me despida o que me espere.

Mi camino está obscuro y es aún largo; no hay reflejos de viejo marfil a mis espaldas, ni ante mis ojos la alborada triunfal de un cuerpo joven.

Suelo estar muy triste. Bajo la máscara grosera, ejemplar de mi raza, vibra angustiada mi sensibilidad de otros pueblos.

Anoche tuve paz: se anunció la llegada de los zeppelines; todo París quedó en tinieblas, y en la negrura de la ciudad inmensa, vi la luz modesta de mi esperanza.

He estado en teatros, conciertos, cafés y casas de té; en todas partes la misma gracia, idéntica sonrisa... para los otros.

En el *metro*, ya tarde, hay afluencia de viajeros; las formas se confunden, existen facilidades...; pero yo siempre regreso solo a mi hotel.

No comprendo esta hora; a veces soy brutal—herencia o rebeldía?—; con frecuencia atento, cordial, sencillo, casi ingenuo; pero invariablemente, cuando llego a mi cuarto, estoy solo.

Ignoro el porvenir, ¡a Dios gracias!, mas tengo fe en algo justo; creo en mi derecho como animal, ya que no como hombre, y la ley biológica pondrá un día en mi camino, como para el insecto el mineral o la planta, la caricia largo tiempo esperada.

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

París, enero 12 de 1917.

La casa de los abuelos.

La imagen que mejor sintetiza la casa de mis abuelos, es la de un árbol: corpulento, frondoso, antiguo y solitario... Las hojas son amarillas y grandes, láminas de oro imponderable, que se desprenden fatalmente, en la serenidad de la tarde, dejando una sensación de bondad y de paz infinitas.

Los nietos pequeños juegan con la santa hojarasca, cuyo lenguaje no comprenden; pero que más adelante, a cierta edad, en determinados días, escucharán con recogimiento en el fondo del alma.

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

Figuras contemporáneas.

Goy de Silva.

(Juicio crítico del ilustre filólogo y profesor de Filosofía y Letras de la Universidad Central, don Julio Cejador, para su «Historia de la Lengua y Literatura Castellana».)

De entre los escritores contemporáneos más jóvenes que no sólo prometen, sino que ya dan frutos sazonados, por haber llegado a entera madurez, acaso el último en fecha que se ha dado a conocer, es Ramón Goy de Silva, que tiene veintisiete años, pues nació en 1888 en El Ferrol. Acaso a muchos lectores no les suene este nombre y quizá les suene demasiado el

calificativo que yo le dé. No lo extrañaría, porque tampoco a mí me sonó hasta pocos días ha, que me encontré en casa con sus libros. En el apicarado vivir de esta menguada España de hoy campan por sus respetos los monipodios o monopolios políticos, industriales, comerciales, literarios y de todo jaez con tan desvergonzada cuquería, que el que en alguno de ellos no tenga parte, y, por dignidad personal, quiera vivir independiente y alejado de los currinches, donde se dan patentes de valer y se bombean extremadamente las obras de los compinches, puede tener por cierto que nadie le conocerá, y que sus obras caerán en el público con el sosegado silencio de los copos de nieve por enero, y que, como ellos, se derretirán y se los llevará el olvido a las pocas horas.

¿Quién es don Ramón Goy de Silva? Nada sé de él más que lo apuntado, y lo que he podido averiguar de sus obras para mi *Historia de la Literatura*. No tengo el gusto de conocerle personalmente, y a mi requerimiento por carta, no ha dado por contestación otras noticias que las que aquí irán saliendo. Sus obras publicadas son:

La Reina Silencio, tragedia simbólica, 1911.

Sueños de noches lejanas, poemas legendarios en prosa, 1912.

En el bosque de la diosa Milita.

Amytis, esposa del rey Saosdukin.

El coloquio de los astros.

El Eco, drama en tres actos, estrenado en el teatro Español el 6 de marzo de 1913.

La de los Siete Pecados, poemas bíblicos en prosa, 1913.

Myriam, la de los Siete Pecados.

Salomé, la del velo de los siete colores.

Cleopatra, reina de las esfinges.

Belkis, reina de Saba.

La Corte del Cuervo Blanco, fábula escénica, en cuatro jornadas y un prólogo, 1914.

El sueño de la reina Mab, 1914.

El Reino de los Parias, poema simbólico, en prosa, 1914.

Sirenas Mudas, drama en tres actos, estrenado en el teatro de la Princesa el 10 de mayo de 1915.

La Caja de Pandora, inédito libro de poesías, premiado por la Real Academia de la Poesía en un concurso de *El primer libro*. Comprende dos partes: *Cantos de Muerte y Esperanza* y *Cuentos de Schahrazada*.

He leído y estudiado *La Reina Silencio*, *La Corte del Cuervo Blanco*, *El sueño de la reina Mab*, *El Reino de los Parias* y *Sirenas Mudas*. Por estas obras, me atrevo a decir que la litera-

tura castellana tiene en Goy de Silva la flor de las más halagüeñas esperanzas, a juzgar por estos ya sazonados frutos, que le aseguran maciza fama.

La Reina Silencio (1911), es la tragedia de la Muerte, sin precedente en la dramática universal. *La Corte del Cuervo Blanco* (1914), es «la comedia del Amor. En torno de ambas concepciones, del más humano simbolismo, cantan o gimen, vuelan o se arrastran, las pasiones de la vida».

Así hace hablar el autor a Shakespeare, y hácele hablar con toda modestia y verdad.

La tragedia de la muerte, del más allá, del misterio, que a todos nos hace continuamente pensar, no había sido llevada jamás al arte, y Goy de Silva la ha llevado en *La Reina Silencio* por manera acabada. Arte simbólico es, porque de otra manera no sé yo que pudiera presentarse en las tablas, ni entiendo quepa ser tratado como real lo que está más allá de la realidad; pero la concreción en personajes casi reales, y en fábula y acción casi real, es un esfuerzo de ingenio por parte del autor, que sólo puede compararse con el que campea en *La Vida es Sueño*, de Calderón. No hay aquí las nebulosidades metafísicas del *Fausto*, que, con todo el suyo, no supo convertir en cuerpo el gran Goe-

the; todo es claro y diáfano, mañero y llano. *La Reina Silencio* es la Muerte, que acoge en su misterioso y cerrado palacio a todos los peregrinos y viandantes; es decir, a todos los mortales, que todos van a parar a él, valiéndose de sus hijas, los siete pecados capitales, simbolizados en siete princesas, cada una vestida de uno de los siete colores, que atraen a los hombres hasta arrastrarlos a dar en manos de la terrible reina.

«La disputa de vuestra posesión (dice al peregrino, al hombre, una de las princesas, uno de los pecados capitales), destruiría la armonía que nos une, y nos obligaría a volver nuestra ponzoña contra nosotras mismas, cayendo en vuestro poder. ¡Oh! El mortal que nos poseyera a todas, sería puro, del mismo modo que el color es blanco cuando concentra en sí los siete matices del iris.» El poeta que tal pensamiento ha tenido, y así lo ha sabido vestir con esta galana metáfora, es, sin duda, un excelso poeta. ¿Qué le sucede a cada peregrino al llegar al palacio de la silenciosa reina de la muerte? Este es el misterio que el gran poeta nos descubre, y que yo no quiero empañar esbozándolo aquí con torpes palabras. La obra toda es de una sobriedad y armonía clásicas; de una tan clara, recia y esmerada labor, que parece labrada de finísimo alabastro, que a

mí se me antoja veteado de negro. Es obra de maestro que no da golpe en vano, que cincela a lo seguro, sacando del material de primera intención lo que llevaba bien pensado y delineado, hasta en sus más menudos perfiles, allá dentro en su idea de artista.

El dramático frances Edmundo Rostand, con su *Chantecler*, y el dramático belga Mauricio Maeterlinck, con su *Pájaro azul*, han henchido el mundo de su fama los años pasados. Estrenaron en París estos dos maravillosos dramas simbólicos, en los cuales representaban pedazos del vivir humano, mediante fábulas de animales, representativas de las humanas pasiones, al modo que los representó Esopo en sus fábulas narrativas de origen indiano, y tras él, los demás fabulistas, aunque en acción más compleja y en forma más dramática.

París es el escaparate del mundo, donde se hace el alarde de las obras artísticas, donde los voceros de la fama las trompetean después a los cuatro vientos. El género fabulesco dramatizado no es una novedad. Aristófanes lo inventó y nadie lo ha emparejado hasta hoy. El simbolismo dramático, por el cual las pasiones se representan, no ya mediante animales, sino mediante personajes, humanos y vivos en las tablas, tuvo su más acabada y sublime expresión en España,

en los famosos *Autos*, y ni Goethe, en la segunda parte del *Fausto*, ni poeta alguno, llegó en fuerza plástica ni en alteza de concepción a nuestro Calderón de la Barca. Por estas tierras de España, donde, con toda la fanfarronería que graciosamente nos cuelgan, no suelen sonar los grandes ingenios hasta siglos, a veces, después de fallecidos, porque no nos damos la maña de los franceses, o no tenemos la vanidad de ellos, apenas es conocido Ramón Goy de Silva, autor de dramas simbólicos tan estupendamente hermosos, que se les han casi pasado de vuelo a los críticos. ¿Conoce el lector, vuelvo a repetir, como ingenio famoso a Ramón Goy de Silva? Supongo que no, y, sin embargo, yo, sin ser profeta, aseguro que lo será en lo venidero. Cualquiera supondrá que es un imitador de Rostand y Maeterlinck, como suelen serlo los más de nuestros poetas de los poetas franceses. Pues, para gloria de la literatura española, hay que saber que los dramas de Goy de Silva sobrepujan en valor artístico al famoso *Chantecler*, que ha galleado demasiado y nos tiene atronadas las orejas con su quiquiriquí. Aquí, aunque no somos gallos o galos para cacarear, nunca faltaron ingenios soberanos que se les adelantasen y les ganasen. «Aún no habían lanzado su canto a los humanos el gallo *Chantecler* de Edmundo Ros-

tand, ni *El Pájaro azul* de Mauricio Maeterlinck; ni se había despertado de su sueño milenario *La bella durmiente del bosque*, al mágico conjuro de Sarah Bernhardt, cuando este *Cuervo Blanco* estaba ya cautivo en mi jardín.» Así dice el autor, bien asistido de razón. «Quise exhibirlo al mundo, en el primer escenario de España, antes de que llegaran otros animales, y al Cuervo y a su Corte les llevé al clásico corral del Príncipe. Pero, más tarde, un dramaturgo amigo, usando de su derecho, anunció el envío de *El Caballero Lobo* al mismo lugar, con su acompañamiento de osos, zorros y lobeznos, etc. Yo, entonces, temiendo lógicamente por mis pájaros, dicho sea con cierto humorismo, los retiré de allí, considerando que no sería prudente reunir en un mismo corral aves con cuadrúpedos, cuyos nombres eran un tanto alarmantes, aunque luego resultaron de la condición más noble y humana. Algún tiempo después, volví a mi intento de exposición; pero son tantas, diversas y fastuosas las aves que forman el cortejo del *Cuervo Blanco*, que no hallé empresa capaz de alojarlas y exhibirlas con el debido decoro. La Prensa, en cambio, me prestó noblemente su concurso, y *El Liberal* y el *Heraldo de Madrid*, primero, y más tarde *Le Temps*, de París, publicaron fragmentos de esta fábula y amables artículos laudato-

rios, antes de que *El Caballero Lobo* y *Chantecler* se hubieran dado al público...» El día 10 de enero de 1908, publicó el *Heraldo de Madrid* la noticia de haber sido entregada a la Dirección del teatro Español *La Corte del Cuervo Blanco*, con otros curiosos pormenores de esta fábula. En 22 de enero de 1909 se estrenó *El Caballero Lobo*. El 23 de enero de 1909 publicó el *Heraldo de Madrid* un artículo de Ricardo Baeza, fechado en Tánger el 12 del mismo mes, en el que se trata especialmente de *La Corte del Cuervo Blanco*. El 10 de enero de 1910, publicó *El Liberal* un artículo de Francisco Villaespesa, titulado *La Corte del Cuervo Blanco* (con una escena de esta obra), en el que este príncipe de la poesía hace un elogio de la fábula de Goy de Silva.

El 20 de febrero de 1910 publicó *Le Temps*, de París, el argumento de *La Corte del Cuervo Blanco*, con un comentario amable del glorioso maestro Pérez Galdós. Una semana después se estrenó *Chantecler*. El 7 de marzo de 1913 publicó *La Correspondencia de España* un artículo de Ricardo J. Catarineu, en el que este ilustre crítico literario dedica algunos elogios a la fábula en cuestión. El 1.º de julio de 1913 publicó *El Liberal* el prólogo de *La Corte del Cuervo Blanco*.

La Corte del Cuervo Blanco, o sea la tradi-

ción, lo que siempre sucedió, sucede y sucederá en el mundo, consiste en la lucha del alma por alcanzar el amor. Es el famoso mito de Psiche y Adonis, tan graciosamente contado por Apuleyo en *El Asno de oro*, que arranca de las más añejas tradiciones, como eruditamente ha probado Bonilla en su libro *El Mito de Psychis*, Barcelona, 1908. Pero no sólo cuanto a la forma dramática es cosa nueva, inventada por Goy de Silva, sino cuanto al asunto en todo su desenvolvimiento. Diríase que Goy de Silva no tenía noticia de semejante leyenda. La *Mariposa*, traducción del griego *psiche*, alma y mariposa a la vez, es la vida; el *Ruiseñor* es el amor, vestido de trovador antiguo. En *La Corte del Cuervo Blanco*, símbolo de la tradición, del mundo siempre igual a sí mismo, el poderoso señor *Cuervo Blanco* quiere casar a la *Mariposa* con el *Ruiseñor*, apoyando las bodas la *Abeja* o laboriosidad, el *Buho* o la sabiduría, que prevé lo futuro y saca de la mentira la verdad; el *Cacatúa* o la elocuencia. En cambio opónense a tales bodas el *Rey Mariposón*, que desea casar a su hija la *Mariposa* con el *Moscardón* o la ambición de occidente, y por sus propios intereses apóyanle la *Mosca*, sierva de la *Muerte*, y el *Murciélago*, espíritu del mal. Por consejo del *Buho* y del *Cacatúa*, esto es, de las ideas, que «son la luz

que ilumina las negruras del cerebro» y de las palabras, que «son los diversos matices con que dicha luz se manifiesta», logra el *Ruiseñor* del *Mariposón* le cederá la mano de su hija si se presenta él aliado del *Aguila* o la fuerza (1), y logra del *Aguila* su alianza con la promesa de que, en casándose, herederá las riquezas del *Mariposón*; así intimida el *Amor* a las *Riquezas* con la *Fuerza*, y engolosina a la *Fuerza* con las *Riquezas*, logrando la mano del *Alma*, venciendo antes los ardides del *Cuervo Negro* y de todos sus secuaces, ministros del mal, y dejando la corte del *Cuervo Blanco*, una vez vencedores y desposados, porque, como dice el *Ruiseñor*, «si queremos ser dichosos, preciso es que abandonemos este lugar, donde luchan las pasiones rastreras». El asunto es de los más filosóficos e importantes que han trabajado las cabezas de los mortales, la consecución del amor y de la consiguiente felicidad humana. La fábula en que cuaja el autor el asunto es cosa nueva y más humana acaso que la mitológica de los dioses en que lo cuajaron y concretaron los autores paganos, tanto en Grecia como en la India. La manera de desenvolver la fábula es mañosísima y muy bien llevada, entreverando pequeños

(1) El símbolo, más bien, de la bélica Germania.

episodios, en los que entran otros personajes, entre los que son notables la *Cotorra* o publicidad, y el *Mochuelo* o cortesano satirico y burlón, algo así como el bufón de corte. No hay sentencia ni dicho que no encierre alguna realidad grave de la vida. El lenguaje es digno y apropiado. En su género es obra maravillosa. La forma dramática refuerza, además, el apólogo, y lo engrandece una acción bien tramada y de fondo hondamente filosófico. La comedia de Goy de Silva es más humana, más sencilla, más profunda, más acabada que el *Chantecler* y *El pájaro azul*.

El sueño de la reina Mab (1914) y *El Reino de los Parias* (1914), son cortas fantasías simbólicas en prosa narrativa, con pinceladas realistas de fuerte trazo y de honda filosofía en el contenido.

En resumen: estas obras maestras del género simbólico (no simbolista, de los líricos franceses) no han sido sobrepujadas por los más afamados ingenios modernos de fuera de España, y en nuestra misma patria sólo pueden quedar asombradas por la deslumbradora luz de *La vida es sueño*, de Calderón. A pesar de sus cortos años, el autor muestra un juicio asentado y discreto, una extensa y bien digerida cultura, pensar hondo y de pocos, concepción dramática, firme y

amplia, expresión sincera y refinada, ejecución acabada. En el arte del símbolo no hay quien le dé alcance.

Cualquiera diría que Goy de Silva no sabe salir del símbolo, donde se mueve con la soltura de un maestro incomparable. Pero no es así. *El Eco* (1913) y *Sirenas Mudas* (1915) son dramas que prueban no quedar reducido su ingenio al arte simbólico. Dramas realistas, llenos de vida moderna, de intensa emoción trágica para adentro, lucha de las almas sin sangre ni estruendos—. Goy de Silva es, por todo esto, indiscutiblemente, una de las fuertes columnas de las últimas manifestaciones literarias de España, firme sostén de un arte grande, noble, moderno y castizo a la vez.

JULIO CEJADOR

Madrid - MCMXV

NOTA.—En el número próximo publicaremos un fragmento de *La Corte del Cuervo Blanco*, con el permiso especial que Goy de Silva ha concedido a CERVANTES.

Los problemas mexicanos

Síntesis sociológica.

La impresión dominante respecto de la situación mexicana, no sólo en el extranjero, sino en México mismo, es la de que es un absoluto caos.

Las causas que cada Gobierno, cada caudillo, cada conspirador, cada político o cada escritor exponen, como motivos de la Revolución Mexicana, son tan numerosas y tan divergentes, unas inmediatas, otras remotas, que casi es imposible comprenderlas.

La conclusión más sencilla que las inteligencias perezosas o los caracteres impacientes han sacado de esta multiplicidad de motivos, es que el pueblo mexicano tiene una incorregible tendencia al desorden y a la guerra, y que, por consiguiente, es un enfermo imposible de curar.

El número de Presidentes de México en un

siglo, es casi tan grande como el número de caudillos, generales o cabecillas que en los últimos seis años se han llamado a sí mismos «Gobierno legítimo» de México.

Han pretendido ser Gobierno de México todas las formas posibles de administración, desde un Gobierno brutalmente militar, sin organización de ningún género, como el de Zapata o Villa, hasta un Gobierno con apariencias absolutamente democráticas, pero sin cabeza, como derivado de la Convención de Aguascalientes.

Los países extranjeros no saben de México sino lo que dicen los títulos de las noticias de la Prensa, las cuales se refieren exclusivamente a hazañas sanguinarias, batallas, asaltos, voladuras de trenes, hecatombes, fusilamientos, prisiones, destierros, etc., etc.

A juzgar por la clase de informaciones que el pueblo americano ha estado recibiendo con respecto de México, la situación de aquel país es un caos completo, y de ese caos la mayor parte del pueblo americano no saca nada en claro ni aun los hombres que se supondría que deben entender esa situación, por falta de lineamientos generales de interpretación de los hechos ocurridos.

Un estudiante o un sabio que quisiera entender y seguir paso a paso los fenómenos que se

producen en la probeta del químico, o en el recipiente de cultivos del bacteriologista, o en el crisol del metalurgista, o un botánico que quisiera seguir minuto a minuto el desarrollo de la semilla o del injerto, se encontrarían igualmente desorientados.

Ni los fenómenos químicos, ni los fenómenos biológicos, ni los fenómenos sociológicos, pueden estudiarse por la observación directa de los elementos en el momento de que están efectuándose procesos de transformación, sino que es preciso conocer la naturaleza de los elementos, observar el estudio previo de los mismos, y posteriormente, los fenómenos que sobre ellos se han realizado.

Para comprender los fenómenos sociológicos se necesita, más que todo, no una explicación concreta de cada uno de los hechos que se realizan, sino interpretación general de la serie de hechos realizados y de su proceso evolutivo.

Trataré de hacer una interpretación científica de la situación Mexicana.

Situación geográfica.

Geográficamente, México es una alta mesa triangular, con su vértice hacia el Sur y su

base hacia el Norte, comprendida entre dos cadenas de montañas, de las cuales una corre paralela al golfo y otra paralela al Pacífico.

Esta alta mesa, en el Norte, es seca y desierta, y ha sido principalmente el criadero de ganado de México. En la parte Sur es menos seca y menos estéril, siendo esta parte, la llamada propiamente mesa central, la región de los cereales. La vertiente del golfo, húmeda y caliente, es rica para la agricultura tropical, y especialmente dotada de yacimientos petrolíferos; la vertiente del Pacífico es seca y caliente; pero bien regada por nuestras montañas, constituye también una región agrícola importante. Yucatán, un desierto de piedra, sin más producción que el henequen, es una región especial, como la Baja California.

Las cadenas de montañas que corren paralelamente el golfo y el Pacífico, y que se entrelazan para formar la alta mesa central, no constituyen meros espinazos, sino que, abarcando grandes regiones, forman la extensa parte montañosa de México, y son la región mineral del país.

Por mucho tiempo se consideró a México como un país de maravillosa riqueza.

Más tarde se tuvo la idea de que era un país de extrema pobreza. La verdad es que México

tiene grandes riquezas inexploradas, que requieren grandes capitales, y una gran suma de trabajo para su desarrollo.

Población.

Desde el punto de vista de su población, México es un país tan poco conocido como desde el punto de vista geográfico.

Se habla del pueblo mexicano y de los caracteres de ese pueblo sin saber que el pueblo mexicano o la raza mexicana no es un elemento definitivo, sino una población que desde hace cuatrocientos años está continuamente cambiando y se encuentra aún en vías de formación. Las razas indígenas que existían antes de la conquista española, se contaban por cientos. Entre ellas las había de caracteres tan distintos y tan opuestos, que difícilmente se encontraría otro país con un número tal de razas diferentes.

Solamente por comodidad intelectual se habla del «indio de México» en vez de hablar de los «cientos de razas indígenas de México».

Al efectuarse la conquista española, la población indígena quedó desde luego esclavizada. Más tarde, por virtud de los esfuerzos de los frailes españoles para proteger a las razas indí-

genas de México, los indios dejaron de ser esclavos, para pasar a un estado de incapacidad legal.

A raíz de la conquista, comenzó a formarse lentamente una población mestiza, que todavía se continúa formando y reformando constantemente día por día.

En México no hay una población mestiza, propiamente dicha, con caracteres diferentes del indio o diferentes del blanco, sino una población mestiza variable que en ciertas capas, casi se confunde con el indio, y en otras, no se diferencia del blanco.

Por lo demás, la facilidad con que el blanco se mezcla con el mestizo y el mestizo se mezcla con el indio, hace que en México no exista propiamente una cuestión de raza, sino una mera cuestión de educación, pues tan pronto como el indio ha sido educado, se iguala enteramente, para los efectos sociales con el mestizo.

El problema de la población consiste, pues, en unificar y hacer homogénea la raza mestiza, por medio de la educación y del cruzamiento de la raza indígena, procurando la constante disolución de las razas blancas inmigrantes en la raza mestiza.

Este problema no presenta dificultad por lo que hace al cruzamiento de la raza india con la

raza mestiza, pero es muy serio cuando se trata de la disolución de la raza blanca inmigrante. La inmigración blanca de México puede clasificarse, por su número, en el siguiente orden: españoles, norteamericanos, italianos, franceses, ingleses y alemanes. De los inmigrantes blancos de México, el español, casi siempre se asimila, de tal manera, que después de una generación, puede decirse que todos los españoles son mexicanos.

Lo mismo puede decirse del italiano y de otros inmigrantes de origen semítico: árabes, armenios, etc.

El alemán es, después del español y del italiano, el que presenta más facilidades de asimilación. La inmigración alemana se convierte en mexicana después de dos generaciones. El alemán se casa frecuentemente con mexicana y siempre forma hogar y procura permanecer en el país.

El francés sigue al inmigrante alemán, en facilidad de cruzamiento.

El inmigrante americano, raras veces se convierte en mexicano. El pequeño porcentaje de inmigrantes americanos que forman hogar en México o que se casan con mexicanas, conservan la ciudadanía americana, educan a sus hijos en el extranjero, y puede decirse que el 95 por

100 de los inmigrantes americanos permanece americano, social, política y étnicamente.

El inmigrantes inglés, sólo por mera excepción, llega a convertirse en mexicano. Nunca se casa con mexicana y sus hijos son casi siempre educados en el extranjero.

Estas breves explicaciones sobre la facilidad de asimilación de la población blanca, explica también muchas cuestiones políticas y económicas existentes en México, respecto de la situación de los extranjeros.

Problema de educación.

Las dificultades para la solución del problema de raza son, por consiguiente, las dificultades de asimilación de la población blanca en la población mestiza y la falta de educación en la población indígena, que es el único obstáculo que encuentra la misma para mezclarse con la población mestiza.

México tiene un problema de educación que puede enunciarse con sólo decir que hay un 80 por 100 de analfabetos en nuestro país. La educación en México ha tenido diversos obstáculos, de los cuales, los principales han sido el sistema de latifundismo, que ha necesitado de peones,

propiamente esclavos para el trabajo, y la acción de la Iglesia Católica Romana durante el siglo XIX que ha ayudado al latifundismo a conservar a la raza indígena en la ignorancia.

La acción de los frailes españoles en los siglos XVII y XVIII, y, en general, del clero católico en esos siglos, puede decirse que fué constantemente benéfica para la raza indígena; pero cuando el clero se enriqueció considerablemente y la iglesia se convirtió en terrateniente, ella misma, la acción benéfica de la Iglesia Católica, para la educación de las razas indígenas de México y de la población rural mexicana en general, dejó de existir y comenzó una acción contraria; es decir, la tendencia de la Iglesia a conservar la población rural en la ignorancia.

Los Gobiernos anteriores, o no se dieron cuenta del problema o no quisieron educar a las clases indígenas y proletarias. La mejor demostración del fracaso de la Iglesia Católica como educadora de las clases indígenas es que después de cuatrocientos años de absoluto dominio de la Iglesia Católica en materia de educación, existe todavía un ochenta por ciento de analfabetos.

La tendencia del Gobierno revolucionario es, no sólo quitar los tropiezos que pudiera tener el Gobierno de México, sino dedicar una parte

considerable de sus esfuerzos y de los fondos públicos a la educación de las masas.

Problema religioso.

México no tiene problema² religioso propiamente dicho. El sistema español de patronato de la Iglesia Católica por los Reyes de España, dió un poder temporal omnipotente al Clero, el cual duró hasta el año de 1860 en que por virtud de la guerra de Reforma, la Iglesia fué despojada de sus propiedades e incapacitada para adquirir bienes raíces y privada enteramente del poder temporal.

Durante el largo Gobierno del general Díaz, el clero católico volvió a recobrar, poco a poco, en formas disfrazadas, su poder temporal, y a rehacer parte de su fortuna. En la actualidad existe la tendencia de algunos miembros del clero católico a recobrar el poder temporal que la Iglesia había tenido hasta antes de 1860. La tendencia del Gobierno revolucionario es hacer efectiva la absoluta separación entre la Iglesia y el Estado, e impedir que el clero de México recobre su poder temporal, dejándolo, sin embargo, su más absoluta libertad en el terreno religioso.

Problema agrario.

El problema agrario de México depende de las condiciones geográficas y étnicas del país.

El sistema colonial español de grandes mercedes territoriales; la constante absorción de propiedad raíz por el clero durante el siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX y el sistema de concesiones de terrenos baldíos adoptado durante la segunda mitad del siglo XIX, crearon y continuaron un estado de latifundismo que ha sido la principal fuente de malestar en México durante ese mismo siglo. Como consecuencia de tal latifundismo, se ha producido un estado constante de servidumbre de las clases rurales de México, que generalmente se conoce con el nombre de peonaje.

El problema agrario de México consiste en la destrucción del latifundismo, tanto para facilitar la formación de la pequeña propiedad como para efectuar la dotación de ejidos a los pueblos. El problema agrario incluye la división de la gran propiedad y un sistema de impuestos para la propiedad rural que impida la construcción de las grandes propiedades. Hasta la fecha, la gran propiedad rural puede decirse que casi no ha pagado impuestos.

Problemas económicos.

La falta de capitales mexicanos ha hecho que la minería y las demás industrias mexicanas no hayan podido desarrollarse sino por medio de inversiones de capitales extranjeros.

El Gobierno español creyó que el desarrollo económico de México debía basarse en el monopolio territorial y comercial concedido a los españoles peninsulares.

En la explotación de las riquezas naturales de México, el sistema seguido por las administraciones pasadas y especialmente por la de el general Díaz, fué el de concesiones, de tal manera privilegiadas, que hacía imposible la competencia de futuras empresas con las empresas previamente establecidas.

Es decir, un sistema de privilegios y monopolios que abarcaban no solamente la industria minera, la industria petrolera y la industria de la fuerza eléctrica, sino toda clase de industrias y manufacturas, el comercio y la banca, puede decirse que en general; el desarrollo económico de México durante la administración del general Díaz, era el desarrollo de los grandes negocios basados sobre el privilegio.

La tendencia general del Gobierno Revolu-

cionario de México, es obtener un desarrollo económico basado en la libre competencia, y de tal naturaleza, que el desarrollo de los negocios existentes no sea motivo de imposibilidad para el desarrollo de los negocios futuros.

Desde este punto de vista, el capital extranjero invertido en México sobre el sistema de privilegios se considera atacado por la actual Revolución; pero entendiendo bien la tendencia general de la Revolución Mexicana, ésta abre un campo de acción para la inversión de capitales extranjeros mucho más amplio que el que ha existido hasta ahora.

Problema comercial.

La falta de vías fluviales navegables, gran altura de la Mesa Central sobre el nivel del mar y lo accidentado del terreno, ha hecho que en materia de vías de comunicación México tenga que estar atendido enteramente, para sus comunicaciones, a un sistema de vías ferrocarrileras que puede decirse son las únicas existentes en el país en la actualidad. Debido a estas dificultades, el Comercio de México se ha hecho sobre bases enteramente erróneas, limitándose al comercio de importación y exportación, sin pro-

curar un fácil intercambio de productos en el interior. El comercio mismo ha sido, hasta cierto punto, la única fuente de ingresos fiscales, principalmente el comercio de importación, pues el de exportación, por mucho tiempo, ha estado exento de derechos, aun respecto de materias primas que se exportan en crudo.

La tendencia del Gobierno Revolucionario a este respecto consiste en el controlamiento efectivo de las vías por parte del Gobierno, por ser éstas las únicas vías de comunicación con que ahora cuenta el país, y en el fomento de vías auxiliares, carreteras, en las que encuentre su pleno uso el petróleo y la fuerza hidroeléctrica.

Problema industrial.

El desarrollo industrial de México data apenas de unos veinte años; pero éste se ha hecho todo sobre un sistema enteramente artificial, consistiendo en una excesiva protección a las industrias recientemente establecidas, lo cual ha dado por resultado, no solamente que esas industrias sean inciertas y tengan una vida precaria, por falta de bases mercantiles, sino que impida, al mismo tiempo, el establecimiento de nuevas industrias competidoras.

La tendencia del Gobierno Revolucionario de México consiste en poner el desarrollo industrial del país sobre bases enteramente mercantiles, apartándose del sistema de protección, concesiones, privilegios y monopolios, sobre el que se ha basado hasta ahora ese desarrollo.

Problema político.

La diversidad de tipo de civilización del indio, el mestizo y el blanco, constituyen en México un serio problema social y político, que puede enunciarse diciendo que es necesario encontrar una fórmula de Gobierno que sirva al mismo tiempo para un tipo de civilización medioeval, como es el mestizo, y para un tipo de civilización moderna, como es el inmigrante extranjero o el criollo educado. De no ser esto posible, sería preciso encontrar diversas fórmulas de Gobierno y diversos regímenes para cada uno de los elementos que forman la población de México.

Las leyes políticas de México, hasta el tiempo del general Díaz, habían sido siempre meramente teóricas y comparativamente avanzadas; pero nunca se habían hecho efectivas, lo cual producía una considerable desigualdad jurídica y económica.

El problema político de México consiste en hacer que las leyes políticas y civiles sean efectivas. Para eso es necesario, ante todo, encontrar las fórmulas políticas y legales conforme a las cuales debe gobernarse México, para que una vez dictadas esas leyes puedan aplicarse, efectivamente, lográndose así la igualdad de derechos entre todos los hombres.

Problemas internacionales.

Merecen especial mención los problemas internacionales de México.

El problema internacional político de México, propiamente dicho, consiste en sus relaciones con los Estados Unidos.

Después de la guerra del 47, que costó a México la mitad de su territorio, los mexicanos no han podido tranquilizarse todavía respecto de la tendencia de absorción que todos los países latinoamericanos atribuyen a los Estados Unidos. Durante la Revolución Constitucionalista, después de la ocupación de Veracruz y de la expedición punitiva de Columbus, los temores de México respecto de un conflicto con los Estados Unidos han aumentado considerablemente, sobre todo, desde que se sabe que hay un partido

político en los Estados Unidos que frecuentemente pregona la intervención.

Las repetidas y públicas declaraciones de no intervención del Gobierno Democrático de los Estados Unidos, no han sido suficientes para tranquilizar la aprensión de los mexicanos.

Como vecino de los Estados Unidos, México tendrá siempre como problema internacional el peligro de un conflicto entre aquellos y alguna potencia europea o asiática. Los enemigos de este país, que en el fondo no son sino enemigos del continente americano, procurarán siempre hacerse pasar como amigos de México y aprovechar cualquiera clase de resentimientos o desconfianzas que México pudiera tener contra los Estados Unidos. México, sin embargo, comprende que en cualquier caso de conflicto de los Estados Unidos contra cualquier otra nación que no sea americana, su actitud debe ser de entera solidaridad continental.

Desde este punto de vista, el Gobierno Revolucionario ha seguido un sistema de mucha mayor franqueza, firmeza y consistencia en sus relaciones con los Estados Unidos, poniendo siempre de acuerdo sus hechos con sus palabras, y procurando sinceramente una inteligencia con el pueblo y con el Gobierno de los Estados Unidos.

El verdadero problema internacional de México, consiste en la protección de vidas y propiedades de extranjeros y en la condición de los extranjeros en relación con los mexicanos.

Por virtud de la falta de explicación de las leyes políticas y civiles a los mexicanos, y de la protección diplomática de que siempre han gozado los extranjeros, poco a poco vino formándose para éstos una condición legal privilegiada en relación con la de los nacionales. A este respecto, el problema de los extranjeros en México, consiste en procurar que estén en la misma condición dada al extranjero, sino mejorando la condición del mexicano.

Esa misma situación del extranjero en México ha hecho que llegue a mirarse con desconfianza el constante aumento de inmigrantes y de capitales invertidos en el país que, naturalmente, significan el crecimiento de una clase privilegiada.

El problema para México es encontrar el modo de que los capitales y las personas de los extranjeros puedan inmigrar e invertirse ampliamente en México, ayudando a su progreso, sin conservar su condición privilegiada, de modo que ese aumento de capitales extranjeros y de inmigrantes, en vez de llegar a ser una creciente amenaza de la soberanía de México, contribu-

ya a la consolidación de ésta y de su independencia como nación.

Los problemas anteriormente enunciados, son considerablemente complejos y mal comprendidos.

Los Gobiernos anteriormente existentes, habían creado tal suma de intereses, y éstos están tan fuertemente ligados con la suerte del Gobierno, que en los últimos años del general Díaz llegó a palparse y a saberse, por experiencia, que era imposible encontrarle una solución de carácter pacífico y evolutivo. La transformación lenta de todo el sistema por medio del Congreso y de las Legislaturas, para modificar las leyes y reformar el Gobierno en general y los sistemas económicos, habría requerido probablemente un siglo entero de esfuerzos, y todavía es seguro que todo intento de solución habría encontrado considerables dificultades, que habrían orillado a la guerra civil.

Después de la reelección del general Díaz en 1910, se vió claramente que el propósito de aquella era perpetuar la misma forma de Gobierno y el mismo sistema que hasta entonces se había seguido. El pueblo comprendió que no era posible transformar nada por medios pacíficos.

El pueblo mexicano tuvo, pues, que apelar a la fuerza para destruir un sistema contrario a

su libertad y a su desarrollo, y los seis años de luchas intestinas, de aspecto caótico, que han transcurrido, significan para México el proceso de su transformación sociológica.

No es posible hacer una interpretación científica de la Revolución de México, a menos que los hechos ocurridos se tomen en conjunto y se analice un período considerable de tiempo. Todos nosotros sabemos que se hacen análisis y estudios y se sacan conclusiones sobre asuntos de la mayor importancia de hechos incompletos que se publican diariamente en la Prensa de los Estados Unidos, que es la peor manera de obtener conclusiones ciertas.

No he conocido un solo país, no en Europa ni en Sudamérica, en donde se llegue a una conclusión o se escriba un editorial, sino hasta después de transcurrido un período razonable de tiempo que justifique la deducción de dichas conclusiones. Pero en los Estados Unidos la avidez de las noticias de la curiosidad pública, se malinterpretan por una insaciable curiosidad de ideas, motivo por el cual es éste el único país del mundo en donde se escribe un editorial la misma mañana en que se publica un simple rumor sobre algún asunto.

Este modo de estudiar hechos sociológicos, me produce el mismo efecto que el intento de

un estudiante de física que estudiara el movimiento del péndulo, y que en vez de esperar a que se completara el movimiento y ocurriera cierto número de oscilaciones, tuviese tal ansiedad de llegar a conclusiones científicas sobre cualquiera de las posiciones del péndulo, que tomara cualquier momento de la oscilación para calcular la dirección exacta del centro de la tierra. La conclusión a que llegaría ese estudiante, sería la de que la tierra está loca y su centro cambiando constantemente de un lugar a otro.

Se dice que la Revolución Mexicana no es propiamente una Revolución, sino un período anárquico que los países que se encuentran en paz consideran innecesario, y, sin embargo, sí pueden mostrarse con hechos que la Revolución Mexicana ha seguido exactamente el curso natural de toda Revolución, y si puede demostrarse que en la actualidad misma el Gobierno Revolucionario de México sigue un programa bien definido de reconstrucción de un nuevo régimen, debería llegarse a la conclusión de que el pueblo mexicano no está haciendo una obra de locura destruyendo a ciegas sus riquezas y sus hombres, sino una obra de transformación, dolorosa pero necesaria, de la cual deben esperarse resultados que compensen los sacrificios que en la actualidad se hacen.

La Revolución Mexicana no es sino la insurrección del pueblo mexicano contra un régimen muy tiránico y muy rico, encarnado en un Gobierno fuerte, el del general Díaz, y contra el sistema social, político y económico que sostenía a ese Gobierno. Dicha revolución tuvo como prodromo la revolución de Madero. Pero Madero no vió más que el lado político de la situación mexicana y pensó que un cambio de Gobierno era suficiente para efectuar un cambio en las condiciones generales del país. Madero transigió con el régimen del general Díaz y consistió en gobernar con las mismas leyes, con el mismo sistema y hasta con los mismos hombres con que había gobernado el general Díaz. Mas necesariamente tuvo que fracasar, porque no había hecho labor propiamente destructiva ni había construído ningún régimen nuevo.

El asesinato de Madero y la dictadura de Huerta, no fueron sino un intento de reacción hecho por el antiguo régimen, con sus mismos hombres, con su mismo dinero, su mismo poder, sus mismos sistemas, y con tendencias a restablecer enteramente las mismas condiciones que existían en tiempo del general Díaz.

La Revolución Constitucionalista marcó desde un principio su línea de conducta. El plan de Guadalupe, expedido por don Venustiano Ca-

rranza en marzo de 1913, a raíz del asesinato de Madero, es el plan revolucionario más puro que podría imaginarse para la destrucción del antiguo régimen. Dicho plan implica el absoluto desconocimiento del Poder Ejecutivo, del Poder Legislativo y del Poder Judicial que habían existido hasta entonces, y el uso de la fuerza para la destrucción del Gobierno de Huerta, que estaba apoyado en el ejército del general Díaz en el poder de los terratenientes y en la influencia moral del Clero Católico.

Se siguió un período de guerra sangrienta, y cuando por fin Huerta quedó derrotado y el jefe de la Revolución Constitucionalista llegó a la ciudad de México, se creyó que había concluido el período destructivo de la Revolución Mexicana; pero sobrevino, como tenía que sobrevenir, el período extremadamente anárquico y caótico de aquella Revolución.

A fines de 1914, la situación mexicana fué la más confusa que ha existido nunca. Fué, sin embargo, en esos momentos y en medio de esa extrema confusión cuando don Venustiano Carranza, como jefe de la Revolución Constitucionalista, trazó los lineamientos generales sobre los cuales debería efectuarse la reconstrucción de México. Dichos lineamientos están comprendidos en el decreto de 12 de diciembre de 1914.

Tal ha sido el desarrollo de la Revolución Mexicana y tal es la interpretación que debe darse a los acontecimientos pasados, presentes y futuros de esta Revolución, cualesquiera que sean los hombres que se encuentren en el Gobierno.

Si Carranza y los que se hallan a su lado son personalmente arrastrados por un nuevo período anárquico, y si tienen que morir o que apartarse, esto no significará que mis conclusiones estén equivocadas; querría sólo decir que un hombre no es siempre un escalón entre dos regímenes. Ha habido casos en que una revolución se ha efectuado durante la vida de un hombre, como Cronwell o Wáshington: en otras ocasiones una larga lista de héroes y mártires se ha requerido para completar la transformación de un pueblo, desde Mirabeau hasta Bonaparte.

En México hemos tenido tres revoluciones:

Nuestra Revolución de Independencia en 1810 no se llevó a cabo por un solo hombre. Hidalgo la inició y murió sin haber visto el fin. Morelos la continuó y desapareció también antes de que nuestro país fuera libre. Guerrero fué el único que le tocó ver la consumación de nuestra Independencia.

En 1857, sólo a Juárez le tocó ver el principio y el fin de la Guerra de Reforma.

La actual Revolución ha causado ya la muer-

te de Madero. Si Carranza no ve el fin del movimiento, ello no cambiará el desarrollo de la Revolución; significará sólo que el mismo Carranza y los hombres que lo rodean, no son sino meros eslabones de la cadena de hombres que habrán de sacrificar sus vidas por la libertad y el bienestar del pueblo mexicano.

Creo sinceramente que los Estados Unidos necesitan estudiar la Revolución Mexicana, no sólo por interés hacia México y por conveniencia propia, como vecinos de nuestro país, sino como ejemplo de una revolución efectuada en pleno siglo xx.

Deseo a los Estados Unidos una gran prosperidad y una larga paz, y deseo a este gran país que la resolución de todos sus problemas se haga por procedimientos legales y pacíficos.

Los pueblos, cuando se equivocan en su desarrollo, tienen que hacer revolución.

Si esa revolución puede hacerse sin alterar la paz, se evitarán todos los males innecesarios que la revolución puede causar a un país, y se aprovecharán todos los beneficios que la revolución trae necesariamente consigo.

Bernad Shaw dice que la revolución en Inglaterra es una institución nacional, porque el pueblo inglés, por procedimientos democráticos, puede hacer una revolución cada siete años, si

así lo desea. El Referendum anglosajón no es más que el derecho a una revolución pacífica.

El pueblo mexicano no goza de ese derecho, y se ha visto obligado a hacer una revolución sangrienta y costosa para la conquista de sus libertades y su bienestar. He allí la razón.

Una revolución no es siempre una fuente de males y de lágrimas, como un incendio no siempre es mera destrucción. Los campos inexplorados de las regiones templadas pueden abrirse a la agricultura, explotando la riqueza forestal al mismo tiempo que preparando el suelo para los futuros cultivos; en las regiones tropicales, sin embargo, la manera más común de preparar los campos para el cultivo, es limpiándolos con un gran fuego, que si bien consume grandes riquezas nacionales, quema al mismo tiempo la maleza inútil y purifica y fortifica el suelo, economizando así una gran cantidad de trabajo.

LUIS CABRERA

UN POETA NUEVO

A una mano generosa.

Canto una noble, generosa mano
por la que el oro, pródigo corría;
consuelo de dolientes, bella y pía
mano de gran señor y de cristiano.

Un anillo ostentaba, gaje vano
de un muerto amor, que floreció en su día
y las caladas guardas oprimía
de una espada de acero toledano.

Su dueño fué español, y caballero
al servicio del Rey, dió placentero
su sangre, su quietud y su tesoro.

Y derrotado en cortesana intriga,
sin tener ya que dar, dió a una mendiga
la limpia espada y el anillo de oro.

Glosa a la divina comedia.

Soñé que con Virgilio recorría
los ignotos abismos, como Dante,
y que al pie de un camino serpeante,
contemplaba un letrero que decía:

«Atrevido mortal, aquesta vía
lleva a la patria del dolor constante
y conduce también a la triunfante
mansión de beatísima alegría.»

—Maestro—pregunté—, ¿qué senda es ésta
que al Orco guía y al Edén? Dudosa
la mente queda ante el profundo arcano—.

Y con voz apagada y despaciosa
moduló el claro vate esta respuesta:
«Es el camino del amor, hermano.»

La leyenda del potro y del halcón.

*Los amigos y devotos de las fablas de otra edad,
coronistas y troveros castellanos, escuchad
cómo el pueblo de Castilla rescató su libertad.*

Fué en el tiempo en que Castilla tuvo feudo
con León;
nuestro conde al rey pechaba, como el siervo
a su señor;

era el conde aquel guerrero que a Sepúlveda ganó;
el rey era Don Ordoño, muy famoso cazador.

¡Mañanicas de mi tierra!
¡Campos de oro bajo el sol!
Era en una mañanica
más alegre que el amor;
a cazar el rey y el conde
por el llano van los dos;
cazaba Fernán González,
y el rey non cazaba, non.
Si algún corzo saltó al campo
presto el conde lo alcanzó,
que volaba más que el viento
su caballo corredor;
y las garzas, no en las nubes
se guardaban de su halcón,
que era de alas aguileñas
muy osado y muy veloz.

—Vendedme, por Dios, buen conde, vuestro potro
y vuestro halcón,
que por ellos he de daros cuanta plata pidáis vos;
San Cebrián la bien cercada, los molinos de enredor,
y las villas y castillos de Briceña y Fuente de Hoz.
¡Por bien menos hubo un hombre que vendió
a Nuestro Señor!

—Si quisiérades, el rey, mi caballo y el mi halcón,
non me habéis de dar dineros, que dineros tengo yo,
ni molinos ni lugares, que los míos buenos son.

¡Libertadme de que os peche como el siervo
a su señor!
Dad por libre a mi condado de los Fueros de León—.
Le pesaba a Don Ordoño, pero al cabo lo otorgó.

¡Libertades rescatadas con un ave y un bridón!
En diez siglos por guardaros, ¡cuánta sangre
se vertió!
Las dos prendas del rescate, de Castilla emblema
son;
porque es noble y porque es brava como el potro
corredor,
y son altos sus anhelos, como el vuelo del halcón.

El doctor Andrés Laguna, médico del Papa
y del Emperador.

Toda Europa se admira de la ciencia
de este nuestro patricio esclarecido;
su profundo saber ha sorprendido
a los doctos de Roma y de Florencia.

El César sus talentos reverencia;
del duque de Lorena es gran valido,
y con espuela y yelmo ha ennoblecido
el Pontífice Julio su sapiencia.

A la par que averigua las virtudes
de plantas de apartadas latitudes,
entre pueblos y príncipes lejanos,

recuerdan sus escritos con cariño
el tiempo en que buscaba, siendo niño,
las yerbas de los campos segovianos.

JUAN DE CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA

Prefacio para la historia de la crítica artística española de fines del siglo XIX y comienzos del XX

Estas líneas quieren hacer el esbozo de cómo fuimos: un a modo de toque de atención, sin más objeto que abreviar el camino al historiador que un día se ocupe de las actuales andanzas españolas.

En todo tiempo se fueron a la greña los hambrientos con los hartos, y la vida se vió salpicada de ironías y sátiras, de lágrimas y risas; pero lo cierto es que de semejante baraunda y vocerío, el hombre salió mejorado; y lo que una colectividad pierde, otra lo desquita con creces. Lo cual quiere decir que la humanidad jamás está quieta, ni conforme, y mientras una parte se odormece en la molicie, otra, vigilante, atesora felicidad.

La bondad, hágase donde quiera, a todos alcanza: ¡qué admirable concierto! Traigo esta reflexión para el propio consuelo, pues no porque nuestra cooperación falte en estos momentos dejamos de aprovechar la ajena.

Ningún período histórico es de más interesante y difícil estudio que el de las decadencias. La razón es obvia. Los valores individuales y sociales de los pueblos que decaen, o incapaces de levantarse, no cumplieron con su deber, ni su crítica clamorosa fabricó más que comedias de virtudes y grandezas. Y como todo anduvo trastornado y en desorden, no fué hacedero esclarecer los fraudes y adulteraciones, para honra de la justicia y vituperio de los falsificadores.

En aquellos otros tiempos, de crecimiento y prosperidad social, los sucesos llevan escritos en la frente sus causas: nada va oculto, torcido, ni hijo de intriga o de traición; una sana moral determina las espontáneas y leales acciones. Entonces el ser justos no es excepción, y el egoísmo y la superchería viven en descrédito, sin entorpecer la buena vida del hombre. El juicio crítico en este caso encuentra poca confusión, y la claridad penetra en los rincones de las almas poniendo en evidencia la historia verdadera.

Así como, en los pueblos sanos de espíritu, las virtudes se dan la mano y entre sí van bien

concertadas, así los vicios y las desmoralizaciones se suceden y subordinan en las sociedades enfermas; y, a partir de la cabeza, la sanies se extiende y propaga por todo el cuerpo, sin dejar aparato, función ni órgano que no quebrante.

La crítica de arte es una secuela de la crítica política. Cuando la política cultiva la salud de los hombres, una ráfaga de sana moral orea las ciencias y las artes. En cambio si, tocada del espíritu del mal, la política recurre a engañosos procedimientos, viene el contagio y la verdad se disfraza en todas partes. La desmoralización surge de los hombres públicos que con sus halagos o sus imposiciones enervan las conciencias hasta la completa sumisión. En un principio la coacción pública suspende las malicias; pero éstas no tardan en adornarse con los atavíos de la verdad. En los menesteres del arte y de la ciencia, el contrabando es de más fácil disimulo. Aunque la mala crítica marcha al compás de la mala política, aquella es la que principalmente mata la fe en los ideales y en los hombres y propaga la podredumbre, cegando el camino de salvación.

Entre la crítica de estómago gruñón y acomodaticia conciencia que pulula en las decadencias, no es raro ver saltar el genio, que precisa el estímulo de la indignación, para alumbrar sus

obras magníficas. Entonces los grandes artistas hacen de críticos, y con la verdad y la belleza protestan de la abyección.

El estado espiritual de España le han falsificado por ahora de tal suerte, que sería conveniente quemar las plumas y clavar las imprentas. Cuando el estruendo de charlatán de feria se apague, después que esta turbulencia de aluvión se serene y decante, la crítica dejará bien poco en pie de lo que la fama exaltó y de los bronceos de las estatuas se harán aldabillas para los establos.

No es al cortísimo número de críticos honrados a quienes me dirijo, ni al montón bajo cuyo estrépito de bombos se obscurecen aquellos: huelgan explicaciones para quien sustenta la verdad y para quien la disfraza, ya que los unos no tienen nada que aprender y a los otros les sobra malicia para olvidar su obligación; pero sí pretendo que las quejas lleguen al público, para que viva prevenido contra las ponzoñas.

No echaría pestes de la gente literaria a que aludo si el mal se limitase a unas cuantas pintas de sarampión con pasajero quebrantamiento; pero la enfermedad es muy honda y su trascendencia alcanza a toda la masa social. ¡La astucia de la pluma! ¡Ya lo creo que sabe del egoísmo y cobardía colectivas! Ni la virilidad ha po-

dido venir a menos, ni la audacia vocinglera a más.

Comanditas atrincheradas en las redacciones de los periódicos y revistas, se erigen en altísimo tribunal repartidor de honores y mercedes. Y ¡ay! del que no dé por validas sus excomuniones y humilde no se someta; entonces verá la grandísima soberbia de los Padres de la Iglesia, o la ruín matonería de navaja y trabuco; pues de entrambos procedimientos echan mano, según los tiempos y las circunstancias. ¿Quién se atreve con tales enojos? ¿Quién no teme sus fallos? ¿Qué alimento o medicina que no falsifique, virtud que no anuble, cielos ni tierra que no conturbe y disfrace con intenciones y sátiras de una pluma pecadora? A la Prensa, como al Gobierno, se la teme más que se la quiere. Y desde que se ha constituido su gremio acrece su soberbia hasta caer, en lo que cae siempre la fuerza, en el egoísmo. Estos días la corporación ofendida preguntaba a los empresarios de teatros, si los regalos de butacas eran a cambio de reclamos; y yo añadido si el llevar y traer al re-tortero la farándula, para cuantiosos *beneficios* a la Prensa, era o no, de espontáneo y alegre sacrificio. Como si a los empresarios les gustara lo de la badila en los nudillos. Tales preguntas huelen a intimidaciones. Lo menos turbio sería

que cada cual pagara lo suyo, y que no se prostituyeran recíprocamente. Pero, quien manda, manda; que por algo aprendieron los periodistas, bajo la subordinación de los hombres públicos, a ejercer la tiranía.

La sociedad española, con un barniz de libertad y justicia por fuera, por dentro teme y trata de cubrir sus rencores bajo el manto de una hipócrita discreción. En la lucha individual, como en la guerra entre naciones, es de fundamental estrategia ocultar al enemigo sus designios, para que no se percate del punto y momento del ataque. Tras la discreción, velan sigilosas las intenciones traidoras, que sorprenden a la nobleza. Toda sociedad insidiosa y desleal, mata a fuerza de discreción sus más puros afectos, las primicias espontáneas, las miradas francas y generosas, las dulces intimidades del corazón.

Aunque la discreción española es forzosa consecuencia de su ambiente moral, no por eso deja de ser una virtud repulsiva. Así nos explicamos la parquedad y encogimiento de pintores, músicos y literatos, que siendo los aptos para juzgar, jamás despegan los labios, y, discretos y prudentes, dejan la sanción a la ignorancia del público y a la mala fe de críticos y revisteros. Este es el reinado del temor y del egoísmo. Ejemplo bien patente nos ofrece España de so-

ciudad timorata ante la tempestad desencadenada en Europa. Se dice que estamos divididos en dos bandos: de franceses y germanos. No es cierto. Lo que en esta tierra discreta, más discreta que ninguna otra, vemos, son unos cuantos atrevidos, que dicen ser liberales, y afrancesados, por lo tanto, y otros, no pocos, que añoran los tiempos de Calomarde, bajo la tutela del militarismo prusiano y del clericalismo español. Pero, además de estos dos partidos, que por lo cándidos podríamos llamar de niños de teta, viene el verdadero macizo burgués, que en la ciudad y en el campo se remansa como fruto de nuestra vieja historia dañada por la tiranía. Este tercer partido que surge de la podredumbre burguesa, constituye la dirección nacional, y no es otra cosa que la carnaza de Sancho, sin su natural bondad y hombría de bien; es la gente reposada y prudente, la que no se deja arrebatar; la cautelosa; la que sonríe a hurtadillas con aire de superioridad; la que en todo litigio dice que el silencio es oro; la sumisa, que no tiene idea propia y desprecia la ajena; la ingrata y olvidadiza, la que saluda con mentirosa inclinación; la sierva, que no pierde de vista el látigo y pide un amo. Esta y no otra es la gente cuca que interviene en las polémicas con solemne gravedad y para dar ejemplo de tranquila e indulgente tole-

rancia; pero, sin dar a conocer su opinión y sin sumarse a otra alguna, ya que una mayoría sincera cortaría de raíz todas las querellas. Este tipo es el que se llama en España modelo de discreción y de prudencia; que es el que logra vivir en santa calma y acumula riquezas. Yo protesto contra quien dice que la honradez abre el camino a la riqueza. Lo dicen los interesados y aquellos de entre los pobres que adulan al poderoso. Este tipo es la escuela del infame despotismo, que somete las conciencias, rebaja la moral, y poco a poco, mata los caracteres. No es verdad que en España nos hayan oprimido con más tiranía que al presente. Si bien en un tiempo hubo un César, hoy hay mil caciques cobardes y vengativos, con la prepotente soberbia de aquél y sin ninguna de sus grandezas. A pesar de tales antecedentes históricos, yo denuncio a nuestra adinerada y arrogante burguesía, clerical y militarista, como la más egoísta y cobarde del mundo y acreedora a grandísimo castigo. Esta malísima gente es la que, pasándose de lista, mira hacia dentro y ve su conciencia ansiosa de justicia y repleta de remordimientos.

Nadie se desprestigia por ser espontáneo, leal y sincero; y no hay mayor honradez que la verdad. La verdad no debe temer ni respetar nada, a no preferir que prevalezca la mentira. Lo de

paz a los muertos, lo dicen los pícaros vivos. La tolerancia del silencio para con el error, es trabajar traidoramente contra la salud pública, y es no tener confianza en sus fuerzas y atrincherarse astuto por previsora cuquería. Tanta hipocresía deja caer la crítica en esa turba que no ve más que su capricho o su interés.

La falta de valor cívico tiene su disculpa en la actual organización social. En este país, los organismos del Estado encargados de pesar y medir la cooperación de sus asociados, de distribuir beneficios y honores, de dirimir en concursos, competencias y pleitos, resuelven, no con arreglo a justicia y merecimientos, sino con el más cínico menosprecio del sentido moral. En tal ambiente el odio se acumula en la multitud y las protestas se aquietan a fuerza de tiranía. Este verdadero despotismo ha creado el fondo de nuestro carácter nacional, que, salvo entre moros, dudo lo haya más innoble y desleal. Bajo esta preparación espiritual la Oligarquía, que manda y reparte beneficios, vive azorada, y, sin saber medir el peligro, escandaliza y atropella sin reparo. Todo está preparado para que triunfen las malas causas por los medios más detestables. Resultado: una sociedad sin satisfacción interior, rebelde y vengativa. Nadie está conforme en el puesto que ocupa, pues sucede que en

la clasificación de valores sociales, la inteligencia, la honradez y el celo están relegados a último término: cuyo resultado es una vida de injusticia dentro de un pueblo revolucionario, en el cual el rabo está a la cabeza y ésta a la cola.

Si la colectividad tuviera conciencia .. pero, desgraciadamente, anda entontecida en los embustes de una crítica desmoralizadora.

El público no se atreve por sí solo a dar opinión por miedo a equivocarse, y la rapacería se lo da todo hecho. De antemano, con misericordia solapada y arrogante poca vergüenza, cállate, bobalicón, le dice, y atiende, pues ya sabes que soy la excelsa razón. Y el rebaño repite los balidos. Después de todo, es mucho más cómodo no tener que pensar. Y respecto a la perversidad de conciencia que la fabrican y a las falsas reputaciones que levanta con su espalda... ¡allá ellos! Así, sin salir de la ignorancia, agobiado y sin defensa, se entrega a esa *crítica* incompetente y de maliciosa prestidigitación.

Si los hombres inteligentes y buenos supieran que con la verdad tenían la batalla ganada a poca costa, no desconfiarían del público, pues lo que a éste le falta es seguridad en su propia sabiduría: razón que le exige conductor que le guíe. La menor indicación basta para afirmar al público en su verdadero sentimiento, así como

se da por equivocado y sucumbe entre el estruendo de la malicia.

La crítica preclara, limpia de corazón y salvadora, no ha llegado entre nosotros. El oficio ha caído en descrédito. Y si los hombres de mérito y sinceros no defienden lo de todos, queda el campo y la dirección nacional por la bribonería burladora.

ENRIQUE D. MADRAZO

12 febrero de 1917.

LIEBRE POR GATO

Historias de París.

A ENRIQUE FREYMAN

Vivía en la calle de Vercingetorix, en una de esas casas del viejo y adorable París, que conservan todavía en el sotabanco de la respetada conserje su llavero con departamentos pequeños donde cada cliente por las noches toma su bujía, para comenzar después el pesado ascenso a las buhardillas paupérrimas.

Estaba sólo con mi hambre, mi pereza y... mi talento. ¡Qué demonio! ¿Por qué no he de confesarlo paladinamente, cuando ni protestas ni envidias ha de provocar mi genio ignorado? La modelo que utilizara me abandonó, dándome un prolongado beso de admiración y de piedad al decirme la despedida: «Au revoir, mon trésor; quan tu avra le sou, je reviendrai.» (Hasta la

vista, tesoro mío; cuando tengas dinero, volveré.)

Los colores caros, el cadmiun, la laca de zaranja, el verde esmeralda, estaban íntegros en las telas que me ví obligado a empeñar en la Rotonde por unas tazas de café. Mi pincel sólo podía trabajar ocre, tierra de cieno, y mi último cuadro, decididamente «cubista», requería lapizlázuli ¡a trescientos francos el tubo! ¡Un imposible!

Esa mañana desperté muy temprano, con una necesidad de comer terrible. Resolví soñar, durmiendo todo el día. A las siete de la noche no pude resistir más; necesitaba tomar algo, aunque fuese aire. Me desperecé, abrí desmesuradamente los ojos, crispé las manos y me dí cuenta de que ni los cobertores ni las mantas que siempre me fueron fieles estaban conmigo. Mi lecho era una *enérgica* tabla con periódicos cosidos unos a otros, que hacían de colchón. Mi abrigo lo formaban *Le Matín*, *Le Journal*, *La Livre Parole*, *L'Humanité*, *L'Home Enchaine*, *Le Petit Journal* y algunos números de *Le Temps*, *Figaro* y *Excelsior*, pocos, por ser los más caros; sí, señor; la Prensa unida, irónica y misericordiosamente unida para amparar a un pobre, si no de la miseria, sí del frío...

Me vestí con una lentitud verdaderamente

filosófica; arreglé mi natural desarreglo cuanto más pude, y salí. ¿Triste?—dirán los pesimistas—; no, señor; con una íntima felicidad, pensando en la próxima comida, y con un desdén olímpico por la Humanidad, mi espíritu optimista de siempre, y mi amor a la Belleza como triunfal recurso.

Llegado al portalón, las manos en los bolsillos del raído saco, el sombrero de alas anchas embutido hasta las cejas y con un gesto de indiferente inactividad, me miré a los sucios pies, preguntándome: ¿Quién podrá mantenerme hoy...? Mis elucubraciones no dieron luz en el asunto. Los camaradas estarían en idénticas condiciones que yo. Un comerciante en cuadros de la calle de La Boitee, mi cliente cada «Corpus y San Juan», vivía al otro lado del mundo, y era además noche para encontrarle. Me fui directamente al café Cuyas, centro de espíritus directos, donde desfilaban los artistas más pobres y más inteligentes de París, como yo, más o menos.

Había acertado; mi compañero Roche estaba allí, ¡y tomaba café! Al saludarle, llamé incontinenti: ¡Un café, patrón! Roche escrutó mi semblante.

—¿Tienes dinero?—me dijo.

No tuvo respuesta.

Bebí aquel néctar de los dioses con fruición de enajenado. Después contesté:

—No tengo un sueldo.

—*Mais tu a un culó, mon vieux...!*

No le hice aprecio, abandonado al calorcillo voluptuoso que experimentaba en aquellos instantes de placidez.

A poco fueron llegando los demás intelectuales. El cenáculo se hizo. Las honras y los fracasos de los ausentes llenaron el menú de la noche hasta las tres de la mañana; a esta hora nos cerraron el establecimiento, y partimos. No sé al fin quién pagaría el café. Roche, no; yo... creo que tampoco.

París estaba en tinieblas, y sus calles del *quartier* solitarias. De la marcha de transeuntes lejanos se escuchaba el eco... De algún taxi que pasara raudo por la plaza Pelletier se percibían apenas los cornetazos como validos de oveja perdida en un monte.

¡Qué ajeno estaba mi pobre estómago del porvenir brillante que le aguardaba a la vuelta de una esquina!

Al cruzar frente a la calle del Abate de la Espada, rumbo a mi casa, distinguí una silueta larga y escuálida, envuelta en una capa española. No sé qué misterio adiviné escondido en aquél fantasma que parecía deslizarse para no

hacer ruido. Detuve curiosamente el paso para ver mejor; el hombre se acercó escondiendo frente y ojos bajo el chambergo, y la boca entre los pliegues de la española capa. Yo, por el contrario, dí mi cara faz a faz. El tipo aquel misterioso, al soslayo, pudo verme y detuvo el paso, llamándome por mi nombre, pero no con franqueza, sino solapadamente, con sigilo y miedo. La soledad, el silencio, la negrura de la calle, el tono ronco de aquella voz, el abracadábrico andar del personaje, y, sobre todo, la capa larga me interesaron sobremanera.

—Ven—me dijo.

—¿Pero adónde?

—Ven—repitió con imperio.

—Pero, ¿qué haces? ¿Qué quieres? ¿Por qué vas envuelto así?

—Mira—me respondió, y diciendo abrió la ancha capa y me enseñó un animal. ¡Era un gato! Un gato muerto, y en seguida me dijo:

—¿Tú que haces?

—¿Yo? ¡Morirme de hambre!

—Pues sígueme.

Le seguí y me explicó la historia de sus últimos días.

—Yo como gato; cada dos días mato uno. Esta es mi comida; es decir, *nuestra* comida de hoy y de mañana.

—¡Pero si yo nunca he probado esa porque-
ría!—contesté airado.

—Pues será la primera y no la última. Es una carne exquisita, blanca y suave como la del conejo y muy superior a la de la liebre... ¡Que no me vengan a mí con historias tontas! Después de esta experiencia cruel de mi vida, yo te juro que pueden engañarme todas las veces que quieran: yo aceptaré gatos por liebres, pero jamás me dejaré engañar real y positivamente; ¡a mí no me dan liebre por gato!

La historia era azas curiosa y divertida, y como yo estaba horriblemente dispuesto a comer felino, seguí al artista.

—Tú no sabes—me decía—, tú no puedes imaginar los sustos que yo he pasado, las carreras que he emprendido, las lágrimas lloradas por mi causa, las rabias que he provocado, las tragedias familiares que ocasionaron mi hambre y mi valor. Pero he resuelto el problema de mi vida. Como gato que yo mismo cazo; pero ¡ah Ferrer amigo! Para llegar a mi destreza gaticida he tenido que sufrir temblores, vergüenzas, reprimendas indecibles, angustias, verdaderos martirios. Al principio tenía que asestar varios golpes sin resultado práctico; el animal maullaba con dolores dramáticos, me arañaba con fuerza, el escándalo se levantaba; salían a la calle las conserjes;

se enteraba el cercano agente de policía; los dueños, iracundos, me buscaban, y cuántas veces, al fin de cuentas, el felino se me escapaba de las manos, dejándome hambriento y con mi despecho a cuestas... Hoy es distinto. He llegado a una perfección sorprendente. Un garrotazo es bastante; a golpe por gato; está bien, ¿eh?

—Genial—respondí conmovido, y dije para mi sayo: ¡Qué hombre admirable...! ¡Y qué imbécil yo, de no haber discurrido antes recurso tan eficiente!

Desde ese día fui su amigo inseparable, su fiel cómplice. Comí, viví, trabajé... Gracias a aquel noble talento ruso, que el destino pusiera en el camino de mi vida, frente a la calle del Abate de la Espada, allá subiendo el Boulevard San Michel, en aquellos rincones donde en pleno siglo actual se vive *mil ochocientos treinta-mente...*

Salíamos de noche, garrote en ristre, seguros de tornar con una pieza. Localizados el gato, su dueño, la conserje, el gendarme, y estudiado el vecindario, la topografía del terreno con sus salidas para la retirada, los lugares alumbrados y los tenebrosos, nos acercábamos con una gran tranquilidad. Luego, el estacazo seco, rudo, formidable, en la cabeza del gato, cuyo cerebro quedaba hecho añicos. Consigno este pequeño

detalle a los naturalistas. No sé de qué manera morirán los gatos de muerte natural; pero sí sé cómo se van a la otra vida de muerte de garrotazo.

Al recibir el golpe dan un brinco adelante, un verdadero *salto mortal*, de manera que el hábil gaticida, puede, si es experto y profesional, como nosotros lo éramos, coger al gato en el aire al dar su último salto...

Todavía, sin embargo, nos quedaba por resolver un peliagudo problema: ¡Condimentar la carne! Porque aunque una vez lo intentamos, no pudimos pasar el cuadrúpedo crudo; necesitábamos cocerlo o asarlo, empresa casi imposible. Los vecinos eran de un egoísmo rayano en lo diabólico; no permitían que usásemos su lumbre ni su gas, alegando ser muy caro el combustible. Nosotros, ¿cómo habíamos de obtener esos artículos de lujo, cuando ni el pan llegaba a nuestros labios...? Como yo no soy ingrato, y además no me agrada que se me recuerden favores atrasados, que lastimarían mi orgullo, hurgué en mi imaginación un ardid, un recurso; cavilé, exploré nuestro taller y los ajenos, para ver de qué modo podríamos guisar nuestro alimento, retribuyendo así al pintor ruso los beneficios inmensos que le debiera. La perseverancia en mis pesquisas y el agudísimo ingenio que Dios otorga

a los hambrientos, al cabo y al fin produjeron un efecto maravillo.

Mi casa de la calle de Vercingetorix era como una caja de embalaje, cúbica y de madera. Las escaleras de caracol, enclavadas en el centro del edificio daban acceso a los talleres. Frente a la calle se encontraban los departamentos de lujo más amplios, con bastante luz y aire. El mísero presupuesto de que yo disponía sólo me permitió quedar a deber uno interior, por el que la implacable conserje me exigía ya tres meses de renta vencida; esto es, ciento veinte francos.

La casa tenía cuatro pisos. Yo habitaba, naturalmente, el último. En el descanso de la escalera, para alumbrar la entrada de los talleres, había un mechero de gas, de llama anémica, donde yo fundé mi triunfo y nuestros estómagos hallaron alivio.

Me fabriqué con un alambre robado, una especie de tenazas y un círculo a manera de hornilla. Hecho el aparato, ensayé: Prendí el soporte en el tubo del mechero; sobre el arillo puse nuestra olla de acero. Perfectamente; el resultado era espléndido. Sorprendí a mi colega el ruso con el ingenio mío. Aleccionados ambos, procedíamos con suma destreza; con una cuerda descolgábamos la olla llena de agua con el gato sacrificado; la hornilla improvisada, incrustada

en la tubería, era sostén suficiente para la vasija. Uno de nosotros quedaba en la puerta de la calle, atisbando la llegada de la portera; había peligro, se levantaba la olla, retirándose el gancho de alambre; nos dejaban en paz, entonces hervía el agua, se cocía el cuadrúpedo, y los dos pintores en «bohémis companis» comíamos nuestro gato... ¡Y así todos los días!



Mi amigo el pintor encendió su pipa sonriendo y añorando: ¡Et voila!—me dijo.

—Bueno—interrogué—. ¿Y aquellas aventuras duraron mucho tiempo?

—Quiá, no—me contestó—. Después vinieron los malos tiempos. Figúrese usted que cuando más contentos pasábamos la vida comiendo gatos, una malhadada noche me encontré en la bolsa de mi chaleco viejo un billete de cincuenta francos, olvido involuntario y signo de mi desprendimiento en épocas de esplendor, y ¡claro está!, tuve que modificar mi existencia. Más tarde, ocurriósele a un rico paisano mío comprarme unos cuadros pagándolos muy bien. Entonces me ví precisado a vestir como todo el mundo y a comer a las veces en «La Avenue»,

en la plaza de la Estación Montparnasse, a dos francos cincuenta el cubierto.

—¿Y el ruso de los gatos?

—Tuve la pena de perderlo. Cuando se enteró de que en nuestro taller se recibía gente de la categoría «casi bien» y que yo almorzaba en *restaurant caro*, que había trocado la «prensa unida» por ponchos mexicanos, regalo de mi profesor, me abandonó indignado. Después supe que se expresaba de mi persona en términos despectivos.

—¿Quién, Ferrer?

—¡Cet un sale bourgeois...! ¡Nom de Dieu!—Y haciendo una mueca irónica y desdeñosa, concluía:

—¡No me hable más de él...! ¡Es uno de tantos que se dejan engañar comiendo liebre por gato...!

ISIDRO FABELA

A bordo del «Frisia», agosto, 29 de 1916.

LA POESÍA

Pretendes que descubra, bella amiga,
quién es la triste y dulce compañera
que conmigo comparte la fatiga
de este reñido y singular combate
en que, a veces, el alma desespera
y el generoso corazón le abate;
quién es la Musa de mi pobre canto,
la que alienta en mi alma solitaria,
la que en mis ojos pone el triste llanto
y en mis labios la mística plegaria,
la que consuela todos mis dolores,
la que mis negras noches ilumina,
la que en prenda feliz de sus amores
a la escabrosa cumbre de la gloria
mis vacilantes pasos encamina;
qué mujer es, en fin, la que en mi historia
comparte enamorada
mi inconsolable pena o mi alegría...
esa mujer tan bella como amada

es mi diosa gentil: la Poesía.
¡Cuántas noches de fiebre, triste, a solas,
en la ardorosa mente del poeta,
luchan los desatados pensamientos,
como en el mar las encontradas olas!
Y esos nobles y dulces sentimientos
que se elaboran en el alma inquieta,
resbalan por las cuerdas de la lira;
y en sus puros acentos,
parece que le escuchan los lamentos
del corazón humano que suspira!
De los muertos imperios las grandezas
que asombro fueron de la humana historia;
del alma dolorida las tristezas;
las infinitas ansias de la gloria;
cuanto la mente en su ilusión procura
y cuanto el hombre en sus delirios ama,
vibra en su estrofa pura
y en su lluvia de versos se derrama.
Suena en ella la voz del gran Homero;
ora vibra iracunda
con el épico canto del guerrero;
ora pinta el idilio
que de placer el corazón inunda
en la armoniosa estrofa de Virgilio;
toma vida en el alma solitaria,
sus muertas ilusiones resucita
y embellece la mística plegaria

que eleva al Cielo el triste cenobita;
ella forja los puros ideales
que disipan del hombre los dolores
y eterniza el amor de los amores
esculpiéndole en versos inmortales;
llora con el dolor de Prometeo
a la tajada roca encadenado
mientras lucha tenaz con el deseo
y siente el corazón despedazado;
es luz que nuestras noches ilumina,
astro que alumbra en la existencia humana
la triste soledad en que camina
la cansada y errante caravana.
¿Morirá la Poesía, voz divina
que en el humano corazón retumba
y nuestros torpes pasos encamina
desde la cuna a la ignorada tumba?
Mientras vista la hermosa Primavera
la tierra adormecida
con espléndido manto de verdura;
mientras tome calor, aliento y vida
la ilusión impalpable que fulgura
en el amante corazón que espera;
mientras de amor, en el fecundo exceso,
se enlacen los humanos corazones
y palpiten con dulces ilusiones
y se fundan las almas en un beso;
mientras el muro triste y derruido

nos muestre las grandezas del pasado
y del profundo sueño del olvido
despierten como un eco las edades
con sus brillantes páginas de gloria
poblando del desierto de la Historia
las inmensas y muertas soledades;
mientras desgarre el alma solitaria
la pena aguda sin vulgar consuelo
y pretenda del hombre la plegaria
abrir las puertas del cerrado cielo;
mientras exista un rayo de alegría
brillará la Poesía

sobre el abismo de la humana historia,
aclarando las sombras del camino
por donde busca el triste peregrino
la inaccesible cumbre de la gloria.

No temas, no, que con mortal desmayo,
su divina misión, al fin termine,
ni que con triste y moribundo rayo
nuestras lóbregas noches ilumine.

Arde eterna su llama sacrosanta
que en las negruras de la noche brilla
como la estrella en el azul sereno;
de sus propias cenizas se levanta
y con su propia sangre se renueva
que aunque los cuerpos rueden por el cieno
el espíritu siempre a Dios se eleva.

JOSÉ TORAL

URBINA

Hace poco más de un año conocí a Luis G. Urbina.

Fué en casa de Villaespesa, en aquellas inolvidables veladas en que el gran poeta del *Alcázar de las Perlas* nos daba a conocer los admirables versos de *El Halconero* y los sonetos al *Generalife*.

Un cultísimo artista, Alfredo Gómez de la Vega, habló del *viejecito*—como llamaba cariñosamente al inmenso poeta mejicano—y recitó por primera vez *La elegía de mis manos*, *Vieja lágrima* y *Más allá de la melancolía*.

No era Urbina uno de esos vates declamatorios y fríos, que deslumbran al pronto con la brillantez verbalista del estilo, sin dejar luego la más leve huella. Había en sus versos un hondo acento de sinceridad, una íntima poesía del corazón, una sensibilidad tan exquisita, que se

apoderaba de la voluntad, dejando una profunda a e imborrable emoción en el alma.

Desde aquel momento—mucho antes de conocerle personalmente—fuí no sólo un admirador del poeta mejicano, sino un amigo, un hermano.



Urbina es un poeta que *vive* su poesía.

La bondad que resplandece en sus versos, no es una farsa lírica, no es un artificio de la imaginación. Es el raudal que brota puro y cristalino de la sagrada fuente del alma.

Urbina no ha tenido, como otros poetas, que *crearse* un sentimiento imaginativo.

La emoción y el sentimiento son en él naturales.

Ese es el secreto de sus triunfos.

«Tres condiciones—dice Lamartine—son necesarias para formar un gran poeta serio en todos los siglos: un amor, una fe y un carácter.»

Y estas tres condiciones se reúnen de un modo admirable en la lírica de Urbina.

Todo está contenido en su lema «*Creer-crear*».

El carácter de la lírica de Urbina estriba en la milagrosa unión de lo antiguo con lo nuevo.

Es clásico y romántico a un tiempo.

Tiene su poesía sabor de vino viejo, y está,

sin embargo, contenida en rica copa de oro muy nueva, muy brillante y exquisitamente cincelada...

Tiene la solidez, la sabia madurez de lo arcaico y la gracia exquisita y espiritual de una eterna juventud.

Nunca es académico, nunca es rígido, jamás es declamatorio ni artificioso.

Su carácter, como su estilo, es personalísimo, y su personalismo está en que su verso no es jamás esclavo ni amanerado, no está cincelado en el yunque de la forma; tiene todo el jugo de la espontaneidad. Nace como la flor, se nutre de la sabia del pensamiento, se eleva al cielo buscando la luz, y abre su corola ya majestuosamente como una magnolia, ya sencilla y modesta como una violeta; pero siempre llena de gracia, de belleza y de sinceridad.



El alma de Urbina se manifiesta en su obra.

Podemos contemplarla como si se vislumbra a través de la diafanidad de su estilo.

Podemos estudiarle con absoluta precisión. Urbina ama la vida, ama la luz y los bellos paisajes.

Allá, en sus días de paz, ¡con cuánta ingenui-

dad y alegría expresaba las juveniles emociones
de su alma!

Amanecí poeta. ¡Buenos días,
claridad de los cielos, honda y quieta!
¡Valle patrio, salud! ¡Montañas mías,
salud! ¡Salud, azules lejanías!
¡Qué alegre estoy! Amanecí poeta.

.....
Y el horizonte es una gran sonrisa
hecha de resplandores y destellos;
entre la bruma gris, el sol se irisa;
las magnéticas manos de la brisa
sacuden y embalsaman mis cabellos.

.....
¿Quién me dió esta mirada de cariño
para ver un ambiente tan sereno?
¿Porque me siento niño?
¿Porque me siento bueno?
Mi alma no es hoy barranco
de tinieblas, sino cumbre de gloria.
¿Quién la limpió de escoria?
¿Quién la vistió de blanco?

.....
.....

La claridad del cielo, la profunda -y secreta
paz de sus valles y sus montañas, la dulce y ju-

venil alegría de sentirse poeta, no le inspiran orgullo ni egoísmo; no le encierran en su castillo interior para gozar él solo de su dicha, ni le impulsa por las torcidas sendas de la sensualidad, ni por los caminos de la soberbia.

Se siente niño, se siente bueno. Es como si llevara una rosa

«recién abierta en lo interior del pecho».

Siente

«la aspiración al bien, toda infinito,
y el amor inmortal, todo esperanza».

Cuando la «vieja lágrima» del sufrimiento humano se filtró, por oculto resquicio, en lo escondido de su entraña, *en aquel triste atardecer de invierno*, él recogió en su corazón, como un cáliz, el dolor, lágrima a lágrima, y lo llevó noblemente, transformándolo en melancolía y en fuente inagotable de ternura.

Entró el dolor en la vida del poeta, y entró también en su obra.

Mas el dolor al herir este alma grande y noble no se trocó en acentos de desesperación, ni en amargos lamentos de cólera; no se cambió en rebeldía, ni destiló el veneno de la sátira.

No le inspiró amargas ironías como a Alfredo de Muset, ni lanzó gritos desesperados como Espronceda, ni, escéptico y trágico, paseó por la vida la impotente soberbia, como Heine, ni se revolvió contra el Destino como Leopardi.

Amó, sufrió y perdonó; llevó su bondad hasta la cruz, hasta el sacrificio; bendijo al que le perseguía, perdonó al enemigo, amó siempre, siempre...!

«No basta aceptar la cruz—se dijo—, hay que amarla.»



Cuando el sublime cantor de la Provenza, Federico Mistral, escribió su inmortal poema, enamorado de la humildad de su heroína, quiso que la frente de la angelical *Mireya* resplandeciera aunque no tuviera diadema de oro; quiso que aquella niña gentil fuera glorificada como una reina.

Mistral, verdadero poeta, había penetrado en el secreto poder de la humildad.

Había comprendido la profunda sabiduría de la Naturaleza, había visto que «cuando los frutos maduran al sol y al rocío, entre la verdura, viene el hombre, famélico como un lobo, a des-

pojar de sus frutos el árbol. Mas en la cima, Dios siempre eleva alguna rama, donde el hombre insaciable no puede alzar la mano; hermoso pimpollo primaveral, virginal y oloroso, al cual llegase el pajarillo para saciar su hambre.»

Y Mistral quiso colgar su poema en estas «ramas de los pájaros».

Quiso recoger en su plectro los dolores humildes y elevar hasta las altas ramas de la más sublime poesía, las escondidas y modestas flores de su país, y el Dios de los humildes, el Dios que nació entre pastores, hizo que este cántico fuera inmortal.

Así Urbina, guiado por el mismo impulso, ha buscado también la «rama de los pájaros».

Seguidle a lo largo de su vida y a través de sus obras.

Seguid sus pasos. Ved. Su noble lira, como su corazón, se da con sublime generosidad, a los humildes.

El, como Mistral, hará que la frente de los pequeños resplandezca como si tuvieran diademas de oro.

Su estilo desdeñará toda énfasis, toda al-tisonancia declamatoria, adquirirá una divina sencillez, una diafanidad sublime—suprema expresión de arte—y exteriorizará su emoción, su ímpetu pasional, su ternura incom-

parable, en una forma toda gracia, toda sensibilidad.

¿A qué encumbradas regiones de la poesía se elevó el maestro para conseguir esta maravillosa forma?

Ved cómo se detiene ante toda tragedia humilde; ved cómo abarca con sus anchas y pensativas pupilas los cuadros de escondido dolor, y cómo abre su corazón para compadecer y comprender.

Ya se detiene ante el pobre emigrado español, ante el desgraciado niño que, empujado por la miseria, dejó su hogar, su pobre aldea y fué a buscar el pan a tierra extraña.

¡Cómo compadece la «morriña» del pobre niño, que recuerda la delicia

de sentarse a cuidar el rebaño
a la sombra de un viejo castaño,
o a la vera de un río, en Galicial

Al visitar Toledo admirará los tesoros artísticos, contemplará extasiado el carácter histórico de la vieja ciudad, los grandes monumentos, la maravillosa catedral, las calles legendarias, todo le encanta...; pero su corazón se detiene ante una ventana iluminada en la noche donde vela traba-

jando una humilde obrerita, y la imaginación del poeta, en vez de fantasear sobre el pasado, en vez de componer una leyenda como la de *Las tres fechas*, se inclina a contemplar y compadecer aquella vida humilde que se gasta y se consume en tan triste labor...

Bajo el sol y frente al mar... en las frondas de los jardines cubanos, bajo los árboles cuyas altas y tupidas copas forman ciudades aladas, pobladas de pájaros contentos de vivir, el poeta escuchará con júbilo el canto de estos pájaros y se detendrá a contemplar la belleza del crepúsculo...; pero su bondad se ha conmovido ante el espectáculo de la triste vagabundería que pasa.

En la Hahana no hay cotarros, no hay dormitorios de vagabundos.

«Los guardias rondan, en vigilia constante, para que estos pobres lobos desdentados, estos miserables, estos tristes, no se habitúen a transformar en lecho la banca de un paseo público, ni la orilla del mar, ni el asiento de un jardín. Se les deja libre el paso, pero no el sueño. Están condenados, como Lady Maebeeth, a matar el sueño.

El pájaro tiene la hospitalaria fronda, donde encuentra nido y albergue; mas el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza en estas populosas ciudades modernas.

«Los que no tienen hogar, no tienen derecho al sueño.»

Y el poeta piensa en la misericordia del árbol, que parece que, al mediar la noche, hace más compacta su copa, más gruesas sus hojas, más apretadas sus ramas; y, en la sombra protectora, oculta, como en un regazo de madre viuda, al «hijo pródigo» de la vida.

«El árbol no cejará en su empeño maternal, de dar abrigo a los cansancios; el árbol no conoce la organización social; siente que es una injusticia que arriba los pájaros duerman tranquilamente y abajo los hombres ni siquiera puedan dormir unos instantes.»

Así irá siempre el poeta por la vida.

Sus piadosas manos,
tan dispuestas a todas las justicias,
tan dúctiles a todos los halagos,
tan fáciles a todas las caricias,

se extenderán siempre para levantar al caído,

y secarán los ojos al que llora,
bendecirán al pájaro en el nido
y en el cielo a la aurora.



El poeta mejicano Amado Nervo, en el prólogo del *Glosario de la vida vulgar*—último libro de Urbina—ha dicho:

«Luis G. Urbina ha llegado a las playas españolas casi al propio tiempo que las golondrinas corvas y los vencejos azulados. Y en verdad te digo que así como estas aves parecen traernos el don de la Primavera, él trae a España un don no menos grande: el don de su madurez serena y tierna al propio tiempo, de su emoción tan honda y límpida, que se adueña al instante de nosotros, y en el cual hay no sé qué dejo extraño y delicado de mis montañas y de mis valles.»

¡Ah! Esta sublime golondrina no sólo traerá a España el don de la Primavera. Este gran corazón, que desde su cátedra de Literatura de la Universidad de Méjico electrizaba a sus alumnos cuando hablaba de los grandes escritores castellanos de nuestro Siglo de Oro; este prodigioso artista, que cuando visitó el Museo del Prado saludó a nuestro Velázquez como a un viejo amigo, y cuando pisó los umbrales de la Biblioteca Nacional le pareció que entraba en el antiguo archivo de su casa solariega, ejerce a su paso un santo y noble apostolado.

El se hace pequeño, con los humildes; pobre, con los pobres; triste, con el triste; alegre, con

el alegre. No vive para sí, sino para sus amigos; prodiga su gran corazón; sabe escuchar y sabe tolerar; es comprensivo y dúctil. Su inteligencia se amolda a todo, y llena de luz, de bondad y de confianza, el alma de los humildes.

Sus manos, esas diminutas manos, «que no han declamado jamás la vil comedia», esas maravillosas manos, instrumentos del genio, estas pequeñas manos tan grandes en misericordia, realizan una misión sublime: están constantemente creando nuevos y fortísimos lazos de unión y de fraternidad.

LUIS LEON DOMINGUFZ

EL REGRESO

I

Pára el tren. Esta casa de cartón,
entre las cuatro anémicas acacias,
habla de un pueblo más... Otra estación...
Y las pupilas torpes y reacias,

vencidas al cansancio y la indolencia,
miran desde la turbia ventanilla:
un camino, una vieja diligencia,
una mies retostada y amarilla.

A lo lejos, un pardo caserío.
Un arroyuelo que no llega a río.
Una pelada y árida campiña.

Y de allá de un terrizo que está en siega
el gemir de una cántica gallega
que llora de nostalgia y de morriña.

II

Sonar de la campana en el andén.
Estridencia de un pito. Resoplidos
de la locomotora. Y sale el tren.
Algo infernal taladra los oídos.

Las acacias temblonas, en el viento
parece que un eterno adiós suspiran.
El tren en una curva da un lamento.
Indolentes los ojos ya no miran...

El sopor nos aturde y desvanece,
y entornando los párpados, parece
que caímos en una pesadilla.

Bochorno, enervamiento, olor a era.
De un bronce funeral, la voz austera
se oye sonar muy lejos. Es Castilla.

III

¡El pinar! ¡El pinar! Hemos gritado,
y un aroma a tomillo y a resina
por la abierta ventana ha penetrado.
¡Olor a mansedumbre campesina!

¿Qué evocan y suspiran estos pinos,
siempre verdes, fragantes, melancólicos,
llorando lagrimones ambarinos
plañiendo al vendaval versos bucólicos?

Es el aire más fresco y más sutil.
El cielo de un intenso azul añil;
en él, dos nubecillas: dos palomas.

Silba el tren, y los pinos, se diría
que estremecidos a su algarabía,
huyen acobardados a las lomas.

IV

Hemos pasado un túnel—humo, hedor,
obscuridad—. Y el tren que se desliza
entre un martilleo atronador.
En el farol, la triste luz pajiza

que torna de cadáver los semblantes;
y vemos en las sombras hoscos guiños,
y se nos hacen siglos los instantes
y evocando redrores y años niños,

miramos en las sombras al viajero
y sentimos el golpe traicionero
de un puñal, que en el pecho nos ha hundido.

Mas la luz vuelve a entrar. Nueva alegría
y nuevo y brusco amanecer del día...
Miramos al viajero: va dormido.

V

Bruma en las cimas y en los prados niebla.
El tren jadea y con fatiga sube,
rasgando esta espesísima tiniebla
de humo, de amanecer, de sueño y nube.

Lagrimea el cristal. Lloro la hoja
del álamo en la linde. La montaña
huele a tierra fecunda, y en la roja
cima suena el «tin, tan» de la espadaña.

Pasa un río de plata rumoroso.
Quietud en el paisaje, almo reposo.
El tren asciende lento y jadeante,

y en el silencio blando del ejido
la máquina prorrumpe en un silbido,
como el ¡ay! de dolor de un caminante.

VI

¡El fin de la jornada! ¡Hemos llegado
a la tierruca! ¡Acento melodioso
de este hablar musical! El buen criado
que besa vuestra mano... El oloroso

aroma de estos prados, que despierta
tantas evocaciones... Y la entrada
en nuestra casa—noble puerta
de clavos, y blasón en la fachada—.

¡Dulce minuto de avivar lo muerto!
¡Años que en tumultuoso desconcierto
volvemos a vivir estos instantes!

¡Reverdecer de ideas y cariños!
¡Tornarnos a sentir buenos y niños,
y no poder volverlo a ser como antes...!

ANTONIO GULLÓN

Del último libro “Elevación”

Substitución.

¡Cómo han envejecido
tus manos!

¡Tus afiladas manos
de palidez ascética!

Tu rostro es todavía
joven, y tu cabeza
altiva, aún no se ciñe
su corona de plata.

Tus ojos claros saben
penetrar en la hondura
del alma que se esquivo,
como dos estiletes

luminosos de acero,
penetran en las carnes.

Tu frente muestra arrugas;
pero son como surcos
que aró tu pensamiento,
para sembrar las flores
de la meditación.

Sólo tus pobres manos
sarmentosas y exangües,
dicen toda la lucha
de tu vivir potente;
hablan de los combates
continuos en que, al cabo,
venciste al enemigo
cruel que hay en nosotros,
al ansia sibarítica,
que pide siempre goces
a la ley del pecado
que anida en las entrañas.

Tu restro nunca supo
gesticular... Inmóvil
y claro como espejo,
devolvía a la vida
sus imágenes vanas,
imperturbable siempre.

Leíase en tus ojos
la paz de la conciencia,
conquistada por fin;
el perfecto equilibrio
entre tu alma y el mundo...

¡Pero tus pobres manos
sabían la verdad!
Ellas gesticulaban
en lugar de tu rostro,
porque no se amenguase
la majestad augusta
de tu expresión serena...

No hay un dolor que en ellas
no haya quedado impreso.
Son libro de diez páginas,
rugosas y amarillas,
cada una de las cuales
narra muchas historias,
cuenta muchos martirios.

¡Oh bien nutridas hojas,
oh poema conciso,
lleno de intimidades
misteriosas y excelsas!
¡Pobres manos sagradas,

fáciles al augurio,
claras al quiromante!

¡Nobles manos verídicas,
llenas de ingenuidad,
que revelan tu diáfana
y pródiga faena!

¡Quiero besar tus manos!
Quiero poner tu diestra
sobre mi corazón.
Quiero apoyar su palma
fría, sobre mi frente:
quizás me reconforte
con su influjo potente;
quizás por siempre corte
la fiebre de mi alma.

AMADO NERVO

Junio, 1915.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Rocinante, por J. A. González Lanuza	1
Primaveras ficticias, por Santiago Rusiñol	45
A Darío, por Carlos Cabrera	52
Notas de viaje, por Luis G. Urbina	56
Sonetos, por Luis Barreda	74
Juana Borrero, por Rubén Darío	79
Epístola a Manolo González, por Tomás Morales	89
Soledad, por Francisco Orozco Muñoz	96
La casa de los abuelos, por Francisco Orozco Muñoz	98
Figuras contemporáneas, por Julio Cejador	99
Los problemas mexicanos, por Luis Cabrera	112
Un poeta nuevo, por Juan de Contreras y López de Ayala	138
Prefacio para la historia de la crítica artística es- pañola de fines del siglo xix y comienzos del xx, por Enrique D. Madrazo	143
Liebre por gato, por Isidro Fabela	154
La Poesía, por José Toral	165
Urbina, por Luis León Domínguez	169
El Regreso, por Antonio Gullón	181
Del último libro «Elevación», por Amado Nervo ..	186

Banco Hispano-Americano

Capital: 100 millones de pesetas.

MADRID: Calle de Sevilla, 7.

SUCURSALES

Barcelona, Málaga, Granada, Zaragoza, Sevilla, Coruña y Valencia.

AGENCIAS

Villafranca del Panadés, Egea de los Caballeros y Antequera.

Realiza, dando grandes facilidades, todas operaciones propias de estos establecimientos, y en especial las de España con las Repúblicas de la América latina.

Compra y vende por cuenta de sus clientes en todas las Bolsas toda clase de valores y monedas y billetes de Bancos extranjeros.

Cobra y descuenta cupones y amortización y documentos de giro.

Presta sobre valores, metales preciosos y monedas, y abre crédito sobre ellos.

Facilita giros, cheques y cartas de crédito.

Abre cuentas corrientes, con interés y sin él.

Admite en sus Cajas depósitos en efectivo y efectos de custodia.

AÑO II

NUM. VIII

CERVANTES

Madrid, Marzo 1917.

REVISTA MENSUAL

CRÓNICA

Nieve.

Allá me fuí, solo, por la desierta carretera de El Pardo, manchando la nieve del cielo con mis pies de hombre... Solo, sí, solo, más solo que lo que estuve nunca...

Después de mi último encuentro con la muerte, era el de ayer mi primer encuentro con la vida.

Ningún día más a propósito para volver a la existencia normal, al diario combate, sin transiciones bruscas, sin violentos cambios de decoración. En una tarde de sol me hubiese resultado imposible echarme a la calle. Sintieran los

ojos de mi alma, hechos a las tinieblas del duelo, al encontrarse con la alegría pública, al mismo agrio y angustioso efecto que sienten los ojos de la carne al salir de la obscuridad para encontrarse con la luz.

Ayer, no; ayer era un día construido ad hoc por la Naturaleza para que cogiera del brazo a mi pena recién desflorada y dijese: «Vamos a dar nuestro primer paseo de novios por el mundo.» Porque ayer salíase uno de dentro a fuera como se sale al día de la noche, poco a poco, guiado por las gradaciones lentas del crepúsculo.

El espacio no tenía esa coloración azul vivísima sobre la cual se destaca el sol como un brillante enorme en un estuche de terciopelo; sus tintes eran grises, flotantes, como las nubes de invierno que llenan los ámbitos de una iglesia durante un funeral; la tierra, tapizada de nieve, parecía una inmensa lápida de mármol blanco, a la que sólo faltaba el nombre del cadáver para ser tumba; las hierbas, por cima de la nieve engalladas, adquirían, al entonarse con la blancura de ésta, matices negruzcos de corona mortuoria; los árboles, cubiertos de copos medio helados, parecían estatuas funerarias arrebuándose en sus sudarios; la escarcha, colgando del ramaje, remedaba lágrimas cristalizadas por el sufrimiento; el aire, dejos de gemido; la solitaria

carretera, melancolías de campamento; los transeúntes, con el rostro oculto por el abrigo y la silueta difuminada por la niebla, actitudes de espectros... No sé; pero en aquel instante antojóseme que la Naturaleza, implorada por la muerte, para mí tan querida, vestía sus espléndidos lutos para darme el pésame...

Perdonen mis lectores: Yo no debo hacer de mis tristezas público pregón. Pero al verme, después de un golpe terrible, no por lógico menos terrible, frente a unas cuartillas que recordaban mis obligaciones de trabajador constreñido a ganar su salario positivo de obrero y a perseguir sus tal vez irrealizables quimeras de gloria, sentí la desesperación que en mis cuartillas se refleja. La sentí, y haciendo mentalmente las observaciones en ellas apuntadas ahora, las arrugué con furia, las introduje en el bolsillo de mi americana y me eché a la calle, ansioso de pasear por la nieve que deshará el sol, pensamientos que nunca he de escribir...

¡Qué dolor comparable al mío...! Ninguno. El lazo que anudaba mi niñez, desaparecida con mi vejez próxima, se había roto de repente y sólo quedaban en el hueco por la rotura abierto, desengaños, tristezas, dolores vestidos de máscara, que carnavalearan la vida con una botella en la mano y una carcajada en la boca. El único

afecto grande que en mi existencia pude mostrar al vulgo, acababa de sucumbir. Los otros afectos, si existían, hallábanse obligados a pasar entre la gente de contrabando, como criminales que huyen de los tricornios de la Guardia civil. Verdaderamente, no valía la pena de seguir luchando... ¿Por quién? ¿Por qué...? ¡Bah...!

Y la nieve caía, caía, en copos monótonos, envolviendo mi cuerpo como la desesperación envolvía mi alma. ¡Luchar, padecer, combatir...! ¿Por quién? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Con qué objeto...? Y mis manos febriles, nerviosas, se introdujeron con crispación de garra en el bolsillo de mi gabán y tropezaron con algo que dentro de mi bolsillo había. Era un periódico, *El Liberal*, de Sevilla, correspondiente al día 12.

Lo abrí sin darme cuenta de la acción, y mis ojos tropezaron con una Crónica de Gómez Carrillo, titulada «La parisiense de Stenley», y dedicada a mi humilde persona.

Comencé a leerla. Era la crónica un himno doloroso, construido con notas de anemia, de abandono, de prostitución y de infamia. La historia de la obra parisiense, nacida en la miseria, criada en el desamparo y en la ignorancia, pasando del hambre a la mancebía, de la mancebía al hospital, del hospital a la fosa común, sin haber tropezado con la dicha, con el amor, con

el reposo, en el transcurso de su viaje terrible.

Era un compendio amargo de todos los sufrimientos que acogotan desde su niñez a la hija del obrero, al obrero mismo, a todos los desheredados del mundo, a todos los seres humanos que reclaman, unas veces con voces de súplica y otras con gritos de odio su puesto en la vida común... Era un alegato formidable, quizá un llamamiento hecho a los hombres de buena voluntad, en nombre de los que no tienen pan que llevar a la boca y afectos que llevar al alma...

¡Pobre trabajadora parisiense! ¡Pobres trabajadores de la tierra toda...! Vuestras desventuras, vuestras desgracias, son las grandes desgracias y las grandes desventuras que existen. La muerte total es una ley de Naturaleza. La muerte viva, la que vosotros padecéis, es un crimen, una injusticia enorme, una infamia... ¡Luchar...! ¡Combatir...! ¿Por quién...? ¿Por qué...? ¡Y yo lo preguntaba...! ¡Y yo quería cruzarme de brazos y hundirme en los egoísmos de mi tristeza! No. Descansen los muertos en paz. Hay que luchar, hay que combatir por los vivos. ¿Qué importa la familia de sangre, comparada con la inmensa familia humana que sufre, que padece, que reclama su redención con voces de súplica unas veces y otras con gritos de odio...?

Hay que luchar por ella; es necesario comba-

tir por ella, para que su dolor se trueque en dicha y su aspiración en derecho reconocido. Es más noble y más varonil combatir por los humanos vivos que llorar por las madres muertas.

JOAQUÍN DICENTA

POESÍAS INÉDITAS

Nemrod está contento.

Y el Sacro Santo Espíritu
Paloma se tornó.
Nemrod está contento.
¡Qué diablo de Nemrod!

El tigre ruge: ¡Vivo!
¡Siento brama el león!
Y la paloma arrulla:
Arrullo siento y soy.

La flecha va en el bosque,
Se hace el bosque feroz.
Nemrod está contento.
¡Qué diablo de Nemrod!

Apolo es el arquero,
Hércules, vencedor,

Ichora, sacrifica;
Vitrifuli y Moloch.

Redimidos carnívoros,
Con civilización
Imitamos alegres,
El ejemplo del sol.
Nemrod está contento.
¡Qué diablo de Nemrod!

El buey y el asno saben
Un secreto los dos:
¡El cristo de las bestias
Ha sido el Mal Ladrón!

La sangre de las bestias
Es roja bajo el sol;
La esencia de sus vidas
Cual las del hombre son;
El ojo del buey tiene
Inaudito esplendor.
Nemrod está contento.
¡Qué diablo de Nemrod!

La lengua de las aves
Sabía Salomón,
Mahoma de su yegua
Hizo consagración.

Nemrod está contento.
¡Qué diablo de Nemrod!

A un poeta.

Te recomiendo a ti, mi poeta y amigo,
Que comprendas mañana mi profundo cariño,
Y que escuches mi voz en la voz de mi niño,
Y que aceptes la hostia en la virtud del trigo.

Sabe que cuando muera yo te escucho y te sigo;
Que si haces bien, te aplaudo; que si haces mal,
te riño;
Si soy lira, te canto; si cingulo, te ciño;
Si en tu cerebro, seso; si en tu vientre, ombbligo.

Y comprende que en el don de la pura vida
Que no se puede dar manca ni dividida
Para los que creemos que hay algo supremo,

Yo me pongo a esperar a la esperanza ida,
Y conduzco entretanto la barca de mi vida;
Caronte es el piloto, mas yo dirijo el remo.

Sueños.

A MIGUEL MOYA

El pinar está a mi lado.
¡Oh, dulzura del pinar!
El pinar está a mi lado,
¡Cuántas cosas me ha contado
Que no puedo revelar!

¡Oh pinar suave y sombrío
Que produces dulce son!
Son de espumas, son de río;
Son amable al sueño mío;
Son de sueño y corazón.

He soñado historia y brillo,
Armas, glorias y poder,
Fuí señor de horca y cuchillo
Al amparo del castillo,
Del castillo de Bellver.

Y las hojas de los pinos
Daban sombra a mi soñar;
Pinos llenos de los trinos
De los pájaros divinos
Que encantaban el pinar.

Luz antigua. Velas rojas.
Velas blancas. Bruma. Sol.
¿Qué murmuran estas hojas
Del pinar en español?

Han marcado los destinos
Siempre siglo; norma o fin.
Tú recibe de los pinos
Bon de turpi, en mallorquín...

RUBÉN DARÍO

Impresiones sobre dos poetas

I

RUBÉN DARÍO

Cinco días hace que por el laberinto de la memoria me asaltan, vivos unos y completos, otros desfallecidos y mutilados, éste gracil, ése brillante y raro, aquél misterioso y profundo, los versos que leí siempre con avidez, que releí con delectación, que aprendí con entusiasmo, que estudié con respeto. Viene una estrofa y con ella un olvidado fragmento de mi vida; pasa una imagen que al sacudir las alas salpica de rocío de recuerdos la aridez de mi espíritu; se acerca el ritmo extraño de una estancia, y en su recóndita sonoridad percibo la música de mis suspiros juveniles. ¿Quién por más encallecido y duro que se le haya puesto el corazón, no siente alguna vez que un canto, un perfume, un color,

una palabra que recogieron los sentidos inesperadamente, despiertan muchas cosas dormidas en el fondo de la conciencia, y que por remotas, por abandonadas, se creyeron muertas en la *vía crucis* del olvido?

Tal acaba de sucederme: una noticia fúnebre removi6 el arc6n de mis a6oranzas, en el cual mi curiosidad sentimental anduvo removiendo la gu6naper6a literaria; y, buscando, buscando, he aqu6 que entre los rasos chillantes, las bordaduras amarillentas y los terciopelos chapados de los versos, encuentro telas diáfanas de poes6a: las desdoblo, las miro, las admiro, y siento que est6n impregnadas de aromas de anta6o, de mirras de ilusi6n, de fragantes líquenes de alegr6a y ensue6o. Ahora comprendo la sutil y melanc6lica verdad que, como en minúscula caja de oro afiligranado, encerr6 el Rabb6 de Carri6n en la arcaica copla:

Quando es ida la rosa,
que ya el verano sale,
queda el agua olorosa
rosada que m6s vale.

Ya para m6 sali6 el verano; ya es ida la rosa; pero me ha quedado en el hueco de la mano el agua olorosa de los recuerdos, y en ella ba6o

mis pensamientos como en linfas lustrales, y, a semejanza de todos los hombres, sonrió ante las fugitivas visiones de los días que fueron.



En una redacción de periódico, al caer de la tarde, nos dábamos cita dos o tres amigos para charlar de literatura, de arte, de mujeres bonitas y del último escándalo social. Entre murmuración y murmuración, entre pitillo y pitillo, entre chiste y chiste, se comentaba un libro, se leía en alta voz, se discutía en voz más alta aún, y se cambiaban impresiones sobre la ópera, sobre el drama, sobre la comedia representada o vivida. Los muchachos de aquella época—¡ha llovido desde entonces!—teníamos en Méjico un fervor casi frenético por las letras. Era la nuestra más que ocupación, más que inclinación: era vocación, consagración, devoción. Y no sólo en mi país, en muchos del Continente parecía suceder lo mismo. La América española comenzaba a experimentar un ansia de producción que se asemejaba a una fiebre de crecimiento. La tendencia resultaba francamente revolucionaria; decididamente renovadora. Veinticinco años han pasado ya. Vivía Julián del Casal.

Una de esas tardes, mientras, de bruces sobre

la mesa quintañona, pergeñaba yo el articulejo cotidiano, oí los pasos de mis compañeros que venían, no como era de costumbre, alborotando con sus gritos la casa, sino con pausado caminar. Se percibían el ruido lento de las pisadas en los peldaños de la escalera, y una voz única que hablaba rítmicamente. Levanté la cabeza. Entraron ellos. Manuel Gutiérrez Nájera, rodeado de tres o cuatro amigos, andaba y al mismo tiempo leía un volumen abierto delante de sus ojos. El «Duque Job» tenía un marcado vicio de pronunciación: tartamudeaba. Pero su acento, bien timbrado, la suave inflexión de sus entonaciones, poseían la secreta virtud de la emoción y la simpatía. Versos eran los que recitaba el poeta, versos fáciles y medidos de una elegancia fina, de una sonoridad intensa y aristocrática como de clavicordio antiguo; era un canto columbino de inefable y nueva ternura. La paloma decía:

Soy la promesa dada,
el juramento vivo;
soy quien lleva el recuerdo de la amada
para el enamorado pensativo.

Oyendo aquella fábula armoniosa, en la que los vocablos mecidos por un ritmo apacible so-

naban como flores de cristal que estuviese balanceando el céfiro; escuchando aquella silva primorosa hecha con arrullos de torcaz en celo, quedáronse mis veinte años embelesados, como Schariar con los cuentos de Scherezada.

Al concluir la lectura, en el gris verde de los ojos de Gutiérrez Nájera resplandecía el contento. De ahí en adelante no nos separamos hasta haber paladeado la última gota del vaso de poesía, al cual acercamos las bocas sitibundas. No sentimos correr las horas. Nos despedimos a media noche. Mis pensamientos seguían batiendo jubilosamente las alas. Presentían el salto del sol en los pálidos carmines del Oriente. Un libro y un poeta me anunciaban el día. El libro evocaba la visión del cielo: se llamaba *Azul*.

El poeta tenía un nombre que, como lo dijo don Juan Valera, sugería con su extraña mezcla judaica y pérsica nebulosas fantasmagorías históricas: se llamaba Rubén Darío.



Existencia azarosa, atormentada, desenfadada, inquieta, la de este gran cantor. Siempre me interesó y siempre la perseguí con minuciosas indagaciones. Los artistas Contreras, Guerra y Zárraga me narraban, anecdótica y fragmenta-

riamente, la vida parisiense de Rubén Darío. El pintor Ramos Martínez me describía la excursión a las Canarias en busca de salud y reposo. Y Amado Nervo, que tiene corazón de santo y paciencia de benedictino, me ilustraba con suaves acuarelas la crónica deliciosa de su amistad con aquel intranquilo y luminoso espíritu.

Rubén Darío cruzó por el mundo como Pulgarillo por el bosque: persiguiendo, y seguro de darle alcance, la remota lucecita del Ensueño. Este hombre, cuya vida interior fué tan intensa y tan perfecta, no supo orientar ni perfeccionar su vida exterior. Era un niño caprichoso, inexperto, y que, a fuerza de avivar sus internos resplandores, quedaba deslumbrado y sin distinguir con precisión la realidad. Porque él sabía ver, con mirada muy penetrante, la naturaleza y la belleza; él sabía encontrar el sonido invocado y profundo; él sabía reproducir la maravilla del color y dar a las voces la inmensidad de horizonte del símbolo y sacar las escondidas perlas del llanto de los mares del alma. Él mismo se reconoce sensible, sensitivo, sentimental. Lo que tal vez no vió ni encontró Rubén Darío fué el aspecto positivo de las relaciones entre la sociedad y el individuo. Era un poeta altísimo, y su talla espiritual le hacía mirar pequeñas y despreciables e inútiles las ataduras con que la

sociedad nos amarra al mástil del deber. Por eso las rompió, y desde la orilla de la proa tendió las manos anhelantes a las sirenas que le cantaban. Era un inadaptado, un irregular. Su sentido moral, quizá torcido, pero superior, estaba más allá del bien y del mal. Iba, con sus errores, tropezando e hiriéndose; pero llevaba en alto el brazo y empuñaba la antorcha de su genio, que le alumbraba y esclarecía las tinieblas lejanas. Se amurallaba en su ensimismamiento y, como un señor feudal, sólo tendía el puente levadizo para que lo visitaran los caballeros del ideal.

Así lo vi a través de las confidencias; así quiero verlo siempre, malherido y doliente, huraño y piadoso, raro y noble.

La veste de su musa era blanca como la de Beatriz; el fango de la senda la había manchado; pero tocada de la celestial radiación del Arte, fulgía como estrella cada salpicadura.

Así lo quiero ver, así lo veré en sus versos maravillosos, en sus prosas magníficas: una inmortal melancolía que mira de hito en hito el universo de las cosas bellas, y que de cuando en cuando vierte el aljófár de una lágrima para que no se marchite jamás la flor divina de la sonrisa.



Muy en breve debo escribir mis impresiones, diré mejor, las emociones de mis viajes fantásticos por la extensa comarca poética de este soberano de las letras. He paseado largamente por los jardines sonoros de las *Prosas profanas*, de los *Cantos de vida y esperanza*, del *Canto errante*, y he cortado una rosa de la Pompadour, he besado un lirio de la princesa triste y he recogido devotamente el botón de oro de la margarita deshojada, por una muchacha histérica, «en una noche alegre que nunca volverá».

El maestro de la moderna lírica castellana, el audaz capitán que se partió a explorar las tierras vírgenes del Arte, y que, a semejanza de los conquistadores de Heredia, contempló en cielos desconocidos nuevas constelaciones, necesita ser estudiado, analizado, glorificado en su obra, que tuvo el poder milagroso de renovar y ampliar por modo imperecedero el reino de la literatura española. La crítica de Rodó y la de González Blanco, siendo definitivas, podrían completarse con observaciones personales.

Entretanto preparo el cordial homenaje de mi admiración, me complace que el brillante cortejo de las estrofas pulidas y extrañas recorra, llenándome de añoradas músicas, el laberinto de la memoria.

II

AMADO NERVO

Puede afirmarse que casi todos los periódicos de la ciudad, reproducen y comentan la carta que Amado Nervo dirigió a don Luis Antón del Olmet, con motivo de la proposición que éste presentó y sostuvo en el Parlamento español, y en la cual se pedía una pensión para el insigne poeta mejicano, quien desde hace más de diez años reside en Madrid. El poeta, con un gesto hermosamente amable, rehusa en esa carta, la forma material del auxilio generosa y espontáneamente presentado, y se queda con la espiritual ofrenda de amor y admiración que en ese noble proyecto le otorgan sus amigos intelectuales, «sus hermanos de raza», en nombre de la Patria española. La intención de la dádiva es muy fraternal y muy cordial; mas las razones de hidalguía sutil, de la resistencia para aceptarla, salen también del corazón y están impregnadas de una mansa y sencilla filosofía, de un viejo aroma de resignación y humildad que nos re-

cuerda algunas liras de Fray Luis y algunos tercetos de la Epístola sevillana.

Desde los primeros días de enero, guardo en mi cajón de papeles, los recortes de los diarios madrileños que publicaron los dos discursos—uno del diputado Olmet y otro del ministro Andrade—pronunciados en el Congreso con motivo de la proposición de ley que concedía la pensión. Las palabras dichas en la Cámara me halagaron; fueron al mismo tiempo un homenaje al gran lírico y una caricia hecha con suavidad maternal sobre el herido pecho de mi patria. La carta de Amado Nervo, me conmovió; está escrita con emoción mal contenida, con la pudorosa tristeza del que, acostumbrado a sufrir mucho, sabe callar el sufrimiento. Es un canto de gratitud cuyo ritmo midieron los latidos de un corazón viril rebosante de llanto. Todo esto pensaba y sentía yo dentro de las paredes de mi cuarto. Y, por temor de ser importuno, por recelo de sacar de quicio estas crónicas impresionistas que han de ver, no lo que acaece en mi «castillo interior», sino lo que sucede en el ambiente que me rodea; y que han de reproducir, no las cabalgatas históricas de mis añoranzas, sino los cuadros vigorosos con que la realidad entretiene mis ojos; por desconfianza de mis fuerzas para dar interés de existencia actual y apariencia de labor oport-

tuna a estas líneas de colores con las que subrayo los episodios de la vida que pasa, dejé para la intimidad, para la conversación con el amigo, para el palique con el literato, para la charla desmenuzada de la calle y la revuelta y ansiosa confidencia de los expatriados; dejé, digo, mi entusiasmo, mi alegría, el sentimiento de bienestar y satisfacción que me produjo la noticia. Pero los periódicos de la Habana han hecho de ella la nota del día, la nota artística, y me ofrecen la oportunidad que yo necesitaba para tejer con unos cuantos estambres de recuerdo la floja e improvisada bordadura del obligado artículo semanal.

La política es, para mí, campo acotado y vedado; la crónica de espectáculos, ha derramado ya las rosas del elogio, como canastilla colmada, sobre las jponerías musicales de «Iris»; el señor Mapellii, hombre inteligente, mundólogo audaz, renueva, con experimentos ya conocidos, las discusiones acerca de las teorías de las fuerzas psíquicas; y realiza fenómenos de «fakirismo occidental», como decía el doctor Gibier, en los cuales tal parece que la ciencia, cansada de la Clínica, se disfraza de saltimbanqui y ejecuta suertes de magia blanca; el Crimen no ha traspasado los límites de la pista donde se verifica la ordinaria lucha de lobos hermanos; el doctor Sánchez de

Bustamante ha pronunciado una magna oración parlamentaria en defensa de la ley de Jurados; la pieza oratoria que aún no se publica íntegra; ha recibido las calurosas alabanzas de la Prensa, pero en este asunto serio, en el que, sin embargo, metí años ha la frágil hoz de mi literatura, no debo entrar; lo miro desde lejos y me impone como una fábrica severa y grande; en la sala de jurados me pasé días aburridores, y me queda una vaga remembranza que podría sintetizarse en esta frase: no es siempre la pugna de la verdad; es, con frecuencia, el combate de los vocablos, la justicia no triunfa, en ocasiones, de la elocuencia. Las voces, como las flores en la «serranilla» de Santillana, suelen ser las «encubridoras».

Y bien: me place caracolear la pluma alrededor de un tema que me es familiar y que me permite revivir ideas y sensaciones que de años atrás han querido, y no han podido exteriorizarse. Séame permitido seguir en la corriente del tiempo, tan caudalosa y vasta, la raya de luz que traza, a su paso, esta navecilla de papel que se llama una nota artística. Un poeta acaba de ser glorificado. Para unos cuantos el acontecimiento es trascendental. Para el resto de la multitud, es absolutamente insignificante. Yo, como niño en la orilla del mar, me entretengo con el

juguete efímero de la ilusión. Y sueño en que es lo único grande que les queda a los hombres...



Hablaba mi anterior «Semana» de la redacción de un periódico, en donde Manuel Gutiérrez Nájera entró, leyendo el «Azul» de Rubén Darío. Era un cuarto amplio, de paredes encaladas y desnudas, y, en el fondo, un ventanal, de vidriera empolvada, que abierto a poca altura del piso, dejaba ver la verdadera marchita del pobre jardincito que se extendía dentro de la reja de palo podrido, a la entrada de la casa. Allí, precisamente, en la puerta de «El Partido Liberal», ví por primera vez al poeta. Fué en el año de 1895. Cierro los ojos y contemplo, como en aquel instante, la figura escuálida del joven: el cuerpo de estatura mediana, que parecían alargar lo enjuto de las carnes, lo largo de las piernas, lo huesudo del busto y un levitón negro, de corte clerical, que imprimía carácter al personaje; la cabeza, de rostro terso, palidez amarillenta, y aguileñas facciones marcadamente españolas; angulosa la nariz, delgados los labios y un bigotillo recién salido, más por retardo de la naturaleza que por adelanto de la mo-

cedad, pues el espiritado muchacho representaba haber pasado ya de la edad en que el Rafael de Lamartine se asemejaba al bello Sanzio de Urbino. Coronaba el conjunto, una melena obscura y lacia sobre la cual un cansado sombrero de seda lanzaba, de mala gana, sus opacos reflejos. Al abarcar la total imagen nos despertaba ésta, desde luego, la impresión de que nos hallábamos frente a un seminarista provinciano. Yo me acuerdo de los movimientos un poco desmañados, de los ademanes un poco zurdos, de la mímica nerviosa que sorprendí, desde los primeros momentos de trato con el recién llegado a la redacción del periódico. Hablaba, pronunciando de una manera especial las palabras, cantándolas con la típica acentuación que distingue a las gentes del interior de la República Mexicana. Y si me acuerdo de los movimientos y de la voz no olvidaré, no podré olvidar nunca las dos cosas que me revelaron al soñador: la mirada dulce y vagorosa, que cuando se detenía tornábase intensa y honda, y se encendía en luz abismal, y las manos gesticulantes, expresivas, que se contraían en rápidas crispaturas o se abandonaban en languideces y desmayos elocuentísimos, siguiendo la fulgurante e inagotable verbosidad del poeta.

Porque el mozo que aparentaba una discreta

timidez, iba adquiriendo lentamente confianza y resolución y mostrando la potencia persuasiva de los educados en el ágil pugilato de la dialéctica. En efecto, aquel ingenuo y simpático garzón era un seminarista; era un provinciano; era un poeta. Lo acogimos todos con aspavientos cariñosos; lo vimos con impertinencia; lo escuchamos con atención risueña. Entró en el alharaquiento compadrazgo del regocijo y en la santa hermandad de la esperanza. Iba a la metrópoli como el héroe de la opereta: en busca de felicidad y de gloria. Había escrito en las hojas de la provincia. Traía mucho aliento, mucha perseverancia, y un tomo de versos inéditos. Se sentía, como el infortunado cantor de las «Rimas»: con algo divino dentro de la frente. Se llamaba Amado Nervo.

Pronto se hizo admirar de los elegidos. El talento le salía a flor de piel. Su imaginación abría ocho alas como los ángeles de Tissot. Su oído, de sensibilidad ideal, le permitía escuchar inauditas sutilezas prosódicas y rítmicas. Pero su originalidad, su encanto, no estaban ahí. Esas cualidades, esas peculiaridades, se escondían en su extraña manera de sentir la belleza. Pensaba en las flores que le recordaban el altar; en las nubes del cielo que le avivaban la visión de las volutas de incienso que, hacia la bóveda del tem-

plo ascendían cargadas de cánticos; en las voces lejanas que llegaban a él con rumor de oraciones; en las arcadas coloniales que le traían a la memoria los corredores de su seminario; en las músicas melancólicas que le empañaban con lágrimas las pupilas. Experimentaba nostalgia de las sillerías labradas; de las casullas recamadas de oro; de los misales de pasta realzada; de los cirios de llama moribunda; de los cuadros de fondos ennegrecidos. Espolvoreaba la amenidad de sus pláticas con cintas de latín eclesiástico. Se sabía al dedillo las sentencias de Kempis. A veces, cuando rememoraba, ponía en su acento una unciosa tristeza que empenumbraba la claridad de su pensamiento, que se entreveía como el jardín de un claustro durante una puesta de sol. Tenía sus horas de taciturno, después de sus medias horas de locuaz. Era un tanto reconcentrado y misterioso, al margen de sus intempestivas expansiones.



Era la crisálida de una mariposa inmortal. Era el brote de un gran espíritu de artista; la espiga de una próspera inspiración.

Amado Nervo entró en la Poesía como en dominada comarca: avasallando formas y rindien-

do preceptos. Nació, como todos los predestinados a realizar las maravillas del arte, con el instinto del gusto. Y también nació con la virtud suprema de la sinceridad. Sus últimos libros no son sino el progresivo crecimiento de sus libros primeros. En «Místicas» y en «Perlas negras» está el germen de «Serenidad». Es el de Amado Nervo, un temperamento místico que no ha sufrido alteración sino depuración. Ahora es más diáfano porque el dolor de vivir se ha encargado de ir puliendo facetas en ese diamante que día por día se hace más luminoso.

Los pasos iniciales de Nervo en la literatura marcan la cualidad conquistadora, la vencedora: el carácter. Una voluntad muy firme, una fe muy profunda, un ideal muy alto, y con estas tres energías el genio de Nervo se puso en marcha. De la puerta de aquella redacción en donde le conocí a la puerta de la gloria a la cual ha llegado, el camino se tendió difícil, tortuoso, quebrado, con bien encubiertas trampas y precipicios. Todos los salvó este luchador. En México supo abatir envidias y levantar admiraciones; en París supo ir por el barrio latino del brazo de dos camaradas peligrosos: la Miseria y el Vicio, sin que uno u otro mancharan la albura de sobrepelliz de su conciencia. A todas partes llevó su resignación, su bondad y su amor. Lo acompañó

siempre la mansedumbre de un ensueño puro. Puso en verso adorable, las aventuras dolorosas de su espíritu.

Mas no por eso dejó nunca de ver la realidad y de compenetrarse con ella. En este contemplativo con ensimismamientos de éxtasis, vigiló, de continuo, un reflexivo con atenciones de observador. Y esta dualidad, esta mezcla de tan diversas actividades, no es extraordinaria: recordemos al arquetipo, a la doctora de Avila.

Amado Nervo, soñador, escritor, diplomático, ha recorrido los senderos de la vida, sin perder un solo momento, ni en el momento de las grandes penas, su voluntad de ir por encima de las cosas, mas sin perderlas de vista. Posee el gran poeta un alto sentido humano esclarecido por la ansiedad divina del más allá.

De ahí que su obra tenga extensión y tome amplitud y adquiera universalidad. De ahí que sea tan americano y tan español y tan continental y tan extracontinental. Es un hombre que lleva el alma herida por la tristeza, por el infortunio, por la muerte, y que se queja en voz baja y llora sin amargura porque tiene la seguridad de su liberación y de su ascensión.

El versificador estupendo que ha dado flexibilidades inconcebibles y músicas recónditas al idioma; el imaginador y plasmador de metáforas

que deslumbran y emocionan como el sol de un atardecer; el confidente emotivo y delicado que deslie sus melancolías en un ensueño sideral, y unta con ungüentos de piedad los corazones transberverados, y es sensitivo y caballeresco, activo y místico, laborioso y estático, es un verdadero representativo, una existencia simbólica digna del homenaje de la admiración y de la ofrenda del amor.

Luis G. URBINA

A UN POETA JOVEN

Si vas por el camino recto hacia tu Destino,
no escuches los halagos de esas voces confusas
que hacen voluptuosas las siestas del camino...
Es celoso, en su orgullo, el amor de las Musas.

En las intimidades de su festín divino
cuando su ensueño escancian, no toleran que
intrusas
bocas manchen sus vasos ni profanen su vino,
ni que alientos extraños soplen sus cornamusas.

Si tu alma de panida su eterno amor anhela,
despójate de todo lo material, y vuela
hacia los áureos éxtasis en las alas del canto...

Y haz, en la luminosa bondad de tu poesía,
de tu dolor más hondo un himno de alegría,
y un milagro de perlas del temblor de tu llanto.

FRANCISCO VILLAESPESA

¡Y MURIÓ DICENTA!

En una hermosa mañana templada, acariciante, la primera hermosa después de tantas invernales y tristes, una de esas mañanas que hacen amar la vida por la vida misma, en que la brisa y el sol, reconfortantes, saturan el organismo como inoculándole fuerzas nuevas, llegó a Madrid la terrible noticia: «Joaquín Dicenta ha muerto en Alicante.» A Alicante había ido el gran escritor huyendo del desapacible invierno madrileño y en busca de más amables temperaturas. Y allí, frente al mar latino, en el mismo sitio donde hace treinta y cinco años escribiera sus primeras cuartillas el glorioso autor de *Juan José*—esa obra fuerte y bella que es honra no sólo de la escena española, sino de toda la contemporánea—, acaba de finalizar su vida, con la pluma en la mano, tal un soldado del ideal que

no abandonó sus armas sino cuando el último aliento de su vida se escapó de su ser.



Joaquín Dicenta se impuso al público español desde su juventud, tan borrascosa y bravía, tan llena de fuego, tan contagiosa de entusiasmo y amor por los parias dolientes, por los irredentos eternos de estas organizaciones sociales tan lentas en su marcha ascensional, en su educación verdadera. *Juan José*, el popularísimo drama, traducido ya a casi todos los idiomas modernos, lo consagró. Desde entonces, y van corridos años de la fecha del estreno, no cesó Dicenta en su obra cultural, ocupando todos los escenarios: el teatro, el periodismo, la novela, el libro de crónica.

Todavía enfermo, muy enfermo, y con sus cincuenta y tantos años a cuestas, dió ejemplos de energía estupenda produciendo artículos periodísticos que, como el publicado en *El Liberal*, de Madrid, con el título de «Dos juventudes», constituye un reto formidable a la generación actual, considerada dormida por el luchador, un acicate, un latigazo de luz que se diría dado por un espíritu excepcional, alentando en el más sano y fuerte de los organismos.



Cuando llegué a Madrid desde mi lejano Buenos Aires—hace de esto cuatro meses apenas—, tuve oportunidad de visitar a Dicenta, sosteniendo con él una conversación que por el interés especial de que fué revestida merece recordarse.

Dicenta me habló de su enfermedad, para lamentarse de no poder acompañarme con el fin de hacerme conocer el ambiente popular donde él era tan querido y por el cual sentía tanta predilección.

—Iríamos—nos dijo—adonde nadie le llevará, ahí, donde todos los escritores debieran penetrar y donde es necesario que usted haga oír su palabra, si quiere realizar obra eficaz.

Y se extendió, inflamado de entusiasmo, en consideraciones dignas, como suyas, de ser reproducidas y atendidas.

—Ni Ateneos ni fórmulas diplomáticas harán nada por la unión verdadera de los países de América con España—dijo—. En tanto no se llame al corazón del pueblo con voz sincera y convincente, todo será inútil. La unión, esa fusión espiritual que tanto deseamos, no habrá de conseguirse mientras no existan hombres de pensamiento y voluntad que se dirijan a la masa trabajadora, o sea al pueblo productor y consciente, ese que forja la vida en el taller, se satu-

ra de ciencia en las bibliotecas y se arroja a combatir en la calle. Ese que vive y sufre, llevando siempre un rayo de redención en los ojos.

E iluminado, terminó:

—Es necesario que los pueblos de América y España se tiendan los brazos a través del mar, franca y decididamente. Pero esta obra se encuentra fuera del alcance de los convencionalismos oficiales y de las fórmulas banales propuestas hasta hoy.

—Y entonces—interrogué—, ¿cuál sería el camino?

—¿Cuál? No engañar nunca a los pueblos. No afirmarles bienestares falsos e irrealizables, pintándoles horizontes deslumbrantes que no existen. Decirles de una vez que América es América y no Jauja; presentarla con sus colores propios, con sus virtudes y defectos, deshaciendo con la decisión de los varones íntegros el presente espejismo enneguecedor y mortal. Y entonces, sólo entonces, evitaríamos el hecho indignante del engaño fomentado por agentes interesados y diplomáticos interesados también en proclamar las excelencias de países hoy en situación económica difícil para el productor, como lo prueban acabadamente las profusas noticias particulares llegadas periódicamente, en contradicción manifiesta con las propagandas

oficiales. Trabajemos todos, pero con sinceridad, tratando de cambiar viejos y malos sistemas, tan malos y tan viejos aquí como allá, y entonces, sólo entonces, podremos decir que, en realidad, trabajamos todos por el porvenir de la raza. El intercambio de ideas y de productos hará lo demás. ¿A qué esforzarnos por estimular una emigración a países que no están aún en condiciones de recibirla en tan gran cantidad como la piden? ¿Qué bien obtendremos con este proceder? ¿A quién favoreceremos? Al capital sin ley y sin patria, seco y sin sentimientos en todas las latitudes. Y a la larga perderán en prestigio los dos países: el que a fuerza de subterfugios arrancó el brazo de la tierra en que naciera, y el que lo dejó ir sin la seguridad del amparo.

Y como el poeta Villaespesa, mi acompañante, asintiera con un «¡Bravo, Joaquín!», tan espontáneo como entusiasta, yo guardé el más olocuente de los silencios, admirando desde las reconditeces del espíritu el gesto augusto del gran escritor, al pensar sólo en el bien de sus semejantes, cuando tantos lo consideraban ya al borde de la tumba.

Pocos escritores como éste tan valientes, tan enteros, tan línea recta, tan firmes en sus convicciones revolucionarias. Ejemplo admirable de sinceridad, de honradez, de integridad de ca-

rácter, este dignificador de la especie, después de entregar toda una vida a la propaganda de sus ideales democráticos—más grande que el instante supremo que Voltaire en el pasado y que Mirbeau en el presente—, muere pronunciando esta frase que puede considerarse como el coronamiento deslumbrante y la síntesis majestuosa de su obra de combatiente: «Conste que ha llegado mi fin, y que muero fuera de toda confesión religiosa, manteniendo mis ideales y mirando cara a cara a la muerte.»

Así, airosa, serena, gallarda, altivamente, con un gesto certificador de su carácter de irreducible, acaba de entrar en la región del misterio quien luchó durante toda su existencia por el advenimiento de una Humanidad organizada en forma más fraternal, más noble, más en armonía con las leyes naturales regidoras de los seres y las cosas.

Piénsese como se piense, forzoso es respetar y admirar esa frase consecuente y bravía, arrojada, con voz serena y ánimo esforzado, en los umbrales mismos de la sombra.



Muere Dicenta en un momento difícil para la literatura teatral española. Invadidos los escena-

rios de Madrid por géneros híbridos o extraños —traducciones, adaptaciones y arreglos de obras francesas o inglesas, cuando no por la franca astracanada, cuyo reino parece eternizarse en algunas salas de donde—¡oh, ilusión!—se creyó proscripta sin remedio—, ¡presentar el más lamentable espectáculo ante los ojos del extranjero que los frecuenta esperanzado de encontrar el ambiente y la psicología del pueblo, llevados a ellos por los escritores del día, con el arte consumado con que lo hicieran los grandes antecesores de que España puede enorgullecerse!

El autor de *Juan José*, de *El señor feudal* y de *Daniel* deja planeadas dos obras que pensaba terminar en el transcurso de este año. La muerte lo ha sorprendido, pues, con las manos en la masa, como a casi todos los fecundos productores del pensamiento, y preocupado de la reconstrucción del teatro español contemporáneo, obra a la que él había contribuido tanto y que él veía desmoronarse.

Durante su vida, no muy dilatada desgraciadamente, Dicenta ha escrito mucho, ha trabajado mucho. Su obra periodística es extensa y valiosísima. Cronista de *El Liberal* durante veinticinco años, ahí quedan, en la colección del gran diario, sus páginas vibrantes, llenas de ideas generosas, de rebeliones augustas, de no-

bilísimos conceptos. Muchas de ellas han sido ya recogidas en hermosos y difundidísimos libros: pero existe una cantidad apreciable de obra desperdigada que sus herederos compilarán sin duda alguna. Precisamente estaba Dicenta en vísperas de firmar un contrato con un editor de Madrid para la publicación de sus obras completas. Y era éste el primer *negocio* editorial realizado en su vida con la seguridad de una retribución algo equitativa y aliviadora. Y esto, a pesar de ser Dicenta, después de Galdós, el escritor más popular de España. ¡Ironía cruel! Muere Dicenta en la más desoladora pobreza. Digna, pero desoladora. Ha vivido al día durante sus largos años de productor. Y en el momento de la cosecha tranquila, tan merecida, tan justa, cuando iba a gustar con alguna calma el fruto de tanta semilla arrojada al surco, sembrada con mano pródiga, un hondazo de la suerte lo sepulta en el mar inmenso.



«Toques de agonía», su última crónica, en la que pintó la situación desesperante creada a las poblaciones marítimas de España por la guerra que hoy deprime a Europa, ha sido publicada en *El Liberal*, de Madrid, seis días antes del en

que se apagó su vida. Y la postrer cuartilla, su despedida definitiva, la que su pluma, que no tembló nunca, trazó horas antes de doblar para siempre su cabeza de águila pensadora, está aquí en mis manos, palpitando de generosidad, en señal de aplauso al compañero lejano, para quien la escribe, reuniendo, quizá, en un esfuerzo supremo y magnífico, todas las energías que le restan.

Dice así:

«Jesús que torna», Jesús que se va...

ALBERTO GHIRALDO

Impresiones de paisajes y lecturas.

Canto a los villanos de Castilla antigua.

¡Helos, helos por do vienen, los villanos de
Castilla!

Los de manos sarmentosas que esparcieron la
semilla.

Los de rostros aguileños, los de frente sin
mancilla.

Los de frente sin mancilla, toda ungida de sudor.

Los que bailan viejas danzas de dulzaina y a
tambor

cuando ríe por los campos la mañana del Señor.

Los que en tiempos de los moros repoblaron la
comarca

Soberanos de la tierra que oprimían con su
abarca.

¡No han temor de Señoría, de Perlado ni
Monarca!

Los que alzaron sus iglesias a la Virgen y a
San Juan,
San Martín y San Miguel, San Llorente y
San Millán.

¡Esas piedras, que doradas por un sol miliario
están!

Ellos son los hombres buenos que se asientan
altaneros
cabe Obispos muy letrados y muy nobles
caballeros
cuando llama el Rey a Cortes bajo el árbol de
los fueros.

¡Aprended, los ricos hombres del pendón y la
caldera
que la tierra que ganades sostenerse non
pudiera
sin yantares ni alcabalas, ni moneda fonsadera!

Aprended que de tres brazos se formó la
cristiandad.
Si estos brazos se juntasen en amor de caridad,

¡no reinaran como hogaño la injusticia y la
maldad!

¡A rezar los frailecicos, los maitines en el coro!

¡A reñir los caballeros en la guerra contra el
moro!

¡A segar los segadores, el maduro trigal de oro!

.....

¡Dios os guarde, los villanos, los villanos de mi
tierra!

Los labriegos de los llanos, los pastores de la
sierra.

Todo, el temple de la raza sois vosotros do se
encierra.

Salve, salve, los pecheros que ensalzaisteis la
ciudad

con la fama de los paños que batiais en su caz.

¡Era recio y era santo vuestro gremio y
hermandad!

¡Bataneros del Eresma, curtidores del Clamores!

¡Alarifes y pelaires, albañis y cardadores!

¡Los que hicisteis muy famosa la ciudad de mis
amores!

¡Dios prospere vuestra sangre, que es venero de
energía!

En las guerras de cruzada non ganasteis
hidalguía.

¡Vuestra lucha fué la lucha por el pan de cada
día!

Impresión de Segovia en Otoño.

Tiene el paisaje el candoroso encanto
del fondo de una tabla primitiva
pintada al temple con reflejos de oro;
entre huertos el río se desliza,
y en la altura, las torres, las almenas
corona son de la ciudad antigua
toda bañada en luces del ocaso.

De los chopos las copas esbeltísimas
rojizas cual las llamas de los cirios
destacan de las nubes, que, sombrías,
cubren el cielo. Sus postreros besos
lanza a la tierra el sol. Una colina
cubierta toda de viñedos gualdos
parece en limpios cobres esculpida.
Una a una las hojas van cayendo
melancólicas, leves, fugitivas
como nuestras ideas. Tan profundo
es el silencio, que los ecos vibran

con el rumor de un vuelo entre las frondas
o de unas voces en la lejanía.

En la tranquila olmeda. Junto al río
las hojas nuestros pasos amortiguan
como una alfombra de oro. Es el follaje
bello dosel de cintas encendidas,
un ambiente dorado nos rodea.

¡Oh ensueño, oh soledad, oh poesía!
Tan augusta es la calma, que sentimos
deseos de postrarnos de rodillas
cual los Santos que adoran a la Virgen
en las ingenuas tablas primitivas.

Impresión de Segovia en Invierno.

Han caído los lobos de la sierra
cercal del arrabal sobre unos hatos;
dejaron, al huir, roja la tierra
de sangre de corderos y chivatos.
No le valieron al mastín sus hierros
ni su alerta al pastor. Todo dormía,
y oímos los ladridos de los perros
y unos ahullos en la lejanía.
Ha traído la nueva del pillaje,
después de amanecer, un pastor mozo.
¡Aún temblaba de miedo y de coraje!
¡Aún lloraba la rabia del destrozo!

Hoy comienza a nevar; blanquea el cielo
y luego se deshace en copos leves.

La ciudad se engalana con el velo
de la casta madona de las nieves.

En las murallas y en las torres viejas
la nieve esfuma los contornos rudos,
tiende un tapiz real en las callejas
y pone un perfil blanco en los escudos.

Y en las secas olmedas, al ramaje
presta una vaguedad como de bruma,
y pone un dulce encanto en el paisaje,
que en lontananza su blancura esfuma;
a la noche, la luna esparce apenas
una vaga y difusa claridad.

Toda blanca, detrás de sus almenas
parece como muerta la ciudad;
tan grande es la quietud y tan profundo
es el silencio y tan intenso el frío,
como han de ser cuando navegue el mundo
sin vida y sin calor por el vacío.

Sigue nevando aún, y vacilante
surge la tenue claridad del día...

Cuentan que se ha arrecido un caminante
que cruzaba al pinar de Navafría.

.....

Es el aire tranquilo y trasparente;
son de un azul purísimo los cielos;
se quiebra con mil luces el naciente

en las finas agujas de los hielos.
¡Mañanita de sol, clara mañana
que desbordas de luz y de alegría;
los viejos pensarán en la solana,
que es la vida muy dulce todavía.
El sol arranca un iris de reflejos
del huraño vitral de los balcones;
como jugando, en los palacios viejos
alegra los sombríos portales.
Y en las nobles basílicas doradas
pule las tallas de las piedras bellas
y hace añorar el sol de otras jornadas
a los guerreros y a los santos dellas.
El sol lleva a la gente a los caminos
que van a la ciudad: Acompasados
el andar y la voz, los campesinos
cuentan de la mies y los ganados.
Llegan del caz los rítmicos rumores
de los batanes y de las aceñas
y vibran los agudos estridores
de las tardas carretas lugareñas.
¡Carreteras de Cuéllar y Medina!
¡Caminos de Sepúlveda y Pedraza!
Parece que entre el polvo se adivina
la huella firme y honda de la raza.
A la tarde, en los sotos, cabe el río
—el río con sus chopos a la orilla—
pasean los ancianos el hastío

de las viejas ciudades de Castilla.
Cuando esmaltan los picos de la sierra
los postreros reflejos vesperales,
tornan loando a Dios, que dió a su tierra
de estas templadas tardes invernales.
La noche cae muy limpia y sosegada;
destacan del azul los ventisqueros
de la Muerta; del cielo azul de helada,
donde tiemblan de frío los luceros.

El caballero del verde gabán.

«Mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso, o algún hurón atrevido; tengo hasta seis docenas de libros quales de romance y quales de latin, de historia algunos y de devoción otros: Los de caballerias aún no han entrado por los umbrales de mis puertas.» (Don Quijote de la Mancha, parte II, cap. XVI.)

Caballero que domas el brio
de la rápida yegua tordilla:
¡Frenala, que un rocín como el mío
me malicio que no ha de seguilla!
¡Caballero del verde atavío
yo ante ti, quiero hincar la rodilla!

Buen hidalgo de limpia conciencia;
miel de Horacio libé en tu decir
de fray Luis la serena cadencia
he sentido en tu mente latir.
¡En tu noble y tranquila existencia
yo quisiera aprender a vivir!

Cazador el de huron y cimbel;
pescador que en caz, limpio y manso
turbar sueles con tu esparabel
la profunda quietud del remanso.
¡Cazador sin azor ni lebre
en tu umbral, yo demando descanso!

Yo queria besar las hermosas
manos sabias en dulces primores
que han llenado tu vida de rosas
y han mecido tus castos amores.
¡Esas manos discretas, piadosas,
que consuelan y alivian dolores!

Como en cuenco bocal del Toboso
se serenan las aguas del rio,
esta paz del zaguan silencioso
dá sosiego al espiritu mio.
¡Yo deseo con ansia el reposo
del zaguan apacible y sombrío!

Y la hidalga amplitud de tu estancia
de tu mesa al yantar simple y sano;
y el verdor y la suave fragancia
del jardín que cultiva tu mano;
ese ambiente de paz y abundancia
del holgado cason aldeano.

Abrenuncio las bellas locuras
de las gestas de Artus engañosas.
Quiero solo probar tus lecturas
apacibles, cristianas, gustosas;
y en el campo aprender las dulzuras
del amor hacia todas las cosas.

Y el correr en abril las praderas
los ganados llevando a pastar
y el holgarse en estío en las eras
y el mirar en Otoño el lagar.
¡Y en el tiempo de las sementeras
la velada al calor del hogar!

Labrador el que llenas la troje
con el fruto que dió tu semilla.
Deja que hoy a tus plantas arroje
esta espada que a nada se humilla.
¡La Castilla que siembra y recoje
es la grande y la recia Castilla!

Serranilla.

En los frescos valles, en los que aun retoza
tu musa ¡oh famoso Señor de Mendoza!
Tuve unos dezires con garrida moza.
Fué en esa ladera de la Marichiva
donde de una llaga de la peña viva
nace un agua helada que descende esquivá,
brillaban las nieves de las cretas blancas
con el sol de invierno, y en unas barrancas
encontré al mastin de ferreas carlancas.
Supe que venía por el ruido d'ellas
y vi que saltando, con sus breves huellas
sembraba la nieve de un rastro de estrellas
al acaricialle, temor y alegría.
Senti, que en sus ojos yo bien conocia
que era mi serrana la que le seguia.
Cuando lo pensaba, fermosa y zahareña
sobre unos canchales pareció la dueña
el rostro encendido y al aire la greña.
Por venir corriendo muy fragosos trechos
de agrios peñascales y duros repechos
como corderillos saltaban sus pechos.
Al verla, quebrose la mi continencia
y la dije loas en la gal y la sciencia
que aprendi en las aulas de Arlés y Florencia.
Mirome un momento con sus negros ojos
y temblando risas en sus labios rojos

me dió en sus palabras deleite y enojos.
«Mantenga esperanzas el señor trovero
que cuando a la Corte vaya, en otro enero
le tendré en las ruas por mi caballero.
Mas aquí en la Sierra quiero tener tratos
con galán que entienda de regir los hatos
y sepa las trochas do van mis chivatos.»
Y bajó hacia el valle, graciosa y lozana
turbando a su paso la quietud serrana
con sus risas, claras como la mañana.

JUAN DE CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA

El Cristo de Velázquez

En un fondo tenebroso, tocado de misterio, trágica y emocionante se destaca la cruz, de la cual, sin contorsiones ni crispamientos, pende el cuerpo inanimado del Mártir. Ha exhalado ya el postrer suspiro, ese suspiro en el que dijo: «Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Sin embargo, un fulgor de vida parece iluminar su cuerpo apolíneo, y un resplandor ultraterreno nimba su cabeza soñadora, coronada de espinas, que se inclina levemente sobre el pecho, dejando caer desde el arco sublime de la frente, en cascada ondulante, la melena, como el follaje de un lloroso sauce; el magno artista quiso dejar así, velado, semioculto, el postrer gesto de la divina faz del Hijo del Hombre. Sus brazos amorosos se extienden en ademán que preludia una caricia: sus manos liliales, ungidas

de perdón, por los clavos están sujetas y traspasadas; su torso, en el que, como una flor de martirio, florece la herida del costado, tiene la armonía de un torso griego, apenas esmaltado por unas gotas de sangre, de esa sangre que fué el sello del Nuevo Testamento; sus piernas tienen la serena esbeltez de dos columnas de un templo helénico; sus pies, que sufrieron de todos los caminos, que se desligaron de la tierra en el Thabor y que llegaron a pisar todos los horizontes de la historia, como palomas heridas, se desangran clavados... Hay tal sublimidad; hay tal majestad en esa figura; emana tal divina emoción de ese cuadro, que asombra y pasma, conturba y conmueve todas las fibras. Tuvo razón el poeta de decir al contemplarlo:

*«Le amaba, le amaba,
no fué sólo un milagro del genio
.....»*

Ese cuerpo que, como una enseña de piedad, pende del madero suplicatorio, es el único que pudo encerrar un alma de divina, capaz de mostrarse más fuerte que el dolor, más fuerte que el martirio, más fuerte que la muerte; e izado en alto, muriendo de pie en las excelsitudes de su

cruz, logró eclipsar el sol de Grecia en una apo-teosis del espíritu.

Con fulgores de astro rey, con atributos de dios, se destacaba en el firmamento de la antigüedad clásica, el triunfal Apolo pagano, supremo arquetipo de sacra, masculina belleza. Como un lirio del valle, surge bajo el azul del cielo de Judea, el Profeta blondo, el Rabbí dulce, que vino a enseñar en parábolas, en el templo, en los caminos, sobre el lago y en la cumbre de la montaña la palabra nueva y consoladora que libertaría a las almas. Jesús el manso, el infinitamente piadoso, el que para todos los niños tuvo una caricia y para todos los pecados una palabra de perdón, fué al sacrificio, como una oveja dulce, y en una trágica tarde del mes de Nizán, cuando el sol ya occiduo se desangraba en un lecho de nubes negras, expiró perdonando, clavado al más obsesionador y pavoroso de los tormentos. En el martirio se hizo tan hermosa, tan sobrehumana y gigantesca la figura del Profeta mártir, que su perfección triunfó, derrotando al mismo Apolo pagano, que fué oscurecido por Jesús expirante; porque frente a la belleza de forma, carnal, del dios griego, se levantaba la belleza ideal, la belleza de alma, la belleza eterna de Jesús.

Y desde aquellos oscuros, milenarios tiem-

pos, todos los artistas pusieron todo su espíritu en reproducir, en un impulso de amor y en un afán de perpetuación, la póstuma actitud dolorosa del Mártir. El fervor infantil de los primeros cristianos grabó la imagen del Crucificado en la reconditez tenebrosa de las galerías de las catacumbas romanas; el elementalismo de los primitivos la esbozó obstinadamente con ingenuos trazos; el preciosismo suntuario de los bizantinos la pegó recortada sobre un exótico y chocarrero fondo dorado; la religiosa exaltación de los medioevales la extendió atormentada por todas partes; el egregio Renacimiento puso toda su inspiración en reproducirla: ahí están las obras de los Donatellos, de los Veroneses, de los Grecos, de los Canos, de los Murillos, de los Zurbaranes, de los Riberas y cien más. Casi no ha habido artista que no realizara igual empeño, multiplicándose hasta lo infinito, por pintores, escultores, grabadores, mosaístas, tapiceros, orfebres, ceramistas, esmaltadores, fundidores; sobre el lienzo, en el mármol, madera, marfil, oro, plata, bronce, hierro, cristal, terracota, hueso, etc., la escena culminante y patética del Calvario. Obras magistrales, obras imperecederas han sido informadas por ese asunto. Pero nadie supo darnos la emoción de la tragedia, que sólo el genio del pintor mago vino a reve-

larnos. ¿Cómo pudo ser? «El Crucificado le intu-yó, cuando el artista estaba dormido», dijeron los poetas; «le fué revelada en una visión», afirmaron algunos; «los ángeles bajaron del cielo el cuadro inmortal», añadió algún místico. ¿Quién sabe! Acaso el alma inmensa de aquel don Diego de Silva Velázquez, en una existencia distante y distinta, vivió junto a Jesús, amándolo, sintiéndolo. ¿Quién sabe las miriadas de almas, las miriadas de vidas que hay en el alma del genio! ¡Sólo él puede decirnos lo que ha sentido, lo que ha vivido en las épocas remotas!

El alma peregrina del pintor mago vió, no hay duda que vió a Jesús, cuando su presencia perfumaba de amor y de unción la callada, humilde y florecida tierra de Judea. Lo vió antes del martirio, cuando, rompiendo los cristales de un remanso, penetró en el Jordán sagrado, para que Juan, el eremita, vertiera sobre su cabeza, con una concha, la virtud purificadora del agua clara; cuando seguido de un pequeño grupo formado por los humildes, por los pobres, por los débiles, por los parias, recorría las sendas polvorosas predicando la nueva ley. A orillas del lago de Galilea hablaba casi siempre y hablaba en parábolas, aniñando, simplificando su espíritu, para que su enseñanza fuera por todos comprendida. Entonces su figura blonda y dulce, vestida

de túnica inconsútil y envuelta en un manto flotante, destacándose en esa natural y poética decoración, parecía agigantarse, emergiendo de las ondas quietas... Junto al brocal del pozo de Jacob, con sus labios finos rezumando agua, dijo cosas profundas a la Samaritana, de cuyo cántaro había bebido. En casa de Simón el leproso, María de Magdala, rompiendo un noble vaso de alabastro, ungió con esencia de nardo la cabeza y los pies del Nazareno, sobre los cuales dejó caer, como un tesoro, la madeja sedaña de sus áureos cabellos que enjugando parecían besar. ¡Quién sabe si alguna vez las cabezas nazarenas del Profeta pálido y de la rubia Cortesana de Magdala se unieron en un mismo luminoso temblor...! En la cumbre gloriosa del Thabor, transfigurado y radiante, se vistió de sol; en la cima aún más alta de la montaña del sermón inolvidable, infundiendo entre los desdichados el sedante consuelo de las bienaventuranzas, fué aún más bello, porque fué más humano. En medio de un palpitar de palmas y de cánticos, entró en Jerusalem. En la noche de la cena, cuando el presentimiento de su cercano fin, como el ala de un pájaro agorero, rozaba la hostia inmaculada de su frente, alargó, con un amplio gesto patriarcal, el pan y el vino al que le iba a vender, después de haberle dicho como a los demás: «Tomad y

comed, éste es mi cuerpo. Tomad y bebed, ésta es mi sangre.» Todos callaban; un silencio doloroso, preñado de temores, flotaba en torno; el discípulo amado reclinaba su cabeza en el pecho del Maestro... En el oscuro huerto, bajo los olivos centenarios, transido de mortal congoja, apenas tuvo aliento para decir: «Si es posible, pase de mí este cáliz sin que yo lo beba»; y, desfalleciente, dudó, dudó de sí mismo... En el atrio del pretorio, *Ecce Homo* dijo el escéptico y frío Gobernador romano, y avanzando hasta el intercolumnio, presentó a la pública befa al Rabbí martirizado, y la fiera—el populacho—rugía, rugía... A lo largo de la senda dolorosa, un fulgor de lanzas brillaba alejándose, y la silueta endeble del Hijo del Hombre iba curvada bajo el peso del madero abrumador. Llegaron, por fin, al Gólgota, en cuya cumbre fué plantada la cruz con el cuerpo palpitante del Mártir. Era la hora tercia. En un negro cielo de tragedia, se bamboleaba un espectro de sol que no tardó en apagarse completamente. Rasgando el terciopelo del firmamento, el rayo, como un latigazo, restalló sobre la tierra. En lo alto, la furia de los cielos; en la tierra baja, la furia de los hombres; y entre el cielo y la tierra, entre la naturaleza desencadenada y los hombres enloquecidos, el Mártir, como un símbolo de suprema piedad... A la hora

sexta, cuando más densa y pavorosa era la tiniebla, la cabeza del Crucificado rodó sobre los hombros; la última palabra de perdón se fundió en un suspiro, sus ojos se cerraron; los cabellos cubrieron la faz... un halo radiante había dejado el alma, como un rastro de sí, en torno a la cabeza.

Esta visión última fué la que más impresionó al pintor mago y la que fijó en su lienzo para dar a las generaciones la verdadera emoción de la tragedia milenaria.

En ese asombroso cuadro, Jesús está como debía haber estado, como, seguramente, lo vió el genio en aquella trágica tarde del mes de Nizán. ¡Oh el divino Cristo de Velázquez, tan dulce, tan pleno de íntima piedad! ¡Cuán distinto de aquellos lívidos, llagados, atormentados, descoyuntados, amoratados, sangrientos fantasmas de noches de aquelarre que pueblan de visiones de espanto la lobreguez de las catedrales españolas; de aquellos cristos de la Inquisición, tétricos engendros de fanatismo sádico; de aquellos negros cristos españoles o «africanos», como alguien los ha llamado con gran propiedad! ¡Oh el apolíneo Cristo de Velázquez! Al verlo se comprende que hubiera podido eclipsar el sol de Grecia, y que, como un cometa milagroso, hubiera podido envolver con su cabellera el uni-

verso... En torno de su cabeza se adivina un pal-
pitar amoroso de golondrinas, y de lo hondo
parece surgir, desgarrado y agudo, como una
saeta, el alarido de la Madre...

CÉSAR E. ARROYO

Retrato del cura Valera

Cincelado por Hugo Moreno,
Clérigo de Misa.

Es como el tronco seco de una parra muy vieja,
su sotana sin mangas tiene un tinte de ayosas;
son grandes sus zapatos, su sombrero de teja,
sus narices, sus ojos y sus manos huesosas.

Una santa locura le acaricia y le besa
y ha metido en su pecho la lava de un volcán.
¡Oh, si no hubiera pobres con quien partir
la mesa,
los ángeles vendrían a mendigar su pan!

Ha dado sus hebillas a un tramposo buhonero,
la ropa de su cama a unos pobres gitanos;
a una vieja perlática su catre y su brasero;

no teniendo que dar, dió a un viejo pordiosero
un beso en una llaga, comida de gusanos,
y sanó, y fué de sus milagros el primero.

HUGO MORENO

Almería, enero 1917.

EL SUICIDA

(Del último libro de Alfonso Reyes.)

Al comenzar el Otoño, en un hotelito de los suburbios, donde hace tiempo vivía distraendo su neurastenia entre las labores del novelista y el cultivo de su jardín, el pobre señor se suicidó. Su familia, que le rodeaba con solicitud minuciosa, en vano había buscado, durante los últimos días, un leve sonrojo de contento en aquella cara ya melancólica para siempre.

¿Qué había hecho aquella mañana? Pasar y repasar frente al grupo de sus hijos que jugaban en el jardín; mirarlos más dulcemente que otras veces. Nada más. Era llegado el extremo en que sobran todas las explicaciones, y el golpe seco del revólver, momentos después, vino a aclararlo o a confundirlo todo.

Los ojos, fijos y atónitos durante una larga agonía—esos ojos de que los periódicos nos hablan—hacen concebir todo un mundo de interro-

gaciones y de enigmas; de protestas, de disculpas y de amenazas. Lo que no quiso decir la boca, lo difundían magnéticamente los ojos. Y en aquella figura de cuervo que se recortaba en el aire con una funesta elegancia, los ojos resaltarían cual una crudeza cínica y heroica.

La *Revue Hispanique* publicó hace años su retrato. Este extremeño, este paisano de Cortés, era un hombre frágil y fino. La levita, el gabán, el pantalón rayado y el sombrero de copa, la barba preciosamente cortada, acababan por darle un impecable aspecto de muñeco de sastrería. Compáresele con el hermoso y anticuado sujeto que dibujó Penagos para el semanario *España* y al que Eugenio d'Ors llama «El Preocupado». El Preocupado lleva también una alta chistera y se emboza en una vieja capa. Su modelo parece haber sido cierto retrato de don Ponciano Ponzano que posee Azorín. En todo caso, recuerda los rasgos de Espronceda.

—Afeitate esa anticuada perilla, Preocupado; rápate esas melenas románticas—le dice, más o menos, Eugenio d'Ors—; deja esos embozos demodados y esa chistera. Ya no más paseos a los alrededores de la ciudad barroca que, por lo demás, vive en ti mismo. Despreocúpate, y siéntate a trabajar un poco. Después de todo, tú eres una grande esperanza española: tú representas

la inteligencia paciente, ¡ay!, pero a dos dedos de la desesperación. «Que sabido es que el día siguiente al triunfo de la Inteligencia se llama Melancolía.»

Si el lector tiene ambas siluetas a la vista, podrá imaginar conmigo que el Preocupado cambia sus modas anticuadas y sus procedimientos cosméticos por otros más modernos. De manos de Utrilla o Borrel pasa a las de los sastres Bernáldez o Cimarra, y de manos del barbero don Ciriaco Lagartos o del mozo Pedro Correa, pasa a las del gran contemporáneo Jaime Pagés. Y ya no es la Inteligencia paciente; ya es sólo la Melancolía: la melancolía que fluye abundantemente por los ojos como por dos grifos abiertos. Y ya no es la figura armónica y justa, sino una figura esmirriada y espiritada; un grotesco Licenciado Vidriera, con todas las quebradizas veleidades del vidrio.

Este militar de las guerras de Africa había probado los martirios del santo. Quemado y acuchillado por los indígenas filipinos, fué dejado por muerto con la mitad de la cara deshecha, la mano izquierda mutilada y todo el cuerpo sangrando por mil partes. Más espiritado, más exangüe que nunca, saldría del tormento, renaciendo a una nueva vida entre las cenizas de su carne. Este médico rural había pasado

por todas las inquietudes del problema sociológico, que casaba originalmente con un sentimiento epicúreo y egoísta. Y, como a todos los que predicán, aunque sea el egoísmo, no le faltaba generosidad. Su visión materialista y medicinal de la vida, en vez de ascender desde el amor de la carne hasta la belleza abstracta y superior—como en la mujer de Mantinea que inspira los diálogos platónicos—baja desde la ley divina hasta la plástica arcilla humana. Sus manos de cirujano operan largamente en ella, como las del guitarrista en los nervios de la guitarra, trayendo a la categoría de calambre, espasmo y punzada, todos los deleites sin mancha que pudieron aprenderse en el cielo. Siempre hábil razonador, siempre desequilibrado en el fondo, cual el de Cervantes, nuestro Licenciado Vidriera parece un sacerdote que hubiera abusado de los secretos del confesionario. Y fué, ciertamente, un médico que abusó de las confianzas sorprendidas a la cabecera del paciente humano, quien suele, con la mejoría o con la crisis, ponerse comunicativo.

Escritor tardío, difícilmente descubriremos en él aquel ondular de la palabra, aquel placer de las expresiones, aquel instinto de la perfección verbal que no falta en los escritores nativos. Escritor tardío, su tardanza, ¿no pudiera ser una

promesa de pensamiento sólido? ¿Un síntoma en que conociéramos que va a decir algo positivo a los hombres, que ha venido con algún mensaje? Los escritores precoces suelen pasar por la vida desplegando sus tornasoles técnicos, sin que ellos ni nadie sepan, al fin, lo que tenían que contarnos. A veces, en cambio, esos escritores tardíos son como el viajero de la Grecia clásica, para quien la pluma sustituye al bordón de los peregrinos; y—utensilio propio de la vejez—sólo la usan para recordar, cuando ya no pueden viajar más. Entonces, los tardíos tienen siempre algo que decirnos; alguna historia, propia o ajena, que narrarnos; algunos ejemplos que proponernos, ora de las ciudades que visitó Herodoto y que tienen en la geografía su nombre más o menos exacto, ora de las que descubría Thomas More, de que apenas ha quedado rastro en nuestras mentes como de una tierra prevenida.

Si él había negado la crítica, la crítica también lo negó, relegándolo a la categoría de autor insano, al margen o fuera de la literatura. Y seguramente que en la literatura no estuvo, porque le faltaba lo esencial, que es la pericia de las letras; no sabía—deduzco de lo que le han dicho sus críticos—no sabía poner unas letras junto a otras; ignoraba la ortografía, al grado

de confundir (¿qué extraño espejismo español es éste? ¿Por qué esta confusión parece simbólica de todo un régimen, o desbarajuste social?), al grado de confundir una *vacante* con una *bacante*. No sabía escoger las palabras; ignoraba el vocabulario, al grado de hablar de las «cuestiones tranchadas». Nunca pudo usar en su recto sentido fórmulas como «sino que», «a menos que». No sabía poner unas palabras junto a otras; ignoraba la gramática hasta desconocer la existencia de los pronombres reflexivos. Y se equivocaba, todavía con más frecuencia que la generalidad de sus compatriotas, sobre el empleo de las formas verbales en «ara», «are», «ase». No tenía el sentimiento de la frase, ni tampoco supo ligar unas frases con otras, ni unas páginas con otras. Pero sí unos libros con otros. Y no sólo por repetir en todos ellos algunos pasajes y situaciones, sino por otra razón más esencial.

Y aquí tocamos a la paradoja del escritor. ¿Por qué ha de *salvarse* nuestro novelista—como dicen los manuales de literatura española,—por qué ha de salvarse sino por la unidad de su obra, por la insistencia? Es ciertamente un escritor metódico y hasta sistemático. Como lo habíamos supuesto, algo tenía que decirnos; y, recta o falsa su doctrina, alguna doctrina nos propuso. Una doctrina de apariencia congruente,

aunque insuficiente e inferior, que él mismo se encargó de definir en libros de índole no novelesca, pero que ha inspirado también todas sus novelas. Porque no es el único escritor erótico, pero sí uno de esos para quienes el arte—o lo que fuere—es el arma de una pretendida reforma social. Su verdadero mal es la mala literatura; que, respecto al fondo de su obra, yo os aseguro que no es más insano que D'Annunzio. Otros se revuelcan también entre almohadas de pasión y lujuria; pero lo que en muchos resulta ímpetu lírico y hasta ornamental, en éste es un sistema metódico y un apostolado más bien práctico que poético. Y aunque hemos bajado hasta la región de los indiscernibles, se puede pensar que esta unidad, esta insistencia mejor dicho, pone su obra algo por encima de sus medios artísticos. Falta averiguar si la intención—que es lo que, teóricamente, parece salvarse—era sana en sí. Falta, por último, averiguar si la intención se inspiraba en buenas intenciones; si sus libros eran libros de buena fe. Lo mejor que de él ha podido decir la crítica puede compendiarse en estos versos de Díaz Mirón:

Oigo decir de mi destino a un chusco:

«Talento seductor, pero perdido
en la sombra del mal y del olvido.

Perla rica en las babas de un molusco
encerrado en su concha, y escondido
en el fondo de un mar lóbrego y brusco.»

Es vieja en las literaturas, y en España es de cepa clásica, esa hipocresía estética que consiste en disimular el placer de las cosas insanas bajo la capa de la reforma social. Zola quería mejorar el mundo, y para ese fin, describía muy amorosamente, con paciencia de miniaturista, las llagas de la sociedad. Tal o cual pasaje de repugnante objetivismo, y que acusa, no ya la pérdida del paladar, sino aun del sentido de la náusea, ¿hace falta realmente para el fin de mejorar el mundo? Porque para la trama artística de la novela no hace gran falta, y a tanto hubiera equivalido sustituirlo con dos o tres líneas sintéticas y fuertes. Una cosa es decirnos que una mujer ha abortado entre las angustias de la sociedad, la soledad, el delito y la pobreza, y otra convertirnos en médico a palos o en comadrón por fuerza, obligándonos a asistir a las mil y una peripecias horrorosas del trance. Los autores de la Picaresca española otro tanto hacían, y en todos sus libros parecen alegar lo que Hernando de Soto alega del de Mateo Alemán:

Enseña, por su contrarío,
la forma de bien vivir.

Pero eso no quita que el autor picaresco se complazca a más no poder en los crudos acertijos de su invención, y nos conduzca, con fría y calculada crueldad, de uno a otro extremo de ese laberinto de hambre e ignominia, por donde discurren los Caballeros del Milagro. Más de un pasaje del mismo Mateo Alemán—tal el cuento de la tortilla de huevos—parece convencernos de que, en efecto, cualquiera que sea el pretexto bajo el cual se disimule el autor, ha perdido algo como el don del olfato: del olfato físico y moral.

Y éste es el problema de nuestro novelista, aunque, desde luego, trasladado del terreno de lo picaresco al del erotismo: larga complacencia en los análisis de la seducción y la caída, desconsiderado placer en los altibajos psicológicos de sus inconscientes meretrices y de sus rufianes contentos. Porque se puede, sin ser morboso, amar el desnudo y sus encantos y consecuencias. Cuando otro escritor, valenciano por de contado, compara a la mujer desnuda con la fruta mondada, apela a un instinto santo, a un apetito tan generoso y saludable que no se le podría tachar. Pero cuando aquél compara una mujer desnuda a una rana despellejada, el dolor sensual paraliza nuestro corazón; los castos deleites del contacto se nos tuercen en desollamientos

espantosos, y tanto sadismo y salacidad nos amargan como un trago de mar. He aquí al mártir de Africa que ha resuelto sus dolores, sus mutilaciones, en nuevos placeres recónditos: ése es el quemado y resucitado, ése es el acuchillado, para quien toda idea de contacto ha de despertar, en adelante, el recuerdo de una cicatriz o de una úlcera. Más espiritado, más exangüe que nunca, ha renacido a una nueva vida, entre las cenizas de su carne.

Pero la investigación de este problema, la buena o mala intención del novelista, no hubiera justificado las presentes disquisiciones. Como que acaso se explica fácilmente por una enfermedad de la sensación puesta al servicio de una racionalidad inquieta. Médico en el fondo, el Licenciado Vidriera sabe que su carne es de vidrio, que se quiebra y corta y punza; pero no puede menos de complacerse en su propio caso patológico, que hasta le sirve para sus descubrimientos y experiencias de gabinete. «Yo me vengaré de mis dolores—grita Flaubert—describiéndolos en mis libros.» ¿Qué más quisiera el experimentador? ¿Tener el paciente en casa, al alcance de la mano, en la mano misma, en la propia mano mutilada y achicharrada! Porque esa mano siniestra es un símbolo: mano que ya no podrá tocar sin dolor los placeres sin una sensación

descarnada, como la de un desollado, como la de su diabólica y temblorosa rana. Paciente y médico a la vez, como paciente es morbosos; como médico, es apostólico, y prevé una campaña de higiene ética. Como Vidriera es frágil, y como Licenciado, arguye provechosamente leyes del mundo, inferidas de su propia fragilidad.

El problema de las buenas o malas intenciones no nos parecía, pues, insoluble; ni siquiera muy interesante. Lo que nos importa es el suicidio.

Sí, el suicidio. Aquellos ojos abiertos, plenos de significaciones terribles, no nos permiten engañarnos. Este suicidio tiene un sentido, que es necesario averiguar. Varias hipótesis pueden proponerse sobre el caso.

La primera, la menos inteligente en el concepto literal de la palabra, supone que se trata de un mero suicido patológico; un suicidio de neurasténico, al que no vale buscarle más sentido que a la mueca de un loco. Poco sabe de neurasténicos quien opine así, lo cual es imperdonable por los tiempos que corren. Nada tiene más sentido que los actos del neurasténico: es su lucidez, su exceso de intenciones y sensibilidades lo que lo ha enfermado. En su moderna interpretación del *Licenciado Vidriera*, Azorín nos lo presenta como un hombre que emigra porque le mo-

lesta la grosería de su patria: el modo brusco de saludar, el tropezar con los muebles al pasar de un lado a otro de la sala, el cerrar las puertas con estrépito. Tan lejos estamos aquí del antiguo Licenciado Vidriera, como cerca estamos del problema moderno. Aquel loco, en Cervantes, conserva los sanos estímulos de la cordura: es un loco de la razón, pero un cuerdo de la sensibilidad. Las causas de su conducta son tan normales como ésta: ¿por qué se vuelve a su tierra? «Como le fatigasen los deseos de volver a sus estudios y a Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado), pidió a sus amos licencia para volverse.» ¿Por qué, en vez de volverse a Salamanca, toma para Italia? Porque, de camino, lo ha seducido a la vida libre del soldado el gallardo capitán don Diego de Valdivia. Viajó por Italia como turista. De allí pasó a Flandes, siempre sirviendo con las armas. «Y habiendo cumplido con el deseo que le movió a ver lo que había visto (el de instruirse y andar mundo), determinó volverse a España y a Salamanca a acabar sus estudios.» Y, atravesando Francia, volvió a España, «sin haber visto París por estar puesta en armas». En Salamanca era tan cuerdo que hasta se pasaba de cuerdo, desdeñando los amores de cierta dama

de todo rumbo y manejo, la cual acabó por darle un filtro amoroso que lo enfermara. Y, declara rotundamente Cervantes, «aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento». Loco de la razón, cuerdo de la sensibilidad. Si huye entonces de los contactos bruscos, es por el miedo racional de quebrarse, puesto que cree ser de vidrio. ¿Hay cosa más cuerda, aceptada la previa equivocación? Conservaba tan en regla sus facultades, que no faltó quien le dijera, como a los locos racionantes sucede: «más tenéis de bellaco que de loco». Sus dichos y agudezas eran famosos. Y una vez curado, ¿a qué va a la corte? «Aquí he venido a este gran mar de la corte para abogar y ganar la vida.» ¿Hay nada más cuerdo? Con el apaciguamiento de la locura, se ha apaciguado también la irritabilidad racional, al grado que se le acaban los dichos agudos; y la novela tiene que terminar. El mar de la razón se aquieta. Pero todavía falta un toque definitivo: nadie toma en serio al antiguo loco; la humanidad no renuncia voluntariamente a sus juguetes. «Perdía mucho y no ganaba cosa y, viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse a Flandes... donde la vida que había comenzado a eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas.» De modo

que en el mismo día y hora en que el personaje de Cervantes emigra a Flandes para ganarse el pan, valiéndose de su brazo, pues ya de su ingenio no se podía valer, el de Azorín emigra a Flandes para no oír los castellanos portazos, la fea y estrepitosa manera de sonarse, el descuido de consentirse un regüeldo y otras calamidades que constan en el *Galateo Español* de Lucas Gracián Dantisco; que, aunque escandalosas, puede ser que no justifiquen un viaje a Flandes. Si el primero es loco de la razón y cuerdo de la sensibilidad, el segundo acaba por el extremo contrario. Y esto no sea dicho contra Azorín, que él sabe bien lo que hizo y logró lo que se proponía, sino para definir al hombre de sensibilidad irritada, que es el aprendiz de neurasténico. Si a uno lo sanan del cuerpo, pero no del entendimiento, al otro, al moderno, «no le podrán quitar el dolorido sentir». Posible es que sean pueriles los motivos del neurasténico, pero su enfermedad se llama «embarazo de los motivos». Y mientras mas recónditos y pueriles, mayor necesidad de buscarlos y de entenderlos.

La segunda hipótesis atribuye el suicidio a causas prácticas, diversas del orden intelectual. Un fracaso en los negocios, una crisis pasional de amor. Y no niego que en muchos casos el suicidio intelectual se disimule bajo pretextos prác-

ticos. Lo eficiente es un mal interno; lo ocasional, un choque cualquiera de la vida. Si yo, fundándome en datos biográficos, asegurase ahora que Larra se suicidó por amor, toda la España nueva se alzaría contra mí para reivindicar a su mártir, al mártir de la protesta nacional. Algo menos simple es el caso del poeta mejicano Manuel Acuña; pero, como quiera, sería absurdo culpar de su muerte al viejo cantor Guillermo Prieto, con quien estuvo charlando sobre el valor de la existencia poco antes de suicidarse, y que, según cuentan, en vez de alentarle, procuró desesperarlo todavía mas. ¿Y el caso de José Asunción Silva? ¿Vamos a creer que se mató porque su médico acababa de asegurarle que no había remedio eficaz contra la caspa? Parece que, en la mayoría de los casos, el suicida no podría menos de suicidarse. Si sobreviene un choque práctico, se suicidará con motivo del contratiempo (iba yo a decir: se suicidará en honor del contratiempo), y si no aparece la ocasión, entonces, como en el chascarrillo vulgar, se suicidará «a propósito de pum».

Aún se me pudiera objetar que no hay para qué pedir secretos a las tumbas. «Bien están en su desamparo los suicidas—oigo decir—. Puesto que querían estar solos, quédense más solos que los muertos.» Contra esto, todo mi instinto se

subleva. Y no solamente por debilidad para el mal hermano, sino por lealtad a la vida y aun por inquietud de la vida. Chesterton escribe: «Al colgarse un hombre de un árbol, caigan las hojas despechadas y escápanse furiosos los pájaros; que cada uno de ellos ha recibido una injuria personal.» Ciertó; pero es también Chesterton quien habla de la lealtad a la vida. Estamos a bordo de la vida; vivir es nuestra profesión. Y como es posible que el suicida haya descubierto el cadáver de la bodega, hay que interrogar al suicida para mayor bien del equipaje y aun de nosotros mismos; es una regla elemental de administración. El suicida es un crítico que renuncia a su oficio; puede que lo haga por cansancio, como ese hombre para quien vestirse todas las mañanas y desvestirse todas las noches llegó a ser tan intolerable, que puso fin a sus días, por odio a las rutinas sagradas de la existencia. No acataba ése la economía de la vida, ni sospechaba, por ejemplo, que la hora matinal de afeitarse tiene su necesidad filosófica y puede servir, mejor que la inmediata posterior del desayuno—donde ya nos importuna la presencia de algún diario de la mañana—para plantearse los proyectos del día. Y ése sí que nos injuriaba a todos, a los hombres, a los pájaros y a los árboles; ése sí que nos alejaba de su cadáver.

Pero podrá ser también que el suicida haya incubado una larga indignación, la cual acaba por hacer estallar la máquina. Y entonces su alma, como la del héroe de la Eneida, «huye indignada y con alarido a la región de las sombras». Y entonces, por si su indignación fuere justa, conviene, si es verdad que nos interesa la vida, que nos interese su muerte. Podrá ser que el suicida, como en nuestro caso, se aleje pidiéndonos perdón, en su carta reglamentaria. Y entonces tenemos que recoger piadosamente las reliquias de su conducta, aunque sea para averiguar qué poder supremo de la vida lo aniquiló; qué orgullo conviene evitar y cuál conviene cultivar; por dónde se incurre en la cólera de la tierra y por dónde se concilia su apoyo sobrenatural para los empeños humanos.

Y aquí brota la tercera hipótesis, que es múltiple: ¿si el suicida se suicidaría castigándose de un error? ¿Si, como Don Quijote, habrá muerto, por necesidad metafísica, al restituirse a su primer nombre de Quijano? ¿Si su suicidio podrá ser la pendiente natural de su filosofía, como pudo serlo el de Sócrates? Y entonces, ¿qué fe prestaremos a una filosofía que, invirtiendo nuestros propósitos y abusando de nuestro mandato, en vez del secreto de la vida nos abre el secreto de la muerte? Prometeo se quema en los

rayos que roba, y Adán se envenena con los frutos que prueba. Pero el delito de ambos es el Conocimiento. ¿Hasta dónde, pues, nos está vedado, hasta dónde nos está consentido el conocimiento? Hay que meditar la Biblia, aun en los capítulos escabrosos. Ya no hablemos de merecimientos literarios: son merecimientos y estímulos humanos los que nos atraen hacia aquellos ojos extáticos, invitándonos a sondear su misterio. Dáse el caso de que el suicida haya explicado previamente su doctrina del Mundo: tanto mejor. Pero lo mismo sería si se tratase de un iletrado. Sobre cada tumba de suicida debiera abrirse una información a perpetuidad. Sobre cada uno, escribirse un grueso volumen de investigaciones cuidadosas: así conviene al valor de la vida y a la orientación de nuestras almas.

Y habrá todavía hombres graves que me repliquen:

—No veo la necesidad de tanta fatiga. La vida, como quiera, sigue su camino. ¿Qué nos cuidamos de vigilarla, de hacerla andar, si ella anda de por sí y aun nos arrastra consigo? No somos cocheros, sino señores al estribo del coche. No renunciemos a nuestro puesto de honor.

¡Ay! ¡Y si yo os dijera que todo el trabajo de la humanidad consiste en el empeño que tiene

el señor del estribo por arrebatarse su sitio al cochero! Como en esas cintas cinematográficas, el hombre, contraído y tenso, atisba la hora de caer sobre el chauffeur y apoderarse del volante del coche. Y yo no renuncio a mi función de hombre, a mi destino de hombre, a mi rebeldía de hombre: queremos saltar sobre el volante. ¡Tanto peor para los dioses tiranos! La madre de los hombres, en medio de la pesadilla del mundo, grita como la madre de Peer Gynt:

—¿Adónde me llevas, dónde me has traído, cochero de los diablos?

Y, en verdad, ella habla por todos sus hijos.

Ya lo espero: las últimas objeciones tocan al sentido humorístico. Son terribles, como la última flecha de los enemigos de Roma; pero hay que resistirlas. Oigamos:

—No veo por qué los huéspedes del Palace-Hotel hayan de averiguar las causas por las que los demás huéspedes abandonan la casa.

Pero este mundo y el Palace-Hotel, aunque se parezcan en ser posadas provisionales, se distinguen en que el Palace nos es ajeno, y nuestra vida debemos sentirla (y la sentimos siempre, aunque la razón ascética arguya en contra sus argumentos verbales) como cosa propia. Al Palace vamos con el propósito de marcharnos libremente un buen día. Y de este mundo—en

principio — no nos vamos mientras no nos echen por fuerza. Eso de «morir de la propia muerte», como no quiera decir morir de consunción natural o de suicidio directo o indirecto, es una de tantas frases vacías que corren por los libros contemporáneos. Nadie sale de esta posada, salvo los suicidas, sin que le echen. Las dos doncellas, en la *Danza de la Muerte*, bien quisieran ponerse a salvo:

Mas non les valdrán flores e rosas,
nin las conposturas que poner solían:
de mí, sy pudiesen, partir se querrían,
mas no puede ser, que son mis esposas.

Nada más legítimo, pues, que interrogar al que entra voluntariamente en la danza.

Sin pedanterías metódicas, sin la arrogancia de querer obtener respuestas de la muerte—no nos suceda lo que al leñador de la fábula—valdría la pena de emprender una serie de libres ensayos éticos sobre la materia, con todas las facilidades y holguras de una divagación.

ALFONSO REYES

Psicología de la curiosidad.

I.—Origen y función de la curiosidad.

Sin la inquietud de conocer la Verdad, en poco difiere un hombre de una cosa. No hay sentimiento más noble; ninguno dignifica más la condición humana. La curiosidad es un ala para volar sobre la realidad: observándola, experimentándola, aprendiéndola. Vivir es aprender; el que más aprende, vive más. Los hombres ignorantes vegetan; las naciones incultas sucumben. La genealogía de la civilización es una simple historia de la curiosidad humana a través de los siglos.

Cuenta una vieja leyenda egipcia que existió un simbólico santuario de la Verdad; columnas silenciosas, tostadas por el sol afiebrado, parecían formarle una decoración de hechizamiento. Llegábase hasta él por una interminable avenida que flanqueaban colosales esfinges, petrifica-

das en mutismo enigmático. Su ceño adusto desafiaba a los curiosos que insistían en llegar hasta el santuario, buscando solución a los interrogantes que la Naturaleza plantea al entendimiento humano. Inconmensurable era el camino; infinita la teoría de esfinges. Ninguna vida humana, fuera ella larga y laboriosa, habría bastado para arrancar a cada una su particular misterio. Así la vieja leyenda quería significar que al hombre le estaba para siempre vedado acercarse a la Verdad; y, en consecuencia, parecía aconsejar a los curiosos que desistieran de intentar un esfuerzo inútil.

La curiosidad humana no se rindió a la fácil moraleja. Lo que cada hombre, por sí solo, no podía avanzar en el arduo camino, lo intentaron conjuntamente los hombres más obstinados. Cada uno aprovecharía las respuestas obtenidas por sus precursores, coordinando las verdades parcialmente adquiridas en sistemas de verdades impersonales y colectivas: las ciencias.

Y a medida que los buscadores de la Verdad avanzan por la amplia avenida, van aprendiendo que la perspectiva es infinita. El santuario sigue siendo su objetivo ideal; aunque no ven la posibilidad de llegar a él, saben que ese es el camino a seguir, el único, y siguen la interrogación sucesiva de todas las esfinges que lo flan-

quean. Sin negar la esperanza de resolver los enigmas finales, atesoran día a día las respuestas parciales y provisionales obtenidas en la peregrinación.

De la curiosidad inteligente y organizada, madre y fuente de toda sabiduría, han nacido las «ciencias»; sólo merecen tal nombre aquellos sistemas de verdades que nos permiten satisfacer nuestras principales curiosidades respecto de los fenómenos que estudian, aunque nuestro afán de conocer desbordará siempre en mucho, a la posibilidad de satisfacerlo.

Todas las curiosidades no se equivalen; algunas son subalternas y otras admirables. Corresponden aquéllas al concepto vulgar que de ellas se tiene, siendo un vicio o una forma de inestabilidad mental; otras tienen un objeto esencial para la vida y sus manifestaciones superiores constituyen la curiosidad intelectual. Son parientes, por su origen, si se quiere, pero su función y su dignidad son distintas. Hay que distinguir entre el prurito banal de inquirir sin motivo los mil chismes del día, los pequeños asuntos y secretos ajenos, las insignificancias que sólo pueden abastecer las charlas infecundas de los perversos e intrigantes, y el noble anhelo de colmar las lagunas de nuestra cultura, de conocer las causas y el ritmo íntimo de

lo que vemos: pasión desinteresada por aproximarnos a la verdad en la interpretación del mundo que nos rodea. En ambos casos encontramos, sin duda, un fondo común, la tendencia a descifrar incógnitas; pero mientras la una es índice de frivolidad, la otra es indispensable para alcanzar un alto desarrollo de espíritu. Más aún, los grandes pensadores suelen distraerse de las insignificancias que entretejen el diario afán de la mediocridad, porque, en ellos, la gran curiosidad destruye la pequeña, como la luz solar impide brillar a las luciérnagas.

En las raíces instintivas de la curiosidad hallamos siempre la reacción del organismo a las novedades que se presentan a nuestra experiencia y procuran excitar nuestros sentidos; esa reacción orgánica, esa actitud mental, es utilitaria en su origen. Verdad es que algunas veces la utilidad es directa o inmediata, mientras en otras es mediata o indirecta. Esta diferencia ha inducido en error a muchos pensadores, haciéndoles decir que hay una curiosidad utilitaria y otra desinteresada, sin advertir que en ésta el interés existió primitivamente, tornándose luego tortuoso u oblicuo.

La Rochefoucauld (1), v. gr., considera que

(1) La Rochefoucauld: *Máximas*, CLXXII.

«hay varias clases de curiosidad: una interesada, que nos lleva a aprender lo que puede sernos útil, y otra de orgullo, que viene del deseo de saber lo que otros ignoran». Y, en una variante, amplía así su concepto: «La curiosidad no es, como se cree, un simple amor de la novedad; hay una interesada, que nos instiga a conocer las cosas para prevalernos de ello, y hay otra de orgullo que nos induce a ponernos sobre los que ignoran las cosas y a no colocarnos debajo de los que las saben» (1).

El supuesto de que existe una curiosidad desinteresada suele aplicarse con frecuencia a su forma intelectual. James (2) entiende que en cierta época de la vida llega a su máximum nuestra sensibilidad frente a ciertas lagunas de nuestro conocimiento, o el placer de resolver determinados problemas, facilitándose la adquisición de conocimientos científicos; «pero estos efectos pueden haber sido ajenos al destino de nuestro cerebro» y sólo en los últimos siglos podrían haber influido sobre la selección de las razas o los grupos humanos.

No obstante su importancia, esta función biológica tiene una bibliografía reducida. Encon-

(1) *Idem*, *Máximas* - Variante: CLXXXII.

(2) James: *Principios de Psicología*.

tramos mencionada la curiosidad, en su sentido vulgar, en los clásicos de la ética y de la filosofía; algunos modernos la enumeran al hablar de los sentimientos intelectuales y los libros de ciencia pedagógica enuncian la ventaja que habría en utilizarla convenientemente en la educación. Su psicología suele involucrarse en el estudio de la atención; sobre su patología sólo tenemos observaciones incidentales.

Para Descartes la curiosidad es un deseo (1) y para Malebranche una inclinación (2); ambos se limitan a mencionarla, sin profundizar su génesis. Los contemporáneos concuerdan en considerarla un instinto (Darwin, Romanes, Spencer, Ribot, James, Patrizi, Ferriani, Thomas), inclinación (Garnier, Boucher), tendencia (Hoffding) o sentimiento derivado de ellos (Mercier). Concuerdan todos en que es un fenómeno primitivo de nuestra vida mental, pero el proceso genético de su formación aún no ha sido claramente explicado.

Si concebimos la vida como una continua adaptación del organismo viviente al medio en que vive, las funciones psíquicas se nos presen-

(1) Descartes: *Traité des passions*, II part., art. 70, 88, pass.

(2) Malebranche: *Recherche de la Verité*, libro IV.

tan como un sistema regulador de ese equilibrio, provocador de movimientos apropiados a las condiciones externas que los sentidos nos revelan. Vivir y pensar son funciones activas, incessantes; las condiciones físico-químicas de la materia viva establecen sus tendencias a la actividad, siendo el movimiento su manifestación más característica. La actividad vital busca el equilibrio entre el ser vivo y su medio: la adaptación. Esa tendencia al movimiento choca con las resistencias ambientes: los sentidos son los medidores de las resistencias y su excitación regula las reacciones motrices que adaptan el ser vivo al medio. En esa necesidad orgánica de «conocer para adaptarse» encontramos el origen biológico de la curiosidad.

El conocimiento del medio por los sentidos constituye la experiencia. La curiosidad puede llevarnos a conocer la realidad o a equivocarnos respecto de ella; en el primer caso la experiencia es exacta y nos encamina hacia la verdad; en el segundo hay errores de los sentidos que llevan a la ilusión o a la alucinación, bases del error, y que se refieren a las sensaciones mismas o a sus representaciones.

La experiencia de los sentidos es, pues, una función biológica y la tendencia a efectuarla es lo que suele designarse con el nombre de curio-

sidad. Derivando de funciones de adaptación, primordiales en la vida de todas las especies vivientes, la curiosidad es primitiva y se explica su importante función en la vida individual o social.

Observa James que la curiosidad y el miedo constituyen una pareja de emociones antagónicas, pudiendo ser provocadas las dos por el mismo objeto exterior y siendo útiles ambas al ser que las posee. El espectáculo de su alternación en los animales que se encuentran por vez primera frente a un ser u objeto desconocido, suele ser ameno. Si los objetos nuevos pudieran ser siempre útiles, sería mejor para el animal no tenerles miedo en ningún caso: pero como pueden ser nocivos les conviene no ser indiferente ante ellos, permanecer en guardia, cerciorarse de lo que pueden ser y hacer, antes de decidirse a estar tranquilos en su presencia. La base instintiva de toda curiosidad biológica y humana reside, pues, en la «novedad» de lo que se presenta a nuestros sentidos, sin que sepamos si es útil o nocivo. En el curso de la evolución, específica o individual, aparecen otros factores que modifican el primigenio interés defensivo que nos despiertan las cosas, a punto de ser difícilmente perceptible en las manifestaciones superiores de la curiosidad intelectual.

Es siempre utilitaria, sin embargo; una ampliación de la experiencia implica un conocimiento menos inexacto de la realidad y constituye una ventaja en la lucha por la vida, favoreciendo la adaptación y la supervivencia. Se comprende que los excitantes de la curiosidad intelectual pueden no ser ya objetos, sino modos de concebir los objetos mismos; pero nuestra curiosidad tiende a llenar las lagunas de las síntesis mentales efectuadas sobre las partes de realidad que más nos interesan, buscando el equilibrio de nuestras ideas y facilitando la adaptación de nuestra conducta a un cierto concepto del medio a que nos adaptamos.

Concuerdan los biólogos en admitir que la sensibilidad es un caso particular de la irritabilidad protoplasmática, entendida ésta como una propiedad general de la materia viva. Después, a medida que los seres evolucionan, especializan tejidos y órganos que facilitan el cumplimiento de las diversas funciones necesarias para la conservación de la vida. Para llenar mejor su objeto, al constituirse órganos especiales, van apareciendo especializaciones definidas de la sensibilidad y del movimiento.

Las tendencias o inclinaciones se forman en el curso de la experiencia de la especie. Pueden referirse directamente a la vida física (como el

hambre o la sexualidad), o indirectamente por medio de la actividad mental: así se desenvuelven las tendencias estéticas, religiosas, intelectuales, etc.

La tendencia intelectual—o curiosidad—se manifiesta de modo inmanente o hereditario, orientada de la manera más eficaz para conocer la realidad ambiente, extendiendo el campo de la experiencia individual. Cada cosa que solicita nuestros sentidos o nuestra imaginación puede ser un objeto de curiosidad.

Producto de la experiencia filogenética, esa tendencia es adquirida en el curso de la evolución de las especies; adquiere caracteres más diferenciados en la evolución de la especie humana. Como tendencia corresponde a lo que en el lenguaje antiguo se designaba con el nombre de «instinto», que hoy comienza a rechazarse en biología y psicología, por lo menos con los caracteres que antes se le atribuían. Admítese ahora que no hay instintos fijos, sino variaciones adquiridas por la experiencia de nuestros antepasados, fijadas en hábitos y transmitidas hereditariamente. En este sentido diríamos que la curiosidad (o «instinto intelectual») es el hábito de la función de conocer, adquirido por la especie y transmitido hereditariamente como una tendencia.

La curiosidad se nos presenta, en suma, como una necesidad compleja de todo el organismo, subordinada a sus modificaciones orgánicas y bioquímicas: un estado de actividad de todo nuestro ser, que acomoda nuestros centros nerviosos más evolucionados para facilitar las percepciones o representaciones útiles a la vida. Sobre las bases de esa tendencia hereditaria desarróllase en los individuos el sentimiento intelectual y evoluciona hasta revestir caracteres varios y complicados.

Sus grados y aspectos difieren de individuo a individuo. Su función crece progresivamente en la evolución humana, encaminando las tendencias hereditarias hacia su más favorable actuación. Cuando la tendencia ha encontrado las condiciones propicias, asume caracteres volitivos, de acción, pudiendo en ciertos casos convertirse en verdadera «pasión intelectual», fase superior de nuestra vida afectiva, capaz de compeler la conducta en el sentido de la tendencia.

Respecto del origen y función biológica de la curiosidad, podríamos, pues, decir que la experiencia de los sentidos es una tendencia instintiva y la condición inicial del conocimiento de la realidad, indispensable para la adaptación. La curiosidad es el exponente funcional de esa tendencia y se revela con tantas manifestaciones

cuantos son los modos de la realidad cuyos enigmas intentamos descifrar. El «por qué» y «cómo» de las cosas están perpetuamente planteados ante nosotros, cual interrogantes cuyas soluciones relativas pueden servirnos en la lucha por la vida; sin olvidar, empero, que su respuesta absoluta es la perpetua quimera que escapa a nuestro esfuerzo y el estímulo incesante de la curiosidad humana.

Y es privilegio de los espíritus más altos, en las ciencias y en las artes, vivir con el ingenio alerta sobre todas las manifestaciones de la Naturaleza, escrutando sus secretos más íntimos, auscultando sus palpitaciones, descifrando sus problemas remotos y oscuros, multiplicando la propia vida por los cien caminos nuevos que hacia ella entreabre la curiosidad, a los que pueden decir como el poeta: «Nessuna cosa mi fu aliena; nessuna mi sarà mai, mente comprendo. Vigile a ogni soffio, intenta a ogni baleno, sempre in ascolto, sempre in attesa, pronta a ghermire, pronta a donare, pregna di veleno o di balsamo, torta nelle sue spire possenti o tesa come un arco, dietro la porta augusta o sul limitare dell'immensa foresta, ovunque, giorno e notte, al sereno o alla tempesta, in ogni luogo, in ogni evento, la mia anima visse come diecimila!» (1).

(1) D'Annunzio: *Le Laudi*, vol. I, págs. 23 y 24.

II.—Evolución de la curiosidad.

Un ser sin curiosidad sería incapaz de vivir; cada ser viviente es curioso a su manera. Lo es el gato, tendido ociosamente sobre un tejado, cuando sigue con ágil pupila a los pájaros que rayan la comba del cielo; lo es el gauchó que encontrándose en un bulevar moderno todo escruta con ojo sorprendido y avizor; curioso es el pobre de espíritu cuya mente pueblan de alarma intranquila todas las pequeñas incidencias que ocurren en torno suyo; y lo es el niño indiscreto que nos acosa con preguntas acerca de las mil novedades que inquietan su experiencia rudimentaria; y también la mujerzuela ávida de fruslerías que inclina su oído sobre el ojo de las cerraduras para atisbar secretos ajenos. Todo ello nos muestra diversas fases evolutivas de la curiosidad a través de las especies, de las razas y de los individuos, desde formas sencillas hasta expresiones complejas.

La vemos aparecer en los tramos rudimentarios de la evolución biológica; cualquier objeto desconocido puede excitarla y la atención es fa-

cilitada por el acercamiento al objeto y su exploración con las superficies táctiles, con la nariz, con los labios. Toda la operación de «tantear», es decir, el conocimiento por el tacto, tan difundido en la serie animal, es una manifestación de la curiosidad sensorial aplicada al conocimiento de las cosas. Con frecuencia observamos que los animales merodean en torno de un objeto desconocido, ocercándose a él mientras está inmóvil, husmeándolo, mirándolo, para fugar en cuanto observan un movimiento, por aquel antagonismo entre el miedo y la curiosidad que domina a todos los animales frente a lo desconocido. Los peces acuden donde aparece un objeto desconocido y pescadores hay que se valen de luces para llamarlos a sus redes. Entre los pájaros el hecho es más frecuente y la vivacidad de los colores suele atraerlos, dato conocido y explotado en cinegética. Quien quiera leer a Romanes (1) y Darwin (2), encontrará centenares de observaciones sobre la curiosidad en los animales.

Ella hace acudir millares de insectos en torno de nuestras lámparas eléctricas, en las noches estivales; ella, en lejanas tierras polares, induce

(1) Romanes: *Evolución mental*, págs. 283 a 351.

(2) Darwin: *Descendencia del hombre*, pass.

a los pájaros a aproximarse sin miedo al raro visitante de las comarcas, para conocer a su modo a los viajeros que constituyen una novedad en su humilde experiencia; ella, en nuestros jardines zoológicos, hace agolparse los monos a la rejilla cuando una mujer vestida con vivaces colores pasa por las inmediaciones; ella salva al minero de nuestras casas, haciéndole observar desde la entrada de su cueva si está en la habitación el temido gato que le acecha implacable. Cuentan los naturalistas la estratagema que en Ceylán se emplea para cazar fieras, fundada en la curiosidad que les produce una sensación nueva: atan un cencerro al cuello de un búfalo y le ponen sobre el dorso un canasto con antorchas encendidas; a medida que el búfalo penetra en la selva, acuden leopardos, jabalíes y otra caza mayor, atraída por lo insólito de la luz y el sonido; los cazadores, que vienen detrás, hacen fácil blanco sobre las fieras curiosas, que parecen suspensas y fascinadas. Notoria es la prueba que hizo Darwin sobre la curiosidad de los monos; no obstante el terror pánico que les infunden las serpientes, no resisten a la tentación de observarlas de cerca; dice el naturalista inglés que ellos se acercaban prudentemente, uno tras otro, a la caja o cartucho en que estaban, llegando hasta levantar la tapa o desenvolver la punta

del papel, huyendo en seguida aterrorizados.

Esta función de la curiosidad, estrechamente ligada con el conocimiento, es, sin duda, mayor en las especies que han alcanzado un desarrollo mental más considerable; por otra parte, tratándose de una función útil y selectiva, cada especie tiene curiosidades apropiadas a sus condiciones de vida. El hombre, en razón de su evolución más compleja, es el animal dotado de mayor curiosidad general y capaz de más vasta experiencia.

No es uniforme, sin embargo, la curiosidad humana, como no es homogéneo su nivel mental, en las distintas sociedades que constituyen la especie y en las diversas clases superpuestas en una misma sociedad. ¿Es curioso el hombre primitivo? ¿Cuáles son sus curiosidades preferentes? Conviene, en efecto, recordar que las hay elementales y complicadas, directamente contiguas a las sensaciones e indirectamente abstraídas de las mismas: curiosidades de los sentidos y curiosidades del entendimiento. Spencer refiere numerosos hechos que establecen su escasa curiosidad por los enigmas remotos que nacen de la contemplación meditativa (1); considera infundada la hipótesis poética que imagina al

(1) Spencer: *Principles of Sociology*, I, págs. 88-89.

hombre primitivo entregado a especulaciones sobre los fenómenos del mundo que lo rodea, no teniendo interés alguno de comprenderlos. Si esa curiosidad intelectual no existe en el hombre primitivo, las formas inferiores de la curiosidad son comunes en él. «La necesidad de conocer—observa Ribot—parece muy desigualmente repartida en las diversas razas; el único hecho universal es que la curiosidad primitiva se limita a cosas muy simples, que tienen o parecen tener una utilidad práctica. La curiosidad y el estado afectivo que la acompaña, tiene por fin la conservación del individuo, lo mismo que los otros sentimientos propios de ese período inicial de la evolución. Estar alerta, averiguar lo que es útil y lo que es nocivo, en una palabra «saber», es en el orden práctico un arma poderosa en la lucha por la vida, una causa de selección» (1) en favor de los curiosos y en contra de los indiferentes. Con ellos concuerdan los psicólogos modernos al admitir que en los pueblos primitivos son comunes las formas inferiores, inmediatamente utilitarias, escaseando la curiosidad intelectual.

Prueba de ello tenemos observando la mentalidad de las clases sociales inferiores considera-

(1) Ribot: *Psychologie des Sentiments*, pág. 371.

das como verdaderas razas primitivas vivientes en medio de la civilización moderna (1). El gaucho hipotético, a que hace un instante nos referíamos, meditando en la noche serena de la pampa sobre los hondos problemas que el universo plantea al espíritu humano, sólo puede concebirse como una excepción genial dentro de su ambiente y de su clase.

El hombre inculto, lo mismo que el salvaje, sólo es capaz de las curiosidades inferiores que sirven directamente a sus necesidades inmediatas. Atrasados en la civilización, equivalen a los retardados en la evolución humana, y, lo que es más significativo, equivalen también a los deficientes en su desarrollo individual.

Los que hemos frecuentado las dolorosas clínicas manicomiales sabemos que los deficientes, los imbéciles y los idiotas, poseen una curiosidad raquítica o subalterna, incapaz de manifestaciones superiores. Basta leer el conocido libro de Sollier (2) para advertir que la curiosidad del idiota es casi nula; lo que se mueve o acontece en torno suyo no le interesa; sus sentidos parecen obtusos, rebeldes a toda nueva experiencia; su ojo no escruta, su labio no interroga, su oído

(1) Nicéforo: *Anthropologie des classes pauvres*.

(2) Sollier: *Psychologie de l'idiot et de l'imbécile*.

no se adapta a los sonos, su entrecejo no se frunce jamás para indagar un «cómo» o un «por qué». El imbécil tiene, en cambio, la curiosidad del primitivo, del ignorante o del niño; su espíritu es incapaz de fijarse o coordinarse en un sistema y su curiosidad es inestable, fatua, mariposeadora; mil preguntas revelan su indigencia intelectual cada vez que un objeto o un hecho se presenta a la experiencia de sus sentidos, sin ser capaz siquiera de esperar una respuesta o de comprenderla.

En el imbécil, que suele acosar con preguntas absurdas o desatinadas, sólo encontramos la caricatura de la curiosidad intelectual.

La curiosidad del niño aparece con los mismos caracteres que la del primitivo, del inculto y del deficiente. Para él casi todo es nuevo y está naturalmente inclinado a interesarse por cuanto se le presenta; las cosas más insignificantes son objeto de su curiosidad, por lo menos hasta que las comprende.

La curiosidad es manifestación de inteligencia que despierta y desea ejercitarse en el conocimiento de la realidad. El niño aburrido, apático, indiferente, el que nunca pregunta el cómo y el por qué de las cosas, ese alabado niño «discreto», que no compromete a las mamás improvisoras, no es inteligente. La tendencia a cono-

cer se manifiesta primero como necesidad de emociones; eso explica en gran parte la rapidez con que el niño adquiere, transforma y abandona sus gustos, los incesantes caprichos que hacen variar constantemente sus preocupaciones, dirigiendo en sentido múltiple su curiosidad inestable. Más tarde el niño inteligente se vuelve travieso; todo lo inesperado o novedoso le interesa y llega hasta buscar los pequeños peligros en que se balancea la curiosidad y el miedo. En un período ulterior comienza a elevar y complicar su curiosidad; después de romper un muñeco para ver lo que tiene dentro, desarma su primer reloj buscando el secreto del engranaje, abre el cadáver de un pez o de un ave doméstica para cerciorarse de su configuración anatómica, o desenvuelve un cohete para descubrir el secreto de las sustancias explosivas. Y así, poco a poco, la experiencia lo va poniendo en posesión de la realidad; la instrucción sería prácticamente imposible si no existiera la curiosidad. El niño debe ser curioso, cuanto más curioso, más educable. El que no sienta el aguijón de la curiosidad, será tardío y mezquino para enriquecer su patrimonio intelectual.

Suele atribuirse a la mujer la curiosidad inferior que acabamos de consignar como propia de las mentalidades deficientes o en formación; el

teatro y la novela picaresca han sacado abundante partido de esta malhadada curiosidad femenina y nos hemos acostumbrado a suponer que la mitad del género humano invierte sus horas en atisbar lo que pasa en la casa del vecino, en averiguar detalles de las vidas ajenas, en interesarse por la crónica de los crímenes pasionales y en análogas manifestaciones de la curiosidad subalterna. El hecho no es axacto sino a medias; es el resultado de una actividad mental no encauzada en ningún sentido útil, exenta de preocupaciones y de trabajos, quedando las manos y la lengua libres. Alejadas de las grandes actividades intelectuales, sociales, políticas y económicas, que el hombre monopoliza, ellas se ven obligadas a interesarse por menudencias y fruslerías que llenan su existencia mientras no sobreviene su gran función biológica y social: la maternidad. No olvidemos, para ser justos, que existe infinidad de hombres en condiciones semejantes y que las mujeres ilustradas pueden estar exentas de esas pequeñeces de espíritu que nivelan su curiosidad con la del niño y del primitivo.

La evolución de la curiosidad muestra un paralelismo entre ella y el desarrollo mental, así como el advenimiento paulatino de curiosidades cada vez más indirectamente utilitarias. La cu-

riosidad, como la vida, tiene innumerables gradaciones: desde el animal que palpa y husmea hasta la genialidad de un Aristóteles o un Bacon que ansiosamente anhela conocer y comprender todos los misterios de la Naturaleza.

José INGENIEROS

SONETOS

I

Angelus del Tramonto.

Y nada más: para las primaveras
que ofrenden sus corolas campesinas,
otra Pascua Florida en las praderas
y un viento pastoral en las colinas.

Cuando lleguen las calmas vespertinas
a darnos sus ternuras postrimeras,
habrá un poco de sol en las cortinas
y un florecer en las enredaderas.

Y, como en las historias de ermitaños,
que nos colme un perfume, el de los años,
una lumbre de amor que nos aguarde,

y un cansado balcón que mire hacia
lo más remoto en que nos dé su gracia
el azul difundido de la tarde...

II

A una semienlutada.

En tus ojos — acaso te desvelas —
está la ensoñación de los frondajes
que atenúa la luz en los paisajes
de los ríos que arrastran cantinelas.

Ojos de las magníficas abuelas
que suspiraron entre los encajes:
son vagos como son ciertos plumajes
y tornasoles como algunas telas.

He visto en el tramar de tus pestañas
eso que deja el sol en las montañas
cuando se va... Tantos recuerdos rielas

en ellos, que no sé qué de adorable
tienen en su misterio inexplicable
de frondas, de plumajes y de telas...

RAFAEL HELIODORO VALLE

“La Corte del Cuervo Blanco”

Fábula escénica de Ramón Goy de Silva.

Conforme hemos ofrecido en nuestro número anterior, publicamos aquí algunas escenas de «La Corte del Cuervo Blanco», obra que, a juicio del insigne filólogo don Julio Cejador, «es más humana, más sencilla, más profunda, más acabada que *El pájaro azul*, de Macterlink, y que el *Chantecler*, de Rostand». (Véase el estudio crítico que este sabio profesor de Filosofía y Letras de nuestra Universidad Central, hace de las obras de Goy de Silva, en el número VII de CERVANTES.)

JORNADA CUARTA

Salón en el Palacio del
Cuervo Blanco. Al fondo,

por el intercolumnio del pórtico, se ve el jardín ilimitado donde los macizos de mirtos y los cipreses distantes simulan túmulos en un cementerio lleno de sombras y claridades fantásticas.

I

LA COTORRA Y EL MOCHUELO

Salen por uno de los corredores laterales.

La Cotorra.—Estoy maravillada, no sé cómo agradeceros el favor que me habéis dispensado... ¡Qué solemnidad...! Nunca he visto nada semejante... El salón del trono suntuoso, esplendente... y la Sede áurea, asiento de Su Potestad, sobre altas gradas y bajo un dosel de púrpura y armiño. ¡Magnífico espectáculo! ¿Os fijasteis? ¡Tras el venerable Cuervo Blanco, el Pavo Real y el Ave Lira con sus colas desplegadas...!

El Mochuelo.—¡Es todo un símbolo...! Aquí todo es simbólico...

La Cotorra.—He notado que el Aguila ocultaba a duras penas su contrariedad, parecía humillada.

El Mochuelo.—¿Por qué?

La Cotorra.—Su sitio estaba mucho más bajo que el de Su Potestad; ¡ella que vuela tan alto...!

El Mochuelo.—No debe ofenderse... ¿Quién, por muy alto que vuele, puede compararse al Cuervo Blanco en excelsitud?

La Cotorra.—El Aguila es una majestad soberbia y poderosa; sus dominios se extienden desde las heladas estepas de la Siberia hasta las calidas llanuras del Africa meridional, y aún más allá.

El Mochuelo.—Sí, pero Su Potestad gobierna en todas partes y no sólo las aves, sino todos los seres alados que en el aire viven, a él rinden homenaje.

La Cotorra.—¿Todos?

El Mochuelo.—Ya acabáis de verlo... El mismo rey Mariposón ha jurado acatamiento y aceptó como un gran honor, sin el menor escrúpulo, la insignia de la Paloma blanca... ¡Es verdaderamente estupendo!

La Cotorra.—¿Tanta importancia concedéis a eso?

El Mochuelo.—¡Y sois vos quien me hace tal pregunta! ¿Ignoráis la significación, la trascendencia de un acto semejante...? ¡Es la abdicación de todo el pasado espiritual de una raza fanática...! El Oriente renegando de sus ideas, de su

fe, de su leyenda histórica... ¡Es la profanación de una tumba sagrada que contiene el alma de mil generaciones...! Es ¡oh, triunfo supremo!, la victoria decisiva de la Paloma blanca sobre el Dragón alado... el legendario Dragón de oro...

La Cotorra.—¿Y a qué artes mágicas se debe esa victoria...? ¿Al Cuervo Negro, al Murciélago, al Aguila...? Porque Su Potestad no ha dicho una palabra durante la Asamblea.

El Mochuelo.—Sabed que Su Potestad no habla nunca en actos semejantes; por él piensa el Gran Buho, que es la sabiduría y cuyas ideas expone el Gran Cacatúa, vuestro noble pariente, que es la elocuencia.

La Cotorra.—¡Cuánto honor para mí...! Verdaderamente, y esto sin que me ciegue la pasión, fué su discurso magistral y emocionante en alto grado... Estoy segura de que llevó el convencimiento al ánimo de todos...

El Mochuelo.—No lo dudéis, merced a él se convirtió el rey Mariposón y se condenó al Cuervo Negro y a todos sus sectarios con el Murciélago y la Mosca al frente... ¡Qué gloria para el imperio del aire! Hoy es el primer día que brilla esplendoroso el gran topacio en el manto azul, que es la real vestidura de la Paloma blanca...

La Cotorra.—Parece mentira que seais vos,

un Mochuelo, quien hable así, con tanto entusiasmo.

El Mochuelo.—¿Por qué? Ya os he dicho que he renegado de mis falsas creencias... Las bellas ideas expuestas a la luz, me han convertido.

La Cotorra.—¡Y todo eso es obra de mi ilustre primo, el Gran Cacatúa...!

El Mochuelo.—No os enorgullezcáis tanto, que también a mí me corresponde en parte esa gloria... Soy primo del Gran Buho, y éste, ya lo sabéis, es el cerebro que discurre... es la inteligencia, la idea... El Cacatúa no es más que la palabra...

La Cotorra.—¿Queréis restarle méritos ahora...? ¿De qué servirían las ideas sin esa palabra que tratáis de menospreciar?

El Mochuelo.—Menos aún serviría la palabra sin las buenas ideas.

La Cotorra.—¡Menos, nunca...! La palabra es siempre luz; las ideas sólo son colores... encerrad esos colores en la obscuridad de un cerebro y veréis lo que brillan si no los ilumina la luz, que es la que da a todas las cosas expresión y vida.

El Mochuelo.—Y si yo os dijese lo contrario, que las palabras sólo son colorines y la verdadera luz son las ideas, ¿qué diríais?

La Cotorra.—Que me lo demostraseis.

El Mochuelo.—Las ideas son la luz que ilumi-

na las negruras del cerebro; las palabras sólo son los diversos matices con que dicha luz se manifiesta.

La Cotorra.—No estoy conforme...

El Mochuelo.—Ni yo insistiré en convencerlos... Sé muy bien que nadie cree más que lo que quiere o le conviene creer. De todos modos no discutiré a ninguno sus méritos, y a todos los concedo por igual... Si tuviésemos aquí Falerno y copas brindaríamos a la salud y por la gloria del elocuente Cacatúa y del Buho pensador.

La Cotorra.—Aquí vienen, precisamente... ¿Queréis que les hagamos presente nuestro testimonio de admiración?

El Mochuelo.—Creo más prudente retirarnos... Vendrán a conferenciar... están muy preocupados con el asunto de la princesa Mariposa... quieren casarla... Ya sabéis que hay dos candidatos a su mano: el Moscardón y el Ruiseñor, o, lo que es lo mismo, la Ambición y el Amor... éste es el protegido del Cuervo Blanco; pero el Moscardón es el predilecto del rey Mariposón. Es esta una difícil cuestión diplomática en la que, seguramente, vencerá quien tenga más astucia. ¿Queréis que paseemos por el jardín? Oiremos los comentarios de los congresistas.

La Cotorra.—Como gustéis.

Vanse lentamente, por
el atrio, hacia el jardín.

II

EL BUHO Y EL CACATÚA

Por el lado opuesto al
que han seguido la Coto-
rray el Mochuelo al partir.

El Buho.—Detengámonos aquí, si os parece
bien, mi ilustre compañero; no hay nadie en esta
sala.

El Cacatúa.—¿No teméis a los espías del Cuer-
vo Negro?

El Buho.—¿Vos, sí?

El Cacatúa.—

Con inquietud.

Sí; ¿a qué ocultároslo...? Esos seres me hacen
vivir en constante alarma... Andan en la sombra
y son capaces de fraguar los más terribles pla-
nes...

El Buho.—Si tanto les teméis, ¿por qué no
habéis callado?

El Cacatúa.—Si hablé fué obedeciendo a una fuerza superior a mi voluntad, a todos mis temores... Era la conciencia quien me exigía imperiosamente... Además vuestras ideas eran tan hermosas que hubiera sido una gran falta no lanzarlas a la publicidad... Pero ya veréis cómo es a mí a quien echarán toda la culpa.

El Buho.—Bien saben ellos que ni vos ni yo somos los responsables... Nuestro deber es cumplir la voluntad de Su Potestad...

El Cacatúa.—Pero Su Potestad es inviolable...

El Buho.—Para ellos nada hay inviolable, ni aun el ser poderoso en quien está encarnado el espíritu de la Paloma blanca.

El Cacatúa.—Por eso les temo.

El Buho.—Somos el saber, somos la justicia, somos la verdad... Nada debe contenernos en el fiel cumplimiento de nuestra misión; nada debe inquietarnos mientras guarde silencio la voz de nuestra conciencia. Sabed que la conciencia no habla más que cuando tiene que censurar... ¿Os dice algo la vuestra?

El Cacatúa.—A fe mía que no.

El Buho.—Pues basta, y ahora permitidme un consejo acerca de los deseos expuestos por el rey Mariposón.

El Cacatúa.—Decid.

El Buho.—Ya sabéis cuál es la voluntad de

Su Potestad... Me refiero al casamiento de la princesa Mariposa...

El Cacatúa.—Sí, que el Ruiseñor sea el candidato triunfante.

El Buho.—La victoria del Moscardón sería para nosotros una derrota fatal... El Cuervo Negro y sus sectarios le protejen y emplearán, para favorecerle, todas sus malas artes. Tienen de su lado a la muerte y al espíritu del mal.

El Cacatúa.—La vida, en cambio, es nuestra, y vos, que sois la sabiduría, poseéis también el valor contra las asechanzas nocturnas... ¿Qué puedo hacer yo?

El Cacatúa.—

Viendo llegar a alguien.

Callad... Vienen a interrumpirnos.

El Buho.—¿Quiénes son?

El Cacatúa.—Nuestros enemigos, la Mosca y el Murciélago.

El Buho.—Vamos en busca del Ruiseñor.

El Cacatúa.—En el jardín lo encontraremos, seguramente.

Vanse por el atrio.

III

LA MOSCA Y EL MURCIÉLAGO

La Mosca.—

Viendo partir al Buho y
al Cacatúa.

¡Cobardes...! Nos temen y se alejan.

El Murciélago.—Ya tomaremos la revancha... Nuestra primera víctima será el Ruiseñor... ¡Oh, ese gran Moscardón es digno de ser nuestro protegido...! Es la codicia personificada... No ama a la Mariposa, pero aspira a ocupar el trono de su padre... Este, por su parte, no menos egoísta, ambiciona los tesoros del tirano de abejas... La princesa será entre ellos el lazo de unión, y la ganancia, al fin, la llevaremos nosotros.

La Mosca.—¡Qué triunfo...!

El Murciélago.—Dadlo por seguro y dispuestos a la lucha... Aquí vienen los adversarios.

Se ocultan entre las columnas.

IV

LA MOSCA Y EL MURCIÉLAGO; LA MARIPOSA Y EL
RUISEÑOR POR EL JARDÍN

La Mosca.—No nos han visto; ¿los dejamos pasar?

El Murciélago.—Observémosles.

La Mariposa.—

Tristemente.

He obtenido de mi padre el consentimiento para decirte adiós.

El Ruiseñor.—¿Cómo es posible que pronuncies esa palabra...? Has prometido no abandonarme nunca. ¿Crees que yo podría vivir sin ti...? Te seguiré adonde quiera que vayas.

La Mariposa.—¿Al reino de mi padre...? ¡Te matarían!

El Ruiseñor.—Mejor es morir que vivir sin ti... Todo es preferible a verte casada con ese aborrecido Moscardón.

La Mariposa.—Eso no sucederá... Jamás seré de otro, sino tuya...

El Ruiseñor.—¿Por qué no huimos...?

La Mariposa.—¿Adónde...? ¿Qué asilo hay más seguro que éste...? Si el Cuervo Blanco no

es bastante poderoso para defendernos, ¿quién ha de ampararnos mejor?

El Ruiseñor.—Iremos al azar, solos, por el sendero florido del mundo... Cruzaremos el país del ensueño, el país de la ilusión, entre las montañas azules y los valles color de esmeralda... Descansaremos a la sombra de las palmeras milenarias y beberemos el agua de los manantiales perennes... Yo velaré en las noches tu sueño, con mi canto, bajo la mirada blanca de la luna... Preguntaremos a las esfinges sus secretos, y ellas nos mostrarán el país de la felicidad... Las esfinges no hablan, porque están más allá de la vida, en el reino del misterio... no hablan, pero en sus ojos videntes se descubre lo ignoto... Ellas miran sobre los horizontes perdidos que trazan un límite a las tierras agostadas... Miran más allá de los horizontes terrenos a los mundos lejanos del Amor...

La Mariposa.—

Con voz emocionada y leve.

Más allá de los horizontes lejanos... ¿Quién nos conducirá...?

El Ruiseñor.—Buscaremos a las quimeras que tienen alas de pegaso, colas de salamandra y ga-

rras de dragón...; buscaremos a las quimeras que tienen cabeza humana, como las garudas, y cantan como sirenas y tienen busto de mujer... Ellas pasan por los bosques, cual los centauros; por los aires, cual las nubes; por los ríos, cual las ondinas, y por el fondo del mar... Y pasan también por las regiones del fuego y van adonde quiera llevarlas nuestra fantasía...

La Mariposa.—No podremos huir de la tierra... lejos de aquí no habrá asilo seguro... Mi padre nos perseguirá sin piedad... Fuera del amparo del Cuervo Blanco, ¿quién es bastante fuerte para defendernos de las iras del rey Mariposón?

El Ruiseñor.—El Aguila.

La Mariposa.—El Aguila es menos poderosa que Su Potestad... El Cuervo Blanco tiene el poder espiritual que domina todas las fuerzas.

El Ruiseñor.—El Aguila es más fuerte que el rey, tu padre, y que todos los reyes... Todos ellos juntos no podrían luchar con sus ejércitos de buitres y condores, grajos y halcones, y milanos...

La Mariposa.—¿Tienes su protección?

El Ruiseñor.—Confío en que nos protegerá... más que por servirnos a nosotros, para castigar al Moscardón y a las aves nocturnas...

El Murciélago.—

A la Mosca.

¿Oís...? Hablan de las aves nocturnas...

La Mosca.—Eso no va por mí... Yo soy insecto...

El Ruiseñor.—Al Murciélago, sobre todo...

La Mariposa.—Sobre todo a la Mosca miserable...

El Murciélago.—¿No os dais por aludida ahora...?

La Mosca.—Hablad vos.

El Murciélago.—

Con voz airada.

¿Quién nos llama?

La Mariposa.—

Asustada.

¡Ellos...!

El Ruiseñor.—No temas.

La Mosca.—

Avanzando unos pasos.

¿Nos llamabais?

El Ruiseñor.—

Con desprecio.

Nada queremos con vosotros. ¿Cómo es que aún estáis aquí...? La Asamblea os ha condenado... os ha desterrado...

El Murciélago.—¿Y creéis que puede expulsarse, así como así, a seres de nuestra condición...? Tenemos aquí nuestros intereses, nuestros bienes... Mientras no nos los devuelvan no nos echarán.

El Ruiseñor.—¿Qué bienes, qué intereses son los vuestros...? ¿Los que habéis usurpado? ¿Cómo restituiréis todo el óleo que absorbisteis de las siete lámparas sagradas, durante mil años... toda la sangre de inocentes víctimas que habéis aspirado, en vuestro insaciable vampirismo?

La Mariposa.—Mil tormentos no bastarían para castigar vuestros crímenes.

El Ruiseñor.—Pesáis sobre la tranquilidad humana como las tempestades sobre el mar...

La Mariposa.—Sois para la felicidad de la vida como las nubes negras que ocultan al sol; pero que no pueden apagarle.

La Mosca.—¿Y qué podéis echarnos en cara vos, *inocente* Mariposa...? Preguntad a las flores de todos los jardines quién ha libado el néctar de sus corolas...

La Mariposa.—Yo soy la vida... ¿Quién a la

Vida puede dar mejor sustento que las flores...? ¿Perecen acaso por nutrirme...? Mis libaciones en los cálices de las rosas son como los besos en los labios de los amantes... Cuando yo paso por los senderos floridos, bajo la caricia del sol, todos los capullos se abren en rosas para ofrecerme el néctar de sus corolas... Yo bebo en todas las fuentes del camino y beso en la boca a la juventud que revive a mi contacto y no se marchita, hasta que llegas tú, ¡la Implacable...!

La Mosca.—Y en eso estriba mi gloria... ¡Ah...! ¿Visteis jamás poder mayor que el mío...? Destruyo lo que vos creais... ¿Qué son para mí todas las grandezas del mundo...? Volved atrás la vista... ¿Dónde está todo lo que fué y no existe...? ¿Adónde irá todo lo que ahora es y dejará de existir muy pronto...?

La Mariposa.—Yo no miro al pasado..., soy el presente y el porvenir... Todo lo que fué ayer, vuelve hoy a ser... Todo lo que es hoy, volverá a ser mañana lo mismo que ayer...

El Murciélago.—Y el Amor, ¿cuánto durará...?

El Ruiseñor.—Todo lo que dure la Vida... Mientras la Vida exista, el Amor vivirá... Soy la flor de cuyo néctar se nutre la Mariposa.

El Murciélago.—Ved aquí al rey Mariposón... Él tiene la palabra...

V

LA MARIPOSA, LA MOSCA, EL RUISEÑOR, EL MURCIÉLAGO Y EL REY MARIPOSÓN; DESPUÉS, EL BUHO Y EL CACATÚA.

El Rey Mariposón sale pomposamente de una de las galerías laterales, seguido de su corte de abejas, ninfalos, crisomelas y colibríes. Al mismo tiempo llegan del jardín el Buho y el Cacatúa.

La Mariposa.—

Yendo al encuentro del rey, su padre.

Señor, ¿venís a buscarme...?

El Rey Mariposón.—

Severamente.

¿Con quién hablabais?

La Mariposa.—Me despedía de mi amado Ruiseñor.

El Rey Mariposón.—

Con disgusto.

Os prohibo dar ese nombre de amado, a otro que no sea vuestro esposo, y el Ruiseñor no lo será... Una princesa de vuestro linaje debe unirse a quien por su posición sea digno de ella... ¿Quién es el Ruiseñor...? Un vagabundo... Un artista errante que vive de limosna y come las sobras de nuestros festines... ¿Cómo es posible que pongáis vuestra ilusión en un sér que ni aún tiene la delicadeza de presentarse con decoro...? ¿No habéis reparado en el contraste que forma su mísero ropaje al lado de vuestras galas...? ¿Es tan pobre que no pudiendo elevarse a vuestro nivel quiere haceros descender al suyo...? Si fuese igual a vos en prosapia y fortuna... o si tuviese un pedestal de oro en que alzarse para poder miraros frente a frente, comprendo que creyeseis en su amor y en su desinterés; pero así...

La Mariposa.—

Con pasión.

Así es como creo más en él... Es el Amor y para elevarse no necesita de ningún pedestal... tiene alas que le conducen adonde quiere su voluntad... No tiene tesoros que guardar y vuela libremente por el mundo llevando consigo a la Vida, que sólo a su lado puede existir feliz...

El Rey Mariposón.—

Despótico.

¡Callaos!

La Mariposa se inclina resignada. El Rey Mariposón da órdenes a uno de sus chambelanes.

La Mosca.—

Al Murciélago.

¿Habéis oído...?

El Murciélago.—He adivinado... Pero no es lo que el Rey Mariposón dice a su hija de mayor interés, seguramente, que los consejos que el Ruiseñor recibe en este instante del Cacatúa inspirado por el astuto Buho.

La Mosca.—Astucia por astucia... formemos nuestro plan...

Siguen hablando.

El Buho.—

Al Cacatúa, que habla aparte con el Ruiseñor.

El Rey Mariposón da instrucciones a uno de sus chambelanes, y el Murciélago y la Mosca urden un complot... No debemos perder un instante si hemos de realizar con éxito nuestra empresa.

El Cacatúa.—

Al Ruiseñor.

Ya lo oís... No tenéis tiempo que perder... contad con nuestra protección... pero no olvidéis después que hayáis triunfado que a nosotros debéis vuestra felicidad y vuestra fortuna.

El Ruiseñor.—¿No os basta mi promesa de adhesión?

El Cacatúa.—Prestad juramento... De todos modos sólo os ligará a nosotros un compromiso moral; pero no necesitamos otra garantía.

El Ruiseñor.—¿Y si pierdo mi causa?

El Cacatúa.—Entonces perderemos todos vuestros parciales y a nada quedaréis obligado.

El Ruiseñor.—

Con decisión.

Sea, pues, como deseais... Lo juro por el mismo éxito que anhelo.

El Cacatúa.—

Al Buho, sin ocultar su
alegría.

¿Oisteis? ¡Ha jurado...!
El Buho.—

Al Ruiseñor.

Id, pues, a vuestro objeto y confiad en recibir pronto la bendición de Su Potestad.

El Ruiseñor.—¿En compañía de la que amo?
El Buho.—Sí.

El Ruiseñor hace ademán de ir junto al Rey Mariposón; pero en este instante se le aproxima el chambelán, a quien el Rey dió secretamente sus órdenes, y le habla aparte.

El Rey Mariposón.—

A los de su séquito.

Custodiad a la princesa y conducidla ante Su Potestad... Quédense a mi servicio cuatro gentiles hombres de mi cámara.

Son al momento obede-

cidas sus órdenes, y la Mariposa se dispone a partir.

La Mariposa.—

Gratamente sorprendida al ver entre los que la rodean a la Abeja.

¿Vos aquí, amiga mía...? ¿A qué debo la dicha de hallaros a mi lado?

La Abeja.—Mi amada princesa, ¿olvidáis que he sido desencantada con vos...? Al recobrar mi libertad no quise abandonaros y vengo dispuesta a haceros compañía, siempre que vos me lo permitáis...

La Mariposa.—¡Oh...! ¿No os separaréis de mí nunca...? Seréis mi amiga, mi hermana...

Con súbita tristeza.

Pero, ¿qué ilusiones estoy forjándome...? ¿Cuando quieren hacer de mí el ser más desventurado del mundo...!

La Abeja.—No os desconsoléis... El Moscardón no será vuestro esposo, si así lo deseais... ¿Queréis oír mi consejo?

La Mariposa.—

Con ansiedad.

¡Decid, decid...! ¡En oirlo está interesada toda mi alma...!

A un gesto del Rey Mariposón se interrumpe el murmullo de las conversaciones. La Mariposa dirige a su padre una última mirada de súplica; pero éste, incommovible, le indica con ademán imperioso una de las galerías, por la que sale la princesa seguida de la Abeja y del acompañamiento. En este instante se oyen los graves acordes de una marcha augusta.

VI

EL RUISEÑOR, LA MOSCA, EL MURCIÉLAGO, EL BUHO,
EL CACATÚA, EL REY MARIPOSÓN Y ALGUNOS
CHAMBELANES Y PAJES DEL REY

El Ruiseñor.—

Yendo hacia el Rey Mariposón, en actitud respetuosa y firme.

Señor, acabo de saber por vuestro siervo la proposición que os dignáis hacerme, con ánimo de honrarme, seguramente; pero que yo no puedo aceptar, ni aceptaría aunque me ofrecieseis en cambio vuestro reino... No es eso lo que anhelo, sino vuestra hija a quien he entregado mi albedrío.

El Rey Mariposón.—

Indignado.

¿Cómo os atrevéis a dirigirme tales frases...? En verdad vuestra audacia me admira... Necesario es que hayáis perdido la razón para hablar-me así, cuando debíais prosternaros y expresar vuestra gratitud por la generosidad de quien pudiendo castigar vuestras faltas las perdona y aún hace más: os ofrece una limosna, considerando que estáis necesitado de ella.

El Cacatúa.—

Al Buho.

El despotismo no se hubiera expresado mejor... Temo que la susceptibilidad de nuestro patrocinado no le permita usar de diplomacia y le haga olvidar nuestros consejos... ¡Con menos hubiera yo perdido los estribos...!

La Mosca.—

Al Murciélago.

La balanza se inclina a nuestro lado... Falta le hacía ahora al mozo nuestra ayuda.

El Murciélago.—Ya se la prestan buena y no a mal precio nuestros vecinos.

El Ruiseñor.—

Después de una lucha íntima, dominándose al fin y comprendiendo las señas que le hace el Cacaúta.

Señor, me tratáis con rigor... Ser pobre, en el sentido que dais a esa palabra, es, sin duda, mi mayor delito... Seguramente no me hubierais humillado así, siendo yo, en vez de quien soy, por ejemplo...

Vacilante.

¿Quién podría deciros...? El hijo..., el heredero... o un aliado del Aguila real...

El Rey Mariposón.—

Burlonamente, con una risa forzada.

¡Qué gracia...! ¡Qué simpleza...! Ciertamente que no, caballerito... Pero habéis de convenir que entre el hijo, el heredero, o un aliado de un monarca tan poderoso, y vos, hay diferencia.

El Ruiseñor.—Y si ese heredero... ese aliado de que os hablo os pidiese a vuestra hija por esposa, ¿se la concederíais?...

El Rey Mariposón.—Sin duda... si ella le amaba.

El Ruiseñor.—Pues bien, señor, ved en mí en este momento al aliado del Aguila; que si no lo soy, en realidad, puedo serlo tan pronto os dignéis vos decir una palabra.

El Rey Mariposón.—

Creyendo ser objeto de burla.

¡Ah, ah...! ¿Todavía pretendéis mofaros...? Si no estáis loco, pensad que podéis pagar cara vuestra osadía.

El Ruiseñor.—

Inmutable.

Contestad, señor, dignaos contestar... Es el aliado del Aguila Real quien os lo ruega... ¿Me otorgáis a vuestra hija?... Pensad que ella me

ama tanto como detesta a ese miserable Moscardón, rey de zánganos y abejorros, que sólo pretende vuestra corona... Contestad, señor... Soy más rico que mi rival, y mi poder es mayor que el suyo... Tengo a mi mando una legión de buitres, con los cuales puedo obtener por la fuerza, lo que no quieran darme de grado... No os pido vuestro reino, ni vuestros tesoros... sólo quiero a vuestra hija...

Prosternándose, suplicante.

¡No me neguéis tal ventura...!

El Rey Mariposón.—¡Basta de farsa...! Lo que hacéis es ridículo para vos y para quien como yo tiene la paciencia de escucharos, con menoscabo de su dignidad...

Con imperio.

¡Idos de mi presencia!

El Ruiseñor.—

Insistente.

¡Dadme a vuestra hija...!

El Rey Mariposón.—

Con impaciencia.

¿Todavía...?

El Ruiseñor.—

Tenaz.

¡Vuestra hija...! ¡Ella me ama y por nada en el mundo renunciaré a su amor...!

El Rey Mariposón.—

Con orgullo.

¿Queréis que os haga ver la distancia que hay entre ella y vos...? ¿Entre vos y su prometido...?

El Ruiseñor.—

En pie, con arrogancia.

¿Su prometido dijisteis...? ¿Queréis hacer un parangón...? Pues bien, señor, sea así... Pero prometedme que daréis por esposa a vuestra hija a aquel de nosotros dos que salga triunfante...

El Rey Mariposón.—¿Triunfante...?

El Ruiseñor.—Sí, al que demuestre ser superior...

El Rey Mariposón.—¿Superior en qué?

El Ruiseñor.—En lo que vos queráis... En riqueza y en fuerza, que es la única superioridad digna de consideración a vuestro aprecio... En inteligencia y corazón, que es la que yo comprendo y estimo... En todo desafío a ese rival, seguro de vencerle... ¿Consentís...?

El Rey Mariposón.—Demostrad vuestra superioridad, como decís, y no vacilaré en daros el premio que solicitáis, pues así os habréis hecho digno de mi hija, quien, desde este instante, espera ante Su Potestad la llegada del esposo para recibir la bendición nupcial. Yo voy a su lado, en tanto; pero os advierto que poco he de esperaros.

El Ruiseñor.—

Con el más vivo entusiasmo.

¡Oh, señor, os prometo que poco aguardaréis... es muy grande mi afán...!

Se oye más cercana la música. Todos miran al jardín.

El Rey Mariposón.—¿Conocéis ese himno...?

Con ironía.

El Aguila, vuestro aliado poderoso, viene, sin duda, en vuestro auxilio... Debo dejaros solo en su presencia... Adiós...

El Ruiseñor.—No olvido, señor, que me esperáis...

El Rey Mariposón.—

A sus chambelanes, confidencialmente.

¡Pobre joven... está loco!...

Hay un asentimiento de de risas ahogadas, a las palabras del Rey, que se aleja por una de las galerías, seguido de sus siervos.

VII

LA MOSCA, EL RUISEÑOR, EL MURCIÉLAGO, EL CACATÚA Y EL BUHO

El Cacatúa.—

Al Ruiseñor, con entusiasmo.

¡Os felicito, hijo mío; habéis estado admirable...! ¡Seguid ese plan de conducta y triunfaréis!

El Ruseñor.—Es el plan que me habéis trazado.

El Buho.—No estaréis descontento de nuestros consejos.

El Ruseñor.—¿Puedo estarlo, acaso...? Pero ahora es cuando me asalta el temor... ¿Me abandonará la suerte a la mitad de la jugada?

El Cacatúa.—Tened fe y venceréis... No es necesario que vos vayáis en pos de la fortuna; ella viene a buscaros...

El Murciélago.—

A la Mosca, en secreto.

Nada tenemos ya que hacer aquí.

La Mosca.—¿Queréis abandonar el campo?

El Murciélago.—Nuestro campo no está en este lugar, sino junto al Moscardón. Vamos a prevenirle.

La Mosca.—

Con despecho.

¿Y hemos de permitir que esos se lleven la fortuna de la princesa Mariposa, pudiendo ser nuestra...?

El Murciélago.—¿Quién sabe...? De todos modos, la fortuna del Moscardón quedará en nuestro poder.

La Mosca.—¿Y si él no vence...?

El Murciélago.—

Enigmático, subrayando con siniestra intención sus palabras.

He dicho que *de todos modos...* Vamos a su encuentro.

La Mosca.—¿No esperamos la llegada del Aguila real...? Se acercan...

El Murciélago.—No debemos perder [un instante.

Vanse con prisa por uno de los corredores.

VIII

EL RUISEÑOR, EL BUHO, EL CACATÚA Y EL ÁGUILA
CON SU ACOMPAÑAMIENTO DE CONDORES, BUITRES
Y MILANOS, TODOS POR EL JARDÍN

El Cacatúa.—

Yendo al encuentro del

Aguila real e inclinándose reverente.

Señor: Su Potestad espera a Vuestra Majestad... ¿Os dignaréis pasar aquí la noche?

El Aguila.—Su Potestad me honra; pero con harto sentimiento mío véome en la precisión de rehusar el honor de ser su huésped por más tiempo... La tempestad se avecina... ved el cielo que cierra sus ventanas de luz... El viento que corre con acompañamiento de hojarasca... y aquellas dos nubes que siguen ruta opuesta y están a punto de chocar... En tiempo de tormenta es mi deber no abandonar mi reino, y retornar a él si el temporal me sorprende fuera de mis dominios...

El Cacatúa.—Cúmplase vuestra voluntad.

El Aguila.—No partiré, sin embargo, antes de haber expresado personalmente a Su Potestad mi testimonio de adhesión. Anticipadle mi deseo.

El Cacatúa.—

Haciendo otra reverencia.

Al momento, señor.

Al Ruisenior, aparte.

Esta es la ocasión. Audacia.

Sale.

IX

EL RUISEÑOR, EL BUHO Y EL ÁGUILA CON SU SÉQUITO

El Ruiseñor.—

Al Buho.

Siento que me falta el valor.

El Buho.—

Animándole.

Va en ello vuestra felicidad... No esperéis a que el primer rayo de la tormenta siembre entre nosotros el espanto y la confusión... y pensad que no es esa que el cielo nos anuncia, la tempestad a que me refiero, sino la que preparan en la sombra los partidarios de vuestro rival, a quienes el espíritu del Mal gobierna.

El Ruiseñor.—

Con decisión.

Me habéis convencido... Nada me arredra ya ante el peligro que nos amenaza.

Al Aguila, respetuosamente.

Señor, os pido gracia.

El Aguila.—

Sin altanería.

¿Quién sois y qué queréis de mí?

El Ruiseñor. — Un desvalido que necesita vuestra protección.

El Aguila.—Mi protección es de aquellos que, a mi concepto, la merecen, más que la necesitan. Exponed vuestra pretensión... No me sois desconocido... Creo haberos visto en la Asamblea, entre los acusados, si no me engaño.

El Ruiseñor.—Soy el Ruiseñor.

El Aguila.—¡Ah...! Sí... conozco vuestra odisea interesante... Contad con mi simpatía.

El Ruiseñor.— Qué razón tienen, señor, los que encomian vuestra magnanimidad... Jamás se vió al cobarde defender al débil... Con vuestra protección seré fuerte y llegaré hasta el mismo sol... que siempre verá mejor el sol un águila que un ejército de murciélagos.

El Aguila.—No anticipéis las alabanzas, que

acaso no las merezca tanto como suponéis. Hablad claro.

El Ruiseñor.—Pues bien... Nombradme vuestro aliado.

El Aguila.—¿Mi aliado...? ¿Sabéis lo que decís, joven, o pretendéis burlaros...?

El Ruiseñor.—¿Cómo podéis suponer...!

El Aguila.—Supongo que estáis loco y sois digno de lástima; de lo contrario ya os hubiera hecho pagar cara vuestra osadía... Quitaos de mi presencia si no queréis sufrir las consecuencias de mi enojo, que presto os lo haré sentir si persistís en provocarlo.

El Ruiseñor.—Señor, me tratáis sin consideración porque me creéis desvalido y pobre... Seguramente me guardaríais más miramiento si en vez de ser yo quien os habla, fuese... ¿quién os diré...? el hijo... el heredero... o el aliado del rey Mariposón...

El Aguila.—

Con risa.

¿Qué duda cabe...! ¿Pero queréis compararos...?

El Ruiseñor.—Quiero que supongáis, señor, por un momento, que el que ahora tiene el honor de hablaros es, en efecto, el heredero del

rey Mariposón, el prometido de la princesa Mariposa, que solicita vuestra ayuda para defenderse de un rival odioso...

El Aguila.—Si así fueseis, ciertamente...

El Ruiseñor.—No lo dudéis... Aquí hay quien puede dar fe de mis palabras... Dignaos interrogar al Buho, personaje, como debéis saber, el más prestigioso de la corte de Su Potestad.

El Aguila.—

Al Buho.

Os reconozco, ilustre varón, y vuestra palabra será para mí la mejor garantía... ¿Qué respondéis a lo que habéis oído?

El Buho.—Que, en efecto, señor, el que solicita vuestra alianza es digno de ella, por sus propios méritos y porque, además, es, como dice, el prometido de la hija del rey del Oriente, y heredero de su trono, desde el momento en que se haya desposado con la princesa.

El Aguila.—¿Y esos desposorios...?

El Buho.—Para celebrarlos basta con que vos os dignéis apadrinarle y conducirle ante Su Potestad, donde le espera la Mariposa para recibir la bendición nupcial.

El Aguila.—¡Oh!, no perdamos tiempo, si en mí sólo consiste que tal boda se realice...

Al Ruisenñor.

Pero, si mal no recuerdo, me hablasteis de un rival... ¿Quién es?

El Ruisenñor.—El Moscardón.

El Aguila.—¡Ah...! ¿Y qué teméis de ese miserable zángano de colmena?

El Ruisenñor.—Ahora nada, si vos me amparáis.

El Aguila.—Con toda mi voluntad y todas mis fuerzas.

Luce fuera un relámpago y se oye el rumor de un trueno lejano.

La tempestad me manda su primer aviso... Debo volver a mi reino.

El Ruisenñor.—

Suplicante, por el temor de ser abandonado.

Venid, señor... sólo un instante y os deberé mi dicha...

El Aguila.—

Al Ruisenñor, en secreto.

Pensad que os doy un trono y una fortuna.

El Ruiseñor.—Me dais algo que para mí vale más que todos los reinos y las riquezas del mundo... Mi amada es mi vida. Ayudadme a ganarla y todo lo demás será vuestro.

El Aguila.—Digno sois de mi amparo... Tenéis talento y corazón.

A los suyos.

Seguidnos.

Prosiguen la marcha
por las galerías.

X

LA COTORRA Y EL MOCHUELO, POR EL JARDÍN,
HUYENDO DE LA TORMENTA

La Cotorra.—No hay nada que me aterre tanto como una tempestad con su acompañamiento de truenos y relámpagos...

El Mochuelo.—Lo más temible es el rayo.

La Cotorra.—¿Creeis que estaremos aquí bien guarecidos?

El Mochuelo.—No hay refugio bastante seguro contra la ira de los elementos...

La Cotorra.—¡Me asustais!

El Mochuelo.—Ved el jardín en sombra... Un solo relámpago bastó para iniciar la desbandada... Todos huyen de la tormenta.

La Cotorra.—Son las aves nocturnas, expulsadas de la corte de Su Potestad y a quienes no se permite aquí la entrada.

Lucen nuevos relámpagos y se oyen más cerca-
nos los truenos.

¡Huyamos de esta sala desierta... huyamos!

Se oye rumor de músi-
cas y cantos.

¿Esa música...?

El Mochuelo.—Es la marcha nupcial con que se solemnizan las bodas reales.

La Cotorra.—¿Acaso la princesa Mariposa...?

El Mochuelo.—Se ha casado...

La Cotorra.—¿Con quién...? El Moscardón estaba en el jardín con las aves nocturnas.

La tempestad arrecia y
al ruido de los truenos se

confunden los gritos de una multitud de aves que parecen rebelarse y a las cuales se les ve correr de un lado a otro del jardín.

¿Qué gritos, qué ruido es ese que se mezcla al clamor de los elementos...? Mirad el jardín poblado de seres fantásticos, de negras sombras que parecen poseídas de espanto y de furor... ¿No veis...? ¡Luchan...!

El Mochuelo.—Son los vencidos que se rebelan.

La Cotorra.—

Aterrada.

¡Todos huyen... huyamos... ved qué avalancha...!

El Mochuelo.—¡Venid, venid...!

Huyen por las galerías. Al mismo tiempo, de los corredores opuestos, salen en tropel, y poseídos unos de terror y otros de ira, aves rapaces, aves canoras e insectos que se alejan por el jardín.

ESCENA ULTIMA

LA MARIPOSA, EL RUISEÑOR, EL TORDO Y EL BUITRE
CHAMBELÁN, POR LAS GALERÍAS, CON ACOMPA-
ÑAMIENTO

.....
.....

Goy DE SILVA

(Prohibida la reproducción.)

En loa y elogio de la ciudad de Caracas.

I

Como buscando que al pensamiento
no sean dique los horizontes,
en lo más alto de vuestros montes
a vuestras casas les dais asiento;
y así las vemos, ciudades blancas
y luminosas; como cigüeñas
sobre los tajos de las barrancas,
que entre picudos haces de peñas,
abren las alas, la zarpa incrustan
hasta arañarlo, sobre el granito,
y los afanes del hombre ajustan
al rumor de astros de lo Infinito...
Y así una y otra ciudad altiva,
por estas sierras americanas,
son, en sus marcos de roca viva,

nidales blancos de aves humanas:
—y así es la vuestra!

Y así es tan bella
que aunque hace tiempo la deseaba,
ni la fingía ni la soñaba;
porque es tan vuestra, porque es tan «ella»,
porque es tan única, porque destella
tal sello propio de gracia viva,
que, pensativa,
mi alma enmudece sin expresarla;
que antes y luego de visitarla
a los esfuerzos de un alma excede
fijar en verbos su fuerza suave:
antes de verla, porque no sabe;
después de verla, porque no puede...

II

Yo evocaría,
para decirte lo que he sentido,
venezolana ciudad, hoy mía,
viéndote en alto tal como un nido
de ruiseñores de Andalucía,
yo evocaría
no sé qué vieja
clara conseja

de primitiva gracia pagana...
Cuenta la fábula que una doncella,
junto a las aguas del mar, un día,
cuando la aurora resplandecía
menos graciosa y amable que ella,
púdicamente desnuda, hacía,
hundiendo en agua su gentileza
del crepitante tul de una ola
su vestidura de plata, sola
túnica digna de su belleza..
De pronto, siente que una mirada
fija y aguda la observa; en torno
de ella, el mar tiene ráfagas de horno
y amedrantada,
siente la bella que está insegura
sobre aquel lecho de ópalo y plata;
contra el deseo del mar pirata
que le codicia su alba hermosura...

Salta del agua y huye, creyendo
que a sus espaldas, por el camino,
con su jadeo la va siguiendo
todo el mar hecho monstruo marino.

Nuestra doncella
se entra temblando por la espesura;
como estandarte flota tras ella,
su ensortijada melena oscura;
sus blancos hombros, de vez en cuando,

la selva muestra bajo su velo,
y son dos astros que van volando,
montes arriba, para su cielo!

Ya está en las cimas.

A una revuelta

que hace el camino, la perseguida
detiene el paso, toda vestida
de su nocturna melena suelta,
y ve, allá lejos, en lo más hondo,
por los desgarros de un chal de bruma,
que el mar babea montes de espuma,
tascando el pétreo freno redondo...
Ya está salvada; nadie la sigue...
si aun la codicia, no la persigue
su encadenado monstruo marino.
Baja a un declive que hace el camino,
trepa otro poco; por una calle
de árboles mansos, llega a este valle
que cercan frentes de montes viejos
rumiando nieblas como consejos,
y entumecida, rota y cansada
de aquella fuga desesperada,
queda, en el valle, semitendida,
semidespierta, semidormida,
siempre ensoñada,
¡por un hechizo transfigurada
en vuestra blanca ciudad querida!

III

¡Salve, en tu altura, ciudad gloriosa!
¡Alta y en alto yo te quería
donde, al abrirte como una rosa,
serás la aurora de un nuevo día!

¡Alta, y en alto! que, en tus escaños,
contra el mordisco ruin de los años
inmortalmente perdura un nombre
al que no llegan almas de hombre
sino trepando sobre peldaños!

¡Alta y en alto, que eres su cuna!
Alta y en alto, donde ninguna
rencilla vieja macule el viento,
cuando, arbolando mi lira hispana
tal como el arco de un monumento
combado sobre su gloria humana,
dé paso al nombre que, en su bravura,
resume un mundo y otro inaugura;
dé paso al nombre de aquel Atlante
que, como dedos, movió naciones,
que, andando recio, sacó adelante
sueños que fueron constelaciones;
dé paso al nombre del fiero vasco
hecho de luces y de peñasco,

de aquel ibero, venezolanos,
que es mío, y vuestro; ¡que es nuestro, hermanos!
¡Bolívar, padre de americanos!

—Para las piedras donde él reposa
juntemos nuestros dos corazones,
ciudad—la misma sangre los baña—
¡y al hermanarse sobre su fosa
serán dos labios los corazones,
una la boca que bese: España!

IV

Ya, en tu estandarte, sobre mi frente,
vi andar unidas conjuntamente,
a la luz clara de estas mañanas,
nuestras dos patrias, ambas hermanas.
Son tres colores, dos hermandades:
el rojo y gualdo, mi España; y luego
tu azul glorioso que entre oro y fuego
llueve un bautismo de libertades...!

V

Síntesis.

¿Sabes cómo ha surgido esa bandera,
ciudad...

—¡Dios la prospere, de manera
que no vean el fin de su camino
nuestro oro y sangre, por su azul genuino!
—Yo sé cómo ha surgido esa bandera:
grande era el rojo y gualda de mi España;
Bolívar quiso más; lo más no daña
si es filial la ambición, el brazo hermano;
Bolívar quiso más; llevó sus huellas
 más allá de lo humano;
trepó a unas cumbres, se mantuvo en ellas,
vió cerca el cielo, levantó su mano,
y haciendo lo español venezolano
¡en los dos tonos del pendón hispano
prendió un girón de cielo con estrellas!

E. MARQUINA

Caracas, 27-1-91'.

JAIME BRUNET

Suele decirse que todas las vidas tienen su novela, lo que en realidad equivale a decir que toda vida tiene su vida, porque tal género literario no es sino la expresión de una vida determinada o de varias, alrededor de las que giran otras, que son como representación del mundo, que pudiéramos decir, y las que sobre todo deben interesar al novelista son aquellas menos pasadas de accidentes, que al fin y al cabo modifican y en ocasiones vulgarizan su carácter, aunque difícil es generalizar en estos particulares. Pero si es lo cierto que cualquiera vida tiene en sí tanto interés como aquellas que a primera vista parezcan tenerlo mayor, y por eso precisamente lo que el novelista debe hacer es no escribir nunca sino después de haber visto y revisto y observado y contrastado la observación, sobre el asunto escogido, y una vez conseguido por estos medios el pleno conocimiento

de una vida, una vez sentida su intimidad, su ideal, su propósito, sus ilusiones y sus inquietudes, sus dolores y sus consuelos, sus frivolidades, en las que brotan los efectos de un algo tal vez misterioso y profundo y cuanto por existir merece nuestra amable comprensión, si el artista acierta a expresarla, y con esta expresión algo de la idea del mundo, traducida en un determinado ambiente, que recoja toda la emoción, formando la armonía que exalta y avalora la vida misma, habrá desvelado el misterio de una oculta emoción que se debe a nuestra idea, y lo que es más, habrá traducido para nuestra simpatía, nuestra piedad, nuestro amor o nuestra comprensión indulgente, lo que nuestra limitación o nuestra injusticia desapercibe.

Por eso la novela es el género que suele interesar más y al mismo tiempo uno de los más difíciles, porque requiere como ningún otro la facultad de objetivarse y después transmitir con su propio estilo y con su personalidad toda la psicología de los personajes que presenta. En el teatro suele serlo más rudimentariamente presentada y además los actores, la escena y el público mismo parece que colaboran en la obra, aunque en verdad no siempre favoreciéndola; pero la novela, de acción menos obligada y que va directamente a nuestro espíritu, necesita

presentarnos toda la complejidad de las personas que con vida estética pasan ante nosotros, y aquí tenemos otra dificultad, que es la del consorcio de la realidad, llegando hasta la prolija descripción de detalles, que son quizá las cualidades más distintivas que definen un carácter, sin salirse de la estética, que es en sí algo apartado de los ordinarios accidentes del vivir. Así el artista debe exaltar los caracteres que pueden llegar a ser ideas representativas de estados de almas, como en Werthes, o de épocas, países y regiones determinados.

Bien podemos enorgullecernos en España de novelistas gloriosos, con tantos y tan insignes, y bien puede también alegrarnos la ilusión de que son muchos los que actualmente siguen novelando, como dignos continuadores de los que fueron o de los que ya han dado casi toda su creación. Esta época nuestra, con Pío Baroja a la cabeza, puede contarse entre las mejores. Difícil es lograr tanto interés con novelas, muchas de ellas de tan escasa acción, y sin embargo, tan concreta y detalladamente definidos los personajes. Ricardo León se nos muestra en varias de las suyas como el privilegiado vidente de las vidas austeras y apartadas, que aciertan a vivir su propia poesía, pero por eso mismo no es tan profundamente humano como Baroja. Y

entre los que comienzan son muchos también los maestros, sugeriéndome precisamente este artículo uno de ellos, Jaime Brunet, de San Sebastián, que ya ha triunfado con su novela *Música di Cámara*, y que ya, según mis noticias, tiene otra en preparación, próxima a publicarse.

Jaime Brunet es una personalidad verdaderamente interesante. Educado en Alemania y conocedor de su literatura, que se ha asimilado perfectamente, tiene y forma ya su temperamento, la observación meditativa y el idealismo propios de esa raza, pero sin perder por eso tampoco, claro está, las cualidades imaginativas de la nuestra latina.

La poesía melancólica de la región vasca, de esa Naturaleza encantada, que profusa y exuberante parece manifestarse con vida reconcentrada, que es armonía de las almas y las vidas de sus hijos los vascos, está admirablemente descrita por Jaime Brunet en su novela, y sus personajes son, efectivamente, de vida real. Tal vez pequen, si acaso, por exceso de realismo, pareciendo demasiado inspirador en determinada individualidad.

No he de anticipar aquí, ni su asunto, ni el carácter de sus personajes, sino únicamente aconsejar a los que esto leyeren que lean tam-

bién la novela *Música di Cámara*, en la que además encontrarán pensamientos elevadísimos, que por sí dan conocimiento de la refinadísima sensibilidad de su autor y de la sutileza de su pensamiento.

Confío (y entonces sí que será un gran maestro de la literatura), en que el señor Brunet se corregirá de ciertos giros algo extranjerizados, bien disculpables en quien tanto ha vivido alejado de nuestra Patria.

En una palabra, Jaime Brunet es, no una esperanza, sino una realidad entre las figuras ilustres que cuenta esa región vasca, y creo que como tal se le llegará a proclamar en España, lo que ya es un derecho a la fama universal.

CARLOS BOSCH

Los dineros del libertador

El talento indiscutible de Bazán, aquel escultor fornido y guapo, conquistó rápidamente al Gobierno de su país.

La voz pública pedía en la Prensa una pensión para el artista que debía afirmar su personalidad en el centro de todas las consagraciones: París.

Le conocí entonces, cuando asombraba a todos sus compatriotas en aquella pequeña república centro-americana de tierra feraz, cielo divino y almas bonísimas, y no torné a verlo sino años después, en pleno Barrio Latino.

Su transformación era completa: vestía a la usanza española; gustaba del calañés, la chaquetilla corta y el rostro imberbe, conjunto que le daba en Francia un aspecto bizarro. Fumaba en pipa y bebía...

En un principio gustó del vino como excitante accidental; pero en la vida diaria del café, con

la camaradería encantadora de los pintores y poetas que hacen la vida amable con su ingenio y sus vicios, fué bebiendo más y más, hasta requerir el vino de manera habitual.

No haré un elogio del alcohol... ¡Libreme el cielo de semejante inmoralidad! Pero a Bazán, particularmente, le era propicio a la inspiración. Sus mejores mármoles fueron cincelados bajo el influjo de la embriaguez; su talento se hacía más lúcido; su imaginación más viva; su sensibilidad más exquisita; sus facultades, en suma, mejor capacitadas para concebir y crear obra de belleza. Y luego, era tan espiritual su charla, se tornaba tan ingenioso, tan hondo en su pensar, tan lleno de gracia irónica, que sus amigos le incitaban, ofreciéndole copas y más copas que le aturdían o emborrachaban.

Pero algo más había respecto de su propia persona, que los efectos inmediatos del vino le eran profundamente agradables.

Gozo — decía convencido y convincente—, gozo lo inexplicable con esta voluptuosidad del «picón», que se inicia con una placidez suave y concluye en ardorosas inspiraciones.

Su amante, la inteligente y poco apetecible Valentina, en un principio intentó amenguar las aficiones *espirituosas* de su bello Bazán; «mon beau Bazán», como siempre le llamaba. Pero como no

fueran tampoco muy católicas las costumbres de la antigua «midinette», resultó para mal de ambos, y en detrimento del honor de su vida casi conyugal, que los enamorados del número 5 del piso sexto, de la casa 30 de la calle Campagne Premier, solían embriagarse juntos cuando algún acontecimiento importante lo justificaba, tal como la feliz terminación de un boceto, la rabia de no encontrar un detalle de perspectiva o movimiento; o bien el recibo de la pensión propia o ajena (lo mismo daba), suceso ruidoso que venía a dar alegría a muchos espíritus, ocupación a muchos estómagos, sosiego a los pinceles, cincel y pautas, y un aumento sensible en la caja del café d'Harcourt de «Cuyas», «La Rotonde» y «La Cave», de San Germain...

Quizá también, o sin el quizá, el artista Bazán esfumaba tras la penumbra del alcohol una recóndita tristeza y una fuerte inconformidad contra su propia existencia...

Bazán no amaba a Valentina... Y Valentina adoraba en el escultor. Cuántas veces el mozo, en soliloquios, se repetía las amargas verdades del gran mexicano Gutiérrez Nájera:

Amar y no ser amado
no es la pena mayor;
no amar ya lo antes amado,

ver el cariño apagado
es el supremo dolor:
es como al sepulcro ir
del pequeñuelo querido
y quererlo revivir,
y la tristeza sentir
de hallarlo siempre dormido...

Tres años de concubinato con aquella muchacha de París, insaciable y ardiente, en medio de borrascosas noches de alcoba que le desgastaban su fecunda juventud de esteta, le tenían aburrido...

No así en un principio, cuando recién llegado de su tierra natal, sin conocer más besos que los lugareños, furtivos y castos, Valentina le besó como una faunesa, le mordió los labios, le estrujó las encías y le enseñó su cuerpo desnudo, esbelto, ágil y siempre vibrante, regalándose en mil caprichosas formas, que por instinto aprendiera de la Roma decadente o de Pompeya, la elegantemente voluptuosa.

Os contaré cómo se conocieron.

Un día gris claro de agosto, de vuelta de celebrar un bautizo, en el que yo fuera padrino, llegamos a obsequiar a madre y madrina, y a obsequiarnos nosotros, mi compadre y yo, con algunas libaciones en el ya famoso café de «La Rotonde», que hace esquina entre los bouleva-

res Raspail y Montparnasse. Allí en la terraza, alrededor de dos mesas unidas, la pequeña comitiva comentaba animosa las escenas de la parroquia, que resultaron un tanto chuscas. Mi ahijadita, la encantadora María Rosa, se condujo como una persona mayor, a pesar de lo gélido del agua y de las maneras poco acompasadas del señor presbítero. Los padres de la niña eran: Ella, Matilde, parisina, montmartresa, de ojazos tan grandes como su bondad y tan negros como blanca era su alma de madre y de amante; él, Carlos, un mozo paraguayo, periodista de enjundia y escritor de talento. Magdalena, la madrina, una modelo linda, vivaracha, de diez y ocho años, alegres como las primaveras de París, que juntaba sus carnes duras y blancas a las morenas del genial caricaturista mexicano Karral, quien fué también al bateo.

Reíamos todos al recuerdo de nuestras peripecias: la bella Magdalena hizo tantas muecas en sus precauciones por no lastimar a la pequeña y bien colocarla en la pila para que recibiera las aguas bautismales, que parecía como si hiciera gestos al clérigo, quien pensaba tanto en el acto simbólico que efectuaba, como yo en los viajes de Marco Polo Veneciano. Mi compadre me decía en español interjecciones que, de haber sido traducidas al francés, habrían bajado a

Juana de Arco con todo y armadura de su brioso corcel, para arrojarnos del templo como a enemigos malos. La mamá halaba del saco a su hereje cónyuge, quien a impulsos de los tirones parecía decir que sí con la cabeza a los latines del sacerdote; y yo, muy mortificado, comencé cinco veces el «Credo», quedándome siempre en «su único hijo», por fallas de mi flaca memoria, sirviéndome de excusa, sin embargo, el que yo rezaba en el idioma de Recine, para ser galante con los santos galos, y mi francés era muy precario...

Procedíamos a brindar por la suerte de María Rosa, cuando del agujero del «Metro» (ferrocarril subterráneo), aparecióse la rara silueta del pintor centro-americano Bazán. Venía «en copas», y pidió más al sentarse a nuestro lado. Este día—dijo—es *lógico* beber a la salud de la futura artista y de su padre, a quien deberán elegir presidente de su país para tener yo dos pensiones, pues una apenas me basta para los «accidos». («Accido» llamaba el escultor a cualquier producto alcohólico.)

En esto, del interior del café surgió, ataviada en negro, una mujer hasta de treinta años, color de piñón claro el rostro, de facciones nada armónicas: nariz ancha, boca grande, negros ojos, pequeños y tristes; manos chiquitinas, de uñas

esmeradamente pulidas, pies breves, como los senos, que erguían sus puntas duras por debajo la muselina sutil.

Apenas divisó a la niña en el regazo materno corrió a hacerle caricias y a besarla con fruición.

«Ma belle petite: comme tu sera jolie. Ma mignone, mon trésor»—le decía cubriéndola de besos tiernos y sincerísimos. Se la arrebató a Matilde, y llevándosela en vilo paseó en triunfo a María Rosa como si fuese una princesa.

—¿Quién es esta doncella?—preguntó Bazán.

—Esta doncella no es doncella, y se llama Valentina Dusplesis—le respondí.

—¿Dusplesis? ¿Entonces nieta de la «Dama de las Camelias»?

—No, por varias razones: primero, porque Margarita Dusplesis, la que está enterrada en el cementerio de Montparnasse, cubierta siempre de flores, no tuvo hijos. Segundo, porque Valentina no es hija de su padre, sino de un tío suyo...

—¿Qué bárbaro...!

—No, te explicaré. El que aparece como padre de esta muchacha no lo es en realidad, sino adoptivo; el auténtico es un tío sinvergüenza que abandonó madre e hija, que se llamó Duval, y que hace poco, una noche, durmiendo tranquilamente en su trinchera en Arras, fué volado por

una mina subterránea. Tercero, no es descendiente...

Bazán no me dejó concluir, dándome un golpe seco en el cerebro y diciéndome una picaardía tan grosera, que no me atrevo a estampar en este blanco papel. Y luego tornó a interrogarme: Entonces, ¿está de luto por su verdadero padre?

—No—le contesté—;por Molière!

—¿Cómo por Molière?

—Sí; Valentina recita maravillosamente los clásicos; es graduada y «primer premio» del Conservatorio en la clase de declamación. Recitar es para ella más que un placer; una necesidad. En todas partes se la ha oído, y como se prodiga demasiado y es tan sincera su pasión, y la halagan tanto los encomios y es tan inocentona en el fondo, toda esta gente ha acabado por no tomarla en serio. La burlan y algunos perversos la befan. ¡Pobrecilla! Tiene un corazón como una romántica de Portugal; es crédula, fogosa hasta la exaltación cuando declama, y en misterios de amor es sabia.

—¡Ah, tú ya...!

—Sí, la otra tarde no sé quién la llevó a mi estudio, y porque la obsequié mi último libro con una dedicatoria galante, y en verdad justa; y porque la invité a decir algún verso clásico,

le gustó el ambiente de mi casa, le encantaron mis encomios y halló confortable y simpático el calor de mi lecho. A las cuatro de la mañana bebimos un poco, la perfumé con lilas, y frente al espejo me recitó el «Misántropo» completo, completamente desnuda. ¡Pobrecilla! La tengo una piedad tierna, porque es bondadosa, por su exquisito temperamento de artista y porque es débil y torpe para hacer valer sus cualidades espirituales y aun las físicas, pues si la cara es más bien fea que bonita, las formas de su cuerpo esplenden en una euritmia sugestiva para los ojos y provocadora en los instintos.

—¿Y el luto lo lleva siempre?

—¡Siempre! Es una de sus chifladuras. Asegura a todo el mundo que muerto Molière, ella no tiene derecho a vestirse de color; pero yo tengo mis dudas y no la creo a pies juntillas; esta muchacha guarda un secreto que a nadie revela: alguna pasión perdida, un muerto amado aún... ¡Qué se yo...! Pero el cuento de Molière es una humorada extravagante que esconde una pena.

Valentina regresaba de su paseo victorioso con la chiquilla en brazos, y se sentó a mi vera.

—¿Quién es ese «beau garçon»?—me interrogó, refiriéndose a Bazán.

—¡Un gran artista!—le contesté.

—¿Pinta?

—Esculpe.

—«Il me plai beaucoup celui lá»—dijo en tono que todos escucharon; pero que Bazán no comprendió por su francés incipiente. Pero como todos sonrieron y le miraron, me dijo intrigado:

—¿Qué dice?

—Que le gustas mucho.

—Pues dile—contestó—que ella me interesa por su boca sensual, su frente inteligente y sus ojos plenos de ideas y amarguras.

Valentina le pagó con un beso, se puso muy contenta y bebió a la salud de María Rosa y de Bazán.

Ya de noche, con esplendidez que a todos dejara suspensos invité la cena en aquel «restaurante» griego que está junto a la «Taverne du Pantheon», el «Franco-Hellenique».

La mamá dejó a su hija al cuidado de una burguesa de su misma casa, y toda la comitiva enderezó sus pasos todavía firmes a la fonda griega. Allí comimos mucho y bebimos más. Se cantaron tonadas regionales de América y de Francia: las rondas bretonas, las danzas paraguayas, con letras y coreografía, los aires hondureños y «La Cucaracha» y «La Valentina» de México. Esta última, a coro, en honor mío.

Cuando nos despidieron implacablemente los hijos de Perikles, andábamos mal..., mal de la

cabeza y peor del bolsillo. El matrimonio y Magdalena enderezaron sus pasos vacilantes rumbo a su casa, cantando la *Marsellesa*; Karral y yo, para estudiar las costumbres de París que madruga y trabaja rudamente, nos fuimos al gran mercado, comimos fresas con crema, tan sabrosas como un pecado, y después de obsequiar a una frutera una mascada de mi amante y mis últimos céntimos, porque lloró al decirme que había perdido a sus tres hijos en la guerra..., llegué a las puertas de mi casa sin arrepentimientos ni temores, enteramente dispuesto a bautizar muchas criaturas, si habían de traernos tan felices esparcimientos como los de aquel fausto día...



Bazán y Valentina se nos perdieron entre la bruma de París. Cuando al cabo de dos días, adivinando lo sucedido, fuí a buscarlos, el taller del escultor, antes ordenado, era ogaño un nido en desbarajuste, en el que todos los rincones conservaban el eco de un suspiro o el temblor de un espasmo.

¡Pero el tiempo lleva entrañadas muchas crueldades!

Entre aquellos días de ensueño y aquesta

realidad presente va gran distancia... Entonces vi a los amantes llevar en sus sonrisas el optimismo de la vida, y en sus labios candentes el triunfo de una hermosa juventud; y ahora, con amargura, veo a la pobre mujer inconforme, triste, a las veces desesperada por los celos, y como la protagonista de Campoamor, «más que vieja, envejecida».

Bazán la huye, la abandona días enteros, bebe, trabaja poco... y se divierte.

—Déjame en paz—le dice—; ve donde te plazca; haz lo que te dé la gana; engáñame si quieres; baila, juega, bebe..., ¡pero déjame tranquilo!

Y Valentina ha intentado olvidarlo, pero no puede. Lo ha engañado, pero los remordimientos le engendraron una pasión más impetuosa.

¡Pobre mujer! Una mañana vino a visitarme para acogerse a mis consuelos.

—Dile—me decía—, dile tú que me quiera; que no sea malo; que yo soy gentil con él y que no puedo dejarlo... porque no puedo, Juan; porque me hacen falta su voz, sus ojos, sus cabellos negros, su presencia... Y lloraba sobre mis hombros fraternales como una niña inocente, castigada. —Aunque no me quiera, yo quiero verlo, yo quiero oírlo. Dile tú que me regañe, que me insulte, que me pegue; pero que vaya a casa

para que yo lo mire... Dime, ¿por qué habrá cambiado tanto, tú sabes...?

Todavía hace ocho meses, cuando le encargó su Gobierno la estatua del «Libertador», recuerdo que era muy bueno conmigo, aunque ya dos ocasiones me había pegado. ¡Qué dicha! Me había pegado por celos...

Hoy, ¡qué diferencia!; saber que le engaño le deja impasible; y yo creo, Juan, que lo desea; ¿verdad? ¿No te lo ha dicho, di?

—¡...!

—Ya nunca le recito, nunca... Dice que Corneille y Molière son sus peores enemigos. Un día me lastimó con crueldad, que creí no perdonarle. Me dijo que recitaba yo muy mal; que todos se burlaban de mí... ¡Qué horrible decepción, Juan, qué cólera y qué pena tan espantosa! Piensa lo que yo sufrí cuando desde niña he tenido un culto por la poesía y con religiosidad he recitado siempre mis amados versos. Esa tarde creí olvidarlo. Lo abandoné, lo engañé con un estudiante del Conservatorio, futuro actor, que me aseguró lo contrario: que nadie comprendía ni interpretaba a Molière como yo. Sin embargo, volví en busca de mi amor, avergonzada, enferma de remordimientos, a buscar los ojos de Bazán y a besarle los pies. Qué quieres, Juan, esta es mi vida.

Ya no recito; ¿para qué, si él no quiere escucharle? Los demás, ni me halagan con sus elogios ni me preocupan con sus censuras. A veces a mí misma me digo mis viejos versos como si los rezara, y acabo sollozando...

Valentina me lastimaba el corazón con sus angustias.

—Lloras—me dijo—, te doy lástima, ¿verdad? Sí, sí, no digas que no; ya sé que a todos inspiro compasión menos a él... mi Bazán... «mon beau Bazán...» y se tiró en el suelo balbuceando entre gemidos el nombre de su amante.

La calmé cuanto pude, y le ofrecí un cambio en la conducta del escultor.

—Ya verás, ya verás su transformación. Le hablaré seriamente, le recordaré vuestro pasado idilio... Ya verás, Valentina...

Me besó las manos como una hermana, y se fué contenta.

Me fuí directamente a la «rue Campagne Premier». Bazán, muy atareado, trabajaba la estatua del «Libertador» bastante adelantada ya.

—Muy bien, muy bien—le dije—; veo que ahora si no estafas al Gobierno de tu país...

—¿Y no sabes—me dice—una estupenda noticia? El ministro me ha dirigido ayer un cable que dice... ¡toma, lee!

El cablegrama decía: «Gírole diez mil francos

más Banco de Francia; pero mande estatua «Libertador» quince días antes fecha convenida.»

—Es decir, ¿cuándo?

—Dentro de tres semanas.

Pues ya es empresa inverosímil.

—¡Ah, no; a este «Libertador» yo le termino de cualquier modo, ignominiosamente, impíamente; pero le inmortalizo en el mármol. Eso sí, aquí *inter nos*, te confieso mis temores: como estos cargantes encargos los hago de tan mala gana, yo creo que al «Libertador» lo elevan en su pedestal de todas maneras; pero a mí me bajan del mío...! ¡Ay, Juan, mi adorado Juan, mi idolatrado Juan, ruégale a esa señora de los imposibles, doña Rita, que este señor me resulte regular, no bien porque es imposible, pero regular siquiera! ¿Tú qué opinas, resultará?

—Sí—le contesté—; resultará... ¡un fracaso!

—¡Juanito, bromas conmigo, en estas horripilantes condiciones!

—¡Un fracaso, como lo mereces por canalla!

—¿Canalla un hombre manso de corazón, gentil en sus modales, meliflúo de voz en sus acentos, tierno como yo?

.....

—Bueno, y a todo esto me escuchas y no sonríes ni me contestas.

—No, querido hermano; no se ríe cuando se

acaba de penetrar un hondo pesar ajeno. Yo no sé estar alegre cuando he visto a una mujer vencida por el dolor implorar un poco de piedad al destino para que le restituya su felicidad...

Bazán, cruzándose de brazos, me dijo contrariado:

—¡Esto me faltaba! Juan, por Dios; con estas sensiblerías yo no puedo trabajar ¿Te ha visto Valentina?

—Sí.

—Y te habrá contado horrores: ¡el Jardín de los Suplicios, Barba Azul, el Infierno del Dante!

—Me ha dicho solamente que te ama.

—Pues que me ame todo lo que quiera; pero que me deje en paz.

—¡Hombre, Bazán!

—Sí, ya no quiero que se vaya; que se quede aquí por los siglos de los siglos; estoy resignado; ¡pero que no me friegue! Figúrate, Juan, que ahora le ha dado por estar celosa, sí, señor, celosa... ¿Y de quién imaginas...? De Alice, la británica, esa desgarbada y canija que está más bien para un estudio de oseología que para alentar aún en este paraíso terrenal. Y lo peor del caso, hermano de mi corazón, es que no sólo mi mujer me fastidia con sus celos infundados, sino que la vieja inglesa me persigue por doquier voy.

—¿De veras?

—¡De veras, hombre; esto no es vida! Una infortunada que cuando no llora me recrimina; una anciana que jura por Spencer que soy más lindo que Byron y más inteligente que Shakespeare, y que debe ser telepática porque adivina dónde estoy a cualquiera hora del día y de la noche; y, por último, para estrambote de mis malaventuras, una pierna del «Libertador» que no me sale, que no tiene movimiento, que no tiene vida... ¡Contempla, extasiáte en esta maldita pierna que parece tubo ventilador!

Reí mal de mi grado con aquel incorregible sinvergüenza.

—Oye—me dijo—, no me hables de esas «doncellas»... y vamos a tomar unos «ácidos» a cuenta de los dineros del «Libertador»...

Y bajamos al Café D'Harcourt.



La pobrecilla amante volvió a buscarme. La engañé como pude, dejándola entrever una transformación próxima en su vida de enamorada y la di consejos que ella acató sumisa y agradecida respecto a los infundados celos por la inglesa, y otras minucias que se me ocurrieron, sabiendo por anticipado que ningún beneficio la reportarían.



Una mañana, a eso de las doce, después de ce-

lebrar la noche anterior con toda pompa el arribo tantas veces bendito de los dineros del «Libertador», llegué a buscar a Bazán para invitarlo a que me invitase cualquier cosa. Muy sorprendido quedé al ver un grupo grande y animado de gentes que discutían, manoteaban, gesticulaban, lanzando frases no muy académicas y adjetivos bastante oprobiosos para el injuriado...

El tal era Bazán.

¡Pero qué de improperios, Dios mío! Toda la gramática parda del bajo París iba endilgada al escultor del tercer piso. La verdulera allí establecida era la más indignada. A ella me dirigí, y sin preguntarle nada me refirió el escandaloso e increíble suceso.

—Sí, señor, la ha arrojado por el balcón a la pobre señora. Yo, yo la he visto cuando la echó para abajo... ¡Bandido! ¡Asesino...!

—¿Pero el señor Bazán?—interrogué incrédulo.

—Sí, sí, el escultor del tercero ha votado a la señorita Valentina por los aires como una basura.

—Aturdido, inquirí: —¿Y la señora, vive?

—Sí, gracias a que el buen Dios es muy grande; cayó sobre el carro de legumbres y no ha muerto; pero se la han llevado privada. ¡Quiera el cielo que viva! ¡Tan buena la señora!

Y seguían las interjecciones sin cesar.

Subí desolado.

Bazán, ebrio, preparaba tranquilamente una bola de pasta.

—¿Pero que has hecho, bruto? ¿Es verdad?

—Hermano, no sé que ha pasado, pero me parece que aventé a Valentina por allí...

Yo no acertaba ni a pegarle ni a maldecirlo. Ese espanto me sobrecogía.

—¿Pero qué te hizo la infeliz mujer, estás loco?

—Un disgusto horrible; no me lo recuerdes porque me irrita. Primero lo sempiterno, lo intolerable de todos los días: que no la quiero, que ella es una esclava, la misma tonada con la misma letra... Pero después vino a colación la hija de Picadilly, la veterana de marras, y comenzó la reyerta exaltada por los efectos *persistentes* aún de los dineros del «Libertador»... La grité, me gritó, nos injuriamos; la dí de golpes; la amenacé con arrojarla por el balcón y tuvo a bien no creerme capaz de tal osadía, y como ella también hubiera tomado, y no poco, se exaltó más, me exasperó hasta lo indescriptible; hubo un instante en que me dominó una fuerza extraña, una fiebre tremenda; la cogí por la cintura... y la eché a la calle... «¡Voilà!»

—Pronto, vamos a verla, ven conmigo.

—No, yo estoy esperando a la Policía.

—Antes que llegue, partamos.

Bazán me obedeció.



En el hospital de sangre una enfermera nos condujo donde Valentina estaba.

En el salón blanco y largo, el silencio del dolor imponía su gravedad. A la entrada ningún ruido percibimos; las enfermas dormían o meditaban. Avanzamos y a media sala se escucharon un lamento largo y una voz dulce que venía del último lecho ocupado por la paciente recién llegada. Yo no paraba mientes en las mujeres curiosas que atisbaban; buscaba a Valentina con avidez.

Bazán me seguía atolondrado.

El guía que nos condujera preguntó a la celadora por madame Bazán.

—Allá—respondió una gorda con voz de resoplido—; el núm. 48, la última, a la izquierda.



Valentina estaba lívida y sufría. Las quejas que escuchábamos eran de ella. Una hermana de la caridad, muy fea y consiguientemente con probabilidades considerables de ser piadosa, la cuidaba solícita.

Cuando me vió, una cariñosa sonrisa dibujaron sus labios y expresaron sus ojos; pero instintivamente, y con urgencia, sin hablarme siquiera, buscó a mi alrededor, con los ojos muy abiertos y las pupilas ávidas... Con una alegría infantil, que el sufrimiento y la fiebre impidieron fuese desbordante, olvidándose de mi persona, dijo con tierno egoísmo y pasión reconcentrada al ver a su amante:

—Eres tú, «mon Bazán, mon amour»... Y quiso incorporarse para besarle; pero el practicante que se acercaba le impuso inmovilidad absoluta.

—La señora tiene luxada una pierna y fracturada una costilla. Su curación requiere un reposo total de quince días.

Después de una pausa en la que Bazán no sabía qué hacer ni con los ojos, ni con las manos, ni con las ideas, y en tanto que Valentina contemplaba extasiada a su amante y yo a la singular mujercita enamorada, el joven médico emprendió conversación con nosotros.

—Ha sido un golpe mortal, mortal... ¡Qué desgracia y qué casual fortuna! El puesto de verduras salvó a la señora. Pero—agregó inquisitivo—, ¿quiere decirme el señor cómo fué el raro incidente que no pudo ser evitado?

Una sensación extraña de miedo y vergüenza

recorrió mi espíritu; pero Bazán no tuvo tiempo de preocuparse siquiera; Valentina, rápidamente, como quien asesta un golpe premeditado y seguro, respondió con toda la premura que sus dolencias le permitieron:

—Verá usted, doctor; yo veía entrar a casa a una amiga que esperaba; la hacía señas del balcón abajo, y así, hablándola desde arriba y señalando el zaguán, fui, sin darme cuenta, levantando el cuerpo sobre las puntas de los pies, echando fuera la cabeza y el busto; pero tanto me incliné, que en un momento me faltó sostén; intenté asirme de algo, sin lograrlo; el pánico me hizo perder el equilibrio y el conocimiento... y caí.

La escuchaban el médico y las enfermeras con dolorosa piedad, mientras yo escondí el rostro detrás de las amplias cofias de las enfermeras, para secar dos lágrimas indiscretas que mi corazón ofrecía al sublime amor de Valentina.

El escultor Bazán, aturdido, con palabras y acento que distaban mucho de expresar el estado de su alma, dijo lentamente:

—Ya lo ves; yo te lo decía siempre: no te asomes al balcón, no te asomes... ¡Ya lo ves!

ISIDRO FABELA

Río de Janeiro, septiembre 4 de 1916.

Poesías escolares.

Hablando al padre.

Padre, has de oír
este decir
que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.

Tuya me sé
ya que miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar
sin deshojar mi rosa de esplendor;

me has de ayudar
a alimentar
como una llama azul mi juventud,

sin material
basto y carnal,
con olorosos leños de virtud.

Por cuanto soy,
gracias te doy:
porque me abren los cielos su joyel,
me canta el mar
y echa el pomar,
para mis labios en sus pomas miel.

Porque me das,
padre, en la faz
la gracia de la nieve recibir,
y por el ver
la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!

Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción,
y el anhelar,
y el alcanzar
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano suave y tu amistad,

pues, te diré,
sola, no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad;
portando un don,
mi corazón,
y nevarle de lirios su heredad.

Dame el pensar
en Ti al rodar
herida en medio del camino. Así,
no clamaré,
recordaré
el vendador sutil que alienta en Ti.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
De tu arrullar
bello el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos has de hacer!

GABRIELA MISTRAL

BOCETOS PROVINCIANOS

EL AGUA! CUANTO TIEMPO...

El agua! Cuánto tiempo
estuvo ausente el agua!
Tenía sed la tierra
y amorosa esperaba
su venida, tal como
al amado, la amada
paciente y melancólica,
espera en la ventana.
El valle estaba triste,
y triste estaba el alma,
y triste estaba el huerto
de nuestra humilde casa,
aunque tus manos de ángel
con amor lo cuidaban.
El agua! Cuánto tiempo
estuvo ausente el agua!
Más fué el anual milagro,

y descendió la hermana
azul, musicalmente,
desde la comba diáfana
a los tranquilos valles,
a las humildes plantas,
a las profundas simas
y a las verdes montañas.
Aun hasta en los abismos
sedientos de mi alma,
diluvio su frescura
primaveral el agua.
El agua! Cuánto tiempo
estuvo ausente el agua!

FRESCURA MATINAL

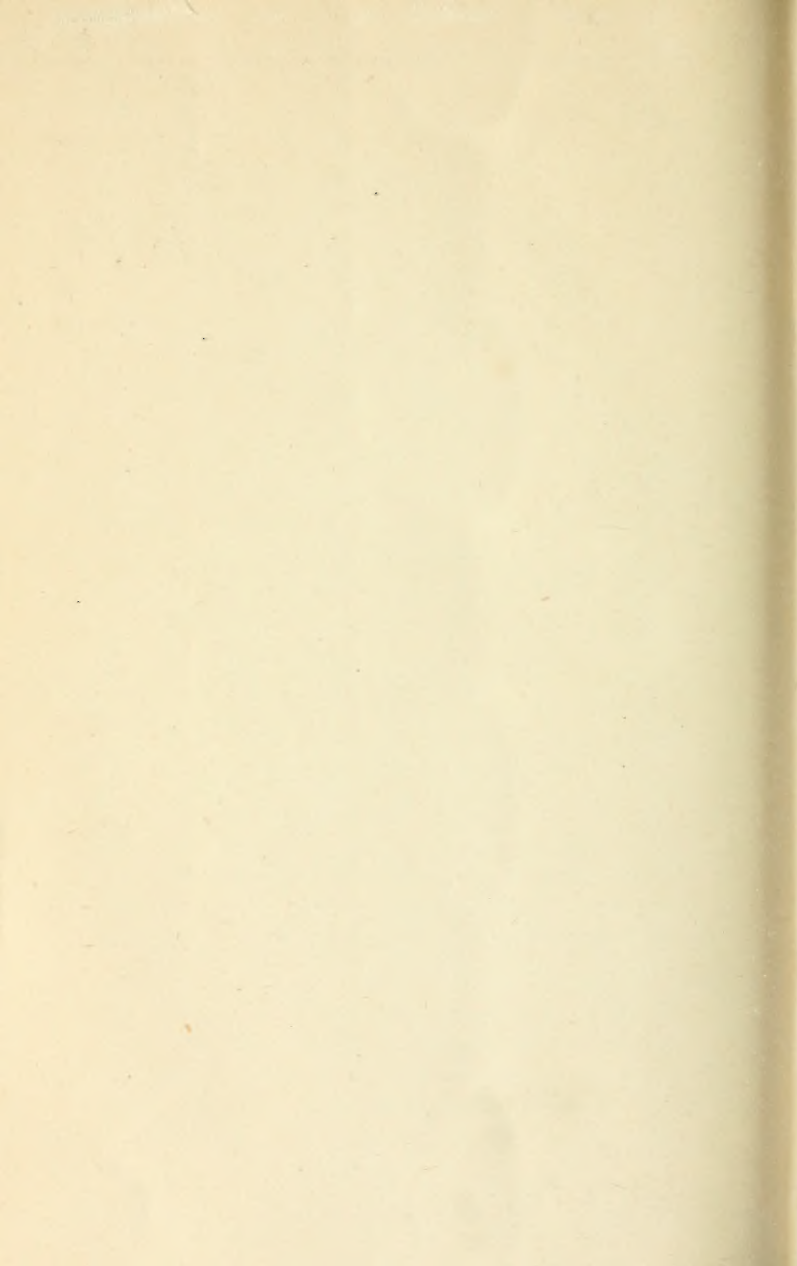
Frescura matinal.
Fragante está la tierra,
recientemente húmeda
por una lluvia intensa.
Orgullosa en sus árboles
aparece la huerta,
a un lado del camino,
que es una larga recta.
La choza es una mancha
en la verde paleta,
donde sus tintes puso

la gentil Primavera.
Más en ella, sin duda,
el niño alado juega,
y dos almas amantes
olvidan sus tristezas.
Ilusión ensoñada!
Aspiración y meta
de esta vida intranquila,
que con los años vuela!
Una casa en el campo,
una casa; y en ella,
una mujer hermosa,
que nos ame y comprenda...
Frescura matinal.
Fragante está la tierra,
recientemente húmeda
por una lluvia intensa.

JULIO OROZCO MUÑOZ

Indice.

	<u>Páginas.</u>
Crónica, por Joaquín Dicenta.....	1
Poesías inéditas, por Rubén Darío.....	7
Impresiones sobre dos poetas, por Luis G. Urbina.....	12
A un poeta joven, por Francisco Villaespesa....	31
¡Y murió Dicenta!, por Alberto Ghiraldo.....	33
Impresiones de paisajes y lecturas, por Juan de Contreras y López de Ayala.....	42
El Cristo de Velázquez, por César E. Arroyo....	54
Retrato del cura Valera, por Hugo Moreno.....	63
El suicida, por Alfonso Reyes.....	65
Psicología de la curiosidad, por José Ingenieros.	85
Sonetos, por Rafael Heliodoro Valle.....	107
«La Corte del Cuervo Blanco», por Goy de Silva.	109
En loa y elogio de la ciudad de Caracas, por E. Marquina.....	151
Jaime Brunet, por Carlos Bosch.....	158
Los dineros del libertador, por Isidro Fabela....	163
Poesías escolares, por Gabriela Mistral.....	185
Bocetos provincianos, per Julio Orozco Muñoz..	188



AP
60
C4
1917
enero-
marzo

Cervantes; revista hispano-
americana

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY
